

Julio Verne
mit
Illustrationen

Julio Verne

Erzählungen
FANTASY

BRUNNEN

Este segundo volumen completa la colección de cuentos que 'realmente' fueron escritos por Julio Verne. Y decimos 'realmente', porque durante casi un siglo, los estudiosos de su obra creyeron que el francés era el autor de unos cuentos que, recientes descubrimientos y trabajos de investigación han probado que no fueron escritos por él y, que, por tanto no deben incluirse en recopilaciones, aunque se sigan incorporando como obras de Verne. Ocho son los cuentos erróneamente atribuidos a la pluma de Verne: Un expreso del futuro, El destino de Juan Morenas, El eterno Adán, La travesía de la mancha en 1895, Zigzagues a través de la ciencia, De Rotterdam a Copenhague a bordo del yate a vapor Saint-Michel, Una pesadilla. Maniobras. Inteligencias. Delitos fantásticos y Cuadragésima ascensión francesa en el Mont Blanc.

Julio Verne, al igual que Emilio Salgari (apodado el Verne italiano), ha llegado hasta nosotros como el escritor maestro de aventuras insólitas. Si su obra y, en concreto sus cuentos, pertenecen al género de la Ciencia Ficción, es pura especulación de críticos ociosos, algo así como buscarle tres pies al gato o averiguar que fue primero, el huevo o la gallina.

Lo importante es que Julio Verne está aquí, y seguirá estando aquí, mientras que los jóvenes y los que ya no lo son tanto, sigan buscando el sentido de la maravilla en sus obras. Y mientras siga despertando sentimientos entre los que le lean, seguirá siendo un gran autor, y lo seguirán leyendo las futuras generaciones.

JULIO VERNE

Viaje al Verne más desconocido-Cuentos Volumen II

*Traducción de Juan Suárez, Javier Palau, Cristian Tello Ariel
Pérez*

Sinopsis

Este segundo volumen completa la colección de cuentos que 'realmente' fueron escritos por Julio Verne. Y decimos 'realmente', porque durante casi un siglo, los estudiosos de su obra creyeron que el francés era el autor de unos cuentos que, recientes descubrimientos y trabajos de investigación han probado que no fueron escritos por él y, que, por tanto no deben incluirse en recopilaciones, aunque se sigan incorporando como obras de Verne. Ocho son los cuentos erróneamente atribuidos a la pluma de Verne: Un expreso del futuro, El destino de Juan Morenas, El eterno Adán, La travesía de la mancha en 1895, Zigzagues a través de la ciencia, De Rotterdam a Copenhague a bordo del yate a vapor Saint-Michel, Una pesadilla. Maniobras. Inteligencias. Delitos fantásticos y Cuadragésima ascensión francesa en el Mont Blanc.

Julio Verne, al igual que Emilio Salgari (apodado el Verne italiano), ha llegado hasta nosotros como el escritor maestro de aventuras insólitas. Si su obra y, en concreto sus cuentos, pertenecen al género de la Ciencia Ficción, es pura especulación de críticos ociosos, algo así como buscarle tres pies al gato o averiguar que fue primero, el huevo o la gallina.

Lo importante es que Julio Verne está aquí, y seguirá estando aquí, mientras que los jóvenes y los que ya no lo son tanto, sigan buscando el sentido de la maravilla en sus obras. Y mientras siga despertando sentimientos entre los que le lean, seguirá siendo un gran autor, y lo seguirán leyendo las futuras generaciones.

Traductor: Ariel Pérez, Juan Suárez, Javier Palau, Cristian Tello

Autor: Verne, Julio

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.60

Generado por: Amezcuca, 07/02/2013



VIAJE AL VERNE MÁS DESCONOCIDO

(2)

Se presenta el segundo volumen que completa la colección de cuentos que, por el momento sabemos, fueron escritos por Julio Verne. Como ya se reseñó en la primera entrega, estas narraciones cortas fueron escritas en su mayoría en sus años de juventud.

Hasta ahora se conocen veintidós cuentos que salieron de la pluma del prolijo escritor y que son pocos o prácticamente desconocidos por el gran público. En su conjunto constituyen una muestra de un género que Verne prodigó poco en sus novelas largas: la fantasía pura y la Ciencia Ficción.

Así, y como muestra, *La familia ratón*, subtítulo «un cuento de hadas», y escrito directamente «a mis queridos niños», es mucho más que eso: es una fábula adulta sobre el abuso del poder y una reflexión sobre la transmutación de los seres vivos. *El señor Re sostenido y la señorita Mi bemol*, por su parte, es una narración gótica. *Gil Braltar* (incluido en el Volumen I) es un divertimento que toca muy de cerca una de las eternas reivindicaciones de España, pero la idea base del relato, ese empleo de los monos de Gibraltar para realizar su reconquista, no deja de dar que pensar. Y, a un segundo nivel de lectura, el relato se revela como algo más que un divertimento.

El eterno Adán, escrito por Michel Verne, hijo del escritor, basándose en el manuscrito *Edom*, (no traducido al español) escrito por su padre, Julio Verne. Michel Verne escribió en un género similar al de su padre, y era considerado por él como un buen escritor, pero sus obras son consideradas en general inferiores a las de su famoso progenitor. Aun así, la controversia en torno a la autoría de los últimos trabajos de Julio Verne aumentaron su fama. Es una obra eminentemente de Ciencia Ficción, en el sentido ideológico del término, pesimista, que cuestiona la razón de ser de la presencia del hombre sobre la tierra, aunque en ese melancólico pesimismo que flota en todo el relato, hay una nota optimista en este renacer eterno de la humanidad.

Lo incluimos en este volumen, aun no siendo original en su totalidad de Julio Verne.

Y..., un cuento inédito en castellano, aún no publicado y que no está incluido en este volumen, pero del que queremos hacer mención: *Le siège de Rome (El sitio a Roma)*. Se trata de un relato de cinco capítulos que Verne escribió en 1854. La historia tiene lugar en 1849, cuando el papa Pío IX se vio obligado a exiliarse en Gaeta, como consecuencia de la insurrección italiana que establece una Asamblea Constituyente, al frente de Giuseppe Mazzini, político y activista italiano, que ayudó en el proceso de formación y unificación de la Italia independiente moderna. Para restaurar la autoridad de

Pío IX, José Napoleón Bonaparte envía una fuerza expedicionaria a Italia. Entre los soldados de la tropa se encuentra Henri y su amigo Annibal y se narra lo que le ocurre a los dos en medio del ataque y el sitio a la ciudad.

Julio Verne, al igual que Emilio Salgari (apodado el Verne italiano), ha llegado hasta nosotros como el escritor maestro de aventuras insólitas. Si su obra y, en concreto sus cuentos, pertenecen al género de la Ciencia Ficción, es pura especulación de críticos ociosos, algo así como buscarle tres pies al gato o averiguar que fue primero, el huevo o la gallina.

Lo importante es que Julio Verne está aquí, y seguirá estando aquí, mientras que los jóvenes y los que ya no lo son tanto, sigan buscando el sentido de la maravilla en sus obras. Y mientras siga despertando sentimientos entre los que le lean, seguirá siendo un gran autor, y lo seguirán leyendo las futuras generaciones.

LOS CUENTOS APÓCRIFOS

La lista no estaría completa, si no hiciéramos mención a los *Cuentos apócrifos*.

Durante casi un siglo, los editores y estudiosos de la obra de Julio Verne, creyeron que el francés era el autor de estos textos. Recientes descubrimientos y trabajos de investigación han probado fueron escritos por otros autores, como François-Armand Audoin, André Laurie¹ y Michel Verne, éste último, hijo de Julio Verne.

1. *Un cauchemar. Manoeuvres. Intelligences. Délits fantastiques.*
(Una pesadilla. Maniobras. Inteligencias. Delitos fantásticos)

Publicado por la Editorial *Lahure* de París en 1869. 9 páginas

Fue firmada bajo el seudónimo de X. Nagrien. El verdadero nombre del autor es François-Armand Audoin.

2. *Quarantième ascension française au Mont-Blanc.* Por Paul Verne
(Cuadragésima ascensión francesa en el Mont Blanc)

Publicado en *L'union bretonne* de Nantes en 1871.

Publicado en *Magasin d'éducation et de Recréation*. Ediciones Hetzel, París, volumen 14, número 166 (6 de diciembre de 1871), páginas 294-303 y número 167 (20 de diciembre de 1871), páginas 327-334.

Por Paul Verne. Incluida en la colección de cuentos *Le Docteur Ox*. Publicada en 1874.

Este texto, que nunca fue acreditado a Julio Verne, fue escrito por su hermano Paul. Sin embargo, Julio hizo una revisión del mismo.

3. *La Traversée de la Manche en 1895.* Por Michel Verne
(La travesía de la Mancha en 1895)

Publicado en *Le Figaro. Supplément littéraire* en París, volumen 14, número 24 (16 de junio de 1888).

Publicado en *La Confiance* en París, volumen 10, número 33 (6

de septiembre de 1888).

La primera edición fue firmada bajo el nombre de Michel Jules Verne, mientras que la segunda fue firmada como M. Jules Verne. Esta historia fue escrita por Michel Verne.

4. *Zigzags à travers la science*. Por Michel Verne
(Zigzagues a través de la ciencia)

Durante el año 1888, Michel Verne escribió nueve artículos científicos publicados en el *Supplément littéraire du Figaro* en París. Estos artículos fueron reproducidos en el *Bulletin de la Société Jules Verne*, número 106, año 1993, páginas 10-42.

5. *Un express de l'avenir*. Por Michel Verne
(Un expreso del futuro)

Publicado en *Le Figaro, supplément littéraire* en París, volumen 14, número 35 (1 de septiembre de 1888).

6. *L'éternel Adam*. Por Michel Verne
(El eterno Adán)

Publicado en *La Revue* de París, volumen 17, número 8 (1 de octubre de 1910), páginas 449-484.

Incluido en la colección de cuentos *Hier et demain*, Ediciones Hetzel, París, 1910.

Está basada en el cuento titulado *Edom* escrito por Julio Verne.

7. *La destinée de Jean Morénas*. Por Michel Verne
(El destino de Juan Morenas)

Incluido en la colección de cuentos *Hier et demain*, Ediciones Hetzel, París, 1910.

Está basado en el cuento *Pierre-Jean* escrito por Julio Verne.

8. *De Rotterdam à Copenhague à bord du yacht à vapeur Saint-Michel*.
(De Rotterdam a Copenhague a bordo del yate a vapor Saint-Michel)

Incluido en *La jangada*, noviembre de 1881.

Nota: Fue escrito por Paul Verne.

Una invernada entre los hielos

Editado por **Ariel Pérez**

Género: Cuento

Año de publicación: 1855

Sinopsis:

Juan Cornbutte, capitán de *La joven audaz*, decide ir con rumbo norte, con el propósito de encontrar a su hijo Luis y a otros miembros de la tripulación de la nave, quienes no habían regresado después de haber emprendido una excursión por el mar. En el viaje lo acompaña la novia de su hijo, María, y un hombre que resultó ser el rival de Luis en el terreno amoroso. Se trataba del primer oficial del barco, André Vasling, el cual sentía un profundo amor por María. Cuando el grupo perdido es encontrado en un lejano lugar al norte, todo lo que quedaba por hacer era sobrevivir al intenso frío y a la rivalidad existente entre los dos hombres.

Capítulo I

El pabellón negro

El párroco de la vieja iglesia de Dunkerque se despertó a las cinco el 12 de mayo de 18..., para decir, siguiendo su costumbre, la primera misa a la que asistían algunos piadosos pescadores.

Revestido de sus hábitos sacerdotales, iba a dirigirse al altar cuando un hombre entró en la sacristía, alegre y asustado a la vez. Era un marino de unos sesenta años, pero todavía vigoroso y sólido, con cara buena y honrada.

—Señor cura — exclamó—, ¡alto ahí, por favor!

—¿Qué le pasa ya tan de mañana, Juan Cornbutte? — replicó el cura.

—¿Qué me pasa?... Unas ganas locas de saltar a su cuello ahora mismo.

—Bueno, después de la misa a la que usted va a asistir.

—¡La misa! — respondió riendo el viejo marino—. ¿Cree que va a decir ahora misa, y que yo se lo permitiré?

—¿Por que no habría de decir misa? — preguntó el cura—, ¡Explíquese! Ya ha sonado el tercer toque de campana...

—Haya sonado o no — contestó Juan Cornbutte—, sonará muchas veces más hoy, señor cura, porque usted me prometió bendecir con sus propias manos el matrimonio de mi hijo Luis y de mi sobrina María.

—¿Es que ha llegado? — preguntó alegremente el cura.

—Está a punto de hacerlo — respondió Cornbutte frotándose las manos—. ¡El vigía ha avistado al alba nuestro *brick*, el mismo que usted bautizó con el hermoso nombre de *La joven audaz*!

—Le felicito de todo corazón, mi buen Cornbutte — dijo el cura despojándose de la casulla y de la estola—. Conozco nuestro pacto. El vicario me sustituirá, y yo estaré a disposición de usted para cuando llegue su querido hijo.

—¡Y yo le prometo que no le hará ayunar mucho tiempo! — respondió el marino—. Las amonestaciones ya fueron hechas por usted mismo, y no tendrá que hacer sino absolverle de los pecados que se pueden cometer entre el cielo y el agua en los mares del norte. Buena idea tuve al querer que la boda se celebrara el mismo día de la llegada y que mi hijo Luis sólo saliera de su *brick* para ir a la iglesia.

—Vamos, pues, a disponerlo todo, Cornbutte.

—Corro a hacerlo, señor cura. ¡Hasta luego!

El marino volvió de prisa a su casa, situada en el muelle del puerto mercante, y desde donde se divisaba el mar del Norte, cosa de la que se mostraba orgulloso.

Juan Cornbutte había amasado alguna fortuna en su trabajo. Después de haber mandado durante largo tiempo los navíos de un rico armador del Havre, se asentó en su villa natal, donde por su propia cuenta hizo construir el *brick La joven audaz*. Tuvo éxito en varios viajes al Norte, y el navío siempre logro vender a buen precio sus cargamentos de madera, de hierro y de alquitrán. Juan Cornbutte cedió entonces el mando a su hijo Luis, valiente marino de treinta años que, según decían todos los capitanes de cabotaje, era el marino más valiente de Dunkerque.

Luis Cornbutte había partido sintiendo un gran cariño por María, la sobrina de su padre, que encontraba muy largos los días de ausencia. María tenía veinte años apenas. Era una hermosa flamenca, con algunas gotas de sangre holandesa en las venas. Su madre la había confiado al morir a su hermano Juan Cornbutte. Por eso el valiente marino la quería como a su propia hija, y veía en la proyectada unión una fuente de auténtica y duradera felicidad.

La llegada del *brick*, señalada a lo largo de los pasos marinos, remataba una importante operación comercial de la que Juan Cornbutte esperaba buenos beneficios. *La joven audaz*, que había salido hacía tres meses, volvía, como último lugar, de Bodoë, en la costa occidental de Noruega, y había realizado rápidamente su viaje.

Al volver al hogar, Juan Cornbutte encontró toda la casa en pie. María, con la frente radiante, se ponía su traje de novia.

—¡Con tal que el *brick* no llegue antes que nosotros! decía.

—Date prisa — respondió Juan Cornbutte—, porque los vientos proceden del norte y *La joven audaz* boga muy bien cuando está en alta mar.

—¿Están avisados nuestros amigos, tío? — preguntó María.

—¡Están avisados!

—¿Y el notario y el cura?

—¡Estate tranquila! Sólo tendremos que esperarte a ti.

En ese momento entró el compadre Clerbaut.

—Bueno, amigo Cornbutte — exclamó, ¡esto sí que es suerte! Tu navío llega precisamente cuando el Gobierno acaba de sacar a subasta la adjudicación de grandes suministros de madera para la marina.

—¿Y a mí qué me importa eso? — respondió Juan Cornbutte—. ¡Es cosa del Gobierno!

—Claro, señor Clerbaut — dijo María—, sólo hay una cosa que nos importa: el regreso de Luis.

—No niego que... — respondió el compadre—. Pero, en fin, esos suministros...

—Y usted vendrá a la boda — replicó Juan Cornbutte que interrumpió al comerciante y le estrecho la mano hasta hacerle daño.

—Esos suministros de madera...

—Y con todos nuestros amigos de tierra y nuestros amigos del mar, Clerbaut, ya he avisado a mi gente, e invitaré a toda la tripulación del *brick*.

—¿E iremos a esperarle a la estacada? — pregunto María.

—Ya lo creo — respondió Juan Cornbutte—. ¡Desfilaremos de dos en dos, con los violines al frente!

Los invitados de Juan Cornbutte llegaron sin tardanza. Aunque fuese muy temprano, nadie faltó a la llamada. Todos felicitaron a porfía al valiente marino, al que apreciaban. Mientras tanto, María, arrodillada, transformaba delante de Dios sus ruegos en agradecimiento. Pronto regresó, hermosa y adornada, a la sala común, y su mejilla fue besada por todas las comadres, su mano vigorosamente estrechada por todos los hombres; luego, Juan Cornbutte dio la señal de partida.

Fue un espectáculo curioso ver aquella jovial tropa tomar el camino del mar cuando el sol se alzaba. La noticia de la llegada del *brick* había circulado por el puerto y muchas cabezas con gorro de dormir se asomaron a las ventanas y a las puertas entreabiertas. Por todas partes llegaba un honesto cumplido o un saludo halagüeño.

La comitiva llegó a la estacada en medio de un concierto de alabanzas y de bendiciones. El tiempo se había puesto magnífico y el sol parecía ser uno más de la partida. Un buen viento del norte hacía espumear las olas, y algunas chalupas de pescadores que se dirigían hacia la salida del puerto surcaban el mar con su rápida estela entre las estacadas.

Las dos escolleras de Dunkerque que prolongan el muelle del puerto se adentran mucho en el mar. Las gentes de la comitiva ocupaban toda la anchura de la escollera del norte, y pronto llegaron a una pequeña casilla situada en su extremo, donde vigilaba el jefe del puerto.

El *brick* de Juan Cornbutte se había vuelto cada vez más visible. El viento refrescaba y *La joven audaz* corría velozmente bajo sus gavias, su mesana, su

cangreja, sus juanetes y sus mastelerillos. La alegría debía reinar evidentemente tanto a bordo como en tierra, Juan Cornbutte, con un catalejo en la mano, respondía alegre a las preguntas de sus amigos.

—¡Ahí viene mi hermoso *brick*! — exclamaba—. ¡Limpio y ordenado como al salir de Dunkerque! ¡Ni una avería! ¡Ni un cordaje de menos!

—¿Ve a su hijo, capitán? — le preguntaban.

—No, todavía no. ¡Estará dedicado a sus tareas!

—¿Por qué no iza su pabellón? — preguntó Clerbaut.

—No lo sé, amigo, pero sin duda tiene un motivo.

—Deme el catalejo, tío — pidió María arrancándole el instrumento de las manos—. Quiero ser la primera en divisarle.

—Pero señorita, ¿qué es mi hijo!

—Hace treinta años que es su hijo — respondió riendo la joven—, ¡y sólo dos que es mi prometido!

La joven audaz era completamente visible. La tripulación ya hacía sus preparativos de fondeo. Las velas altas habían sido cargadas. Podía reconocerse a los marineros que se lanzaban a los aparejos. Pero ni María ni Juan Cornbutte habían podido saludar con la mano todavía al capitán del *brick*.

—¡Ahí está el segundo, André Vasling! — exclamó Clerbaut.

—Y ahí Fidele Misonne, el carpintero de abra — dijo uno de los asistentes.

—¡Y nuestro amigo Penellan! — dijo otro, haciendo una señal al marino así llamado.

La joven audaz sólo se encontraba a tres cables del puerto cuando un pabellón negro ascendió a la punta de la cangreja... ¡Había luto a bordo!

Un sentimiento de terror corrió por todas las almas y asaltó el corazón de la joven novia.

El *brick* llegaba tristemente al puerto, y un silencio glacial reinaba sobre su puente. Pronto pasó la extremidad de la estacada. María, Juan Cornbutte y todos los amigos se precipitaron hacia el muelle en que iba a atracar, y un instante después estaban a bordo.

—¡Hijo mío! — exclamó Juan Cornbutte, que no pudo articular más que estas palabras.

Los marineros del *brick* le mostraron, con la cabeza descubierta, el pabellón de luto.

María lanzó un grito de angustia y cayó en brazos del viejo Cornbutte.

André Vasling había dirigido el regreso de *La joven audaz*; pero Luis Cornbutte, el novio de María, no estaba ya a bordo.

Capítulo II

El proyecto de Juan Cornbutte

Cuando la joven confiada a los cuidados de caritativos amigos hubo abandonado el *brick*, el segundo, André Vasling, informó a Juan Cornbutte

del horrible suceso que le privaba de ver nuevamente a su hijo, y que el diario de a bordo refería en estos términos:

«A la altura del Maelström, el 20 de abril, habiéndose puesto a la capa debido a una gran tempestad y a los vientos del suroeste, divisó señales de socorro que le hacía una goleta bajo el viento. La goleta, que había perdido la mesana, corría hacia el abismo con las velas plegadas. El capitán Luis Cornbutte, viendo al navío encaminarse a una catástrofe inminente, resolvió ir a bordo. A pesar de los ruegos de su tripulación, hizo descender al mar la chalupa y bajó a ella con el marinero Cortrois y el timonel Pierre Nouquet. La tripulación los siguió con la vista hasta el momento en que desaparecieron en medio de la bruma. Llegó la noche. El mar se puso cada vez peor. *La joven audaz*, atraída por las corrientes que rondan por esos parajes, corría el riesgo de ser engullida por el Maelström. Se vio obligada a huir contra el viento. En vano cruzó durante varios días el lugar del siniestro; la chalupa del *brick*, la goleta, el capitán Luis y los dos marineros no volvieron a aparecer. André Vasling reunió entonces a la tripulación, tomó el mando del navío y puso vela hacia Dunkerque»

Después de haber leído este relato, seco como un simple hecho de abordó, Juan Cornbutte lloró largo tiempo y, si tuvo algún consuelo, vino del pensamiento de que su hijo había muerto por querer socorrer a sus semejantes. Luego, el pobre padre abandonó aquel *brick* cuya vista le hacía daño y volvió desolado a su casa.

La triste noticia se difundió inmediatamente por todo Dunkerque. Los numerosos amigos del viejo marino fueron a ofrecerle sus vivas y sinceras condolencias. Luego, los marineros de *La joven audaz* dieron detalles más completos sobre el suceso, y André Vasling hubo de contar a María, en todos sus detalles, la abnegación de su prometido.

Juan Cornbutte reflexionó después de haber llorado, y al día siguiente mismo del fondeo, al ver entrar a André Vasling en su casa, le dijo:

—¿Está completamente seguro, André, de que mi hijo ha perecido?

—Sí, por desgracia, señor — respondió André Vasling.

—¿Hizo usted todas las búsquedas necesarias para encontrarle?

—¡Todas, sin que faltara ninguna, señor Cornbutte! Pero, por desgracia, es demasiado cierto que los dos marineros y él fueron engullidos por el abismo del Maelström.

—¿Le gustaría, André, seguir en el mando como segundo del navío?

—Eso dependerá del capitán, señor Cornbutte.

—El capitán seré yo, André — respondió el viejo marino—. Voy a descargar rápidamente mi navío, a preparar mi tripulación y a correr en busca de mi hijo.

—¡Su hijo ha muerto! — respondió André Vasling insistiendo.

—Es posible, André — replicó con viveza Juan Cornbutte—, pero también es posible que se haya salvado. Quiero registrar todos los puertos de Noruega adonde pudiera haber sido empujado, y cuando tenga la certeza de no volver a

verle jamás, sólo entonces regresaré para morir aquí.

Comprendiendo que esta decisión sería inquebrantable, André Vasling no insistió más y se retiró.

Juan Cornbutte participó inmediatamente a su sobrina su proyecto, y vio brillar alguna luz de esperanza a través de sus lágrimas. Al espíritu de la joven no había llegado aún la idea de que la muerte de su prometido pudiera ser problemática; pero apenas fue lanzada esta nueva esperanza a su corazón, se entregó a ella sin reserva.

El viejo marino decidió que *La joven audaz* se haría al punto a la mar. Aquel *brick*, sólidamente construido, no tenía avería ninguna que reparar. Juan Cornbutte hizo anunciar que si los marineros querían embarcar nuevamente, la composición de la tripulación no se alteraría. Sólo él sustituiría a su hijo en el mando del navío.

Ninguno de los compañeros de Luis Cornbutte faltó a la llamada, y allí había marineros audaces: Alain Turquette, el carpintero Fidele Misonne, el bretón Penellan, que sustituía a Pierre Nouquet como timonel de *La joven audaz*, y luego Gradlin, Aupic, Gervique, marineros valientes y experimentados.

Juan Cornbutte propuso de nuevo a André Vasling que ocupara su puesto a bordo. El segundo del *brick* era un hábil maniobrista, que había pasado su prueba llevando a *La joven audaz* a buen puerto. Sin embargo, no se sabe por qué motivo, André Vasling puso algunas dificultades y pidió tiempo para reflexionar.

—Como usted quiera, André Vasling — respondió Cornbutte—. Recuerde únicamente que si acepta será bienvenido entre nosotros.

Juan Cornbutte tenía un hombre adicto en el bretón Penellan, que durante mucho tiempo había sido compañero de viaje suyo. La pequeña María pasaba, en otro tiempo, las largas veladas de invierno en los brazos del timonel, mientras éste estaba en tierra. Por eso había conservado una amistad de padre hacia ella, que la joven le devolvía con amor filial. Penellan aceleró cuanto pudo el armamento del *brick*, con tanto mayor motivo cuanto que, en su opinión, André Vasling tal vez no había hecha todas las búsquedas posibles para dar con los náufragos, aunque le excusaba por la responsabilidad que sobre él pesaba como capitán.

No habían transcurrido ocho días cuando *La joven audaz* se encontraba presta para hacerse a la mar. En lugar de mercancías, fue completamente aprovisionada de carnes saladas, de galletas, de barriles de harina, de patatas, de cerdo, de vino, de aguardiente, de café, de té, de tabaco.

Se fijó la partida para el 22 de mayo. La noche de la víspera, André Vasling, que aún no había contestado a Juan Cornbutte, se dirigió a su casa. Estaba todavía indeciso y no sabía qué partido tomar.

Juan Cornbutte no se hallaba en casa, aunque la puerta se encontraba abierta. André Vasling penetró en la sala común, que daba al cuarto de la joven, y allí el rumor de una animada conversación sorprendió su oído.

Escuchó atentamente y reconoció las voces de Penellan y de María.

Sin duda, la discusión duraba hacía algún tiempo, porque la joven parecía oponer una inquebrantable firmeza a las observaciones del marino bretón.

—¿Qué edad tiene mi tío Cornbutte? — decía María.

—Unos sesenta años — respondía Penellan.

—¡Y bien!, ¿no va a afrontar él peligros para recuperar a su hijo?

—Nuestro capitán es todavía un hombre robusto — replicaba el marino—. Tiene un cuerpo de roble y músculos duros como un timón de recambio. ¡Por eso no me preocupa nada ver que se hace a la mar!

—Mi buen Penellan — continuó María—, una persona es fuerte cuando ama. Además, tengo plena confianza en el apoyo del cielo. Usted me comprende y me ayudará.

—No — decía Penellan—. Es imposible, María. ¡Quién sabe adónde llegaremos y qué males tendremos que sufrir! ¡Cuántos hombres vigorosos he visto dejar su vida en esos mares!

—Penellan — continuó la joven—, no pasará nada, y si usted me rechaza, pensaré que ya no me quiere.

André Vasling había comprendido la resolución de la joven. Reflexionó un instante y decidió.

—Juan Cornbutte — dijo avanzando hacia el viejo marino que entraba en ese momento—, iré con ustedes. Las causas que me impedían embarcar han desaparecido y puede usted contar con mi dedicación.

—Nunca había dudado de usted, André Vasling — respondió Juan Cornbutte estrechándole la mano—. ¡María, hija! — llamó en voz alta.

María y Penellan aparecieron al punto.

—Aparejamos mañana al alba con la marea baja — dijo el viejo marino—. Mi pobre María, ésta será la última noche que pasemos juntos.

—¡Tío! — exclamó María cayendo en brazos de Juan Cornbutte.

—María, con la ayuda de Dios, te traeré a tu prometido.

—Sí, nosotros encontraremos a Luis — añadió André Vasling.

—¿Es usted entonces de los nuestros? — preguntó vivamente Penellan.

—Si, Penellan, André Vasling será mi segundo — respondió Juan Cornbutte.

—¡Oh, oh! — exclamó el bretón con un aire singular.

—Y sus consejos nos serán útiles, porque es hábil y emprendedor.

—Pero usted nos da cien vueltas, capitán — respondió André Vasling—, porque todavía conserva tanto vigor como saber.

—Bueno, amigos míos, hasta mañana. Vayan a bordo y tomen las últimas disposiciones. ¡Hasta luego, André! ¡Hasta luego, Penellan!

El segundo y el marinero salieron juntos. Juan Cornbutte y María permanecieron juntos. Muchas lágrimas se vertieron durante esa triste velada. Juan Cornbutte, viendo a María tan desolada, decidió adelantar la separación abandonando la casa al día siguiente sin avisarla. Por eso aquella misma noche le dio su último beso, y a las tres de la mañana se levantó.

La partida había atraído a la estacada a todos los amigos del viejo marino. El cura, que debía bendecir la unión de María y de Luis, fue a dar una última bendición al navío. Rudos apretones de mano se intercambiaron en silencio, y Juan Cornbutte subió a bordo.

La tripulación estaba completa. André Vasling dio las últimas órdenes. Se largaron velas y el *brick* se alejó rápidamente con una brisa de noroeste, mientras el cura, de pie en medio de los espectadores arrodillados, ponía el navío entre las manos de Dios.

¿A dónde va ese navío? ¡Sigue la ruta peligrosa por la que se han perdido tantos náufragos! ¡No tiene destino cierto! ¡Debe esperar todos los peligros y saber enfrentarse a ellos sin vacilar! ¡Sólo Dios sabe donde podrá atracar! ¡Que Dios le guíe!

Capítulo III

Destellos de esperanza

En aquella época del año la estación era favorable y la tripulación esperaba llegar pronto al lugar del naufragio.

El plan de Juan Cornbutte se encontraba trazado. Contaba con hacer escala en las islas Feroe, donde el viento del norte podía haber llevado a los náufragos; luego, si se cercioraba de que no habían sido recogidos en ningún puerto de aquellos parajes, debía llevar sus búsquedas más allá del mar del Norte, registrar toda la costa occidental de Noruega, hasta Bodoë, el lugar más cercano al naufragio, y más allá todavía si era preciso.

Contrariamente a la opinión del capitán, André Vasling pensaba que debían explorar primero las costas de Islandia; pero Penellan hizo observar que durante la catástrofe, la borrasca venía del oeste; lo cual, admitiendo la esperanza de que los desventurados no habían sido arrastrados hacia el abismo del Maelström, permitía suponer que fueron empujados a la costa noruega.

Resolvieron por tanto, seguir aquel litoral lo más cerca posible, a fin de reconocer algunas huellas de su paso.

Al día siguiente de la partida, Juan Cornbutte, con la cabeza inclinada sobre un mapa, se hallaba abismado en sus reflexiones cuando una pequeña mano se apoyó en su hombro y una dulce voz le dijo al oído:

—¡Tenga ánimo, tío!

Se volvió y quedó estupefacto. María le rodeaba con sus brazos.

—¡María! ¡Mi hija a bordo! — exclamó.

—La mujer bien puede ir en busca de su marido cuando el padre se embarca para salvar a su hijo.

—¡Desventurada María! ¿Cómo soportarás tú nuestras fatigas? ¿Sabes que tu presencia puede perjudicar nuestra búsqueda?

—No, tío, porque soy fuerte.

—¿Quién sabe dónde seremos arrastrados, María? Mira este mapa. Nos acercamos a estos parajes tan peligrosos, incluso para nosotros los marinos,

curtidos en todas las fatigas del mar. Y tú, débil niña...

—Pero tío, soy de una familia de marineros. ¡Estoy acostumbrada a los relatos de combates y de tempestades! ¡Estoy junto a usted y a mi viejo amigo Penellan!

—¡Penellan! Ha sido él quien te ha escondido a bordo.

—Sí, tío, pero sólo cuando ha visto que yo estaba decidida a hacerlo sin su ayuda.

—¡Penellan! — gritó Juan Cornbutte.

Penellan entró.

—Penellan, lo hecho, hecho, pero recuerda que eres responsable de la existencia de María.

—Esté tranquilo, capitán — respondió Penellan—. La pequeña tiene fuerza y valor, y nos servirá de ángel guardián. Además, capitán, ya conoce usted mi idea: en este mundo todo va del mejor modo posible.

La joven fue instalada en un camarote que los marineros dispusieron para ella en pocos instantes y que hicieron lo más confortable posible.

Ocho días más tarde, *La joven audaz* hacía escala en las Feroe; pero las minuciosas exploraciones no dieron fruto alguno. Ningún náufrago, ningún resto de navío se había recogido en las costas. La noticia misma del suceso era completamente desconocida. El *brick* continuó su viaje, después de diez días de escala, hacia el 10 de junio. El estado de la mar era bueno, los vientos firmes, El navío se vio rápidamente impulsado hacia las costas de Noruega, que exploró sin mejores resultados.

Juan Cornbutte resolvió dirigirse a Bodoë. Tal vez allí sabría el nombre del navío naufragado, en socorro del cual se habían precipitado Luis Cornbutte y sus dos marineros.

El 30 de junio el *brick* fondeaba en ese puerto.

Allí las autoridades entregaron a Juan Cornbutte una botella encontrada en la costa y que contenía el siguiente documento:

Este 2 de abril, a bordo del Froërn, después de haber sido abordados por la chalupa de *La joven audaz*, somos arrastrados por las corrientes hacia los hielos. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

El primer impulso de Juan Cornbutte fue dar gracias al cielo. ¡Se encontraba tras las huellas de su hijo! El Froërn era una goleta noruega de la que hacía tiempo no se tenían noticias, pero que, evidentemente, había sido arrastrada hacia el norte.

No había tiempo que perder. *La joven audaz* fue preparada para afrontar los peligros de los mares polares. Fidele Misonne, el carpintero, la inspeccionó escrupulosamente y aseguró que su sólida construcción podría resistir el choque de los témpanos.

Gracias a las recomendaciones de Penellan, que ya había hecho la pesca de la ballena en los mares árticos, embarcaron a bordo mantas de lana, ropas de pieles, numerosos mocasines de piel de foca y madera necesaria para la fabricación de trineos destinados a correr por las llanuras de hielos.

Aumentaron en gran proporción las provisiones de alcohol y de carbón de tierra, porque era posible que tuvieran que invernar en algún punto de la costa groenlandesa. Asimismo, a precio caro y con gran esfuerzo, consiguieron cierta cantidad de limones, destinados a prevenir o curar el escorbuto, esa terrible enfermedad que diezma las tripulaciones en las regiones heladas. Todas las provisiones de viandas saladas, de galletas, de alcohol, aumentadas en prudente medida, comenzaron a llenar una parte de la cala del *brick*, porque el pañol no daba abasto. Asimismo se proveyeron de una gran cantidad de pernmican, preparación india que concentra muchos elementos nutritivos en un pequeño volumen.

Por orden de Juan Cornbutte se embarcaron a bordo de *La joven audaz* sierras destinadas a cortar los campos de hielo, así como picos y cuñas aptas para separarlos. El capitán dejó, para cuando llegasen a la costa groenlandesa, la tarea de comprar los perros necesarios para el tiro de los trineos.

Toda la tripulación se entregó a estos preparativos y desplegó gran actividad. Los marineros Aupic, Gervique y Gradlin seguían con diligencia los consejos del timonel Penellan, que desde ese momento les indujo a no acostumbrarse a las ropas de lana, aunque la temperatura ya fuera baja en aquellas latitudes, situadas por encima del círculo polar.

Sin decir nada, Penellan observaba las menores acciones de André Vasling. Aquel hombre, holandés de origen, venía de no se sabe dónde, y, aunque buen marino, había hecho sólo dos viajes a bordo de *La joven audaz*. Penellan no podía reprocharle nada todavía, salvo ser demasiado solícito con María, pero le vigilaba de cerca.

Gracias a la actividad de la tripulación, el *brick* estuvo armado hacia el primero de julio, quince días después de su llegada a Bodoë. Era la época favorable para intentar exploraciones en los mares árticos; el deshielo venía produciéndose hacia dos meses y las búsquedas podían realizarse más al norte. *La joven audaz* aparejó y se dirigió hacia el cabo Brewster, situado en la costa oriental de Groenlandia, a setenta grados de latitud.

Capítulo IV

En los pasos

Hacia el 23 de julio, un reflejo elevado sobre el mar anunció los primeros bancos de hielos que, saliendo entonces del estrecho de Davis, se precipitaban al océano. A partir de este momento, se recomendó a los vigías una vigilancia muy activa, porque era importante no chocar con aquellas masas enormes.

La tripulación fue dividida en dos guardias; la primera estaba compuesta por Fidele Misonne, Gradlin y Gervique; la segunda, por André Vasling, Aupic y Penellan. Estas guardias no debían durar más de dos horas, porque bajo esas frías regiones la fuerza del hombre queda disminuida en la mitad. Aunque *La joven audaz* sólo estuviese todavía a setenta y tres grados de latitud, el termómetro ya marcaba nueve grados centígrados bajo cero.

Con frecuencia caían la lluvia y la nieve en abundancia. Durante los claros, cuando el viento no soplabá con demasiada violencia, María permanecía en el puente, y sus ojos se acostumbraban a las rudas escenas de los mares polares.

El primero de agosto se paseaba por la popa del *brick* y hablaba con su tío, André Vasling y Penellan. *La joven audaz* entraba entonces en un paso de tres millas de ancho, por el que hileras de témpanos rotos bajaban rápidamente hacia el sur.

—¿Cuándo divisaremos la tierra? — preguntó la joven.

—Dentro de tres o cuatro días a más tardar — respondió Juan Cornbutte.

—¿Pero encontraremos en ella nuevos indicios del paso de mi pobre Luis?

—¿Tal vez, hija mía, pero mucho me temo que aun estemos lejos del término de nuestro viaje? Hemos de temer que el Froöern haya sido arrastrado más al norte.

—Así debe ser — añadió André Vasling—, porque la borrasca que nos separó del navío noruego duró tres días, y en tres días un navío hace mucho camino cuando está averiado al no poder resistir el empuje del viento.

—Permítame decirle, señor Vasling — respondió Penellan—, que fue en el mes de abril, que el deshielo no había comenzado entonces y que, por consiguiente, el Froöern debió ser detenido pronto por los hielos...

—Y sin duda se rompió en mil pedazos — respondió el segundo—, puesto que su tripulación ya no podía maniobrar.

—Pero esas llanuras de hielos — dijo Penellan — le ofrecían un medio fácil de alcanzar tierra, de la que no podía estar muy lejos.

—¡Esperémoslo! — dijo Juan Cornbutte interrumpiendo una discusión que se renovaba todos los días entre el segundo y el timonel—. Creo que veremos tierra dentro de poco.

—¡Ahí está! — exclamó María—. Miren esas montañas.

—No, hija mía — respondió Juan Cornbutte—. Son montañas de hielo, las primeras que encontramos. Nos aplastarían como si fuésemos gusanos si nos dejáramos atrapar entre ellas. Penellan y Vasling, vigilen la maniobra.

Aquellas masas flotantes que, en número superior a cincuenta, aparecían entonces en el horizonte se acercaron poco a poco al *brick*. Penellan tomó el gobernalle, y Juan Cornbutte, subido en las barras del juanete de proa, indicó la ruta a seguir.

Hacia el atardecer, el *brick* estaba completamente metido en aquellos escollos movedizos, cuya fuerza de aplastamiento es irresistible. Se trataba entonces de atravesar aquella flota de montañas porque la prudencia ordenaba avanzar. Otra dificultad se añadía a estos peligros: no podía comprobarse con utilidad la dirección del navío, pues todos los puntos circundantes se desplazaban sin cesar y no ofrecían ninguna perspectiva estable. La oscuridad aumentó al punto con la bruma. María bajó a su camarote y, por orden del capitán, los ocho hombres de la tripulación tuvieron que permanecer en el puente. Estaban armados con largos bicheros provistos de puntas de hierro para preservar al navío del choque de los hielos.

La joven audaz entró al punto en un paso tan estrecho que a menudo la extremidad de sus vergas era rozada por las montañas a la deriva; sus botalones tuvieron que ser metidos. Se vieron obligados incluso a orientar la gran verga hasta rozar los obenques. Por suerte, esta medida no hizo perder al brick nada de su velocidad, porque el viento sólo podía alcanzar las velas superiores, y éstas bastaron para empujarlo con rapidez. Gracias a la finura de su casco, se hundió en aquellos valles que llenaban torbellinos de lluvia, mientras los témpanos chocaban entre sí con siniestros crujidos.

Juan Cornbutte bajó al puente. Sus miradas no podían taladrar las tinieblas circundantes. Fue necesario cargar las velas altas porque el navío amenazaba con chocar y en tal caso hubiera estado perdido.

—¡Maldito viaje! — gruñía André Vasling en medio de los marineros de proa que, con el bichero en la mano, evitaban los choques más amenazadores.

—Lo cierto es que si salimos de ésta, deberemos colocar una vela a Nuestra Señora de los Hielos —dijo Aupic.

—¡Quién sabe la cantidad de montañas flotantes que todavía nos queda por atravesar! — añadió el segundo.

—¡Y quién sabe lo que encontraremos tras ellas! — exclamó el marinero.

—No hables tanto, charlatán — dijo Gervique—, y vigila tu lado. ¡Cuándo hayamos pasado será el momento de refunfuñar! ¡Ten cuidado con el bichero!

En aquel momento, un enorme bloque de hielo, introducido en el estrecho paso que seguía *La joven audaz*, se deslizaba rápidamente a contraborda; parecía imposible evitarlo porque obstaculizaba toda la anchura del canal y el brick se encontraba en la imposibilidad de virar.

—¿Sientes el timón? — preguntó Juan Cornbutte a Penellan.

—¡No, capitán! ¡El navío ya no gobierna!

—¡Vamos, muchachos! — grito el capitán a su tripulación—. No tengan miedo y apoyen con fuerza sus bicheros contra la borda.

El bloque tenía sesenta pies de alto aproximadamente, y si se lanzaba contra el brick, éste quedaría destrozado. Hubo un indefinible momento de angustia, y la tripulación se echó hacia atrás, abandonando su puesto a pesar de las órdenes del capitán.

Pero en el momento en que el bloque estaba sólo a medio cable de *La joven audaz*, se dejó oír un ruido sordo y una verdadera tromba de agua cayó primero sobre la proa del navío, que se elevó luego en el lomo de una ola enorme.

Todos los marineros lanzaron un grito de terror; pero cuando sus miradas se dirigieron hacia proa, el bloque había desaparecido. El paso estaba libre y, más allá, una inmensa llanura blanca, iluminada por los últimos rayos del día, aseguraba una navegación fácil.

—¡Todo en este mundo va del mejor modo! — exclamó Penellan—. ¡Orientemos nuestras gavias y nuestra mesana!

Acababa de producirse un fenómeno muy común en estos parajes, Cuando esas masas flotantes se despegan unas de otras en la época del deshielo, bogan

en un equilibrio perfecto; pero al llegar al océano, donde el agua es relativamente más caliente, no tardan en minarse por la base, que se derrite poco a poco y que, además, es sacudida por el choque de otros témpanos, llega, pues, un momento en que el centro de gravedad de esas masas se encuentra desplazado, y entonces se dan la vuelta desmoronándose por completo. Si aquel bloque se hubiera dado la vuelta dos minutos más tarde se habría precipitado sobre el *brick* destrozándolo en su caída.

Capítulo V

La isla Liverpool

El *brick* bogaba entonces por un mar casi completamente libre. Sólo en el horizonte una luz blancuzca, sin movimiento en esta ocasión, indicaba la presencia de llanuras inmóviles.

Juan Cornbutte seguía dirigiéndose hacia el cabo Brewster y se acercaba a regiones donde la temperatura es excesivamente fría porque los rayos del sol no llegan sino muy debilitados debido a su oblicuidad

El 3 de agosto el *brick* volvió a encontrarse en presencia de hielos inmóviles y unidos entre sí. Los pasos no tenían a menudo más que un cable de anchura, y *La joven audaz* se veía forzada a dar mil rodeos que a veces la colocaban contra el viento.

Penellan se ocupaba con una solicitud paternal de María, y a pesar del frío, la obligaba a subir todos los días para pasear dos o tres horas por el puente, porque el ejercicio se convertía en una de las condiciones indispensables de la salud.

Por otro lado, el valor de María no se debilitaba. Alentaba incluso a los marineros del *brick* con sus palabras, y todos sentían por ella verdadera adoración, André Vasling se mostraba más solícito que nunca y buscaba todas las ocasiones para hablar con ella; pero la joven, por una especie de presentimiento, no acogía sus servicios más que con cierta frialdad. Fácilmente se comprenderá que el futuro, más que el presente, era el objeto de las conversaciones de André Vasling, que no ocultaba las pocas probabilidades que ofrecía el salvamento de los náufragos. Él pensaba que su pérdida era ahora un hecho confirmado y que la joven debía poner en manos de algún otro el cuidado de su existencia.

Sin embargo, María no había comprendido todavía los proyectos de André Vasling, porque, para gran disgusto de este último, estas conversaciones no se prolongaban mucho. Penellan siempre encontraba un medio de intervenir y destruir el efecto de las conversaciones de André Vasling con las palabras de esperanza que dejaba escapar de sus labios.

Por lo demás, María no permaneció sin hacer nada. Siguiendo los consejos del timonel, preparó sus ropas de invierno, y fue preciso cambiar por entero su vestimenta. El corte de sus vestidos de mujer no era apropiado para aquellas latitudes frías. Se hizo, por tanto, una especie de pantalón de piel, cuyos pies

estaban guarnecidos de piel de foca, y sus estrechas faldas sólo le llegaban a media pantorrilla a fin de que no estuvieran en contacto con las capas de nieve con que el invierno iba a cubrir las llanuras de hielo. Una capa de piel, estrechada por la cintura y provista de un capuchón, le protegía la parte superior del cuerpo.

En el intervalo de sus trabajos, los hombres de la tripulación se confeccionaron también ropas capaces de resguardarles del frío. Hicieron gran cantidad de botas altas de piel de foca, que debían permitirles atravesar impunemente las nieves durante sus viajes de exploración. De este modo, trabajaron todo el tiempo que duró esta navegación por los pasos.

André Vasling, tirador muy diestro, abatió varias veces aves acuáticas, cuyas numerosas bandas daban vueltas al navío. Una especie de *eiderruks* y de *ptarmigans*, proporcionaron a la tripulación una carne excelente que les permitió descansar de las carnes saladas.

Al fin el *brick*, tras mil rodeos, llegó a la vista del cabo de Brewster. Echaron al mar una chalupa. Juan Cornbutte y Penellan ganaron la costa, que estaba absolutamente desierta.

En seguida, el *brick* se dirigió a la isla de Liverpool, descubierta en 1821 por el capitán Scoresby, y la tripulación lanzó gritos de júbilo al ver a los nativos acudir a la playa. Pronto se estableció comunicación entre ellos, gracias a algunas palabras que Penellan conocía de su lengua y a algunas frases usuales que ellos mismos habían aprendido de los balleneros que frecuentaban estos parajes.

Aquellos groenlandeses eran pequeños y regordetes, su estatura no pasaba de los cuatro pies y diez pulgadas; tenían la tez rojiza, la cara redonda y la frente baja; su pelo, liso y negro, les caía sobre la espalda; sus dientes estaban estropeados, y parecían afectados por esa especie de lepra particular de las tribus ictiófagas.

A cambio de trozos de hierro y de cobre, por los que sienten gran avidez, aquellas pobres gentes entregaban pieles de oso, pieles de becerros marinos, de perros marinos, de lobos marinos y de todos esos animales generalmente comprendidos bajo el nombre de focas. Juan Cornbutte obtuvo a muy bajo precio todas estas pieles que iban a resultarle de gran utilidad.

El capitán hizo comprender entonces a los nativos que estaba buscando un navío naufragado y les preguntó si no tenían alguna noticia de él. Uno de ellos trazó inmediatamente sobre la nieve una especie de navío e indicó que un barco de aquella clase había sido arrastrado, hacía tres meses, en dirección norte; indicó también que el deshielo y la ruptura de los campos de hielos les habían impedido salir en su búsqueda, y, en efecto, sus piraguas, muy ligeras, que maniobraban con pagayas, no podían afrontar el mar en aquellas condiciones.

Aunque imperfectas, estas noticias devolvieron la esperanza al corazón de los marineros, y a Juan Cornbutte no le costó ningún esfuerzo adentrarlos en el mar polar.

Antes de abandonar la isla de Liverpool, el capitán compró un tiro de seis perros esquimales, que pronto se aclimataron a bordo. El navío levó anclas el 10 de agosto por la mañana y con una fuerte brisa se hundió en los pasos del norte.

Aun no habían llegado a los días más largos del año, es decir, bajo esas elevadas latitudes, el sol, que no se ponía, alcanzaba el punto más alto de las espirales que describía por encima del horizonte.

Esta ausencia total de noche no era, sin embargo, muy sensible, porque la bruma, la lluvia y la nieve rodeaban a veces al navío entre verdaderas tinieblas.

Decidido a ir lo más adelante que pudiese, Juan Cornbutte comenzó a tomar medidas de higiene. El entrepuente fue cerrado por completo y por la mañana se preocuparon de renovar el aire mediante corrientes. Se instalaron estufas, y los tubos se dispusieron de tal forma que dieran el mayor calor posible. Se recomendó a los hombres de la tripulación que no llevaran más que una camisa de lana encima de su camisa de algodón, y que cerrasen herméticamente su casaca de piel. Por lo demás, todavía no encendieron las calderas, porque importaba reservar las provisiones de madera y de carbón para los grandes fríos.

Regularmente se distribuyeron a los marineros, mañana y tarde, bebidas calientes, como el café y el té, y corno era útil alimentarse de carnes, se dedicaron a la caza de patos y cercetas, que abundan en esos parajes.

También en la cima del mástil mayor instaló Juan Cornbutte un «nido de cornejas», especie de tonel hundido por un extremo, en el que siempre había un vigía para observar las llanuras de hielo.

Dos días después que el *brick* hubiera perdido de vista la isla de Liverpool, la temperatura refrescó súbitamente bajo la influencia de un viento seco. Se percibieron algunos indicios del invierno, *La joven audaz* no tenía un momento que perder, porque pronto la ruta debía quedar absolutamente cerrada. Avanzó, pues, a través de los pasos que dejaban entre sí unas llanuras que tenían hasta treinta pies² de espesor.

En la mañana del 3 de septiembre, *La joven audaz* llegó a la altura de la bahía de Gaël—Hamkes. La tierra se encontraba entonces a treinta millas a sotavento. Aquella fue la primera vez que el *brick* se detuvo ante un banco de hielo que no le ofrecía ningún paso y que medía por lo menos una milla de ancho. Hubieron de emplear, por tanto, las sierras para cortar el hielo. Penellan, Aupic, Gradlin y Turquette se dedicaron al trabajo con aquellas sierras, que se habían instalado fuera del navío. El trazado de los cortes se hizo de tal modo que la corriente pudo llevarse los hielos desgajados del banco. Toda la tripulación reunida tardó casi veinte horas en aquella tarea. Los hombres hacían terribles esfuerzos para mantenerse sobre el hielo; con frecuencia se veían forzados a meterse en el agua hasta la cintura, y sus ropas de piel de foca no les preservaban sino muy imperfectamente de la humedad.

Por otro lado, bajo estas elevadas latitudes, todo trabajo excesivo muy

pronto va seguido de una fatiga absoluta, porque falta la respiración y el más robusto se ve obligado a detenerse con frecuencia.

Por último, pudieron navegar libremente y el *brick* fue remolcado al otro lado del banco que durante tanto tiempo le había retenido.

Capítulo VI

El terremoto de hielos

Todavía durante algunos días, *La joven audaz* luchó contra obstáculos difíciles de superar. La tripulación tuvo casi siempre la sierra en la mano y a veces, incluso, se vio obligada a emplear la pólvora para hacer saltar los enormes bloques de hielo que cortaban el camino.

El 12 de septiembre el mar no pareció ya más que una llanura sólida, sin salida, sin paso, que rodeaba al navío por todos lados, de suerte que no podía avanzar ni retroceder. La temperatura media se mantenía en dieciséis grados bajo cero. Había llegado, por tanto, el momento de la invernada, y la estación de invierno venía con sus sufrimientos y sus peligros.

La joven audaz se encontraba entonces, aproximadamente, a 21° de longitud oeste y a 76° de latitud norte, a la entrada de la bahía de Gaël—Hamkes.

Juan Cornbutte hizo sus primeros preparativos de invernada. Ante todo, se ocupó de encontrar una caleta cuya posición pusiera el navío al abrigo de las ráfagas de viento y de los grandes deshielos. La tierra, que debía estar a una decena de millas al oeste, era la única que podía ofrecer abrigo seguro, y por eso decidió salir de exploración.

El 12 de septiembre se puso en marcha acompañado de André Vasling, de Penellan y de dos marineros, Gradlin y Turquette. Todos llevaban provisiones para dos días, porque no era probable que su excursión se prolongase más, e iban provistos de pieles de búfalo sobre las que debían acostarse.

La nieve, que había caído en gran abundancia, y cuya superficie no estaba helada, les retrasó considerablemente. A menudo se hundían hasta la cintura, y debían avanzar con extremada prudencia si no querían caer en las hendiduras. Penellan, que marchaba en cabeza, sondaba con mucho cuidado cada depresión del suelo mediante su bastón herrado.

Hacia las cinco de la tarde, la bruma comenzó a espesarse y el grupo hubo de detenerse. Penellan se ocupó de buscar un témpano que pudiera abrigarlos del viento, y después de haber descansado algo, lamentando no disponer de ninguna bebida caliente, extendieron su piel de búfalo sobre la nieve, se envolvieron en ella, se apretaron unos contra otros el sueño pronto dominó sobre la fatiga.

Al día siguiente por la mañana, Juan Cornbutte y sus compañeros estaban sepultados bajo una capa de nieve de más de un pie de espesor. Por suerte, sus pieles, perfectamente impermeables, los habían preservado, y aquella nieve había contribuido incluso a conservar el calor de los cuerpos al impedirle salir

fuera.

Juan Cornbutte dio al punto la señal de partida y hacia mediodía sus compañeros y él divisaron por fin la costa, que al principio les costó distinguir. Algunos bloques de hielos, cortados perpendicularmente, se alzaban en la orilla; sus variadas cimas, de todas las formas y de todos los tamaños, reproducían en grande los fenómenos de la cristalización. Miradas de pájaros acuáticos echaron a volar al acercarse los expedicionarios, y las focas, que se habían tumbado perezosamente sobre el hielo, se zambulleron deprisa.

—Palabra que no nos faltarán pieles ni caza — dijo Penellan.

—Esos animales parecen haber recibido ya la visita de los hombres — respondió Juan Cornbutte—, porque en estos parajes completamente deshabitados no deberían mostrar tanto miedo.

—Sólo los groenlandeses frecuentan estas tierras — replicó André Vasling.

—No veo, sin embargo, ninguna huella de su paso; ni el menor campamento ni la menor choza — respondió Penellan, trepando a un pico elevado—. ¡Eh capitán! — gritó—. ¡Venga! Diviso una punta de tierra que nos librará de los vientos del nordeste.

—¡Por aquí, hijos míos! — dijo Juan Cornbutte.

Sus compañeros le siguieron, y pronto todos se unieron a Penellan. El marinero había dicho la verdad. Una punta de tierra bastante elevada avanzaba como un promontorio, y, curvándose hacia la costa, formaba una pequeña bahía de una milla de profundidad como máximo. Algunos hielos móviles, rotos por aquella punta, flotaban en el medio, y la mar, abrigada de los vientos más fríos, aun no estaba completamente helada.

Aquel lugar resultaba excelente para la invernada. Sólo quedaba llevar el navío hasta allí. Ahora bien, Juan Cornbutte observó que la llanura de hielo lindante era de gran espesor, y parecía muy difícil, entonces, abrir un canal para conducir el *brick* a su destino. Por tanto había que buscar alguna otra cala; pero resultó vano que Juan Cornbutte se adelantara hacia el norte. La costa seguía recta y abrupta en una gran longitud, y más allá de la punta se encontraba directamente expuesta a las ráfagas de viento del este. Esta circunstancia desconcertó al capitán, sobre todo cuando André Vasling le hizo ver, apoyándose en razones perentorias, lo mala que era la situación. A Penellan le costó mucho esfuerzo convencerse a sí mismo que, en aquélla coyuntura, las quejas se hacían con la mejor voluntad.

Por lo tanto, el *brick* no tenía posibilidades de encontrar un lugar de invernada más que en la parte meridional de la costa. Suponía volver atrás, pero no había motivo para titubeos. El pequeño grupo reemprendió el camino hacia el navío, y camino rápidamente porque los víveres comenzaban a escasear. A lo largo de la ruta, Juan Cornbutte buscó algún paso que fuese practicable, o al menos alguna fisura que permitiese cavar un canal a través de la llanura de hielo, pero todo fue en vano.

Hacia el atardecer, los marinos llegaron junto al témpano donde habían

acampado la noche anterior. La jornada había transcurrido sin nieve, y aun pudieron reconocer la huella de sus cuerpos sobre el hielo. Todo estaba dispuesto, pues, para acostarse, y se tumbaron sobre sus pieles de búfalo.

Muy contrariado por el fracaso de su exploración, Penellan dormía bastante mal cuando, en un momento de insomnio, su atención fue atraída por un fragor sordo. Prestó atención al ruido, y el fragor le pareció tan extraño que dio con el codo a Juan Cornbutte.

—¿Qué pasa? — pregunto este que, según la costumbre del marino, hizo despertar su inteligencia tan rápidamente como el cuerpo.

—¡Escuche, capitán! — respondió Penellan.

El ruido aumentaba con una violencia sensible.

—¡En una latitud tan elevada no puede ser el trueno! — dijo Juan. Cornbutte levantándose.

—Creo más bien que tenemos que vérnoslas con una manada de osos blancos — respondió Penellan.

—¡Diablo!, sin embargo todavía no los hemos visto.

—Antes o después — respondió Penellan — teníamos que encontrárnoslos. Empecemos por recibirlos bien.

Armado con un fusil, Penellan escaló con rapidez el bloque que les abrigaba. Como la oscuridad era muy espesa y el cielo estaba cubierto, no pudo descubrir nada; pero un nuevo incidente le demostró pronto que la causa del ruido no venía de los alrededores. Juan Cornbutte se le unió, y con espanto observaron que aquel fragor, cuya intensidad despertó a sus compañeros, se producía bajo sus pies.

Un peligro de una nueva especie llegaba amenazador. Al ruido, que pronto se parecía a los estallidos del trueno, se unió un movimiento de ondulación muy pronunciado del campo de hielo. Varios marineros perdieron el equilibrio y cayeron.

—¡Cuidado! — gritó Penellan.

—¡Sí! —le respondieron.

—¡Turquette! ¡Gradlin!, ¿dónde están?

—Aquí estoy — respondió Turquette, agitando la nieve que ya le cubría.

—Por aquí, Vasling — gritó Juan Cornbutte al segundo—. ¿Y Gradlin?

—¡Presente, capitán! ... ¡Pero estamos perdidos! — exclamó Gradlin aterrado.

—No — dijo Penellan—, tal vez nos hayamos salvado.

Apenas acababa de decir estas palabras cuando se dejó oír un crujido espantoso. La llanura de hielo se quebró por todas partes y los hombres hubieron de aferrarse al bloque que oscilaba junto a ellos. A pesar de las palabras del timonel, se encontraban en una posición excesivamente peligrosa, porque se había producido un terremoto. Los témpanos acababan de «levar anclas», según la expresión de los marineros. ¡El movimiento duró cerca de dos minutos, y era de temer que una grieta se abriese bajo los pies mismos de los desventurados marineros! Por eso esperaron el día en medio de un temor

continuo, porque, so pena de perecer, no podían aventurarse a dar un paso. Permanecieron tumbados cuan largos eran para evitar ser engullidos.

A las primeras luces del día, a sus ojos se ofreció un cuadro completamente extraño. La vasta llanura, unida la víspera, se hallaba rota en mil puntos, y las olas levantadas por aquella conmoción submarina, habían quebrado la espesa capa que las recubría.

La idea de su *brick* vino a la mente de Juan Cornbutte.

—¡Mi pobre navío! — exclamó—. ¡Debe estar perdido!

La más sombría de las desesperanzas comenzó a pintarse en el rostro de sus compañeros. La pérdida del navío entrañaba inevitablemente una muerte próxima.

—¡Valor, amigos míos! — continuó Penellan—. Piensen que el terremoto de esta noche nos ha abierto a través de los hielos un camino que permitirá llevar nuestro *brick* a la bahía de invernada. ¡Miren, no me equivoco! Ahí tienen a *La joven audaz*, que se ha acercado una milla hasta nosotros.

Todos se precipitaron hacia adelante, y con tanta imprudencia que Turquette resbaló en una fisura y habría perecido irremediablemente si Juan Cornbutte no le hubiera agarrado por el capuchón. Se libró así de la muerte, recibiendo sólo un baño algo frío.

Efectivamente, el *brick* flotaba a dos millas de distancia. Después de esfuerzos infinitos, la pequeña tropa lo alcanzó. El *brick* estaba en buen estado; pero su gobernalle, que habían olvidado quitar, se encontraba roto por los hielos.

Capítulo VII

La instalación para la invernada

Penellan tenía razón una vez más; todo salía del mejor modo posible, y aquel terremoto de hielos había abierto al navío una ruta practicable hasta la bahía. Los marinos no tuvieron más que disponer hábilmente de las corrientes para dirigir por ellas los témpanos y seguir así una ruta.

El 19 de septiembre el *brick* quedó, por fin, fijado, con dos cables a tierra, en su bahía de invernada, y sólidamente anclado en un buen fondo. A partir del día siguiente, el hielo se había formado ya alrededor de su casco; pronto se volvió lo bastante fuerte para soportar el peso de un hombre, y la comunicación pudo establecerse de modo directo con la tierra.

Según la costumbre de los navegantes árticos, el aparejo permaneció tal como estaba; las velas fueron cuidadosamente plegadas sobre las vergas y metidas en su funda, y el nido de cornejas se quedó en su sitio, tanto para permitir observar a lo lejos corno para atraer la atención sobre el navío.

El sol ya apenas se levantaba por encima del horizonte. Desde el solsticio de junio, las espirales que había descrito eran cada vez más bajas, y no tardaría en desaparecer del todo.

La tripulación se apresuró a hacer sus preparativos. Penellan fue el gran

ordenador de ellos. Pronto el hielo se espesó alrededor del navío, y era de temer que su presión resultase peligrosa; pero Penellan esperó a que, debido al vaivén de los témpanos flotantes y a su adherencia, hubiera alcanzado una veintena de pies de espesor; entonces le hizo cortar a bisel alrededor del casco, de modo que, por debajo del navío, cuya forma tomó, estuviese unido; enclavado en un lecho, el *brick* no tenía que temer, a partir de entonces, la presión de los hielos, que no podían hacer ningún movimiento.

Los tripulantes alzaron luego a lo largo de las cintas, y hasta la altura de las bordas, una muralla de cinco a seis pies de espesor que no tardó en endurecerse como una roca. Esta envoltura no permitía irradiar fuera el calor interior. Un toldo de lona, recubierto de pieles y herméticamente cerrado fue tendido a lo largo del puente y formó una especie de paseo cubierto para la tripulación.

Asimismo, en tierra construyeron un almacén con paredes de hielo, en el que amontonaron los objetos que atestaban el navío. Los tabiques de los camarotes fueron desmontados de modo que formaran una vasta habitación tanto a proa como a popa. Esta pieza única era, además, más fácil de calentar, porque el hielo y la humedad encontraban menos rincones donde esconderse. Al mismo tiempo se podía airear sin dificultad mediante mangas de lona que se abrían por fuera.

Todos desplegaron una actividad extrema en estos diversos preparativos, y, hacia el 25 de septiembre, quedaron completamente terminados. André Vasling no se había mostrado el menos hábil en estas diversas instalaciones. Desplegó, sobre todo, una solicitud excesiva ocupándose de la joven, y aunque ésta, solo preocupada por su pobre Luis, no se dio cuenta, Juan Cornbutte comprendió pronto lo que pasaba. Habló de ello con Penellan; recordó varias circunstancias que le iluminaron por completo sobre las intenciones de su segundo; André Vasling amaba a María y esperaba pedírsela a su tío cuando ya no estuviera permitido dudar de la muerte de los náufragos: entonces volverían a Dunkerque y André Vasling se quedaría muy satisfecho casándose con una muchacha hermosa y rica, ya que entonces sería la única heredera de Juan Cornbutte.

Pero, en su impaciencia, André Vasling careció a menudo de habilidad; en varias ocasiones había declarado inútiles las búsquedas emprendidas para encontrar a los náufragos, y a menudo un nuevo indicio venía a darle un mentís, que Penellan hacía resaltar con renovado placer. Por eso el segundo detestaba cordialmente al timonel, odio que Penellan le devolvía con creces. Este sólo temía una cosa: que André Vasling llegase a sembrar algún germen de discordia en la tripulación, e indujo a Juan Cornbutte a responderle con evasivas cuando llegase el momento.

Todos debieron hacer cada día un ejercicio saludable y no exponerse sin movimiento a la temperatura, porque con fríos de treinta grados bajo cero podía ocurrir que alguna parte del cuerpo se helase súbitamente. En este caso, había que recurrir a fricciones de nieve, las únicas que podían salvar la parte

afectada.

Penellán recomendó también el uso de abluciones frías todas las mañanas. Se necesitaba cierto valor para meter las manos y la cara en la nieve, que hacían deshelar en el interior del barco. Pero Penellán dio valientemente el ejemplo, y María no fue la última en imitarle.

Tampoco olvidó Juan Cornbutte las lecturas y las oraciones, porque se trataba de no dejar sitio en el corazón para la desesperación o el aburrimiento. No hay nada más peligroso en estas latitudes desoladas.

El cielo, siempre sombrío, llenaba el alma de tristeza, Una nieve espesa, azotada por vientos violentos, se sumaba al horror habitual. El sol iba a desaparecer pronto, Si las nubes no se hubieran amontonado encima de los navegantes, habrían podido gozar de la luz de la luna, que durante esa larga noche de los Polos iba a convertirse realmente en su sol; pero con aquellos vientos del oeste, la nieve no cesó de caer. Todas las mañanas había que barrer los alrededores del navío y cortar de nuevo en el hielo una escalera que permitirse bajar a la llanura. Lo conseguían fácilmente con los cuchillos para nieve; una vez tallados los escalones, echaban en su superficie un poco de agua y se endurecía en seguida.

También hizo cavar Penellán un agujero en el hielo, no lejos del navío. Cada día rompían la nueva corteza que se formaba en la parte superior, y el agua que de allí sacaban a cierta profundidad estaba menos fría que en la superficie.

Todos estos preparativos duraron unas tres semanas. Después trataron de proseguir las búsquedas. El navío estaba aprisionado para seis o siete meses y sólo el próximo deshielo podía abrirle una nueva ruta a través de los hielos. Por tanto tenían que aprovechar aquella inmovilidad forzosa para dirigir exploraciones hacia el norte.

Capítulo VIII

Plan de exploración

El 9 de octubre Juan Cornbutte mantuvo consejo para trazar el plan de operaciones, y al fin de que la solidaridad aumentara el celo y valor de cada uno, admitió en la asamblea a toda la tripulación. Con el mapa en la mano, expuso con claridad la situación presente.

El lado oriental de Groenlandia avanza perpendicularmente hacia el norte. Los descubrimientos de los navegantes han proporcionado el límite exacto de estos parajes. En ese espacio de cinco leguas que separa, Groenlandia de Spitzberg, aun no se había explorado ninguna tierra. Una sola isla, la isla Shannon, se encontraba a un centenar de millas al norte de la bahía de Gael-Hamkes, donde iba a invernar *La joven audaz*.

Por tanto, si el navío noruego, según todas las probabilidades, había sido arrastrado en aquella dirección, suponiendo que no hubiera logrado alcanzar la isla Shannon, Luis Cornbutte y los naufragos habían debido buscar asilo allí para el invierno.

Prevaleció esta opinión, a pesar de la oposición de André Vasling, y se decidió que dirigirían, las exploraciones al lado de la isla Shannon.

Inmediatamente se iniciaron los preparativos. En la costa de Noruega se habían procurado un trineo hecho a la manera de los esquimales, contruidos con tablas curvadas por delante y por detrás, y que servía para deslizarse por la nieve y el hielo. Tenía doce pies de largo por cuatro de ancho, y, por tanto, podía llevar provisiones para varias semanas en caso necesario. Fidele Misonne pronto lo puso en situación de ser utilizado. Trabajó sobre él en el almacén de nieve al que habían sido trasladadas las herramientas. Por primera vez se montó una estufa de carbón en aquel almacén, porque sin ella todo trabajo hubiera sido imposible. El tubo de la estufa salía por una de las paredes laterales mediante un agujero excavado en la nieve; pero de esta disposición resultaba un grave inconveniente porque el calor del tubo hacía que se fundiese poco a poco la nieve en el lugar en que el tubo entraba en contacto con ella, y la abertura crecía a ojos vistas. A Juan Cornbutte se le ocurrió rodear esa porción de tubo con una tela metálica, cuya propiedad consiste en impedir la salida del calor. Y resultó perfecto.

Mientras Misonne trabajaba en el trineo, Penellan, ayudado por María, preparaba las ropas de recambio para la ruta. Afortunadamente abundaban las botas de piel de foca. Juan Cornbutte y André Vasling se ocuparon de las provisiones; cogieron un pequeño barril de alcohol, destinado a calentar un hornillo portátil; tomaron en cantidad suficiente reservas de té y de café; una pequeña caja de galletas, doscientas libras de pemmican y algunas cantimploras de aguardiente completaron la parte alimentaria. La caza debía proporcionar cada día provisiones frescas. Cierta cantidad de pólvora fue repartida en varios saquitos. La brújula, el sextante y el catalejo fueron puestos al abrigo de cualquier choque.

El 11 de octubre el sol no reapareció sobre el horizonte. Se vieron obligados a tener encendida continuamente una lámpara en el lugar de la tripulación. No había tiempo que perder, debían iniciar las exploraciones, y he aquí por qué:

En el mes de enero, el frío sería tal que resultaría imposible poner fuera los pies sin peligro para la vida. Durante dos meses como mínimo, la tripulación se vería condenada al acuartelamiento más completo; luego comenzaría el deshielo, que se prolongaría hasta la época en que el navío debiera abandonar los hielos. Ese deshielo impediría forzosamente cualquier exploración. Por otro lado, si Luis Cornbutte y sus compañeros todavía vivían, no era probable que pudiesen resistir los rigores de un invierno ártico. Por tanto era preciso salvarlos antes, o se perdería la última esperanza.

André Vasling sabía todo esto mejor que nadie. Por eso decidió aportar numerosos obstáculos a la expedición.

Los preparativos del viaje concluyeron hacia el 20 de octubre. Entonces hubo que escoger a los hombres que participarían en él. La joven no debía quedar sin la guarda de Juan Cornbutte o de Penellan. Pero ninguno de los dos podía faltar en la caravana.

El problema fue entonces saber si María soportaría las fatigas de semejante viaje. Hasta entonces había pasado por rudas pruebas sin sufrir mucho, ya que era hija de marino y estaba habituada desde su infancia a las fatigas del mar. Realmente Penellan no se asustaba al verla, en medio de aquellos climas horribles, luchando contra los peligros de los mares polares.

Tras largas discusiones decidieron que la joven acompañaría a la expedición, y que, llegado el caso, se reservaría un sitio en el trineo, sobre el que se construyó una pequeña cabaña de madera herméticamente cerrada. En cuanto a María, vio todos sus deseos colmados, porque le resultaba muy desagradable la idea de separarse de sus dos protectores.

La expedición, por tanto, quedó formada de la siguiente manera: María, Juan Cornbutte, Penellan, André Vasling, Aupic y Fidele Misonne. Alain Turquette quedó especialmente encargado de la guardia del *brick*, en el que permanecerían también Gervique y Gradlin.

Se prepararon nuevas provisiones de todo tipo porque Juan Cornbutte, a fin de conducir la exploración lo más lejos posible había decidido hacer depósitos a lo largo del camino, cada siete u ocho días de marcha. Cuando el trineo estuvo preparado, lo cargaron inmediatamente, y fue recubierto con una tienda de pieles de búfalo. El conjunto formaba un peso de unas setecientas libras, que un tiro de cinco perros podía arrastrar con facilidad sobre el hielo.

El 22 de octubre, y siguiendo las previsiones del capitán, se produjo en la temperatura un cambio repentino. El cielo se aclaró, las estrellas lanzaron un resplandor muy vivo y la Luna brilló encima del horizonte para no dejarlo ya durante una quincena de días. El termómetro había descendido a veinticinco grados bajo cero. La partida se fijó para el día siguiente.

Capítulo IX

La casa de nieve

El 25 de octubre, a las once de la mañana, con una hermosa Luna, la caravana se puso en marcha. Esta vez se habían tomado precauciones para que el viaje pudiera prolongarse mucho tiempo si era preciso. Juan Cornbutte siguió la costa, remontando hacia el norte. Los pasos de los caminantes no dejaban huella alguna en aquel hielo resistente. Por eso, Juan Cornbutte se vio obligado a guiarse por puntos de referencia que escogió a lo lejos; unas veces caminaba sobre una colina completamente erizada de picos, otras sobre un enorme témpano que la presión había levantado encima de la llanura.

En el primer alto, tras una quincena de millas, Penellan hizo los preparativos de un campamento. La tienda fue adosada a un bloque de hielo. María no había sufrido demasiado con aquel riguroso frío, porque, por suerte, al calmarse la brisa, se hizo mucho más soportable; pero varias veces la joven había tenido que descender de su trineo para impedir que el embotamiento detuviese la circulación de su sangre. Por lo demás, su pequeña cabaña, tapizada de pieles por el previsor Penellan, ofrecía todo el confort posible.

Cuando llegó la noche, o mejor dicho, el momento del descanso, aquella pequeña choza fue transportada bajo la tienda, donde sirvió de dormitorio a la joven. La cena se compuso de carne fresca, de pemmican y de té caliente. Juan Cornbutte, para prevenir los funestos efectos del escorbuto, hizo distribuir a toda su gente algunas gotas de zumo de limón. Luego todos se entregaron al sueño bajo la guarda de Dios.

Después de ocho horas de sueño, todos volvieron a su puesto de marcha. A los hombres y a los perros se les suministró un almuerzo sustancioso. Luego partieron. El hielo, excesivamente unido, permitía a los animales arrastrar el trineo con gran facilidad. A veces a los hombres les costaba seguirlo.

Pero un mal que varios hombres tuvieron pronto que sufrir fue el deslumbramiento. Aupic y Misonne comenzaron a padecer oftalmías. La luz de la Luna, al reflejarse sobre aquellas inmensas llanuras blancas, quemaba la vista y causaba en los ojos un escozor insoportable.

Se producía también un efecto de refracción bastante curioso. Al caminar, en el momento en que se creía poner el pie sobre un montículo, se descendía más abajo, lo cual ocasionaba frecuentes caídas, por fortuna sin gravedad, y que Penellan convertía en bromas. No obstante, recomendó no dar nunca un paso sin sondar antes el suelo con el bastón herrado con que todos iban provistos.

Hacia el primero de noviembre, diez días después de la partida, la caravana se encontraba a unas cincuenta leguas al norte. La fatiga empezaba a ser extrema para todo el mundo. Juan Cornbutte experimentaba deslumbramientos terribles y su vista se alteraba de modo evidente. Aupic y Fidele Misonne sólo caminaban a tientas porque sus ojos, bordeados de rojo, parecían quemados por la reflexión blanca. María se había preservado de estos accidentes debido a su permanencia en la choza, donde se quedaba cuanto podía. Penellan, sostenido por un valor indomable, resistía todas estas fatigas. El que mejor se encontraba y sobre el que aquellos dolores, aquel frío, aquel deslumbramiento no parecían hacer mella era André Vasling. Su cuerpo de hierro estaba hecho a todas aquellas fatigas; entonces veía con placer cómo el desaliento ganaba a los más robustos, y ya preveía el momento, que no tardaría en llegar, en que tendrían que retroceder.

Así pues, el primero de noviembre, a causa de las fatigas, fue indispensable detenerse durante un día o dos.

Una vez que hubieron escogido el lugar del campamento, procedieron a su instalación. Resolvieron construir una casa de nieve, que apoyarían contra una de las rocas del promontorio. Fidele Misonne trazó inmediatamente las bases, que medían quince pies de largo por cinco de ancho. Penellan, Aupic y Misonne, con la ayuda de sus cuchillos, recortaron vastos bloques de hielo que llevaron al lugar designado y los colocaron como unos albañiles hubieran hecho para construir un muro de piedra. Pronto, la pared del fondo alcanzó los cinco pies de altura con un espesor prácticamente igual, porque los materiales no faltaban e importaba que la obra resultara bastante sólida para durar

algunos días. Los cuatro muros fueron acabados en unas ocho horas; en el lado sur habían dispuesto una entrada, y la lona de la tienda, que colocaron sobre aquellos cuatro muros, cayó hacia el lado de la entrada, tapándola. Ya no faltaba sino recubrir todo de anchos bloques, destinados a formar el techo de aquella efímera construcción.

Después de tres horas de un trabajo penoso, la casa quedó acabada, y todos se retiraron a ella presas de la fatiga y del desaliento. Juan Cornbutte sufría hasta el punto de no poder dar un solo paso, y André Vasling explotó también su dolor que le arrancó la promesa de no proseguir su búsqueda en aquellas horribles soledades.

Penellan no sabía a qué santo encomendarse. Le parecía indigno y cobarde abandonar a sus compañeros por presunciones poco sólidas. Por eso trataba de destruirlas, pero resultó en vano.

Sin embargo, aunque hubieran decidido retroceder, el descanso resultaba tan necesario que durante tres días no hicieron ningún preparativo de partida.

El 4 de noviembre, Juan Cornbutte comenzó a enterrar en un punto de la costa las provisiones que no le resultaban necesarias. Una señal indicó el depósito, para el caso improbable de que nuevas exploraciones le llevaran hacia aquel lado. Cada cuatro días de marcha había dejado depósitos semejantes a lo largo de su ruta, cosa que le aseguraba víveres para el regreso sin darse el trabajo de transportarlos en el trineo.

Fijaron la partida para las diez de la mañana del día 5 de noviembre. La tristeza más profunda se había apoderado de la pequeña tropa. María apenas podía retener sus lágrimas al ver a su tío tan desalentado. ¡Tantos sufrimientos inútiles, tantos trabajos perdidos! En cuanto a Penellan, estaba de un humor asesino; enviaba a todo el mundo al diablo y no cesaba, en cada ocasión, de irritarse contra la debilidad y la cobardía de sus compañeros, más tímidos y más cansados, según decía, que María, que iría al fin del mundo sin quejarse.

André Vasling no podía ocultar el placer que le causaba aquella determinación. Se mostró más solícito que nunca con la joven, a la que dio esperanzas, incluso, diciendo que después del invierno efectuarían nuevas exploraciones, ¡sabiendo de sobra que entonces sería ya demasiado tarde!

Capítulo X

Sepultados vivos

La víspera de la partida, en el momento de cenar, Penellan estaba ocupado en romper cajas vacías para meter los pedazos en la estufa, cuando de pronto se vio sofocado por una espesa humareda. En el mismo momento, la casa de nieve fue como sacudida por un terremoto. Todos lanzaron un grito de terror, y Penellan se precipitó fuera.

La oscuridad era completa. Una tempestad espantosa, porque no se trataba de un deshielo, estallaba en aquellos parajes. Torbellinos de nieve se abatían con una violencia extrema, y el frío era tan excesivo que el timonel sentía sus

manos helarse rápidamente. Se vio obligado a volver a entrar después de haberse frotado con nieve.

—Es la tempestad — dijo—. Quiera el cielo que nuestra casa resista, ¡porque si el huracán la destruye estaremos perdidos!

Al mismo tiempo que las ráfagas se desencadenaban en el aire, un ruido espantoso se producía bajo el suelo helado; los témpanos, rotos en la punta del promontorio, chocaban con estrépito y se precipitaban unos sobre otros; el viento soplaba con tal fuerza que a veces parecía que la casa entera se desplazaba; luces fosforescentes, inexplicables en aquellas latitudes, corrían a través del torbellino de nieve.

—¡María, María! — exclamó Penellan, tomando las manos de la joven.

—¡Esta vez estamos atrapados! — dijo Fidele Misonne.

—¡Y no sé si escaparemos de ésta! — replicó Aupic.

—¡Abandonemos esta casa de nieve! — dijo André Vasling.

—¡Es imposible! — contestó Penellan—. El frío es espantoso fuera; tal vez permaneciendo aquí podamos afrontarlo.

—Deme el termómetro — dijo André Vasling.

Aupic le pasó el instrumento, que marcaba diez grados bajo cero en el interior, aunque el fuego estaba encendido. André Vasling levantó la lona que caía delante de la abertura y lo deslizo fuera de prisa, porque hubiera podido ser herido por los trozos de hielo que el viento levantaba y que caían en una auténtica granizada.

—Y bien, señor Vasling — dijo Penellan—, ¿todavía sigue usted queriendo salir?... Ya ve que es aquí donde estamos más seguros.

—Sí — añadió Juan Cornbutte—, y debemos emplear todos nuestros esfuerzos en consolidar por dentro esta casa.

—Pero hay un peligro más terrible todavía que nos amenaza — dijo André Vasling.

—¿Cuál? — preguntó Juan Cornbutte.

—Que el viento rompa el hielo sobre el que estamos, como ha roto los témpanos del promontorio, y que nos veamos arrastrados o sumergidos.

—Eso me parece difícil — respondió Penellan—, porque hiela de tal forma que todas las superficies líquidas están heladas... Veamos qué temperatura hay.

Levanto la lona de forma que solo pasase el brazo, le costó algo encontrar el termómetro en medio de la nieve; pero al fin consiguió apoderarse de él, y acercándolo a la lámpara dijo:

—Treinta y dos grados bajo cero. Es el mayor frío que hemos soportado hasta ahora.

—Con diez grados más — añadió André Vasling — el mercurio tendrá que helarse.

Un sombrío silencio siguió a esta reflexión.

A las ocho de la mañana, Penellan trato de salir por segunda vez para juzgar la situación. Además, era preciso dar una salida al humo que el viento había

lanzado varias veces al interior de la choza. El marino cerró herméticamente sus ropas, se aseguró la capucha mediante un pañuelo y levantó la lona.

La abertura estaba obstruida por capas de nieve. Penellan agarró su bastón herrado y logró hundirlo en aquella masa compacta; pero el terror heló su sangre cuando sintió que la extremidad de su bastón chocaba contra un cuerpo duro.

—Cornbutte — le dijo al capitán que se había acercado a él—, estamos enterrados bajo esta nieve.

—¿Qué dices? — exclamó Juan Cornbutte.

—Digo que la nieve se ha amontonado y helado a nuestro alrededor y encima de nosotros, ¡qué estamos enterrados vivos!

—Tratemos de empujar esa masa de nieve — respondió el capitán.

Los dos amigos se apoyaron contra el obstáculo que obstruía la puerta, pero no pudieron desplazarlo. La nieve formaba un témpano que tenía más de once pies de espesor y que se había solidificado con la casa.

Juan Cornbutte no pudo contener un grito que despertó a Misonne y a André Vasling. Un juramento estalló entre los dientes de este último, cuyos rasgos se contrajeron.

En aquel momento, una humareda más espesa que nunca refluía al interior al no encontrar ninguna salida.

—¡Maldición! — exclamó Misonne—. ¡El tubo de la estufa está tapado por el hielo!

Penellan volvió a agarrar su bastón y desmontó la estufa, después de haber arrojado nieve sobre los tizones para apagarlos, lo que produjo tal humareda que apenas se podía percibir la luz de la lámpara; luego, con el bastón, trató de despejar el orificio, pero en todas partes no encontró más que una roca de hielo.

Solo quedaba esperar un fin horrible, precedido de una agonía horrorosa. Introduciéndose en la garganta de los desventurados, la humareda provocaba en ello un dolor insostenible, y el aire no tardaría en faltarles.

María se levantó entonces y su presencia, que desesperaba a Juan Cornbutte, devolvió algún valor a Penellan. El timonel se dijo que aquella pobre niña no podía estar destinada a muerte tan horrible.

—Bueno — dijo la joven—, han hecho demasiado fuego. ¡La habitación está llena de humo!

—Sí, sí — respondió el timonel balbuceando.

—Ya se ve — continuó María—, porque no hace frío, e incluso hace mucho tiempo que no hemos experimentado tanto calor.

Nadie se atrevía a decirle la verdad.

—Veamos, María — dijo Penellan—, ayúdanos a preparar el almuerzo. Hace demasiado frío para salir.

—Aquí está el hornillo, el alcohol y el café. Vamos, ustedes, un poco de pemmican primero, ya que este maldito tiempo nos impide cazar.

Estas palabras reanimaron a sus compañeros.

—Comamos primero — añadió Penellan—, y luego veremos el medio de salir de aquí.

Penellan unió el ejemplo al consejo y devoró su porción. Sus compañeros le imitaron y bebieron luego una taza de café ardiendo, cosa que devolvió un poco de ánimo a sus corazones; luego, Juan Cornbutte decidió, con gran energía, que había que intentar inmediatamente algún medio de salvamento.

Fue entonces cuando André Vasling hizo esta reflexión:

—Si todavía dura la tempestad, cosa que es probable, debemos estar sepultados a diez pies bajo el hielo, porque no se oye ningún ruido de fuera.

Penellan miro a María, que comprendió la verdad, pero no tembló.

Lo primero que hizo Penellan fue poner la punta de su bastón herrado sobre la llama del hornillo hasta que se puso candente; luego lo introdujo, una tras otra, en las cuatro murallas de hielo, pero en ninguna encontró salida. Juan Cornbutte resolvió entonces excavar una abertura en la puerta misma. El hielo estaba tan duro que apenas lo cortaban los cuchillos. Los trozos que conseguían extraer pronto atestaron la choza. Al cabo de dos horas de este penoso trabajo, la galería excavada no tenía más que tres pies de profundidad.

Había, pues, que idear un medio más rápido y menos susceptible de sacudir la casa porque, a medida que avanzaban, el hielo, que se volvía duro, exigía esfuerzos más violentos para ser perforado. A Penellan se le ocurrió servirse del hornillo de alcohol para derretir el hielo en la dirección deseada. Era un medio aventurado, porque si el encarcelamiento tenía que prolongarse, aquel alcohol, del que los marinos solo tenían una pequeña cantidad, les haría falta en el momento de preparar la comida. No obstante, el proyecto obtuvo el asentimiento de todos y fue puesto en práctica. Previamente excavaron un agujero de tres pies de profundidad por un pie de diámetro para recoger el agua que provendría del hielo derretido, y no tuvieron que arrepentirse de esa precaución, porque pronto el agua empezó a destilar bajo la acción del fuego, que Penellan paseaba a través de la masa de hielo.

La abertura fue excavándose poco a poco, pero no podían continuar mucho tiempo con tal género de trabajo porque el agua, al caer sobre la ropa, les calaba de arriba abajo. Al cabo de un cuarto de hora, Penellan se vio obligado a dejarlo y a retirar el hornillo para secarse él mismo. Misonne no tardó en ocupar su puesto, y no puso en él menos valor.

Después de dos horas de trabajo, aunque la galería ya tenía cincuenta pies de profundidad, el bastón herrado seguía sin encontrar salida.

—No es posible — dijo Juan Cornbutte — que la nieve haya caído en tal abundancia. Es preciso que haya sido amontonada por el viento en este punto. Tal vez habríamos debido pensar en escapar por otro lugar.

—No lo sé — respondió Penellan—. Aunque sólo sea para no desalentar a nuestros compañeros, debemos continuar excavando el muro en la misma dirección. Es imposible que no encontremos una salida.

—¿Nos quedaremos sin alcohol? — pregunto el capitán.

—Espero que no — respondió Penellan—, pero a condición, sin embargo,

de que nos privemos de café o de bebidas calientes. Además, no es eso lo que más me preocupa.

—¿Qué es, Penellan? — pregunto Juan Cornbutte.

—Que nuestra lámpara va a apagarse por falta de aceite y que estarnos llegando al final de nuestros víveres. ¡En fin, que Dios nos ampare!

Luego Penellan fue a reemplazar a André Vasling que trabajaba con energía en la liberación común.

—Señor Vasling — le dijo—, voy a ocupar su sitio, pero le ruego que vigile bien para prevenir cualquier amenaza de desmoronamiento y tengamos tiempo de pararla.

Había llegado el momento de descansar, y, cuando Penellan excavó un pie más de la galería, volvió a tumbarse junto a sus compañeros.

Capítulo XI

La nubecilla de humo

Al día siguiente, cuando los marinos se despertaron, se encontraron envueltos en una oscuridad completa. La lámpara se había apagado. Juan Cornbutte despertó a Penellan para pedirle el mechero, que éste le pasó. Penellan se levantó para encender el hornillo; pero al levantarse su cabeza chocó contra el techo de hielo. Quedó espantado, porque la víspera todavía podía permanecer de pie. Una vez encendido el hornillo, a la luz débil del alcohol se dio cuenta de que el techo había descendido un pie.

Penellan volvió al trabajo con rabia.

En aquel momento la joven, a los resplandores que proyectaba el hornillo en el rostro del timonel, comprendió que la desesperación y la voluntad luchaban sobre su ruda fisonomía. Se acercó a él, le tomó las manos y se las estrechó con cariño. Penellan sintió que recobraba el valor.

—¡Ella no puede morir así! — exclamó.

Volvió a apoderarse del hornillo y empezó nuevamente a arrastrarse por la estrecha abertura. Allí, con mano vigorosa, hundió su bastón herrado y no sintió resistencia. ¿Había llegado o las capas blandas de nieve? Retiró su bastón y un rayo brillante se adentró en la casa de hielo.

—¡Vengan, amigos! — gritó.

Y con los pies y las manos empujó la nieve, pero la superficie exterior no estaba deshelada como había creído. Con el rayo de luz, un frío violento penetró en la cabaña y se apoderó de todas las partes húmedas que se solidificaron en un momento. Con la ayuda de su cuchillo, Penellan agrandó la abertura y por fin pudo respirar aire libre. Cayó de rodillas para dar gracias a Dios y pronto se le unieron la joven y sus compañeros.

Una luna magnífica iluminaba la atmósfera, cuyo frío riguroso no pudieron soportar los marinos. Volvieron a entrar, pero antes Penellan miró a su alrededor. El promontorio no estaba ya allí, y la choza se encontraba en medio de una inmensa llanura de hielo. Penellan quiso dirigirse hacia el lado del

trineo, donde estaban las provisiones: ¡el trineo había desaparecido!

La temperatura le obligó a entrar. No dijo nada a sus compañeros. Ante todo tenían que secar sus ropas, cosa que hicieron con la ayuda del hornillo de alcohol. El termómetro, que pusieron un momento en el exterior, bajó a treinta grados bajo cero.

Al cabo de una hora, André Vasling y Penellan decidieron afrontar el frío exterior. Se envolvieron en sus ropas todavía húmedas y salieron por la abertura, cuyas paredes ya habían adquirido la dureza de la roca.

Hemos sido arrastrados hacia el nordeste — dijo André Vasling orientándose por las estrellas que brillaban con un fulgor extraordinario.

—No habría mal en ello — respondió Penellan — si nuestro trineo nos hubiera acompañado.

—¿No está ya el trineo? — exclamó André Vasling — Entonces, ¡estamos perdidos!

—Busquemos — respondió Penellan.

Dieron la vuelta alrededor de la choza, que formaba un bloque de más de quince pies de altura. Una inmensa cantidad de nieve había caído durante la tempestad y el viento la había acumulado contra la única elevación que presentaba la llanura. El bloque entero había sido arrastrado por el viento, en medio de los témpanos helados, a más de veinticinco millas al nordeste, y los prisioneros habían sufrido el destino de su cárcel flotante. El trineo, soportado por otro témpano, había derivado, sin duda, hacia otro lado, porque no se veía rastro alguno de él, y los perros debían haber sucumbido en aquella espantosa tempestad.

André Vasling y Penellan sintieron que la desesperación se deslizaba en su alma. No se atrevían a volver a la casa de hielo. ¡No se atrevían a anunciar aquella fatal noticia a sus compañeros de infortunio! Treparon al bloque de hielo en que se encontraba excavada la gruta y no divisaron otra cosa que aquella inmensa blancura que los rodeaba por todas partes. El frío volvía rígidos sus miembros y la humedad de sus ropas se transformaba en témpanos que colgaban a su alrededor.

En el momento en que Penellan iba a bajar del montículo, echó una ojeada sobre André Vasling. Le vio mirar de pronto ávidamente hacia un lado, luego estremecerse y palidecer.

—¿Qué le pasa, señor Vasling? — le preguntó.

—No es nada — respondió éste—. Bajemos y procuremos abandonar cuanto antes estos parajes que nunca debimos haber pisado.

Pero en lugar de obedecer, Penellan volvió a subir y dirigió su vista hacia el lado que había atraído la atención del segundo. En él se produjo un efecto muy diferente, porque lanzó un grito de alegría y exclamo:

—¡Bendito sea Dios!

Al nordeste se elevaba una ligera humareda. No podía equivocarse. Allí respiraban seres animados. Los gritos de alegría de Penellan atrajeron a sus compañeros, y todos pudieron convencerse por sus propios ojos de que el

timonel no se engañaba.

Inmediatamente, sin preocuparse por la falta de víveres, sin pensar en el rigor de la temperatura, cubiertos con sus capuchones, todos avanzaron deprisa hacia el lugar señalado.

La humareda se elevaba hacia el nordeste, y la pequeña tropa tomó rápidamente aquella dirección. La meta a alcanzar se encontraba a unas cinco o seis millas y resultaba muy difícil caminar hacia allí de modo directo. La humareda había desaparecido y ninguna elevación podía servir de punto de referencia porque la llanura de hielo estaba completamente unida. Era importante, sin embargo, no desviarse de la línea recta.

—Puesto que no podemos guiarnos por objetos alejados — dijo Juan Cornbutte—, el medio que utilizaremos es este: Penellan caminará delante, Vasling a veinte pasos tras él, yo a veinte pasos detrás de Vasling. Entonces podré juzgar si Penellan se aparta de la línea recta.

La marcha duraba ya media hora caminando de este modo cuando Penellan se detuvo de pronto y pregunto:

—¿No han oído nada?

—Nada — respondió Misonne.

—¡Qué raro! — dijo Penellan—. Me pareció que de aquel lado venían gritos.

—¿Gritos? — exclamó la joven—. Entonces es que estarnos cerca de nuestra meta.

—Esa no es una razón — respondió André Vasling—. Bajo estas latitudes elevadas y con estos fríos tan grandes, el sonido llega a distancias extraordinarias.

—Sea como fuere — dijo Juan Cornbutte—, sigamos caminando, porque si no nos helaremos.

—¡No! — exclamó Penellan—. ¡Escuchen!

Algunos sonidos débiles, pero sin embargo perceptibles, se dejaban oír. Aquellos gritos parecían gritos de dolor y de angustia. Se repitieron dos veces. Se hubiera dicho que alguien pedía ayuda. Luego todo volvió al silencio.

—No me he equivocado — dijo Penellan—. ¡Adelante!

Y echó a correr en dirección al lugar de donde provenían los gritos. Así caminó durante dos millas aproximadamente, y su estupefacción fue grande cuando divisó a un hombre tumbado en el hielo. Se acercó a él, lo levantó y alzó al cielo los brazos con desesperación. André Vasling, que le seguía de cerca con el resto de los marineros, acudió y exclamó:

—¡Es uno de los naufragos! Es nuestro marinero Cortrois.

—Está muerto — indicó Penellan — ¡muerto de frío!

Juan Cornbutte y María llegaron junto al cadáver, que el hielo ya había puesto rígido. La desesperación se pintó en todos los rostros. El muerto era uno de los compañeros de Luis Cornbutte.

—¡Adelante! — exclamó Penellan.

Todavía caminaron durante media hora, sin decir palabra, y alcanzaron a

divisar una elevación del suelo, que con toda seguridad debía ser la tierra.

—Es la isla Shannon — dijo Juan Cornbutte. Al cabo de una milla distinguieron con nitidez una humareda que salía de una casa de hielo cerrada por una puerta de madera. Se pusieron a gritar. Dos hombres salieron fuera de la choza, y Penellan reconoció a Pierre Nouquet.

—¡Pierre! — exclamó. Este se había quedado como estupefacto, sin tener conciencia de lo que pasaba a su alrededor. André Vasling miraba con inquietud mezclada con cruel alegría a Pierre Nouquet, porque éste no reconocía a Luis Cornbutte.

—¡Pierre! ¡Soy yo! — exclamó Penellan—. ¡Somos tus amigos!

Pierre Nouquet volvió en sí y cayó en brazos de su viejo compañero.

—¿Y mi hijo? ¿Y Luis? — exclamó Juan Cornbutte con el acento de la desesperación más profunda.

Capítulo XII

Regreso al buque

En aquel momento un hombre casi moribundo que salió de la choza se arrastró sobre el hielo. Era Luis Cornbutte.

—¡Hijo mío!

—¡Mi prometido!

Aquellos dos gritos brotaron al mismo tiempo, y Luis Cornbutte cayó desvanecido entre los brazos de su padre y de la joven, que le llevaron a la choza, donde sus cuidados le reanimaron.

—¡Padre! ¡María! — exclamó Luis Cornbutte—. Por lo menos los habré vuelto a ver antes de morir.

—¡Tu no morirás! — respondió Penellan—, porque todos tus amigos están a tu lado.

Era necesario que André Vasling sintiera mucho odio para no tender la mano a Luis Cornbutte, pero no se la tendió.

Pierre Nouquet no cabía en sí de alegría. Abrazaba a todo el mundo; luego echó madera en la estufa, y pronto la cabaña alcanzo una temperatura soportable.

En ella también había dos hombres que ni Juan Cornbutte ni Penellan conocían.

Eran Jocki y Herming, los dos únicos marineros noruegos que quedaban de la tripulación del *Froöern*.

—¡Amigos míos, nos hemos salvado! — dijo Luis Cornbutte—. ¡Padre mío! ¡María! ¡A cuántos peligros se han expuesto!

—No lo lamentamos, Luis mío — respondió Juan Cornbutte—. Tu *brick*, *La joven audaz*, está sólidamente anclada en los hielos a sesenta leguas de aquí. Llegaremos a ella todos juntos.

—Cuando Cortrois vuelva — dijo Pierre Nouquet—, sí que se pondrá contento.

Un silencio triste siguió a esta reflexión, y Penellan informó a Pierre Nouquet y a Luis Cornbutte de la muerte de su compañero, al que había matado el frío.

—Amigos míos — dijo Penellan—, esperaremos aquí a que el frío disminuya. ¿Tienen víveres y madera?

—Sí, y quemaremos lo que nos queda del *Froöern*.

En efecto, el *Froöern* había sido arrastrado a cuarenta millas del lugar en que Luis Cornbutte invernaba. Allí fue destrozado por los témpanos que flotaban en el deshielo, y los náufragos se vieron arrastrados, con una parte de los restos con que habían construido su cabaña, a la orilla meridional de la isla Shannon.

Los náufragos eran entonces cinco: Luis Cornbutte, Cortrois, Pierre Nouquet, Jocki y Herming. En cuanto al resto de la tripulación noruega, se había hundido con la chalupa en el momento del naufragio.

Cuando Luis Cornbutte, arrastrado a los hielos, vio éstos cerrarse a su alrededor, tomó todas las precauciones para pasar el invierno. Era un hombre enérgico, de una gran actividad, así como de gran valor; pero a pesar de su firmeza, había sido vencido por aquel clima horrible, y, cuando su padre le encontró, no esperaba otra cosa que la muerte. Además, no había tenido que luchar sólo contra los elementos, sino contra la mala voluntad de los dos marineros noruegos que, sin embargo, le debían la vida. Eran dos especies de salvajes, prácticamente inaccesibles a los sentimientos más naturales. Por eso, cuando Luis Cornbutte tuvo ocasión de hablar con Penellan, le recomendó que desconfiara de ellos. A cambio Penellan le puso al corriente de la conducta de André Vasling. Luis Cornbutte no lo podía creer, pero Penellan le demostró que, desde su desaparición, André Vasling siempre había actuado con el objetivo de asegurarse la mano de la joven.

Pasaron toda aquella jornada descansando y entregados al placer de volverse a ver. Fidele Misonne y Pierre Nouquet mataron algunas aves marinas, cerca de la casa, de la que no era prudente apartarse. Aquellos víveres frescos y el fuego que fue avivado devolvieron la fuerza a los más enfermos. Luis Cornbutte mismo experimentó una sensible mejoría. Era el primer momento de placer que experimentaban aquellas valerosas gentes. Por eso lo festejaron con entusiasmo, en aquella miserable cabaña, a seiscientas leguas en los mares del Norte, con un frío de treinta grados bajo cero.

Esta temperatura duró hasta el fin de la luna, y solo el 17 de noviembre, ocho días después de su reunión, Juan Cornbutte y sus compañeros pudieron pensar en la partida. No tenían ya el resplandor de las estrellas para guiarse, pero el frío era menos vivo, e incluso cayó un poco de nieve.

Antes de abandonar aquel lugar, cavaron una tumba para el pobre Cortrois. ¡Triste ceremonia que afectó vivamente a sus compañeros! Era el primero de ellos que no debía volver a ver su país.

Misonne había construido con las tablas de la cabaña una especie de trineo destinado al transporte de provisiones, y los marineros lo arrastraron

alternándose. Juan Cornbutte dirigió la marcha por caminos ya conocidos. Los campamentos se organizaban, a la hora del descanso, con gran presteza. Juan Cornbutte esperaba reencontrar sus depósitos de provisiones, que se volvían casi indispensables con aquel aumento de cuatro personas. Por eso trató de no alejarse de la ruta.

Por una suerte providencial, recuperó su trineo, que había zozobrado junto con el promontorio en que todos habían corrido tantos peligros. Los perros, después de haber comido las correas para satisfacer su hambre, habían atacado las provisiones del trineo. Esto les había retenido, y fueron ellos mismos los que guiaron a la tropa hacia el trineo, donde aún había víveres en gran cantidad.

La pequeña tropa continuó su ruta hacia la bahía de internada. Los perros fueron uncidos al trineo y ningún nuevo incidente acaeció a la expedición.

Sólo comprobaron que Aupic, André Vasling y los noruegos se mantenían aparte y no se mezclaban con sus compañeros; pero, sin saberlo, eran vigilados de cerca. No obstante, aquel germen de disensión sembró más de una vez el terror en el alma de Luis Cornbutte y de Penellan.

Hacia el 7 de diciembre, veinte días después de su reunión, divisaron la bahía donde internaba *La joven audaz*. ¡Cuál no sería su sorpresa al divisar al *brick* encaramado cerca de cuarenta metros en el aire sobre bloques de hielo! Corrieron, muy inquietos por sus compañeros, y fueron recibidos con gritos de alegría por Gervique, Turquette y Gradlin. Todos se encontraban con buena salud, y, sin embargo, también ellos habían corrido grandes peligros.

La tempestad se había dejado sentir en todo el mar polar. Los hielos habían sido rotos y desplazados, y, deslizándose unos sobre otros, habían invadido el lecho en que descansaba el navío. Como su gravedad específica tiende a empujarlos fuera del agua, habían alcanzado una potencia incalculable, y el *brick* se encontró elevado de pronto fuera de los límites del mar.

Consagraron los primeros momentos a la alegría del regreso. Los marinos de la exploración se alegraban de encontrar todo en buen estado, cosa que les aseguraba un invierno rudo, sin duda, pero en última instancia soportable. El alzamiento no había estropeado el navío, y estaba perfectamente sólido. Cuando llegase la estación del deshielo, no habría que hacer otra cosa que deslizarlo sobre un plano inclinado, lanzarlo, en una palabra, a la mar que nuevamente estaría libre.

Pero una mala noticia ensombreció el rostro de Juan Cornbutte y de sus compañeros. Durante la terrible borrasca, el almacén de nieve construido sobre la costa había resultado completamente destrozado; los víveres que guardaba fueron dispersados y no había sido posible salvar la menor parte. Cuando supieron esta desgracia, Juan y Luis Cornbutte visitaron la cala y el pañol del *brick* para saber a qué atenerse sobre las provisiones que quedaban.

El deshielo no llegaría hasta el mes de mayo, y el *brick* no podía abandonar la bahía de internada antes de esa época. Por tanto, tenían que pasar en medio de los hielos cinco meses, durante los cuales deberían alimentarse catorce

personas. Una vez hechos los cálculos, Juan Cornbutte comprendió que, poniendo a todo el mundo a media ración, dispondrían de víveres como máximo hasta el momento de la partida. Según esto la caza resultaba imprescindible para conseguir alimentación en mayor abundancia.

Por temor a que se repitiese aquella desgracia, decidieron no depositar más provisiones en tierra. Todo quedó a bordo del *brick*, y asimismo dispusieron camas para los recién llegados en el alojamiento común de los marineros. Turquette, Gervique y Gradlin habían excavado, durante la ausencia de sus compañeros, una escalera en el hielo, que permitía llegar sin esfuerzo al puente del navío.

Capítulo XIII

Los dos rivales

André Vasling había intimado con los dos marineros noruegos. Aupic también formaba parte de su banda, que por lo general se mantenía aparte, desaprobando en voz alta todas las nuevas medidas; pero Luis Cornbutte, al que su padre había entregado otra vez el mando del *brick*, no atendía razones en ese punto, y a pesar de los consejos de María, que le inducía a actuar con suavidad, hizo saber que quería ser obedecido en todo.

No obstante, dos días más tarde los dos noruegos consiguieron apoderarse de una caja de carne salada. Luis Cornbutte exigió que le fuera devuelta en el acto, pero Aupic se puso de parte de ellos y André Vasling dio a entender, incluso, que las medidas sobre los víveres no podían durar mucho tiempo.

No se trataba de probar a aquellos desventurados que se obraba en interés de todos, porque ellos lo sabían y no buscaban más que un pretexto para revelarse. Penellan avanzó hacia los dos noruegos, que sacaron sus cuchillos; pero, secundado por Misonne y Turquette, logró arrancarles de las manos la caja de carne salada. André Vasling y Aupic, viendo que el asunto se ponía contra ellos, no se mezclaron en el incidente. No obstante, Luis Cornbutte llevó aparte al segundo y le dijo:

—André Vasling, es usted un miserable. Conozco toda su conducta y sé adónde tienden sus actos; pero como me ha sido confiada la salvación de toda la tripulación, si alguno de ustedes piensa en conspirar para perderla, le apuñalo con mi propia mano.

—Luis Cornbutte — respondió el segundo—, le es lícito mostrar su autoridad, pero recuerde que la obediencia jerárquica no existe ya aquí y que sólo el más fuerte hace la ley.

La joven no había temblado ante los peligros de los mares polares, pero sintió miedo de aquel odio cuya causa era ella, y apenas si la energía de Luis Cornbutte pudo tranquilizarla.

Pese a esta declaración de guerra, las comidas se tomaron a las mismas horas y en común. La caza proporcionó todavía algunas ptarmigans y algunas liebres blancas; pero, con los grandes fríos que se acercaban, pronto les

faltaría este recurso. Los fríos comenzaron en el solsticio, el 22 de diciembre, día en que el termómetro bajó a treinta y cinco grados bajo cero. Los hombres sentían dolores en los oídos, en la nariz, en todas las extremidades del cuerpo; se vieron dominados por un sopor mortal, mezclado a dolores de cabeza, y su respiración se volvía cada vez más difícil.

En tal estado ya no tenían valor para salir a cazar o hacer algún ejercicio. Permanecían acurrucados en torno a la estufa, que sólo les daba un calor insuficiente, y cuando se alejaban un poco de ella, sentían que su sangre se les enfriaba de súbito.

Juan Cornbutte vio gravemente comprometida su salud y no podía ya abandonar su alojamiento. Síntomas de escorbuto se manifestaron en él y sus piernas se cubrieron de manchas blancuzcas. La joven se encontraba bien y se preocupaba de cuidar a los enfermos con la solicitud de una hermana de la caridad. Por eso, todos aquellos valientes marineros la bendecían desde el fondo de su corazón.

El primero de enero fue uno de los días más tristes de la invernada. El viento era violento y el frío insoportable. No se podía salir sin exponerse a quedarse helado. Los más valientes debían limitarse a pasear sobre el puente abrigado por la tienda. Juan Cornbutte, Gervique y Gradlin no se levantaron de la cama. Los dos noruegos, Aupic y André Vasling, cuya salud se sostenía, lanzaban miradas feroces sobre sus compañeros, a los que veían languidecer.

Luis Cornbutte llevó a Penellan al puente y le preguntó dónde estaban las provisiones de combustible.

—El carbón se ha agotado hace mucho — respondió Penellan — y vamos a quemar nuestros últimos trozos de madera.

Si no conseguimos combatir este frío — dijo Luis Cornbutte — estamos perdidos.

—Nos queda un medio — replicó Penellan —; quemar lo que podamos de nuestro *brick*, desde los empalletados hasta la línea de flotación, e incluso, llegado el caso, podemos demolerlo entero y construir un barco más pequeño.

—Es un medio extremo — respondió Luis Cornbutte—, y siempre habrá tiempo de utilizarlo cuando nuestros hombres recuperen el vigor, porque — dijo en voz baja — nuestras fuerzas disminuyen, mientras las de nuestros enemigos parecen aumentar. ¡Es incluso bastante extraordinario!

—Es cierto — dijo Penellan—, y sin la precaución que tenemos de velar día y noche, no sé lo que nos pasaría.

—Tomemos las hachas — dijo Luis Cornbutte — y vayamos a por nuestra cosecha de leña.

A pesar del frío, las dos subieron a los empalletados de proa y abatieron toda la madera que no era de utilidad indispensable para el navío. Luego volvieron con aquella nueva provisión. La estufa fue atiborrada de nuevo y un hombre quedó de guardia para impedir que se apagase.

Pronto, sin embargo, Luis Cornbutte y sus amigos no daban más de sí. No podían confiar ningún detalle de la vida común a sus enemigos. Encargados

de todos los cuidados domésticos, en seguida vieron agotarse sus fuerzas. En Juan Cornbutte se declaró el escorbuto y sufría dolores intolerables. Gervique y Gradlin comenzaron a tenerlo también. Sin la provisión de zumo de limón, que tenían en abundancia, aquellos desgraciados hubieran sucumbido pronto a sus sufrimientos. Por eso no se les escatimó aquel remedio soberano.

Pero un día, el 15 de enero, cuando Luis Cornbutte bajó al pañol para renovar su provisión de limones, quedó estupefacto al ver que los barriles en que estaban guardados habían desaparecido. Subió al lado de Penellan y le dio parte de esta nueva desgracia. Se había cometido un robo y era fácil reconocer a los autores. ¡Luis Cornbutte comprendió entonces por qué se sostenía la salud de sus enemigos! Los suyos no tenían ya fuerzas suficientes para arrancarles aquellas provisiones, de las que dependían su vida y la de sus compañeros, y por primera vez quedó sumido en una sombría desesperación.

Capítulo XIV

Suprema angustia

El 20 de enero la mayor parte de aquellos infortunados no tuvieron las fuerzas necesarias para dejar su cama. Cada uno de ellos, además de sus mantas de lana, disponía de una piel de búfalo como protección contra el frío; pero en el momento en que trataba de sacar el brazo al aire, sentía tal dolor que tenía que volver a meterlo al instante.

Sin embargo, cuando Luis Cornbutte encendió la estufa, Penellan, Misonne y André Vasling salieron de su cama y fueron a acurrucarse junto al fuego. Penellan preparó café ardiendo y recuperaron algunas fuerzas, así como María, que fue a compartir su almuerzo.

Luis Cornbutte se acercó a la cama de su padre, que estaba casi paralizado y cuyas piernas se hallaban quebrantadas por la enfermedad. El viejo marino murmuraba algunas palabras sin ilación, que desgarraban el corazón de su hijo.

—¡Luis! — decía—. ¡Voy a morir! ... ¡Oh, cuánto sufro! ... ¡sálvame!

Luis Cornbutte tomó una resolución decisiva. Fue hacia el segundo y le dijo, logrando contenerse a duras penas:

—¿Sabe dónde están los limones, Vasling?

—En el pañol, supongo — respondió el segundo sin inmutarse.

—Sabe de sobra que allí ya no están, porque usted los ha robado.

—Usted es el jefe, Luis Cornbutte — respondió irónicamente André Vasling —, y le está permitido decir y hacer todo lo que quiera.

—Por piedad, Vasling, mi padre se muere. Usted puede salvarle. ¡Responda!

—No tengo nada que responder — respondió Vasling.

—¡Miserable! — exclamó Penellan lanzándose contra el segundo con el cuchillo en la mano.

—¡A mí los míos! — gritó André Vasling retrocediendo.

Aupic y los dos marineros noruegos saltaron de sus camas y se pusieron tras él. Misonne, Turquette, Penellan y Luis se prepararon para defenderse. Pierre Nouquet y Gradlin, aunque muy doloridos, se levantaron para secundarles.

—Todavía son más fuertes que nosotros —dijo entonces André Vasling—. No queremos batirnos sino a golpe seguro.

Los marinos se encontraban tan debilitados que no se atrevieron a precipitarse sobre aquellos cuatro miserables, porque en caso de fracaso estaban perdidos.

—André Vasling —dijo Luis Cornbutte con una voz sombría—, si mi padre muere, tú le habrás matado, y yo te mataré como a un perro.

André Vasling y sus cómplices se retiraron a la otra punta del alojamiento y no respondieron.

Hubo entonces que renovar la provisión de madera y, a pesar del frío, Luis Cornbutte subió al puente y se puso a cortar una parte de los empalmetados del *brick*, pero se vio obligado a volver al cabo de un cuarto de hora porque corría el peligro de caer fulminado por el frío. Al pasar, echó un vistazo sobre el termómetro exterior y vio el mercurio helado. El frío había superado por tanto los cuarenta y dos grados bajo cero. El tiempo era seco y claro, y el viento soplaba del norte.

El 26 el viento cambió, procedía del nordeste, y el termómetro marcó fuera treinta y cinco grados, Juan Cornbutte estaba en la agonía, y su hijo había buscado en vano algún remedio a sus dolores. Sin embargo, aquel día, lanzándose de improviso sobre André Vasling, consiguió arrancarle un limón que éste se aprestaba a chupar. André Vasling no dio un paso para recuperarlo. Parecía esperar la ocasión de cumplir sus odiosos proyectos.

El zumo de limón devolvió alguna fuerza a Juan Cornbutte, pero habría sido necesario continuar con aquel remedio. La joven fue a suplicar de rodillas a André Vasling, que no le respondió, y muy pronto oyó Penellan al miserable decir a sus compañeros:

—¡El viejo está moribundo! Gervique, Gradlin y Pierre Nouquet apenas si están mejor. Los otros van perdiendo día a día su fuerza. ¡Se acerca el momento en que sus vidas nos pertenecerán!

Entre Luis Cornbutte y sus compañeros se decidió entonces no esperar más y aprovechar la poca fuerza que les quedaba. Resolvieron actuar la noche siguiente y matar a aquellos miserables para no ser matados por ellos.

La temperatura se había elevado un poco. Luis Cornbutte se aventuró a salir con su fusil para traer alguna pieza de caza.

Se apartó unas tres millas del navío, y, engañado frecuentemente por los efectos de espejismo o de refracción, se alejó más de lo que hubiera querido. Era imprudente porque en el suelo aparecían huellas recientes de animales feroces. Luis Cornbutte no quiso, sin embargo, volver sin llevar algo de carne fresca, y prosiguió su ruta; pero entonces experimentaba la sensación singular de que le daba vueltas la cabeza. Era lo que se llama «el vértigo blanco».

En efecto, la reflexión de los montículos de hielo y de la llanura le dominaba

de la cabeza a los pies, y le parecía que aquel color penetraba en él y le causaba un desabrimento irresistible. Sus ojos estaban impregnados de él, su mirada se desviaba. Creyó que iba a volverse loco como consecuencia de aquella blancura. Sin darse cuenta de este efecto terrible, continuó su camino y no tardó en levantar un ptargiman, que persiguió con ardor. Pronto cayó el pájaro, y, cuando iba a recogerlo, Luis Cornbutte, al saltar de un tímpano a la llanura, cayó pesadamente, porque había dado un salto de diez pies cuando la refracción le hacía pensar que sólo tenía que saltar dos. El vértigo se apoderó entonces de él, y, sin saber por qué, se puso a pedir ayuda durante algunos minutos, aunque no se hubiera roto nada en su caída. Al comenzar a invadirle el frío, le volvió el sentimiento de conservación y se levantó penosamente.

De pronto, sin que supiera cómo, un olor a grasa quemada se adueñó de su olfato. Como estaba en el viento del navío, supuso que el olor venía de allí, y no comprendió con qué objeto podía quemarse aquella grasa, porque era muy peligroso, dado que la emanación podía atraer a manadas de osos blancos.

Luis Cornbutte continuó, pues, su camino hacia el *brick*, presa de una preocupación que, en su espíritu sobreexcitado, pronto degeneró en terror. Le pareció que masas colosales se movían en el horizonte, y se preguntó si no se estaba produciendo algún terremoto de hielos. Varias de aquellas masas se interpusieron entre él y el navío, y creyó ver que se alzaban en los flancos del *brick*. Se detuvo para mirarlas con más atención, y su terror fue extremo cuando reconoció una manada de osos gigantescos.

Aquellos animales habían sido atraídos por aquel olor a grasa que había sorprendido a Luis Cornbutte. Este se refugió detrás de un montículo, y contó tres que no tardaron en escalar los bloques de hielo sobre los que descansaba *La joven audaz*.

Nada le permitió suponer que aquel peligro se conociese en el interior del navío, y una angustia terrible encogió su corazón. ¿Cómo enfrentarse a aquellos temibles enemigos? ¿André Vasling y sus compañeros se unirían a los demás hombres de a bordo ante aquel peligro común? Penellan y los otros, semiprivados de alimento, embotados por el frío, ¿podrían resistir a aquellos temibles animales, excitados por un hambre insatisfecha? ¿No serían sorprendidos, además, por un ataque imprevisto?

Luis Cornbutte hizo estas reflexiones en un instante. Los osos habían escalado los témpanos y subían al navío. Luis Cornbutte pudo entonces abandonar el bloque que le protegía, se acercó arrastrándose sobre el hielo, y pronto consiguió ver a los enormes animales desgarrar la tienda con sus patas y saltar al puente. Luis Cornbutte pensó en disparar un tiro para advertir a sus compañeros; pero si éstos subían sin estar armados, serían destrozados inevitablemente, y nada indicaba que tuviesen conocimiento de aquel nuevo peligro.

Capítulo XV

Los osos blancos

Después de la marcha de Luis Cornbutte, Penellan había cerrado cuidadosamente la puerta del alojamiento, que se abría al pie de la escalera del puente. Regresó junto a la estufa, que se encargó de vigilar, mientras sus compañeros volvían a la cama para encontrar en ella un poco de calor.

Eran entonces las seis de la noche y Penellan se puso a preparar la cena. Bajó al pañol para buscar la carne salada, que quería reblandecer en agua hirviendo. Cuando volvió a subir, encontró su sitio ocupado por André Vasling, que había puesto a cocer en el barreño unos trozos de grasa.

—Yo estaba aquí antes que usted — dijo bruscamente Penellan a André Vasling—. ¿Por que ha ocupado mi sitio?

—Por la misma razón que le hace a usted reclamarlo — respondió André Vasling—, porque necesito cocer mi cena.

—Quite todo eso inmediatamente — replicó Penellan — o tendrá que vérselas conmigo.

—No tendré nada que ver con usted — respondió André Vasling—, y esta cena se calentará aquí mal que le pese.

—No ha de probarla — exclamó Penellan lanzándose sobre André Vasling, que se apoderó de su cuchillo gritando:

—¡Noruegos, a mí! ¡A mí, Aupic!

En un abrir y cerrar de ojos éstos se pusieron en pie, armados de pistolas y puñales. El golpe estaba preparado.

Penellan se precipitó sobre André Vasling, que sin duda se había adjudicado el papel de pelear con él completamente solo, porque sus compañeros acudieron a las camas de Misonne, de Turquiette y de Pierre Nouquet. Este último, sin defensa, abrumado por la enfermedad, había sido entregado a la ferocidad de Herming. El carpintero agarró un hacha y dejando su cama saltó al encuentro de Aupic. Turquiette y el noruego Jocki luchaban encarnizadamente. Gervique y Gradlin, presa de atroces sufrimientos, no tenían conciencia siquiera de lo que pasaba a su alrededor.

Pierre Nouquet recibió pronto una puñalada en el costado, y Herming se volvió contra Penellan, que se batía con rabia. André Vasling le tenía atrapado por la cintura.

Pero desde el principio de la lucha, el barreño había caído sobre el fuego, y al desparramarse la grasa sobre los carbones ardientes, impregnaba la atmósfera con un olor infecto. María se levantó lanzando gritos de desesperación y se precipitó hacia el lecho donde el viejo Juan Cornbutte lanzaba estertores.

André Vasling, menos vigoroso que Penellan, sintió pronto que sus brazos eran rechazados por los del timonel. Estaban demasiado cerca uno de otro para hacer uso de sus armas. El segundo, al ver a Herming, gritó:

—¡Ayúdame, Herming!

—¡Ayúdame, Misonne! — grito Penellan a su vez. Pero Misonne rodaba por tierra con Aupic, que trataba de clavarle el cuchillo. El hacha del

carpintero era un arma poco favorable para su defensa porque no podía manejarla, y le costaba todo el esfuerzo del mundo parar las puñaladas que Aupic le lanzaba.

Mientras tanto, la sangre corría en medio de rugidos y de gritos. Turquette derribado por Jocki, hombre de una fuerza poco común, había recibido una puñalada en el hombro, y trataba en vano de apoderarse de una pistola que el noruego tenía al cinto. Pero este le atenazaba como si estuviera en un torno y le resultaba imposible cualquier movimiento.

Al grito de André Vasling, al que Penellan acorralaba contra la puerta de entrada, Herming acudió. En el momento en que iba a dar una puñalada en la espalda del bretón, éste lo tumbó en el suelo de una vigorosa patada. El esfuerzo que hizo permitió a André Vasling librar su brazo derecho de las tenazas de Penellan; pero la puerta de entrada, sobre la que cargaban con todo su peso, se hundió súbitamente, y André Vasling cayó boca arriba.

De pronto estalló un rugido terrible y un oso gigantesco apareció en los peldaños de la escalera. André Vasling fue el primero en verlo. Sólo estaba a cuatro pasos de él. En el mismo momento, se dejó oír una detonación y el oso, herido o asustado, retrocedió. André Vasling, que había conseguido levantarse, lo persiguió abandonando a Penellan.

El timonel volvió a colocar entonces la puerta desfondada y miró a su alrededor. Misonne y Turquette estrechamente agarrotados por sus enemigos, habían, sido arrojados a un rincón y hacían vanos esfuerzos por romper sus ataduras. Penellan se precipitó en su ayuda, pero fue derribado por los dos noruegos y Aupic. Sus fuerzas agotadas no le permitieron resistir a aquellos tres hombres que le ataron de forma que no pudiera moverse. Luego, a los gritos del segundo, éstos se lanzaron al puente, creyendo que tenían que vérselas con Luis Cornbutte.

Allí André Vasling se debatía contra un oso, al que ya había propinado dos puñaladas. El animal, hiriendo el aire con sus formidables patas, trataba de alcanzar a André Vasling. Este, arrinconado poco a poco contra el empalletado, estaba perdido cuando sonó una segunda detonación. El oso cayó. André Vasling alzó la cabeza y vio a Luis Cornbutte en el flechaste del mástil de mesana con el fusil en la mano. Luis Cornbutte había apuntado al corazón del oso, y el oso estaba muerto.

El odio fue superior a la gratitud en el corazón de Vasling; pero antes de satisfacerlo miró a su alrededor. Aupic tenía la cabeza rota por un golpe de pata y yacía sin vida sobre el puente. Jocki, con un hacha en la mano, paraba no sin esfuerzo los golpes que le daba un segundo oso, el que acababa de matar a Aupic. El animal había recibido dos puñaladas y, sin embargo, se batía con encarnizamiento. Un tercer oso se dirigía hacia la proa del navío.

André Vasling, seguido de Herming, corrió en ayuda de Jocki; pero Jocki, pillado entre las patas del oso, fue machacado, y cuando el animal cayó bajo los golpes de André Vasling y de Herming, que descargaron sobre él sus pistolas, entre sus patas sólo sostenía un cadáver.

—No quedamos más que nosotros dos — dijo André Vasling can aire sombrío y feroz—. Pero si sucumbimos, no será sin venganza.

Herming volvió a cargar, sus pistolas sin contestar.

Ante todo había que desembarazarse del tercer oso. André Vasling miró hacia la proa y no lo vio. Al alzar los ojos, lo divisó de pie en el empalmetado y trepando ya a los flechastes para alcanzar a Luis Cornbutte. André Vasling dejó caer su fusil, que apuntaba al animal, y una feroz alegría se pintó en ojos.

—¡Ah! — exclamó—. Me debes esa venganza.

Mientras tanto, Luis Cornbutte se había refugiado en la cofa de mesana, El oso seguía subiendo y ya estaba sólo a seis pies de Luis cuando éste se echó a la cara su fusil y apuntó al corazón del animal.

Por su parte, André Vasling levantó el suyo para disparar contra Luis si el oso caía.

Luis Cornbutte disparó, pero no pareció haber tocado al oso, porque éste se lanzó de un salto sobre la cofa. Todo el mástil se estremeció.

André Vasling lanzó un grito de alegría.

—¡Herming! — grito al marinero noruego—. Vete a buscar a María. Vete a buscar a mi prometida.

Herming bajó la escalera del alojamiento. Mientras tanto, el animal, furioso, se había precipitado sobre Luis Cornbutte, que buscó refugio al otro lado del mástil; pero en el momento en que su pata enorme se abatía para romperle la cabeza, Luis Cornbutte, agarrándose a uno de los estays, se dejó deslizar hacia tierra, no sin peligro porque a medio camino una bala silbó en sus oídos. André Vasling acababa de disparar contra él y había fallado. Los dos adversarios se encontraron, pues, uno frente al otro, con el cuchillo en la mano.

Aquel combate debía ser decisivo. Para saciar plenamente su venganza, para hacer asistir a la joven a la muerte de su prometido, André Vasling se había privado del socorro de Herming. No debía contar, pues, más que consigo mismo.

Luis Cornbutte y André Vasling se agarraron uno a otro del cuello, y se mantuvieron de forma que no pudieran retroceder. Uno de los dos debía caer muerto. Se lanzaron violentos golpes que sólo fueron parados a medias, porque pronto la sangre corrió de ambas partes. André Vasling trataba de poner su brazo derecho alrededor del cuello de su adversario para derribarle. Luis Cornbutte, sabiendo que el que cayera estaría perdido, lo previno, y consiguió agarrarle de los dos brazos; pero en este movimiento el puñal se le escapó de las manos.

A su oído llegaron en aquel momento unos gritos horrorosos, era la voz de María, a la que Herming quería arrastrar. La rabia se apoderó de Luis Cornbutte; se enderezó para hacer que André Vasling se doblase, pero en aquel instante ambos adversarios se sintieron atrapados en un poderoso abrazo.

El oso, después de bajar de la cofa de mesana, se había precipitado sobre los

dos hombres. André Vasling estaba apoyado contra el cuerpo del animal. Luis Cornbutte sentía entrar en sus carnes las garras del monstruo. El oso los abrazaba a los dos.

—¡Socorro, socorro, Herming! — pudo gritar el segundo.

—¡Socorro, Penellan! — exclamó Luis Cornbutte.

En la escalera se dejaron oír unos pasos. Apareció Penellan, armó su pistola y la descargó en la oreja del animal. Este lanzó un rugido. El dolor le hizo abrir un instante las patas y Luis Cornbutte, agotado, cayó inánime sobre el puente; pero el animal, al cerrar las patas con fuerza en su agonía, cayó arrastrando al miserable André Vasling, cuyo cadáver quedó destrozado bajo el oso.

Penellan corrió en ayuda de Luis Cornbutte. Ninguna herida grave ponía su vida en peligro, y sólo le había faltado el aliento durante un instante.

—¡María! ... — dijo al abrir los ojos.

—¡Salvada! — respondió el timonel—. Herming está tendido ahí, con una puñalada en el vientre.

—¿Y los osos?

—Muertos, Luis, como nuestros enemigos. Pero puede decirse que, sin esas bestias, estábamos perdidos. Realmente han venido en nuestra ayuda. ¡Demos gracias pues a la Providencia!

Luis Cornbutte y Penellan bajaron al alojamiento, y María se precipitó en sus brazos.

Capítulo XVI

Conclusión

Herming, mortalmente herido, fue transportado a una cama por Misonne y Turquette, que habían conseguido romper sus ataduras. Aquel miserable agonizaba, y los dos marineros se ocuparon de Pierre Nouquet, cuya herida por suerte no ofrecía ninguna gravedad.

Pero una desgracia mayor debía afectar a Luis Cornbutte. Su padre no daba ninguna señal de vida. ¿Había muerto con la ansiedad de ver a su hijo entregado a sus enemigos? ¿Había sucumbido al presenciar aquella terrible escena? Nadie lo sabría ya nunca. El pobre y viejo marino, quebrantado por la enfermedad, había cesado de vivir.

Ante aquel golpe inesperado, Luis Cornbutte y María quedaron sumidos en una desesperación profunda, luego se arrodillaron junto al lecho y lloraron rezando por el alma de Juan Cornbutte.

Penellan, Misonne y Turquette los dejaron solos en aquel cuarto y subieron al puente. Los cadáveres de los tres osos fueron arrojados por la proa. Penellan decidió conservar su piel, que debía ser de gran utilidad, pero ni un solo momento se le ocurrió comer su carne. Además, el número de hombres que alimentar había disminuido mucho ahora. A los cadáveres de André Vasling, de Aupic y de Jocki, sepultados en una fosa cavada en la costa, se les

unió pronto el de Herming. El noruego murió durante la noche sin arrepentirse y sin remordimientos, con la espuma de la rabia en la boca.

Los tres marinos repararon la tienda que, agujereada en varios puntos, permitía que la nieve cayese sobre el puente. La temperatura era excesivamente fría, y duró así hasta el retorno del sol, que no reapareció sobre el horizonte hasta el 2 de enero.

Juan Cornbutte fue sepultado en aquella costa. Había dejado su país para buscar a su hijo, y había ido a morir bajo aquel clima horrible. Su tumba fue excavada sobre una altura, y los marinos plantaron sobre ella una simple cruz de madera.

Desde aquel día, Luis Cornbutte y sus compañeros pasaron aun por terribles pruebas; pero los limones, que habían recuperado, les devolvieron la salud.

Gervique, Gradlin y Pierre Nouquet pudieron levantarse quince días después de estos terribles acontecimientos y realizar un poco de ejercicio.

Pronto la caza se hizo más fácil y más abundante. Los pájaros acuáticos volvían en abundancia. Con frecuencia mataban una especie de pato salvaje que proporcionaba una carne excelente. Los cazadores no tuvieron que deplorar más pérdida que la de dos de sus perros, que desaparecieron durante una expedición para reconocer, a veinticinco millas al sur, el estado de la llanura de hielos.

El mes de febrero estuvo marcado por violentas tempestades y nieves abundantes. La temperatura media fue aun de veinticinco grados bajo cero, pero los hombres no sufrieron demasiado por ello. Por otra parte la vista del sol, que cada vez se alzaba más en el horizonte, los alegraba anunciándoles el fin de sus tormentos. También hay que creer que el cielo se apiadó de ellos, porque el calor aquel año llegó antes. Desde el mes de marzo fueron divisados algunos cuervos revoloteando alrededor del navío. Luis Cornbutte capturó grullas que habían llevado hasta allí sus peregrinaciones septentrionales. Bandadas de patos salvajes se dejaron también vislumbrar en el sur.

Esta vuelta de los pájaros indicaba una disminución del frío. Sin embargo no había que fiarse demasiado porque, con un cambio de viento, o con el plenilunio, la temperatura descendía súbitamente y los marinos se veían forzados a recurrir a todo tipo de precauciones para prevenirse contra ella. Ya habían quemado todos los empalmetados del navío para calentarse, los tabiques de la camareta alta que no habitaban y una gran parte del sollado. Era, pues, tiempo de que aquella invernada terminase. Por suerte, a mediados de marzo no pasaron de los dieciséis grados bajo cero. María se ocupó de preparar nuevas ropas para aquella precoz estación del verano.

Desde el equinoccio, el sol se mantuvo de modo constante sobre el horizonte. Los ocho meses de luz habían comenzado. Aquella claridad perpetua y aquel calor incesante, aunque excesivamente débiles, no tardaron en obrar sobre los hielos.

Había que tomar grandes precauciones para lanzar *La joven audaz* desde su alto lecho de témpanos que la rodeaban. El navío, por consiguiente, fue

apuntalado con solidez, y les pareció conveniente esperar a que los hielos se rompieran por el deshielo; pero los témpanos inferiores, que descansaban sobre una capa de agua ya más caliente, se fueron disolviendo poco a poco, y el *brick* bajo sensiblemente. Hacia los primeros días de abril, había recuperado su nivel natural.

Con el mes de abril vinieron lluvias torrenciales, que, difundidas a oleadas sobre la llanura de hielos, apresuraron todavía más su descomposición, El termómetro subió a diez grados bajo cero. Algunos hombres se quitaron sus vestimentas de pieles de foca y ya no fue necesario mantener encendida la estufa día y noche en el alojamiento. La provisión de alcohol, que no se había agotado, sólo se empleó para la cocción de los alimentos.

Pronto los hielos empezaron a romperse con sordos crujidos. Las grietas se formaban con gran rapidez y se volvía imprudente avanzar por la llanura sin un bastón para sondear los pasos, porque las fisuras serpenteaban por aquí y por allá. Más de una vez ocurrió que varios marineros cayeron en el agua, pero se libraron del percance sólo con un baño algo frío.

Las focas volvieron en esa época, y frecuentemente las cazaron porque su grasa debía ser utilizada. La salud de todos seguía siendo excelente. El tiempo se ocupaba con los preparativos de partida y con la caza. Luis Cornbutte iba frecuentemente a estudiar los pasos, y, según la configuración de la costa meridional, decidió intentar el paso más al sur. Ya se había producido el deshielo en diferentes lugares, y algunos témpanos flotantes se dirigían hacia alta mar. El 25 de abril, el navío estaba en situación de navegar. Las velas, sacadas de sus fundas se hallaban en perfecto estado de conservación, y fue una auténtica alegría para los marinos verlas balancearse al soplo del viento. El navío se estremecía porque había vuelto a encontrar su línea de flotación, y aunque aun no pudiera moverse, descansaba sin embargo en su elemento natural.

En el mes de mayo el deshielo se efectuó rápidamente. La nieve que cubría la orilla se fundía por todos lados y formaba un barro espeso, que hacía casi inabordable la costa. Pequeños matorrales, de color rosáceo pálido, se mostraban tímidamente entre los restos del hielo y parecían sonreír al escaso calor. El termómetro subió al fin por encima de cero.

A veinte millas del navío, en dirección sur, los témpanos completamente sueltos, bogaban hacia el océano Atlántico. Aunque la mar todavía no estuviera del todo libre en torno al navío, se formaban pasos que Luis Cornbutte quiso aprovechar.

El 21 de mayo, después de una última visita a la tumba de su padre, Luis Cornbutte abandono por fin la bahía de internada. El corazón de aquellos valientes marinos se llenó al mismo tiempo de alegría y de tristeza, porque no se dejan sin pena los lugares en que se ha visto morir a un amigo. El viento soplaba del norte y favorecía la partida del *brick*. Frecuentemente se vio detenido por bancos de hielo, que tuvieron que cortar con la sierra; frecuentemente ante él se levantaron témpanos, y había que emplear barrenos

para hacerlos saltar. Durante un mes todavía la navegación estuvo llena de peligros, que a menudo pusieron al navío a dos dedos de su perdición; pero la tripulación era audaz y estaba acostumbrada a aquellas peligrosas maniobras. Penellan, Pierre Nouquet, Turquiette, Fidele Misonne, hacían ellos solos el trabajo de diez marineros, y María tenía sonrisas de agradecimiento para todos.

La joven audaz se vio libre de los hielos a la altura de la isla Juan—Mayer. Hacia el 25 de junio, el *brick* encontró navíos que se dirigían al norte para la pesca de focas y ballenas. Había tardado cerca de un mes en salir del mar polar.

El 10 de agosto, *La Joven Audaz* se encontraba a la vista de Dunkerque. Había sido avistada por el vigía y toda la población del puerto acudió a la escollera. Los marinos del *brick* cayeron pronto en brazos de sus amigos. El viejo cura recibió a Luis Cornbutte y a María estrechándolos contra su corazón, y de las dos misas que dijo en los dos días siguientes la primera fue por el reposo del alma de Juan Cornbutte y la segunda para bendecir a los dos prometidos, unidos desde hacía tanto tiempo por la desgracia.

FIN

Los forzadores de bloqueos

De Glasgow a Charleston

Editado por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1865

Sinopsis:

El relato cuenta las complicaciones que debe afrontar un barco comercial que entra y sale del puerto de Charleston, intentando intercambiar su cargamento de armas por algodón, un material que escaseaba en Europa a causa de la Guerra de Secesión norteamericana. Pero en esta ocasión lleva consigo a una joven que busca salvar del presidio a su padre, un periodista abolicionista.

Capítulo I

El Delfín

Las primeras aguas de un río que espumaron bajo las ruedas de un vapor fueron las del Clyde. Fue en 1812. El buque se llamaba El *Cometa* y hacía un servicio regular entre Glasgow y Greenock, con una velocidad de seis millas por hora. Desde aquella época, millones de *steamers* y de *packe-boats* han remontado o descendido la corriente del río escocés, y los habitantes de la gran ciudad comercial deben estar singularmente familiarizados con los prodigios de la navegación a vapor.

Sin embargo, el 3 de diciembre de 1862, una multitud enorme compuesta de armadores, comerciantes, industriales, obreros, marinos, mujeres y niños llenaban las calles de Glasgow y se dirigían al *Kelvindock*, vasto establecimiento de construcciones navales, propiedad de los señores Tod y Ma-Gregor. Este último nombre prueba hasta la saciedad que los descendientes de los famosos *Highlanders* se han convertido en industriales y que todos los vasallos de los antiguos clans se habían trocado en obreros de fábrica.

Kelvindock, está situado a corta distancia de la ciudad, en la orilla derecha del Clyde y bien pronto sus inmensos astilleros fueron invadidos por los curiosos: ni una punta, del muelle, ni una tapia de wharf, ni un techo de almacén ofrecía el menor espacio desocupado.

El mismo río estaba cuajado de embarcaciones y en la orilla izquierda hormigueaban los espectadores en las alturas de Govan.

No se trataba, sin embargo, de una ceremonia, extraordinaria, sino sencillamente de la botadura de un buque y los habitantes de Glasgow debían estar acostumbrados a semejantes operaciones. El *Delfín* —éste era el nombre del vapor construido por los señores Tod y Ma-Grego -, ¿ofrecía acaso alguna particularidad? No, por cierto.

Era un gran buque de mil quinientas toneladas, de planchas de acero en el que todo se había combinado para obtener una marcha superior. Su máquina, salida de los talleres de Lancefield era de alta presión y dotada de una fuerza efectiva de quinientos caballos. Ponía en movimiento dos hélices gemelas situadas a ambos lados del codaste en las partes delgadas de la popa, y completamente independientes una de otra, nueva aplicación del sistema de los señores Milwal y Dudgeon, que da una gran velocidad a las naves y les permite evolucionar dentro de un círculo excesivamente reducido. En cuanto al calado del *Delfín*, era poco considerable y no se engañaban los inteligentes al decir que debía estar destinado a navegar por parajes de escasa profundidad.

Pero estos detalles no podían justificar de ninguna manera la aglomeración de público porque al fin y al cabo, el *Delfín* era una nave como otra cualquiera. ¿Ofrecía entonces la botadura algunas dificultades mecánicas? Tampoco. El Clyde había recibido en sus aguas buques de mayor tonelaje y el lanzamiento del *Delfín* debía verificarse de la manera más sencilla.

En efecto, cuando la mar estuvo igual en el momento en que cesó el reflujo, comenzaron las maniobras: los martillazos resonaron con perfecta uniformidad sobre las cuñas destinadas a levantar la quilla de la nave, por cuya maciza construcción no tardó en correr un estremecimiento: poco a poco empezó a levantarse y moverse, se determinó el deslizamiento y a los pocos instantes el *Delfín* abandonó los rulos cuidadosamente ensebados y entró en el Clyde en medio de espesas volutas de espesos vapores blancos. Su popa chocó contra el fondo cenagoso del río, volvió a elevarse sobre el lomo de una ola enorme y el magnífico *steamer*, arrastrado por su propio impulso, se abría estrellado contra los muelles de los astilleros de Govan si todas sus anclas, cayendo a un tiempo con formidable estrépito, no le hubieran contenido en su carrera.

La botadura se había verificado con éxito completo. El *Delfín* se balanceaba tranquilamente en las aguas del Clyde, y en el momento que tomó posesión de su elemento natural todos los espectadores rompieron en aplausos y hurras atronadores.

Mas, ¿por qué tales aplausos y aclamaciones? Seguramente, los espectadores más entusiastas habríanse visto en un apuro para explicar su entusiasmo. ¿De dónde provenía, pues, el interés particular despertado por aquella nave? Pura, y sencillamente del misterio que encubría su destino. No se sabía a qué género de comercio iba a ser dedicado, y la diversidad de

opiniones emitidas por los grupos de curiosos acerca del particular hubiera asombrado, con razón, a cualquiera.

Los que estaban mejor informados, o mejor dicho, los que presumían de estar enterados, aseguraban que el *steamer* estaba destinado a desempeñar un papel muy importante en la terrible guerra que diezmaba entonces a los Estados Unidos de América; pero no se sabía nada más; nadie podía decir si el *Delfín* era un corsario, un transporte, una nave confederada o un buque de la marina federal, en fin, que sobre este extremo la ignorancia de los espectadores era completa.

—¡Hurra! —exclamó uno, afirmando que el *Delfín* había sido construido por cuenta de los Estados del Sur.

—¡Hip! ¡hip! ¡hip! —gritó otro, jurando que jamás habría cruzado un buque más rápido por las costas americanas.

En una palabra, que para saber con exactitud a qué atenerse hubiera sido preciso ser amigo íntimo o asociado de Vicente Playfair y Compañía de Glasgow.

Rica, inteligente y poderosa era la casa de comercio que tenía por razón social Vicente Playfair y Compañía, antigua y honrada familia descendiente de los lores Tobacco, que levantaron los mejores barrios de la ciudad. Aquellos hábiles negociantes en cuanto fue firmada el acta de la Unión, fundaron las primeras factorías de Glasgow para traficar con el tabaco de Virginia y de Maryland. Se hicieron fortunas inmensas en aquel nuevo centro comercial. Glasgow no tardó en hacerse industrial y manufacturera; por todas partes se construyeron fábricas de hilados y fundiciones de hierro, y en pocos años llegó a su apogeo la prosperidad de la ciudad.

La casa Playfair permaneció fiel al espíritu emprendedor de sus antepasados y se lanzó a las operaciones más atrevidas, sosteniendo el honor del comercio inglés. Su jefe actual, Vicente Playfair, hombre de unos cincuenta años, de temperamento esencialmente práctico y positivo, aunque audaz, era un armador de pura cepa. Fuera de las operaciones mercantiles, nada le impresionaba, ni el lado político de las transacciones. Por lo demás, era honrado y leal a carta cabal. Pero no podía reivindicar la idea de haber construido y armado el *Delfín*, porque esta gloria pertenecía a Jacobo Playfair, su sobrino, guapo mozo de treinta años, el más atrevido *skipper* de la marina mercante del Reino Unido.

Cierto día, en *Tontine Coffee Room*, bajo los arcos de la sala de la ciudad, después de haber leído los periódicos norteamericanos, Jacobo Playfair participó a su tío un proyecto arriesgadísimo.

—Tío Vicente —le dijo ruborizándose como un colegial—, se pueden ganar dos millones en menos de un mes.

—¿Qué hay que arriesgar para ello? —le preguntó su tío Vicente.

—Un buque y su cargamento.

—¿Nada más?

—Sí, la vida de la tripulación y de su capitán, pero esa no importa.

—Vamos a ver de qué se trata —repuso Vicente, que era aficionado a este pleonismo.

—Es muy sencillo — repuso Jacobo Playfair—. ¿Ha leído usted *The Tribune*, el *New York Herald*, el *Times*, el *Enquirer Richmond* o el *American Review*?

—Veinte veces, querido sobrino.

—¿Cree usted, como yo, que la guerra de los Estados Unidos durará aún mucho tiempo?

—Mucho tiempo.

—¿Sabe usted cuánto perjudica esa guerra a los intereses de Inglaterra, y a los de Glasgow en particular?

—Y especialmente a los de la casa Playfair y Compañía —contestó el tío Vicente.

—Sobre todo a éstos —asintió el joven capitán.

—Cada día pienso más, querido Jacobo, y no sin una especie de terror en los desastres comerciales que esa guerra puede acarrear. No quiere esto decir, sobrino mío, que la casa Playfair no sea fuerte, pero sus corresponsales pueden quebrar. ¡Así se lleve el diablo a todos los esclavistas y abolicionistas de América!

Si desde el punto de vista de los grandes principios humanitarios, que están siempre por encima de los intereses personales, Vicente Playfair hacía mal en hablar así, le sobraba razón considerado el asunto bajo su aspecto comercial. El artículo más importante de la exportación americana faltaba por completo en la plaza de Glasgow.

El hambre de algodón, empleando la enérgica expresión inglesa, se hacía de día en día más amenazadora.

Millares de obreros se veían obligados a implorar la caridad pública. Glasgow poseía veinticinco mil telares mecánicos que antes de la guerra de los Estados Unidos producían seiscientos veinticinco mil metros de algodón hilado cada día, es decir, cincuenta millones de libras al año. Por estas cifras puede calcularse los trastornos ocurridos en el movimiento comercial e industrial de la ciudad cuando llegó a faltar casi por completo la materia textil. Las quiebras eran continuas, todas las fábricas suspendían sus trabajos y los obreros perecían de hambre.

El cuadro de esta espantosa miseria fue lo que sugirió a Jacobo Playfair la idea su atrevido proyecto.

—Yo iría a buscar algodón —pensó — y lo traería aquí a toda costa.

Pero, como era tan «negociante» como su propio tío Vicente, resolvió proceder por vía de cambio y proponer la operación como un negocio comercial.

—Veamos mi idea —dijo.

—Veámosla.

—Es muy sencilla. Haremos construir una nave de gran velocidad y de mucha cabida.

—Adelante.

—La cargaremos de municiones de guerra, de víveres y de vestuario.

—Todo eso es fácil.

—Yo tomaré el mando del buque. Desafiare en velocidad a todos los navíos de la marina federal. Forzare el bloqueo de uno de los puertos del Sur...

—Venderás caro el cargamento a los confederados que los necesiten —añadió el tío.

—Y volveré cargado de algodón.

—Que te lo darán casi de balde.

—Exacto, tío Vicente. ¿Qué le parece mi proyecto?

—Muy bueno; pero, ¿podrás pasar?

—Pasaré, seguramente, si dispongo de un buen buque.

—Se construirá uno expresamente. Pero, ¿y la tripulación?

—Yo la encontraré: no tengo necesidad de muchos hombres. Bastan los imprescindibles para las maniobras. No voy a batirme con los confederados, sino a burlarlos.

—Los burlarás —repuso el tío Vicente con resolución—. Pero dime, ¿a qué punto de las costas americanas piensas dirigirte?

—Hasta ahora, tío, algunas naves han forzado el bloqueo de Nueva Orleans, de Willmington y de Savannah, pero yo pienso entrar en derechura en Charleston. Ningún buque inglés ha podido anclar en su fondeadero, excepto *La Bermuda*; yo haré lo mismo que ésta, y si mi buque cala poco, irá hasta donde los buques federados no podrían seguirme.

—La verdad es —repuso el tío Vicente—, que Charleston está abarrotado de algodón. Lo queman para desembarazarse de él.

—Sí —agregó Jacobo—. Beauregard está escaso de municiones y pagará mi cargamento a peso de oro.

—¡Muy bien, sobrino! ¿Cuándo quieres partir?

—Dentro de seis meses. Hay que esperar a las noches largas, a las noches de invierno, para pasar con menos dificultades.

—Se hará lo que desees, sobrino.

—Está dicho, tío.

—Está dicho.

—Pues ni una palabra más, y punto en boca.

—Punto en boca.

He aquí explicado por qué, cinco meses después el *steamer* era lanzado al agua en los astilleros de *Kelvindock*, y por qué nadie sabía su verdadero destino.

Capítulo II

El aparejo

El armamento del *Delfín* se llevaba a cabo con mucha rapidez: el aparejo estaba listo y sólo hubo que ajustarlo. El *Delfín* llevaba tres palos de goleta,

lujo poco menos que superfluo, pues no contaba con el viento para escapar a los cruceros federados sino con las potentes máquinas encerradas en sus costados. Y hacía bien.

A fines de diciembre el *Delfín* verificó sus pruebas en el golfo del Clyde. Sería difícil decir si quedó más satisfecho el constructor que el capitán. El nuevo *steamer* cortaba el agua admirablemente y el *patentlog* marcó una velocidad de 17 millas por hora, velocidad nunca alcanzada por un barco inglés, francés o americano. Evidentemente el *Delfín*, luchando con los buques más rápidos, habría ganado muchos cables de delantera en un match marítimo.

El 25 de diciembre comenzaron las operaciones del cargamento. El *steamer* fue atracado al *stea-boa-quay*, un poco más abajo de *Glasgow Bridge*, en el último puente, tendido sobre el Clyde antes de llegar a su desembocadura. Allí los vastos *wharfs* contenían una inmensa provisión de víveres, armas y municiones que pasaban rápidamente a la sentina del *Delfín*. La naturaleza del cargamento denunció el misterioso destino del buque, y la casa Playfair no pudo guardar por más tiempo el secreto. Por otra parte, el *Delfín* no había de tardar en hacerse a la mar. En las aguas inglesas no se había señalado ningún crucero americano, y, además, ¿hubiera sido posible formar el rol y guardar silencio sobre el destino de la tripulación? No se podía embarcar a los hombres sin decirles adónde se les quería llevar, pues cuando uno arriesga su pellejo, quiere saber por qué lo arriesga.

Sin embargo, el peligro no retrajo a nadie. El salario era bueno y a cada tripulante se le reconocía una participación en los beneficios; así es que fueron muchos los marineros que quisieron figurar en el rol del *Delfín*. Jacobo Playfair pudo, pues, elegir bien y a su entera satisfacción, de manera que a las veinticuatro horas la lista de la tripulación era de treinta nombres de marineros que hubieran hecho honor al yate de Su Muy Graciosa Majestad. Se fijó la partida para el 3 de enero.

El 31 de diciembre el *Delfín* estaba ya listo. Sus sentinas se hallaban abarrotadas de municiones y víveres y su bodega de carbón. Nada le retenía ya.

El 2 de enero el *skipper* se hallaba a bordo dando el último vistazo a la nave para asegurarse de que todo estaba en orden, cuando se presentó en la escalera del *Delfín* un hombre diciendo que deseaba hablar con el capitán. Uno de los marineros le condujo a la toldilla.

Era un hombrón de anchas espaldas, coloradote, de aire sencillo, que no ocultaba, empero, cierta sagacidad e inteligencia. No parecía estar muy al corriente de las costumbres marítimas y miraba en torno suyo como el que no está habituado a pisar las cubiertas de los buques.

Sin embargo, se daba la importancia de un viejo lobo de mar y balanceaba el cuerpo al modo de los marineros.

Cuando llegó a presencia del capitán, le miró fijamente preguntando:

—¿El capitán Jacobo Playfair?

—Yo soy —respondió el *skipper*—. ¿Qué desea?

—Embarcarme a bordo de su buque.

—Ya no hay puesto; la tripulación está completa.

—¡Bah! un hombre más no estorba, al contrario.

—¿Eso crees? —preguntó el capitán mirando con fijeza a su interlocutor.

—Estoy seguro de ello —respondió el solicitante.

—¿Quién eres? —interrogó el capitán.

—Un rudo marinero, un hombre fuerte y decidido, se lo aseguro. Dos brazos vigorosos como los que tengo la dicha de poseer, no son de despreciar a bordo de una nave.

—Pero hay más buques que el *Delfín* y otros capitanes que no son Jacobo Playfair; ¿por qué has venido, pues, aquí?

—Porque sólo a bordo del *Delfín* y a las órdenes del capitán Jacobo Playfair quiero yo servir.

—Pues no te necesito.

—Siempre se necesita un hombre vigoroso; sí quiere usted probar mis fuerzas con tres o cuatro hombres de los más robustos de la tripulación, estoy dispuesto.

—No es necesario. ¿Cómo te llamas?

—Crockston, para servirle.

El capitán retrocedió un paso para examinar mejor aquel Hércules que se le presentaba de una manera tan curiosa. Su complexión, su figura, su aspecto, no desmentían sus palabras y sus alardes de robustez.

Debía estar dotado de una fuerza poco común y a la primera ojeada se comprendía que era hombre de pelo en pecho.

—¿Por dónde has navegado? —le preguntó Playfair.

—Un poco por todas partes.

—¿Sabes lo que va a hacer el *Delfín*?

—Por eso precisamente he venido.

—Pues bien, que Dios me condene si dejo escapar a un hombre de tu temple. Ve a buscar al segundo de a bordo, el señor Mathew, y que te inscriba.

Dicho esto, Jacobo Playfair esperaba ver a su hombre girar sobre sus talones y dirigirse a la proa, pero se engañó: Crockston no se movió.

—¿No me has entendido? —le preguntó el capitán.

—Sí, señor —repuso el marinero —; pero todavía no he concluido: tengo algo que proponerle.

—No me fastidies más —dijo bruscamente. Playfair —; no tengo tiempo que perder en baldías conversaciones.

—No lo molestaré mucho —replicó Crockston—. Con dos palabras despacho. Quería decir a usted que tengo un sobrino.

—¡Valiente tío tiene ese sobrino! —exclamó Playfair.

—¿Eh? ¿Cómo! —dijo Crockston.

—¿Acabarás? —dijo el capitán con impaciencia.

—Enseguida. Quién enrola al tío debe enrolar también al sobrino.

—¿De veras?

—Sí señor; es la costumbre el uno no puede ir a ninguna parte sin el otro.

—¿Y quién es tu sobrino?

—Un muchacho de quince años, un novato, al que estoy enseñando el oficio. Tiene muy buena voluntad y promete ser un excelente marinero.

—¿Crees acaso, maestro Crockston, que el *Delfín* es una escuela de grumetes? —exclamó Jacobo Playfair.

—No hable usted desdeñosamente de los grumetes, pues uno de ellos llegó a ser el almirante Nelson y otro el almirante Franklin.

—¡Voto a sanes! Tienes una manera de hablar que me hace gracia —repuso Jacobo—. Trae también a tu sobrino, y acabemos; pero te advierto que si el mozo no es como lo pinta el tío, el tío tendrá que habérselas conmigo. Vuelve antes de una hora.

Crockston no se lo hizo repetir dos veces: saludó torpemente al capitán del *Delfín* y bajó al muelle. Una hora después estaba de regreso a bordo, acompañado de su sobrino, un muchacho de catorce a quince años, flaco y pálido, tímido y asombrado, que no tenía de su tío ni sombra, de las cualidades morales y físicas del robusto Crockston. Este tuvo que animarle con algunas palabras.

—¡Vamos —le dijo—, un poco de valor! ¡No nos comerán, muchacho! Además, todavía estamos a tiempo de irnos.

—¡No, no! —replicó el chiquillo—. ¡Que Dios nos proteja!

Aquel mismo día el marinero Crockston y su sobrino Juan Stiggs fueron inscriptos en el rol de la tripulación del *Delfín*.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, activáronse los fuegos del buque y de nuevo retembló el puente bajo las vibraciones de la caldera, y el vapor se escapaba silbando por las válvulas. Había llegado el momento de zarpar.

A pesar de la hora intempestiva, una muchedumbre inmensa se agrupaba en los muelles y en *Glasgow Bridge*. Iban a saludar por última vez al atrevido *steamer*. Vicente Playfair fue también para abrazar a su sobrino, pero, en aquella circunstancia, se portó como un viejo romano de los buenos tiempos. Su continente fue heroico: los dos sonoros besos que dio al joven capitán indicaban un alma de gran temple.

—Anda, Jacobo —le dijo—; anda ligero y vuelve más ligero aún.

Sobre todo no dejes de aprovechar la ocasión: vende caro, compra barato y merecerás aún más la estimación de tu tío.

Después de esta recomendación, tomada del Manual del Perfecto Comerciante, el tío y el sobrino se separaron y todos los visitantes abandonaron el buque.

En aquel momento, Crockston y Juan Stiggs, se hallaban reunidos en el castillo de proa, y el primero decía al segundo:

—¡Esto marcha! ¡Esto marcha! Antes de diez horas estaremos en alta mar, y auguro bien de un viaje que empieza de esta manera.

Por toda respuesta, el muchacho estrechó la mano a Crockston.

Jacobo Playfair daba entretanto las últimas órdenes para la partida.

—¿Tenemos presión? —preguntó a su segundo.

—Sí, capitán —respondió mister Mathew.

—Está bien: larguen las amarras.

La maniobra fue ejecutada inmediatamente. Las hélices se pusieron en movimiento. El *Delfín* se puso en marcha, pasó por entre las naves del puerto y desapareció bien pronto a los ojos de la multitud que lo saludaba con sus últimos hurras.

La bajada del Clyde se verificó fácilmente. Se podría decir que aquellas riberas habían sido hechas por la mano del hombre, y hasta por mano maestra. Después de sesenta años, gracias a las dragas y a un trabajo constante, había ganado el río quince pies de profundidad y triplicado su anchura entre los muelles de la ciudad. No tardó en perderse entre los humos y la bruma el bosque de chimeneas y de mástiles.

La distancia apagó el ruido de los martillos de las fundiciones y de las hachas de los astilleros que se perdía en lontananza. A la altura del pueblo de Partick, las casas de campo y de recreo substituyeron a las fábricas. El *Delfín*, moderando su marcha, navegaba entre los diques que contienen el río encajonándolo a veces en pasos muy estrechos, inconveniente de poca importancia, pues en un río navegable importa mucho más la profundidad que la anchura. El *steamer*, guiado por la mano de un excelente piloto del mar de Irlanda, se deslizaba sin vacilar entre las boyas flotantes y las columnas de piedra y de los biggings coronados por fanales que marcan el canal. Pronto dejó atrás el anejo de Renfrew. El Clyde se ensanchó entonces al pie de las colinas de Kilpatrick y delante de la bahía de Bowling, en el fondo de la cual se abre la boca del canal que une a Edimburgo con Glasgow.

Por fin, a cuatrocientos pies, en los aires, el castillo de Dumbarton dibujaba su silueta, apenas perfilada, entre la bruma, y pronto, en la orilla izquierda, las naves del puerto de Glasgow oscilaron bajo la acción de las olas agitadas por el *Delfín*. Algunas millas más allá quedó atrás Greenock, la patria de Jacobo Watt. El *Delfín* se hallaba en la desembocadura del Clyde, a la entrada del golfo por el cual vierte sus aguas en el canal del Norte.

Allí sintió las primeras ondulaciones del mar y ganó las costas pintorescas de la isla de Arran. Por último, dobló el promontorio de Cantyre, que atraviesa el canal, reconoció la isla de Rathlin y el práctico volvió en el bote a su pequeño *cutter* que cruzaba al largo. El *Delfín*, devuelto a la autoridad de su capitán, tomó por el norte de Irlanda una ruta poco frecuentada por las naves y no tardó en perder de vista las últimas tierras europeas: se hallaba en medio del Océano.

Capítulo III

En el mar

El *Delfín* llevaba muy buena tripulación, no marinos de combate ni de abordaje, sino hombres que sabían maniobrar muy bien, que era lo que necesitaba. Aquellos muchachos eran todos resueltos, pero más o menos negociantes. Iban en busca de la fortuna, no de la gloria. No tenían pabellón que enseñar y defender a cañonazos. Toda la artillería de a bordo consistía en dos pequeños pedreros para las señales.

El *Delfín* navegaba velozmente; respondía a las esperanzas de los constructores y del capitán, y pronto salió de los límites de las aguas británicas. No se veía ningún buque. La gran ruta del océano estaba libre. Por otra parte, ningún buque federal tenía derecho a atacar a una nave en la que ondease el pabellón inglés; únicamente podía seguirla para impedir que forzara el bloqueo. Por eso, para no ser seguido, Jacobo Playfair habíalo sacrificado todo a la velocidad.

De todos modos, se hacía muy estrecha guardia a bordo. A pesar del frío, un hombre permanecía todo el día en la arboladura registrando el mar para señalar si se veía alguna vela en el horizonte. Cuando cerró la noche, el capitán Jacobo dio órdenes precisas a míster Mathew.

—No deje usted demasiado tiempo a los vigías en las barras —le dijo—. El frío les puede aterir, y no es posible hacer buena guardia en esas condiciones. Hay que relevarlos con frecuencia.

—Así se hará, capitán —respondió míster Mathew.

—Le recomiendo Crockston para ese servicio. El hombre alardea de tener muy buena vista, y hay que ponerlo a prueba. Inclúyale en el cuarto de la mañana, para que vigile las brumas matinales. Si ocurre alguna novedad, avíseme usted enseguida.

Dicho esto, Jacobo Playfair entró en su camarote. Mister Mathew mandó llamar a Crockston y le transmitió las órdenes del capitán.

—Mañana a las seis —le dijo—, ocuparás el puesto de observación en las barras de trinquete.

Crockston, por toda respuesta, dio un gruñido de los más afirmativos; pero el segundo no había tenido aún tiempo de volver las espaldas, cuando el marinero profirió unas palabras ininteligibles, y acabó diciendo:

—¿Qué demonios querrá decir eso de barras del trinquete?

En aquel momento fue a reunirse con él su sobrino Juan Stiggs, en el castillo de proa.

—¿Qué pasa, Crockston? —le preguntó.

—¿Que qué pasa? —repitió el marinero con forzada sonrisa—. Pues que este endemoniado barco se sacude las pulgas como un perro que sale del río, y tengo el estómago algo revuelto.

—¡Pobre amigo mío! —exclamó el muchacho mirando a Crockston con expresión de profundo agradecimiento.

—¡Cuando pienso que a mi edad no me permito el lujo de sentir el mareo! —prosiguió el marinero—. Pero, en fin, se hará lo que se haya de hacer... Son esas dichas barras de trinquete las que me fastidian...

—Querido Crockston, es por mí...

—¡Por usted y por él! —interrumpió Crockston—. Pero, ni una palabra más sobre esto, Juan. Tenemos confianza en Dios, que no ha de abandonarnos.

El viejo marino y el muchacho volvieron a la cámara de tripulación, pero el tío no se durmió hasta que vio a su sobrino tranquilamente, acostado en la estrecha litera que le había sido destinada.

A las seis de la mañana del día siguiente, Crockston se levantó para ir a ocupar su puesto. Subió a cubierta y el segundo le repitió la orden de trepar a la arboladura, y vigilar bien.

Al oír estas palabras, el marino pareció vacilar pero, enseguida, tomando su partido, dirigióse hacia la popa del *Delfín*.

—¿Adónde vas? — le gritó míster Mathew.

—Adonde usted me manda — respondió Crockston.

—Te he dicho que subas a las barras de trinquete.

—Pues allá voy — repuso, imperturbable, el marino, continuando hacia la toldilla.

—¿Te estás burlando? — exclamó el segundo con impaciencia—. ¿Vas a buscar las barras de trinquete en el palo mesana? Me parece que no sabes si quiera lo que es tomar un rizo. ¿A bordo de qué gabarra has navegado, amiguito? ¡A las barras de trinquete, estúpido, a las barras de trinquete!

Los marineros de servicio, que acudieron al oír los gritos del segundo, no pudieron por menos que reír a carcajadas al ver la perplejidad de Crockston que volvía hacia el castillo de proa.

—¿De manera — dijo mirando al palo, cuya extremidad, absolutamente invisible, se perdía en las brumas de la mañana—, de manera que es preciso que trepe allá arriba?

—Sí — respondió míster Mathew—, ¡y a escape! ¡Por vida de San Patricio! ¡Un buque federal podría meter su bauprés en nuestro aparejo antes que este bribón llegara a su puesto! ¿Acabarás?

Crockston, sin despegar los labios, se encaramó penosamente a la borda; después comenzó a trepar, como quien no sabe hacer uso de sus pies ni de sus manos, y al llegar, tras no pocos esfuerzos a la cofa, en lugar de seguir subiendo con ligereza, se quedó inmóvil, agarrándose a la jarcia, como sobrecogido por el vértigo. Mister Mathew, estupefacto de tamaña torpeza, y sintiendo que la ira comenzaba a dominarle, le mandó bajar a cubierta.

—Este bribón — dijo al contraмаestre—, no ha sido marinero en su vida. Johnston, registre su maleta.

El contraмаestre, desapareció para cumplir la orden recibida.

Crockston, entretanto, bajaba penosamente, y habiendo perdido pie, agarróse a una cuerda, arriada en banda que cedió, y el pobre hombre cayó rodando sobre cubierta.

—Malandrín, bestia, marino de agua dulce —le dijo el segundo de a bordo a modo de consuelo—. ¿Qué has venido a hacer al *Delfín*? ¡Has querido hacerte

pasar por un excelente marinero, y no sabes siquiera distinguir el trinquete del mesana! Pues bien, ya te ajustaré las cuentas.

Crockston guardaba silencio, encogiéndose de hombros, como dispuesto a recibir resignado todo lo que viniera. El contraмаestre no tardó en volver de la cámara de la tripulación.

—Mire usted — dijo al segundo—, lo que he encontrado en la maleta de ese sujeto: una cartera llena de cartas sospechosas.

—Démelas —repuso míster Mathew—. Las cartas están timbradas en los Estados Unidos del Norte... «M. Halliburtt, de Boston» ¡Un abolicionista! ¡Un federal!... ¡Miserable! ¡Eres un traidor!.. ¡Has venido a bordo para traicionarnos! Pero no tengas cuidado; la cosa está clara, y vas a probar las uñas del gato de nueve colas. Contraмаestre, avise usted al capitán. Entretanto, que los otros vigilen a este bribón.

Crockston, al oír estos cumplidos, ponía cara de pocos amigos, pero no despegó los labios. Le habían atado al cabrestante y no podía mover los pies ni las manos.

Algunos minutos después Jacobo Playfair salía de su camarote y se dirigió al castillo de proa. Mister Mathew lo puso al corriente de todo.

—¿Qué tienes que responder a eso? — le preguntó el capitán conteniendo a duras penas su cólera.

—Nada, — respondió Crockston, — ¿Qué has venido a hacer a bordo?

—Nada.

—¿Qué esperas entonces de mí?

—Nada.

—¿Quién eres? Un americano, según se deduce de esas cartas.

Crockston no contestó.

—Contraмаestre, — añadió Jacobo Playfair—, que le den cincuenta latigazos a este individuo para desatarle la lengua. ¿Serán bastantes, Crockston?

—Ya veremos — dijo sin pestañear el tío del grumete Juan Stiggs.

—¡Adelante, muchachos! —ordenó el contraмаestre.

Dos vigorosos marineros despojaron a Crockston de la chamarreta de lana. Levantaban ya el terrible instrumento e iban a descargarlo sobre las espaldas del paciente, cuando se precipitó en el puente, pálido como un muerto, el muchacho Stiggs.

—¡Capitán! —gritó.

—¡Ah! el sobrinito — dijo Playfair.

—Capitán —repitió el muchacho, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo—, lo que Crockston no ha querido decir lo diré yo. No ocultaré lo que él no ha querido revelar. Sí, es americano, y lo soy yo también; los dos somos enemigos de los esclavistas, pero no hemos venido a bordo para hacer traición al *Delfín* y entregarlo a los buques federales.

—Entonces, ¿qué les ha traído aquí? — preguntó el capitán en tono severo, y examinando con atención al grumete.

Este vaciló un instante antes de responder, y al fin dijo con voz segura:

—Capitán, quisiera hablarle a solas.

Mientras Juan Stiggs pronunciaba estas palabras, Jacobo Playfair le contemplaba con cuidado: la cara aniñada y amable del grumete, su voz singularmente simpática, la blancura, y delicadeza de sus manos, apenas disimuladas bajo una capa de brea, sus grandes ojos, cuya animación no podía extinguir su dulzura, todo el conjunto de la persona del muchacho hizo entrar en sospechas al capitán. Cuando Juan Stiggs formuló su petición, Playfair miró fijamente a Crockston, que se encogió de hombros; después clavó en el sobrino una mirada interrogadora, que aquél no pudo sostener, y le dijo únicamente:

—Ven.

Juan Stiggs siguió al capitán a la toldilla, y allí, Jacobo Playfair, abriendo la puerta de su camarote, dijo al grumete, que estaba pálido de emoción:

—Tenga la bondad de pasar, señorita.

Al oírse llamar así, el supuesto Juan enrojeció vivamente y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Tranquilícese, miss —añadió el capitán con tono afable—, y sírvase decirme a qué feliz casualidad debo el honor de tenerla a bordo de mi buque.

La joven vaciló un instante antes de responder pero, tranquilizada por la mirada del capitán, se decidió a hablar.

—Señor —dijo—, deseaba reunirme con mi padre en Charleston. La ciudad está cercada por tierra y bloqueada por mar, y desesperaba de poder entrar en ella cuando supe que el *Delfín* se proponía forzar el bloqueo. Entonces decidí embarcarme en su buque señor, y le ruego que me perdone lo haya hecho sin su consentimiento, pues seguramente usted no me lo hubiera permitido.

—Cierto —respondió Playfair.

—Hice, pues, bien en no pedírselo —replicó la joven con voz más segura.

El capitán se cruzó de brazos, dio una vuelta por el camarote, y dijo luego:

—¿Cómo se llama usted?

—Jenny Halliburtt.

—Su padre, si no recuerdo mal las señas de las cartas encontradas en la maleta de Crockston, es de Boston.

—Sí, señor.

—¿Y un hombre del norte se halla en una ciudad del Sur en lo más recio de la guerra de los Estados Unidos?

—Mi padre ha sido hecho prisionero, señor. Se hallaba en Charleston cuando se dispararon los primeros tiros de la guerra civil y las tropas de la Unión fueron desalojadas del fuerte Sumter por los confederados. Las opiniones de mi padre le hacían odioso a los esclavistas, y con menosprecio de todos los derechos fue encerrado en una cárcel por orden del general Beauregard. Yo estaba entonces en Inglaterra en casa de un pariente que acaba de morir, sola, y sin más apoyo que el de Crockston, el más fiel servidor de mi familia, y he querido reunirme con mi padre para participar de su suerte.

—¿Qué era, pues, míster Halliburtt? — preguntó el capitán.

—Un leal y valiente periodista — repuso Jenny con orgullo—, uno de los más dignos redactores de *La tribune*, el que con más intrepidez ha defendido la causa de los negros.

—¡Un abolicionista! —exclamó Playfair — ¡Uno de esos hombres que so pretexto de abolir la esclavitud cubre su Patria de sangre y ruinas!

—Señor — repuso Jenny Halliburtt, palideciendo al oír insultar a su padre —, le ruego que no olvide que soy yo aquí la única que puede defenderle.

Vivo rubor cubrió las mejillas del capitán, y una cólera, mezclada de vergüenza se apoderó de él. Iba tal vez a responder groseramente a la joven, pero logró contenerse, y abriendo la puerta de su camarote gritó:

—¡Contramaestre!

El contramaestre se presentó enseguida.

—Este camarote — le dijo Playfair—, será desde este momento el de miss Jenny Halliburtt. Que se me prepare una cama en el fondo de la toldilla. No necesito nada más.

El contramaestre miró estupefacto al grumete, a quien daban un nombre femenino, pero el capitán le hizo una seña y salió apresuradamente a cumplir la orden recibida.

—Está usted en su casa, miss — añadió Jacobo Playfair, y se retiró.

Capítulo IV

Astucias de Crockston

Toda la tripulación supo bien pronto la historia de miss Halliburtt, pues Crockston no se hacía rogar para contarla. Por orden del capitán le habían desatado del cabrestante, y el gato de siete colas había vuelto a su escondrijo.

—¡Lindo animal, sobre todo cuando no araña! —dijo Crockston.

Inmediatamente que se vio libre bajó a la cámara de los marineros, tomó una maleta pequeña y la llevó a miss Jenny. La joven volvió a recobrar sus vestidos de mujer, pero no salió del camarote, no se dejó ver más en la cubierta.

En cuanto a Crockston, habiendo reconocido todos que era tan marinero como un mozo de cuadra, quedó exento de todo servicio a bordo.

Entretanto, el *Delfín* atravesaba velozmente el Atlántico cuyas olas rompía con su doble hélice. Toda la maniobra consistía en vigilar activamente. El día siguiente en que desapareció el incógnito de miss Jenny, el capitán Playfair se paseaba por la toldilla, sin haber hecho nada por volver al ver a la joven y reanudar la conversación.

Mientras paseaba, Crockston se cruzaba a cada instante con él y le miraba haciendo un gesto de satisfacción. Evidentemente, quería entablar conversación con el capitán y clavaba en él los ojos con tal obstinación, que acabó por hacerle perder la paciencia.

—Vaya, ¿qué quieres todavía? — preguntó Playfair, dirigiéndose al

americano—. Estás dando vueltas en torno mío como un nadador en derredor de una boya. ¿Va a ser esto el cuento de nunca acabar?

—Dispense usted, capitán —repuso Crockston guiñando un ojo—. Tengo algo que decirle.

—¡Pues acaba de una vez!

—Es muy sencillo... Tenía que decirle que en el fondo, es usted un buen hombre a carta cabal.

—¿Nada más que en el fondo?

—Y en la superficie también.

—Para nada necesito tus cumplidos.

—No son cumplidos: los haré cuando haya usted terminado su obra.

—¿Hasta que haya terminado el qué?

—Su obra, capitán.

—¿De manera que tengo una obra que cumplir?

—Exacto. Ha recibido usted a bordo a una joven y a mí, y eso está muy bien. Ha cedido usted su camarote a miss Jenny Halliburtt, y eso está mejor. Me ha librado usted de las uñas del gato, y no es posible pedir más. Nos va a llevar usted a Charleston, y eso es el colmo de la bondad. Sin embargo, todavía falta algo.

—¿Cómo? ¿Todavía más? — exclamó Playfair, asombrado de las pretensiones de Crockston.

—Sí, señor —repuso éste en tono zumbón —... El padre está prisionero allá abajo.

—¿Y bien?

—Pues que hay que ponerlo en libertad.

—¿Poner en libertad al padre de miss Halliburtt?

—Eso mismo. Se trata de un hombre digno, de un buen ciudadano, y vale la pena de que se haga alguna cosa por él.

—Crockston —dijo Playfair arrugando el entrecejo—, me parece que eres muy amigo de chanzas, pero te advierto que no estoy de humor para bromas.

—Se engaña, usted, capitán —replicó el americano—. No me chanco; hablo muy en serio. Lo que le propongo le parecerá absurdo al primer momento, pero cuando haya usted reflexionado verá que no hay más remedio que hacerlo.

—¿Pretenderás, acaso, que sea yo quien ponga en libertad a míster Halliburtt?

—Estoy seguro de que lo hará usted. No tema que si se la pide usted, el general Bauregard le niegue la libertad del señor Halliburtt.

—¿Y si me la niega?

—Entonces —repuso Crockston imperturbable—, emplearemos los grandes medios y nos llevaremos al prisionero a despecho de los confederados.

—¿De manera — exclamó Playfair, al que la cólera empezaba a dominar—, de manera que además de pasar a través de las escuadras federadas y de forzar el bloqueo, tendré que fondear bajo el cañón de los fuertes para libertar a un

señor a quien ni siquiera conozco, a uno de esos abolicionistas que detesto, a un emborronador de cuartillas que derraman tinta en vez de sangre suya?

—¡Bah! Un cañonazo más o menos... —dijo Crockston.

—Escucha, amiguito —replicó el capitán —; si tienes la desgracia de volver a hablarme de este asunto, irás a parar al fondo de la sentina, para que aprendas a morderte la lengua.

Dicho esto, Playfair despidió al americano, que se alejó murmurando:

—No estoy descontento del resultado de la conversación. Le he hablado, que era lo importante. Ya sabe lo que me interesaba que supiera... ¡Esto marcha, Crockston, esto marcha!

Cuando Playfair dijo «un abolicionista que detesto», sin duda fue mucho más allá de lo que pensaba.

No era partidario de la esclavitud, pero no podía admitir que la cuestión de la servidumbre fuera lo predominante en la guerra civil, a despecho de las formales declaraciones del presidente Lincoln. ¿Pretendía, acaso, que los estados del Sur — ocho de treinta y seis — tenían derecho a separarse, puesto que se habían unido voluntariamente?

Tampoco detestaba a los del norte, y esto era todo. Los detestaba como antiguos hermanos separados de la familia, de verdaderos ingleses, que habían juzgado oportuno hacer lo que él, Jacobo Playfair, aprobaba a los estados confederados. Estas eran las opiniones políticas del capitán del *Delfín*; pero la guerra le perjudicaba, personalmente, y no podía querer a los que la mantenían. Se comprende, pues, que acogiera de mal talante la proposición que se le hiciera de salvar a un antiesclavista y de ponerse en contra de los confederados, con los que se proponía traficar.

Sin embargo, las insinuaciones de Crockston no dejaban de preocuparle. Quería desecharlas de su mente, pero volvían a presentársele, y cuando a la mañana siguiente, miss Jenny subió un instante al puente, no se atrevió a mirarla cara a cara.

Y era una lástima, porque aquella joven de cabellera rubia y de mirar inteligente y dulce, merecía que se fijaran en ella; pero Jacobo se sentía cohibido en su presencia, comprendía que aquella encantadora criatura poseía un alma, fuerte y generosa, educada en la escuela de la desgracia; comprendía en fin que su silencio para con ella encerraba una negativa a los más vivos deseos de la muchacha. Por lo demás, miss Jenny, aunque no buscaba a Jacobo, tampoco le evitaba, y durante los primeros días no cambiaron una palabra. Miss Halliburtt salía muy poco de su camarote, y seguramente no hubiera dirigido jamás una palabra al capitán del *Delfín* si Crockston no hubiera intervenido con una de sus estratagemas.

El buen americano era un fiel servidor de la familia Halliburtt. Había sido educado en casa de su amo, y su adhesión no tenía límites.

Su buen sentido igualaba a su valor. Tenía una manera particular de ver las cosas, una filosofía particular respecto a los acontecimientos; no se desanimaba nunca y sabía salir airoso de las circunstancias más graves.

Al excelente hombre se le había metido en la cabeza salvar a míster Halliburtt, emplear para conseguirlo la nave del capitán Playfair y al capitán mismo y regresar a Inglaterra en el *Delfín*. Tal era su proyecto, aunque la joven sólo deseaba reunirse con su padre y participar de su suerte mientras estuviera prisionero. En consecuencia, Crockston trató primero de convencer al capitán, y con ese propósito le atacó; pero el enemigo no se rindió, al contrario.

—Será preciso —pensó entonces—, que la propia miss Jenny decida al capitán. Si seguimos así durante toda la travesía no adelantaremos nada. Es necesario que hablen, que discutan, que disputen, hasta que riñan, pero que hablen. ¡Qué me ahorquen si durante la conversación no es el propio capitán el que propondrá lo mismo que ahora rehúsa!

Pero cuando observó que la joven y el capitán se evitaban, comenzó a preocuparse.

—Es preciso acabar de una vez —se dijo.

Y al cuarto día entró en el camarote de miss Jenny frotándose las manos con visible satisfacción.

—¡Buenas noticias! —exclamó — ¡Buenas noticias! ¿A que no adivina usted lo que me ha propuesto el capitán? ¡Es un hombre excelente!

—¡Ah! —respondió la joven, cuyo corazón palpitó con violencia—. ¿Qué te ha propuesto?

—Libertar a míster Halliburtt, arrebatarlo de las manos de los confederados y llevarlo a Inglaterra.

—¿Es eso cierto? —exclamó miss Jenny.

—Tal como lo digo. ¡Qué gran corazón tiene ese Jacobo Playfair! Ya ve usted lo que son los ingleses: o malos de remate o la bondad personificada. ¡Ah! puede contar con mi gratitud. Me dejaría hacer pedazos por él por darle gusto.

Al oír las palabras de Crockston sintió la joven una alegría inefable. ¡Libertar a su padre! Ella misma no se había atrevido a concebir ese proyecto. ¡Y el capitán del *Delfín* arriesgaría su nave y toda la tripulación!

—Creo miss Jenny, que merece que le dé usted las gracias.

Más que las gracias —profririó la joven—. ¡Una amistad eterna!

Y de inmediato salió del camarote para ir a expresar al capitán Playfair los sentimientos que embargaban su corazón.

—¡Esto marcha! ¡Esto marcha! —murmuró el americano—. ¡Esto va que vuela!

Jacobo Playfair se paseaba por la toldilla, y como es de suponer, quedóse sorprendido, por no decir estupefacto, al ver a la joven que se acercaba a él con los ojos llenos de lágrimas de agradecimiento, y tendiéndole la mano, le decía:

—¡Gracias, señor, gracias por su abnegación que no me hubiera atrevido jamás a esperar de un extranjero!

—Miss —dijo el capitán, que no comprendía ni podía comprender—, no

sé...

—Sin embargo, va usted a correr muchos peligros por mí, comprometiendo quizá sus intereses. ¡Y había hecho ya tanto admitiéndome a bordo de su buque y concediéndome una hospitalidad a la que no podía tener ningún derecho!

—Perdone usted, miss Jenny, pero le aseguro que no sé a qué se refiere... Me he portado con usted como debe portarse todo hombre bien educado, mi conducta no merece tanta gratitud ni que me dé usted las gracias.

—Señor Playfair —repuso la joven—, es inútil fingir: Crockston me lo ha contado todo.

—¡Ah! ¿Crockston se lo ha contado todo? Pues entonces comprendo mucho menos que haya usted abandonado su camarote para venir a decirme unas cosas.

Al hablar así el capitán se hallaba en una situación embarazosa. Se acordaba de la manera, nada afable, con que había acogido las proposiciones del americano; pero miss Jenny no le dio tiempo para explicarse, afortunadamente para él, pues le interrumpió diciendo:

—Señor Playfair, yo no abrigaba otro propósito que el de reunirme con mi padre cuando me embarqué en el *Delfín* para ir a Charleston donde, por crueles que sean los esclavistas, no habían de negar a una hija el triste consuelo de encerrarla en la misma prisión del autor de sus días. Esta era toda mi esperanza; nunca me hubiera atrevido a confiar en el regreso; pero, puesto que su generosidad quiere librar a mi padre de su prisión, puesto que quiere usted intentarlo todo para salvarle, debo testimoniarle mi profundo agradecimiento y rogarle que me permita estrecharle la mano.

Jacobo Playfair no sabía qué decir ni qué hacer, se mordía los labios, sin atreverse a tomar la mano de la joven. Crockston le había «comprometido» de modo que no pudiera volverse atrás. Sin embargo, no pensaba ni remotamente contribuir a la liberación de míster Halliburtt ni empeñarse en tan arriesgado asunto. Pero, ¿cómo destruir las esperanzas de aquella pobre hija? ¿Cómo convertir en lágrimas de dolor las lágrimas de gratitud que brotaban a raudales de sus ojos? Así, el joven trató de responder con evasivas, para conservar su libertad de acción y no soltar prenda para el porvenir.

—Miss Jenny —dijo—, crea usted que lo haría todo en el mundo por...

Y al tomar la pequeña mano de la joven, sintió con aquella dulce presión que el corazón se le derretía y perdía la cabeza. Le faltaron palabras para acabar de expresar su pensamiento, y balbució:

—Por usted... miss Jenny... ¡por usted!

Crockston, que no los perdía de vista, se frotaba las manos murmurando:

—¡Esto va saliendo a pedir de boca! ¡Esto marcha, esto vuela!

¿Cómo hubiera salido Playfair de tan embarazosa situación? Difícil sería decirlo. Mas afortunadamente para él, aunque no para el *Delfín*, la voz del vigía gritó en aquel momento:

—¡Eh! ¡Oficial de cuarto!

—¿Qué hay? — contestó míster Mathew.

—Una vela a barlovento.

Jacobo Playfair se separó vivamente de la joven y corrió a los obenques de mesana.

Capítulo V

Las balas del *Iroqués* y los argumentos de miss Jenny

La navegación del *Delfín* había sido hasta entonces muy feliz y rápida. Ni una sola nave se había visto antes de aquella vela anunciada por el vigía.

El *Delfín* se hallaba entonces a los 32° 15' de latitud y 57° 43' de longitud oeste del meridiano de Greenwich, es decir, a los tres quintos de su carrera. Hacía cuarenta y ocho horas que se extendía sobre el océano una espesa niebla que empezaba a la sazón a levantarse.

Aquella niebla favorecía al *Delfín* porque ocultaba su marcha, pero impedía observar una gran extensión del mar y estaba expuesto a navegar bordo a bordo, por decir así, de los buques que quería evitar.

Esto era precisamente lo que había sucedido cuando la nave fue señalada, se encontraba a poco más de tres millas a barlovento.

Cuando Playfair llegó a las barras, distinguió perfectamente a través de la bruma una corbeta federal que marchaba a todo vapor con rumbo al *Delfín*, a fin de cortarle la ruta.

Cuando el capitán la hubo examinado atentamente, bajó al puente y llamó a su segundo.

—Señor Mathew — le preguntó—, ¿qué piensa usted de esa nave?

—Pues que se trata de un buque federal que sospecha de nuestras intenciones.

—En efecto, no cabe duda posible acerca de su nacionalidad —respondió Jacobo Playfair—. Mire usted.

En aquel instante la corbeta izaba, el estrellado pabellón de los Estados Unidos del Norte anunciando su presencia con un cañonazo.

—Nos invita a izar nuestra bandera — dijo míster Mathew—. Pues bien, vamos a enseñársela.

—¿Para qué? — repuso Jacobo Playfair. Nuestro pabellón no nos cubriría, ni impediría que esa gente viniera a hacernos una visita. No, vamos adelante.

—Y de prisa, — observó míster Mathew—, porque si no me engaño, he visto ya a esa corbeta en alguna parte, en los alrededores de Liverpool, donde vigilaba los buques en construcción. ¡Que pierda mi nombre sino se lee *Iroqués* en la tabla de su popa!

—¿Tiene buena marcha?

—Una de las mejores de la marina federal.

—¿Lleva cañones?

—Ocho.

—¡Bah!

—No se encoja usted de hombros, capitán —replicó muy seriamente su segundo—. De esos ocho cañones hay dos giratorios, uno de sesenta en el castillo de proa, y otro de ciento sobre cubierta, y ambos rayados.

—¡Cáspita! Son *Parrotts* que tienen tres millas de alcance.

—Sí, y más aún, capitán.

—Pues bien, señor Mathew, sean los cañones de cien o de cuatro y alcancen tres millas o quinientas yardas, todo es lo mismo cuando se corre bastante para evitar sus proyectiles. Mande usted que activen los fuegos.

El segundo transmitió al ingeniero las órdenes del capitán, y bien pronto un gran penacho de humo brotó de las chimeneas del *steamer*.

Estos síntomas no parecieron ser del gusto de la corbeta, pues hizo al *Delfín* señal de que se pusiera al paio. Pero Jacobo Playfair desdeñó la indicación y continuó su rumbo.

—Ahora —dijo—, veremos lo que hace el *Iroqués*. Se le presenta una buena ocasión de probar sus cañones de cien y comprobar su alcance.

—Está bien —dijo míster Mathew —; no tardaremos mucho en recibir un saludo nada grato.

Al volver a la toldilla, encontró el capitán a miss Halliburtt sentada tranquilamente junto a la borda.

—Miss Jenny — le dijo—, probablemente tratará de darnos caza la corbeta que se ve allá a barlovento, y como sin duda nos hablará con la boca de sus cañones, le ofrezco el brazo para acompañarla a usted a su camarote.

—Gracias, señor Playfair —repuso la joven mirando fijamente al capitán—, pero como no he visto nunca un disparo de cañón...

—Sin embargo, miss, como a pesar de la distancia pudiera alcanzarnos una bala...

—¡Bah! no me han educado como a niña miedosa. Estoy acostumbrada a todos los peligros en América, y le aseguro que las balas del *Iroqués* no me harán bajar la cabeza.

—¡Es usted valiente, miss Jenny!

—Admitiendo, pues, que no soy cobarde, le ruego me permita permanecer a su lado.

—Nada le puedo negar, miss Jenny —respondió el capitán encantado de la admirable serenidad de la americanita.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se vio una humareda blanca que salía de las bordas de la corbeta, y antes que se hubiera percibido el estampido, un proyectil cilindro-cónico, girando con espantosa rapidez y rasgando el aire se dirigió hacia el *Delfín*.

Podía seguirsele en su marcha; que se operaba con cierta lentitud relativa, porque los proyectiles salen de los cañones rayados con menor velocidad, inicial que de las piezas de ánima lisa.

Llegada a una veinte brazas del *Delfín*, la bala cuya trayectoria se deprimía sensiblemente, rebotó sobre las olas marcando su paso con una serie de surtidores; después, con nuevo empuje tocó la superficie líquida, remontóse, y

pasó por encima del *Delfín*; pero le cortó el paso el brazo estribor de la verga de trinquete y se hundió a treinta brazas de distancia.

—¡Pardiez! — exclamó Playfair—. Es preciso volar, pues no tardará en llegar la segunda bala.

—¡Oh! — repuso míster Mathew—, se necesita tiempo para volver a cargar esas piezas.

—A fe mía que es muy interesante ver eso — dijo Crockston que, con los brazos cruzados, presenciaba la escena con la mayor indiferencia.

¡Y pensar que son nuestros amigos los que nos envían semejantes regalitos!

—¡Hola! ¿Eres tú? —exclamó Jacobo Playfair, mirando al americano de pies a cabeza.

—Sí, mi capitán — respondió Crockston sin inmutarse—. Ya ve usted cómo tiran esos valientes confederados. ¡Muy mal, por cierto!

El capitán iba a contestar con bastante acritud, pero en aquel momento un segundo proyectil se hundió en las aguas a poca distancia de la banda de estribor.

—¡Muy bien! — gritó Jacobo Playfair—. Llevamos dos cables de ventaja a ese *Iroqués*. Tus amigos andan como una boya, ¿verdad, Crockston?

—No dirá lo contrario — repuso el americano—, y por primera vez en mi vida me alegro de eso.

Un tercer proyectil quedó mucho más atrás que los dos primeros y en menos de diez minutos el *Delfín* se puso fuera del alcance de los cañones.

—Esto vale más que todos los *paten-logs* del mundo, señor Mathew —dijo el capitán —; gracias a esas balas sabemos ya a qué atenernos acerca de la rapidez de nuestro buque. Ahora, mande usted que moderen el fuego. No hay que gastar carbón inútilmente.

—¡Es un excelente buque el que manda usted, capitán! — díjole la hija de Halliburtt.

—Sí, miss Jenny; mi valiente *Delfín* hace diecisiete nudos por hora, y antes que se ponga el sol habremos perdido de vista a esa corbeta federal.

Jacobo Playfair no exageraba respecto a las buenas condiciones de su buque, pues aun tardaría en declinar el sol a su ocaso cuando los mástiles de la nave americana habían desaparecido en el horizonte.

Este incidente permitió al capitán apreciar bajo un nuevo aspecto el carácter de miss Halliburtt. El hielo estaba ya roto. Durante el resto de la travesía las entrevistas fueron frecuentes y prolongadas entre el capitán del *Delfín* y su pasajera. Jacobo halló en miss Jenny una joven valerosa, fuerte, reflexiva, inteligente, franca en el hablar, como todas las americanas, con ideas fijas sobre todo, y las omitía, con una convicción que penetraba en el corazón de Jacobo, sin saberlo. La hija de míster Halliburtt amaba entrañablemente a su Patria, le seducía la idea de la Unión y se expresaba acerca de la guerra de los Estados Unidos con un entusiasmo del que ninguna otra mujer hubiera sido capaz. En más de una ocasión Playfair no supo que contestarle. A menudo, el negociante exponía sus opiniones y miss Jenny las atacaba con no menos

vigor, no queriendo transigir de ninguna manera. En un principio Jacobo discutía poco. Trataba de defender a los confederados contra los federales, de demostrar que la razón y el derecho estaban de parte de los secesionistas y de demostrar que los que voluntariamente se habían unido podían separarse con entera libertad. Pero la joven tampoco quiso ceder en este punto; demostró que la cuestión de la esclavitud era la primordial, la cuestión capital en la lucha de los americanos del norte y los del sur, que se trataba más bien de moral y de humanidad que de política, y Jacobo quedó completamente derrotado.

Desde entonces, en vez de hablar escuchaba siempre. No podríamos decir si le convencían tanto los argumentos de miss Halliburtt como le encantaba oírlos; pero sí que hubo de reconocer entre otras cosas, que el caballo de batalla en la guerra de los Estados Unidos era la esclavitud y que había que resolver de una vez esa cuestión y acabar con los últimos horrores de los tiempos bárbaros.

Por otra parte, según hemos dicho, las cuestiones políticas no preocupaban gran cosa al capitán del *Delfín*. Aunque hubiera tenido más fe en ellas las hubiera sacrificado a argumentos presentados bajo aquella forma y en tales condiciones. Pero el comerciante negó a verse atacado directamente en sus intereses más queridos, esto es, respecto al tráfico a que estaba destinado su buque y a propósito de las municiones que llevaba a los confederados.

—El agradecimiento, señor Playfair —decíale miss Jenny— no debe impedir que le hable con entera franqueza; al contrario, es usted un excelente marino y un hábil comerciante, y la casa Playfair se cita como modelo de honradez; pero en esta ocasión falta a sus principios, no hace un negocio digno de ella.

—¡Cómo! — exclamó el capitán—. ¿No tiene quizá derecho la casa Playfair a hacer una operación comercial?

—A la que usted se refiere, no. Lleva municiones de guerra a los desdichados que están en plena rebelión contra el gobierno legítimo de su país; es prestar armas a una mala causa.

—No discutiré con usted, miss Jenny, el derecho de los confederados, pero no puedo por menos de decirle que soy negociante y que, como tal, sólo me preocupan los intereses de mi casa. Busco la ganancia dondequiera que se presente.

—Eso es justamente lo censurable —replicó la joven—. La ganancia no justifica nada. Cuando vende usted a los chinos el opio que los embrutece es menos culpable que ahora proporcionando a los rebeldes del sur los medios de continuar una guerra criminal.

—¡Oh miss Jenny! por esta vez no puedo darle la razón; es usted demasiado injusta...

—No, lo que digo es cierto y justo, y así lo reconocerá usted mismo cuando haya reflexionado sobre el papel que representa usted en esta ocasión, cuando haya recapacitado sobre los resultados de que será usted responsable a los ojos

de todo el mundo. Entonces me dará usted la razón en este punto como en tantos otros...

Playfair no sabía qué contestar y, conociendo que la cólera empezaba a dominarle, se separó de la joven, pues le humillaba su propia impotencia; se mostró enfadado como un chiquillo al que se contraría, pero volvió enseguida al lado de la joven que le aturdí con sus argumentos acompañados de tan seductoras sonrisas.

En una palabra, el capitán no era ya dueño de sí mismo.

No era el amo después de Dios a bordo de su buque.

Así, con gran alegría de Crockston, los asuntos de Halliburt iban por buen camino. El capitán parecía decidido a apostar todo por libertar al padre de miss Jenny, a comprometer el *Delfín*, su cargamento y su tripulación y acarrear las maldiciones de su tío Vicente.

Capítulo VI

El canal de la isla Sullivan

Dos días después del encuentro con la corbeta *Iroqués*, sufrió el *Delfín*, a la altura de las Bermudas una violenta borrasca. En aquellos parajes son frecuentes los huracanes. Tienen una fama siniestra.

En ellos colocó Shakespeare las escenas de sus dramas *La Tempestad*, en el que Ariel y Caliban se disputan el imperio de las aguas.

El ciclón fue espantoso. Jacobo Playfair pensó un momento en recalar en *Manilana*, una de las Bermudas, donde tienen los ingleses una estación naval, lo cual hubiera sido un grave contratiempo; pero, afortunadamente, el *Delfín* se portó de una manera maravillosa durante la tempestad, y después de un día entero de luchar con el huracán pudo continuar su ruta hacia las costas norteamericanas.

Pero si Jacobo Playfair estaba satisfecho de su nave, no lo estaba menos del valor y sangre fría de la joven. Miss Halliburt pasó a su lado en el puente las peores horas del ciclón, y el capitán, pensando seriamente en el caso, llegó a persuadirse de que un amor profundo, imperioso, irresistible, se había apoderado de todo su ser.

—Sí —se dijo—, esa valiente muchacha es la verdadera ama de mi barco. Me trae y me lleva como las olas a un buque sin gobierno. ¡Está visto que me voy a pique! ¿Qué dirá mi tío Vicente? ¡Ah! Debilidades humanas... Estoy seguro de que si miss Jenny me pidiera que echase al mar todo el cargamento de contrabando que llevo, lo haría sin vacilar ¡sólo por ella!

Afortunadamente para la casa Playfair y Compañía, miss Jenny no exigió semejante sacrificio. Sin embargo, el pobre capitán estaba tan bien prendido en las redes del amor, que Crockston podía leer en su corazón como en libro abierto y se frotaba las manos hasta levantarse la piel.

—¡Ya le tenemos, ya le tenemos! —repetía, el fiel servidor— y dentro de ocho días mi amo estará tranquilamente instalado a bordo en el mejor

camarote del *Delfín*.

¿Cuándo miss Jenny se dio cuenta de los sentimientos que inspiraba?, ¿se dejó llevar de ellos hasta el punto de corresponderlos? Nadie lo podría decir y Jacobo Playfair mucho menos. La joven se mantenía muy reservada, bajo la influencia de su educación americana, y su secreto permaneció sepultado profundamente en su corazón.

A medida que el amor hacía tales progresos en el alma del joven capitán, el *Delfín* navegaba con no menos rapidez hacia Charleston.

El 13 de enero el vigía señaló tierra a diez millas al oeste. Era una costa baja que casi se confundía a lo lejos con la línea de las olas.

Crockston examinaba atentamente el horizonte, y a las nueve de la mañana, señalando un punto luminoso, exclamó:

—¡El faro de Charleston!

Si el *Delfín* hubiera llegado de noche, aquel faro, situado en la isla Morris y elevado ciento cuarenta pies³ sobre el nivel del mar, hubiese sido visto desde muchas horas antes, porque la claridad de su fanal giratorio se percibe a una distancia de catorce millas.

Determinada la posición del *Delfín*, Jacobo Playfair no tuvo que hacer más que una cosa: decidir por qué punto penetraría en la bahía de Charleston.

—Si no encontramos ningún obstáculo —dijo—, dentro de tres horas estaremos al seguro en los *docks* del puerto.

La ciudad de Charleston está situada en el fondo de un estuario de siete millas de largo por dos de ancho, llamado *Charleston Harbour*, cuya entrada es muy difícil, pues la estrechaban la isla Morris al sur y la de Sullivan al norte. En la época en que el *Delfín* debía forzar el bloqueo, la isla de Morris estaba en poder de las tropas federales, y el general Gillmore había hecho emplazar baterías que dominaban la rada. La isla de Sullivan, por el contrario, pertenecía a los confederados que ocupaban el fuerte de Moultrie, situado en su extremidad; por consiguiente, el *Delfín* no tenía otro remedio que pasar rasando las orillas del norte para ponerse fuera del alcance de las baterías de la isla Morris.

Cinco pasos permitían penetrar en el estuario: el canal de la isla Sullivan, el del norte, el de *Overall*, el canal principal y el de *Lawford*; pero este último está vedado a los extranjeros, a menos que lleven abordó excelentes prácticos y que el buque no cale más de siete pies. En cuanto a los canales del norte y *Overall*, estaban dominados por las baterías federales y no había ni que pensar en ellos. Si Jacobo Playfair hubiera podido escoger, seguramente hubiera adoptado por el principal, que es el mejor, pero había que amoldarse a las circunstancias y decidió estar a las resultas de los acontecimientos. Afortunadamente el capitán del *Delfín* conocía muy bien todos los secretos de aquella bahía, sus peligros, la profundidad de sus aguas en la bajamar y sus corrientes; era, pues, capaz de gobernar su buque con entera seguridad así que hubiera embocado uno de aquellos estrechos canales.

La cuestión principal era entrar en ellos.

Pero esta maniobra exigía una gran experiencia del mar y un perfecto conocimiento de las cualidades del *Delfín*.

Dos fragatas federales cruzaban entonces las aguas de Charleston, y místico Mathew las señaló bien pronto a la atención de su capitán.

—Se preparan —dijo —a preguntarnos qué venimos a hacer a estos parajes.

—Pues bien, no se les contestará, —repuso Playfair—, y se quedarán con las ganas de satisfacer su curiosidad.

Los cruceros, entretanto, se dirigían a todo vapor hacia el *Delfín*, que continuaba su ruta, teniendo cuidado de no ponerse al alcance de sus cañones. Pero queriendo ganar tiempo, Playfair mandó poner la proa al sudoeste, tratando de engañar a los buques enemigos. En efecto, éstos creyeron que el *Delfín* intentaba lanzarse a los pasos de la isla Morris, donde las baterías, con un solo disparo, podrían echar a pique a la nave inglesa, y dejaron que el *Delfín* siguiera su rumbo hacia el sudoeste limitándose a observarlo sin darle caza de cerca.

Durante una hora no cambió la situación respectiva de las naves. Jacobo Playfair, queriendo entonces engañar mejor a sus enemigos respecto a la marcha del *Delfín*, ordenó moderar la velocidad y navegó a media máquina. Sin embargo, a juzgar por los torbellinos de humo que escapaban de sus chimeneas, daban a entender que deseaba obtener el máximo de presión y, por consiguiente, el de rapidez.

—¡Qué chasco se van a llevar cuando vean que escapamos de sus manos! —dijo Jacobo Playfair.

En efecto, cuando el capitán se vio bastante cerca de la isla de Morris y frente a una línea de cañones cuyo alcance no conocía, cambió bruscamente de dirección, hizo girar la nave sobre sí misma, viró al norte y dejó a los cruceros a dos millas a sotavento. Los federales comprendieron al fin la jugada y se lanzaron en persecución del *steamer*; pero ya era demasiado tarde: el *Delfín*, doblando su velocidad bajo la acción de sus hélices lanzadas a toda máquina, les dejó muy atrás, acercándose a la costa. Los cruceros federales, por hacer algo, le enviaron algunas balas; pero los proyectiles quedaron a mitad del camino.

A las once de la mañana, el buque de Playfair, costearo la isla de Sullivan, gracias a su poco calado, entraba a todo vapor en el estrecho canal. Allí se hallaba al seguro, pues ningún buque federal se hubiera atrevido a seguirle en un paso que no tenía más de once pies de profundidad en la bajamar.

—¡Cómo! —exclamó Crockston—. ¿No hay que hacer nada más difícil que esto?

—Amigo mío —respondió Playfair—, lo difícil no es entrar, sino salir.

—¡Bah! —replicó el americano—. Eso me tiene sin cuidado. Con un barco como el *Delfín* y un capitán como el señor Playfair, se entra y se sale cuándo y cómo se quiera.

Mientras tanto, el capitán examinaba atentamente con el anteojo la ruta que debían seguir. Tenía delante una carta costera que le permitía marchar sin

temores ni vacilaciones.

Ya en medio del estrecho canal, que corre a lo largo de la isla Sullivan, Jacobo viró hacia el fuerte Moultrie, al oeste cuarto norte, hasta que el castillo de Pickney, que era fácil de reconocer por su color oscuro y situado en un islote de *Shute's Folly*, se mostró al norte nordeste. Al otro lado tenía la casa del fuerte Johnson, elevada a la izquierda y abierta a dos grados al norte del fuerte Sumter.

En aquel momento partieron dos proyectiles de las baterías de la isla Morris, que se quedaron cortos. El *Delfín* continuó su marcha, sin desviarse un punto, pasó delante de *Moultrieville*, situado en el extremo de la isla Sullivan, y desembocó en la bahía.

Pronto dejó a su izquierda el fuerte Sumter, quedando a cubierto de las baterías federales.

Este fuerte, célebre en la guerra de los Estados Unidos, está situado a tres millas y un tercio de Charleston y alrededor de una milla de cada margen de la bahía. Es un pentágono irregular, construido sobre una isla artificial, con granito de Massachusetts, y costó diez años de tiempo y más de novecientos mil dólares.

De este fuerte fueron desalojados Anderson y las tropas federales, y contra él dispararon sus primeros tiros los separatistas. No puede calcularse la cantidad de hierro y plomo que los cañones federales vomitaron sobre él. Sin embargo, resistió durante cerca de tres años.

Algunos meses después del paso del *Delfín*, cayó bajo las balas de trescientas libras de los cañones rayados *Parrott* que el general Gillmore emplazó en la isla Morris.

Pero, cuando llegó Playfair estaba en todo su vigor, y la bandera de los confederados ondeaba encima de aquel enorme pentágono de granito.

Pasado el fuerte, aparecía la ciudad de Charleston acotada entre los ríos Ashley y Cooper, formando una punta hacia la rada.

Jacobo Playfair pasó en medio de las boyas que marcaban el canal dejando al sur sudoeste el faro de Charleston, visible por encima de los terraplenes de la isla Morris. Había izado el pabellón de Inglaterra y navegaba con maravillosa rapidez por entre aquellos pasos.

Cuando hubo dejado a estribor la boya de la cuarentena, avanzó libremente por la bahía. Miss Halliburtt estaba en pie en la toldilla contemplando la ciudad donde su padre estaba cautivo, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por fin el buque moderó su marcha; por orden del capitán rozó las puntas de las baterías del sur y del este y no tardó en estar amarrado al muelle en el *North commercial wharf*.

Capítulo VII

Un general sudista

En el muelle de Charleston se reunió una multitud inmensa que acogió al

Delfín con hurras y aplausos. Los habitantes, bloqueados por mar, no estaban acostumbrados a recibir visitas de buques europeos, y se preguntaban con estupor qué iba a hacer en sus aguas aquel magnífico barco que ostentaba con orgullo el pabellón inglés; pero, cuando se supo el objeto porque había franqueado los pasos de Sullivan, cuando cundió la voz de que su cargamento era contrabando de guerra, las aclamaciones se redoblaron y el entusiasmo no tuvo límites.

Jacobo Playfair se puso inmediatamente al habla con el general Beauregard, comandante militar de la plaza, el cual recibió muy bien al joven capitán que llegaba en el momento más oportuno para proveer a sus soldados del vestuario y municiones que tanto necesitaban. Se convino en que la descarga se haría sin pérdida de momento, y numerosos brazos acudieron en ayuda de los marineros ingleses.

Antes de saltar a tierra, miss Halliburtt le hizo a Jacobo apremiantes recomendaciones relativas al prisionero. El capitán se había consagrado por completo al servicio de la joven.

—Miss —le dijo—, puede usted contar conmigo. Haré hasta lo imposible por salvar a su padre, pero confío en que no será preciso vencer grandes dificultades. Hoy sino veré al general Bauregard y sin pedirle bruscamente la libertad de míster Halliburtt, sabré por él en qué situación se encuentra, si está libre bajo su palabra o encarcelado.

—¡Pobre padre mío! —sollozó la joven—. No sabe que su hija está tan cerca de él... ¡Ah! ¡Que no pueda arrojarme en sus brazos!

—Un poco de paciencia, miss Jenny pronto le abrazará usted. No dude de que haré cuanto pueda, pero procediendo con circunspección y tino...

Fiel a su promesa, Jacobo, después de haber tratado como negociante los asuntos de su casa, entregado el cargamento del *Delfín* y ajustada la compra, a vil precio, de una inmensa cantidad de algodón, hizo recaer la conversación sobre los asuntos del día.

—Según eso —dijo al general Bauregard—, ¿cree usted en el triunfo de los esclavistas?

—No dudo ni por un momento de nuestra victoria respecto a Charleston; el ejército de Lee hará cesar muy pronto el cerco. Además, ¿qué se puede esperar de los abolicionistas? Supongamos y es mucho suponer que caigan en su poder las ciudades comerciales de Virginia, de las dos Carolinas, de Georgia, de Alabama, del Mississipí ¿qué sucederá después? ¿Serán dueños de un país que jamás podrán ocupar?

No, por cierto. Por mi parte, creo que su victoria les pondrá en grave apuro.

—¿Está usted seguro de sus soldados? —pregunté el capitán—. ¿No teme que Charleston se canse de un sitio que es su ruina?

—¡No! no temo la traición. Además, los traidores serían sacrificados sin piedad. Yo mismo pasaría la ciudad a sangre y fuego si sorprendiera en ella el menor movimiento unionista. Jefferson Davis me ha confiado Charleston, y Charleston está en manos seguras.

—¿Tiene usted prisioneros nordistas? —dijo Jacobo llegando a lo más interesante para él.

—Sí, capitán. En Charleston empezó el fuego de la escisión. Los abolicionistas que se hallaban aquí, quisieron resistir, pero, después de haber sido batidos, quedaron prisioneros de guerra.

—¿Y son muchos?

—Unos cien.

—¿Qué andan libres por la ciudad?

—Anduvieron hasta el día en que descubrí una conjuración formada por ellos. Su jefe había llegado a establecer comunicaciones con los sitiadores que estaban instruidos de la situación de la ciudad. Hice, pues, encerrar a esos huéspedes peligrosos, y muchos de esos federados sólo saldrán de la cárcel para subir al glacis de la ciudadela, donde diez balas confederadas darán al traste con su federalismo.

—¡Cómo! ¿Fusilados? —exclamó el joven capitán, sobresaltándose a pesar suyo.

—Sí, y su jefe antes que todos. Es un hombre muy resuelto y peligroso en una ciudad sitiada. He enviado su correspondencia a la presidencia de Richmond y, antes de ocho días, su suerte se habrá fijado irrevocablemente.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Jacobo con la más perfecta indiferencia.

—Un periodista de Boston, un abolicionista rabioso, el alma condenada de Lincoln.

—¿Cómo se llama?

—Jonathan Halliburtt.

—¡Pobre hombre! —dijo Jacobo tratando de ocultar su emoción— Cualquiera que sea su delito me da lástima. ¿Y cree usted que será fusilado?

—Estoy seguro —respondió Bauregard—. ¿Qué le vamos a hacer? La guerra es la guerra. Cada cual se defiende como puede.

—En fin, no tengo nada que ver en este asunto; cuando esa ejecución se lleve a cabo, ya estaré muy lejos.

—¡Cómo! ¿Piensa ya marchar?

—Sí, general, soy comerciante ante todo. Terminado el cargamento de algodón, saldré al mar. He entrado en Charleston, pero necesito salir. Esa es la cuestión. El *Delfín* es un buen barco, capaz de desafiar a la carrera a todos los buques federales, pero, por mucho que corra, más corre una bala de a ciento y uno de esos proyectiles en su casco o en su máquina, haría fracasar toda mi combinación comercial.

—Como usted guste, capitán —repuso Beauregard—. Nada puedo aconsejarle. Cumple usted con su deber, y hace bien. Yo haría lo mismo en su lugar. Además, la estancia en Charleston es poco agradable; una bahía en que llueven bombas no es un buen abrigo para un buque. Así, pues, puede zarpar cuando quiera. Pero, dígame, ¿qué fuerza y número tienen los cruceros federales que hay delante de Charleston?

Jacobo Playfair satisfizo lo mejor que pudo la curiosidad del general y se despidió con la mayor cortesía. Después volvió al *Delfín*, muy preocupado y triste.

—¿Qué diré a miss Jenny? —pensaba—. No puedo decirle la verdad. Mejor es que ignore los peligros que la amenazan. ¡Pobre hija!

Aun no había dado cincuenta pasos fuera de la casa del gobernador, cuando tropezó con Crockston. El digno americano le acechaba desde su salida.

—¿Qué hay, capitán?

Jacobo miró con fijeza a Crockston, y éste comprendió que las noticias no eran buenas.

—¿Ha visto usted a Bauregard? —preguntó.

Sí —respondió Jacobo.

—¿Le ha hablado de míster Halliburtt?

—No. Me ha hablado él.

—¿Y qué?

—Que... ¿se puede decir todo, Crockston?

—Todo, capitán.

—Pues bien, ¡el general Bauregard me ha dicho que tu amo será fusilado antes de ocho días!

En lugar de desesperarse, como hubiera hecho otro cualquiera, el americano sonrió ligeramente y exclamó:

—¡Bah! ¿Qué importa?

—¡Cómo qué importa! —exclamó Playfair— ¿No te he dicho que míster Halliburtt va a ser fusilado?

—Sí, pero antes de seis días estará a bordo del *Delfín*, y antes de siete, el *Delfín* estará en medio del océano...

—¡Bien! —dijo el capitán estrechando la mano de Crockston—. Te comprendo, valiente. Eres hombre de resolución, y yo, pese al tío Vicente y al cargamento del *Delfín*, me dejo hacer pedazos por miss Jenny.

—Nada de hacerse pedazos —respondió el americano—, porque con eso sólo los peces salen ganando. Lo esencial es salvar a míster Halliburtt.

—Será muy difícil, como comprendes.

—No tanto.

—Está estrechamente vigilado.

—Es claro.

—La evasión ha de ser casi milagrosa.

—¡Bah! —dijo Crockston—; un prisionero está más poseído de la idea de salvarse que sus guardianes de la de conservarle preso. Luego un prisionero debe siempre conseguir libertarse. Todas las probabilidades están en su favor. Mister Halliburtt, gracias a nuestras maniobras, se salvará.

—Tienes razón.

—Siempre.

—Pero, ¿cómo te las compondrás? Se necesita un plan, es preciso tomar precauciones.

—Pensaré.

—Pero miss Jenny, así que sepa, que de un momento a otro puede llegar la sentencia de muerte de su padre...

—Eso se arregla no diciéndole nada.

—Sí, que lo ignore; vale más para ella y para nosotros.

—¿Dónde está encerrado míster Halliburtt? —preguntó Crockston.

—En la ciudadela —respondió Jacobo.

—Perfectamente. Ahora vamos a bordo.

—Vamos a bordo, Crockston.

Capítulo VIII

La evasión

Jenny, sentada en la toldilla del *Delfín*, esperaba impaciente y ansiosa la vuelta del capitán. Así que este regresó, sus labios no pudieron articular ni una palabra, pero sus ojos interrogaban a Jacobo Playfair con mayor elocuencia.

Jacobo y Crockston sólo hicieron saber a la joven los hechos relativos a la prisión de su padre. El capitán dijo que, habiendo sondeado a Bauregard acerca de los prisioneros y no habiéndole hallado muy favorable a ellos, se había mantenido en prudente reserva para proceder según las circunstancias.

—No estando míster Halliburtt libre por la ciudad, será más difícil su fuga; pero le juro, miss Jenny, que el *Delfín* no dejará la rada de Charleston sin tener a bordo a su padre de usted.

—Gracias, señor Playfair —dijo Jenny—. Le doy gracias con toda mi alma.

Al oír estas palabras, Jacobo sintió que el corazón le daba saltos en el pecho. Se acercó a Jenny con la mirada húmeda y las palabras temblorosas. Tal vez iba a hablar, a confesar sus sentimientos, pero Crockston intervino.

—No es éste el momento de enternecerse —dijo—. Hablemos, y hablemos cuerdamente.

—¿Tienes algún plan, Crockston? —preguntó la joven.

—Siempre tengo un plan —respondió el americano—. Esa es mi especialidad.

—Pero, ¿es bueno? —dijo Jacobo.

—Excelente; todos los ministros de Washington juntos no podrían imaginar otro mejor. Es como si tuviéramos ya a bordo a míster Halliburtt.

Crockston hablaba con tanta seguridad y manifiesta adhesión que no había medio de dudar de sus palabras.

—Te escuchamos, Crockston —dijo Playfair.

—Usted, capitán, irá a pedir al general Beauregard un servicio que no le negara.

—¿Cuál?

—Le dirá que tiene usted un pícaro perdido que, durante la travesía, ha excitado la tripulación a la rebeldía; le pedirá que durante su permanencia en Charleston, lo tenga encerrado en la ciudadela; pero con la condición de

devolverlo al partir, para que pueda usted entregarlo a la justicia de su país.

—Haré todo eso —dijo Jacobo sonriendo— ¿y el general aceptará gustoso?

—Estoy seguro de ello —repuso Crockston.

—Pero me falta una cosa.

—¿Qué?

—El pícaro.

—Está delante de usted.

—¡Cómo! ese pillastre...

—Soy yo, con su permiso.

—¡Oh corazón noble y valiente! —exclamó Jenny, apretando con sus pequeñas manos las callosas del americano.

—¡Crockston! ¡Amigo mío! —dijo Playfair—, te comprendo; y sólo siento no poder ocupar tu puesto.

—Cada uno a su papel. —replicó Crockston. En mi puesto se vería usted mucho más apurado que yo. Bastante tendrá que hacer luego para salir de la rada, bajo el cañón de los federales y el de los confederados; cosa que yo haría bastante mal.

—Continúa.

—Una vez dentro de la ciudadela, que conozco al dedillo, veré cómo me las compongo, pero me las compondré bien. Entretanto, cargará usted su barco.

—¡Oh! los negocios me importan ya muy poco —exclamó el capitán.

—Nada de eso. ¿Qué diría el tío Vicente? Hagamos marchar a la par los sentimientos y las operaciones mercantiles. Así evitaremos sospechas. ¿Pueda usted estar preparado dentro de seis días?

—Sí.

—Pues haga que el *Delfín* esté dispuesto a salir el día 22.

—Lo estará.

El día 22, por la noche —fíjese bien—, vaya usted en una embarcación con sus mejores hombres a *White Point*, al extremo de la ciudad. Espere hasta las nueve y verá aparecer a míster Halliburtt con este su servidor.

—Pero, ¿cómo podrán huir los dos?

—Eso es cuenta mía.

—Querido Crockston —dijo Jenny—, ¡vas a arriesgar tu vida por mi padre!

—No tema por mí, miss Jenny, no arriesgo nada.

—¿Cuándo es preciso hacer que te encierren? —preguntó Jacobo.

—Hoy mismo. Estoy desmoralizando la tripulación. Cuanto antes mejor.

—¿Quieres dinero? Puede serle útil.

—¿Para comprar un carcelero? Nada de eso. El procedimiento es demasiado tonto, pues el carcelero suele quedarse con el dinero y con el preso. Tengo medios más seguros. Es preciso poder beber en caso de necesidad.

—Y emborrachar al carcelero.

—No; un carcelero borracho lo echa todo a perder. Tengo mi idea; déjeme hacer.

—Toma diez dólares.

—Es demasiado; pero le daré la vuelta.

—¿Estás dispuesto?

—Completamente dispuesto a ser un pillito redomado.

—Vamos, pues.

—Crockston —dijo la joven con voz conmovida— ¡eres el hombre más honrado que hay bajo la capa del cielo!

—No me extrañaría —repuso el americano soltando la carcajada. A propósito, capitán. Una recomendación importante.

—Veamos.

—Si el general le propone ahorcar al tunante que quiere usted encerrar, pues ya sabe que los militares todo lo arreglan así...

—¿Qué?

—Le dirá usted que necesita reflexionar.

—Te lo prometo.

Aquel mismo día, con gran asombro de la tripulación, que no estaba en el secreto, Crockston, con esposas en las manos y cadenas en los pies, fue desembarcado entre diez marineros y media hora después a petición del capitán Jacobo Playfair, el malvado, atravesaba las calles de la ciudad y a pesar de su resistencia, era encerrado en la ciudadela de Charleston.

Durante aquel día, y el siguiente se descargó con rapidez el *Delfín*. Las grúas del vapor elevaban sin descanso el cargamento europeo para hacer sitio al indígena. La población de Charleston asistía a aquella interesante operación, ayudando y felicitando a los marineros.

Los sudistas les daban grandes muestras de afecto, pero Jacobo Playfair no les dejó tiempo de aceptar las atenciones de los americanos; no les dejaba a sol ni sombra, exigiéndoles una actividad de que los marineros del *Delfín* no sospechaban la causa.

Tres días después, el 18 de enero, empezaron a amontonarse en la sentina las primeras balas de algodón. Aunque Jacobo ya no se ocupaba en ella, la casa de Playfair y Compañía efectuaba una excelente operación, pues había comprado a ínfimo precio todo el algodón que obstruía los almacenes de Charleston.

Entretanto, no se había recibido ninguna noticia de Crockston.

Jenny, aunque no decía nada, sufría crueles angustias. Su rostro, alterado por el temor, hablaba por ella. Y Jacobo procuraba tranquilizarla.

—Tengo plena confianza en Crockston — le decía.

—Es un fiel servidor; usted que le conoce mejor que yo, debe estar tranquila. Dentro de tres días podrá usted abrazar a su padre.

—¡Señor Playfair! —exclamó la joven—. ¿Cómo podremos mi padre y yo pagar su abnegación?

—Se lo diré cuando estemos en aguas inglesas —respondió el capitán.

Jenny le miró, bajó los ojos, que se llenaron de lágrimas, y regresó a su camarote.

Jacobo esperaba que hasta el momento en que el padre se hallara fuera de peligro, la joven ignoraría su terrible situación; pero en este último día, la indiscreción de un marinero descubrió la verdad. La respuesta del gabinete de Richmond había llegado la víspera, por una estafeta, que había podido forzar la línea del bloqueo. Contenía la sentencia de muerte de Jonathan Halliburtt, que debía ser pasado por las armas al día siguiente por la mañana. La noticia había cundido por la ciudad, habiéndola llevado a bordo uno de los marineros del *Delfín*.

La comunicó a su capitán, sin sospechar que miss Jenny podía oírla.

La joven lanzó un grito desgarrador y cayó sin conocimiento sobre cubierta. Jacobo la transportó a su camarote y fueron necesarios los cuidados más asiduos para volverla a la vida.

Cuando abrió los ojos, vio al capitán que con un dedo en los labios le recomendaba silencio. La joven se vio obligada a callar, conteniendo los arrebatos de su dolor, y el capitán, inclinándose hacia su oído, le dijo:

—Jenny, antes de dos horas su padre estará a salvo, a su lado, o yo habré muerto en la empresa.

Después, salió de la toldilla, diciendo para sí:

—Ahora es preciso apoderarse de él a toda costa, aun cuando deba pagar su libertad con mi vida y la de mi tripulación.

Había llegado la hora de obrar. La estiba del *Delfín* había terminado aquella mañana; sus bodegas estaban llenas de carbón. Podía partir dentro de dos horas. Jacobo le había hecho salir del *North Commercial wharf* y colocar en plena rada a fin de aprovechar la pleamar a las nueve de la noche.

Daban las siete cuando Jacobo se separaba de Jenny. El capitán hizo empezar los preparativos de marcha. Hasta entonces, el secreto había permanecido oculto dentro de él, Crockston y Jenny, pero en aquel momento juzgó oportuno poner a su segundo al corriente de la situación.

Así lo hizo inmediatamente.

—Estoy a sus órdenes —respondió Mathew, sin hacer la menor observación—. ¿A las nueve?

—Sí. Haga usted encender los fuegos y que se activen.

—Perfectamente.

—Mande usted colocar un farol en el tope del palo mayor. La noche está oscura y se levanta la bruma. No conviene que podamos extraviarnos al regresar a bordo. Debe tomar también la precaución de hacer sonar la campana desde las nueve.

—Se cumplirán sus órdenes.

—Y ahora, señor Mathew —añadió Jacobo—, mande arriar la lancha y que la tripulen los seis marineros más robustos y mejores remeros. Parto a *White Point*. Le recomiendo a miss Jenny durante mi ausencia. Dios nos proteja, señor Mathew.

—¡Dios nos proteja! —respondió el segundo.

E inmediatamente mandó encender los fogones y activar el fuego. En pocos minutos, el *Delfín* quedó preparado. Jacobo se despidió de Jenny y bajó a su lancha, desde la cual pudo ver los torrentes de negro humo que se perdían en la oscura niebla del cielo.

Profundas eran las tinieblas; había caído el viento; silencio absoluto reinaba en la inmensa rada, cuyas aguas parecían dormidas. Algunas luces apenas perceptibles temblaban en la bruma. Jacobo se había puesto al timón y con mano segura dirigía su embarcación hacia *White Point*. El trayecto era de dos millas. Durante el día, Jacobo había tomado puntos de orientación, de modo que le fue fácil llegar en línea recta al cabo de Charleston.

Las ocho daban en San Felipe cuando la proa de la lancha tocó en *White Point*.

Faltaba una hora para el momento preciso fijado por Crockston.

El muelle estaba absolutamente desierto; sólo el centinela de la batería del sur y del este se paseaban a veinte pasos. Jacobo devoraba los minutos. El tiempo no corría como deseaba y lo abrumaba la impaciencia.

A las ocho y media, se oyó ruido de pasos. Dejó a sus hombres con los remos preparados, y se lanzó hacia delante. Al cabo de diez minutos se encontró con una ronda de guardacostas; eran veinte hombres y Jacobo sacó un revólver de su cinturón, decidido a usarlo en caso de necesidad. Más, ¿qué podía hacer contra aquellos soldados que descendieron hasta el muelle?

Allí, el jefe de la ronda se acercó a él y, viendo la lancha, preguntó a Jacobo:

—¿Qué embarcación es ésta?

—La lancha del *Delfín* —respondió el joven.

—¿Y usted quién es?

—El capitán Jacobo Playfair.

—Le creía en los pasos de Charleston.

—Voy a zarpar; debía estar ya en camino, pero...

—¿Pero?... —preguntó con insistencia el jefe de la ronda.

Una idea repentina, cruzó por la mente del capitán que respondió:

—Uno de mis marineros está encerrado en la ciudadela, y a fe mía, lo tenía olvidado. Afortunadamente, me he acordado cuando aún era tiempo y ha enviado a algunos de mis marineros a buscarle.

—¡Ah! ¿Aquel tunante que quiero usted llevar a Inglaterra?

—¡Aquí también le hubieran podido ahorcar! —dijo el soldado riendo.

—Lo creo —repuso Jacobo—, pero vale más hacer las cosas en debida forma.

—Vaya, buen viaje, capitán, y desconfíe de las baterías de la isla de Morris.

—No tenga usted cuidado, Creo poder salir como he entrado.

—Buen viaje.

Y la ronda se alejó, quedando silenciosa la playa.

En aquel momento, dieron las nueve. Era el momento señalado.

Jacobo oía los latidos de su corazón... Resonó un silbido... El capitán del

Delfín respondió con otro, y después prestó atento oído, recomendando con la mano, el más absoluto silencio a sus marineros. Apareció un hombre, envuelto en una ancha manta, mirando a uno y a otro lado. Jacobo corrió hacia él

—¿Señor Halliburt?

—Yo soy —respondió el hombre de la manta.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Jacobo Playfair—. Embárguese usted enseguida... ¿Y Crockston?

—¡Crockston! —repitió míster Halliburt—. ¿Qué quiere usted decir?

—Quien le ha salvado y conducido hasta aquí ha sido su fiel criado Crockston.

—El hombre que me acompañaba es el carcelero de la ciudadela.

—¡El carcelero! —exclamó Jacobo.

No entendía nada y le asaltaban mil temores.

—¡Ah sí, el carcelero! —dijo una voz muy conocida—. ¡El carcelero duerme como una marmota en mi calabozo!

—¡Crockston! ¡Eres tú! ¡Tú! —gritó míster Halliburt.

—Nada de conversación, mi amo. Todo se lo explicaremos. Le va la vida. ¡A bordo, a bordo!

Los tres hombres entraron en la lancha.

—¡Boga! —ordenó el capitán.

Los seis remos entraron en sus escálamos.

Y la lancha se deslizó como un pez sobre las oscuras olas de *Charleston Harbour*.

Capítulo IX

Entre dos fuegos

La lancha, impelida por seis robustos remeros, volaba. La niebla se iba condensando y Jacobo conseguía, no sin trabajo, mantenerse en la línea de sus señales. Crockston estaba hacia la proa y el señor Halliburt hacia la popa, junto al capitán. El prisionero, asombrado de la presencia de su criado, había querido hablarle; pero éste le había rogado por señas que guardara silencio.

Pero, así que la lancha estuvo en plena rada, Crockston se decidió a hablar, pues comprendía la ansiedad de su amo.

—Sí, querido amo —dijo—, el carcelero ocupa mi lugar en el calabozo, gracias a dos puñetazos que le he propinado, uno en la nuca y otro en el estómago, a manera de narcótico, en el momento en que me entraba la cena. ¡Qué agradecido soy! Le he quitado la ropa y las llaves, le he ido a buscar y le he conducido fuera de la ciudadela, a las barbas de los soldados. ¡No era muy difícil!

—Pero ¿y mi hija? —preguntó míster Halliburt.

—A bordo del buque que nos ha de llevar a Inglaterra.

—¡Mi hija está aquí! —gritó el americano, levantándose del banco.

—¡Silencio! —exclamó Crockston—. Dentro de algunos minutos estaremos

a salvo.

La embarcación corría velozmente pero algo a la ventura. En medio de la oscuridad, Jacobo no distinguía los faroles del *Delfín*. Vacilaba acerca de la dirección que debía seguir, y la oscuridad era tal que los marineros no veían las extremidades de sus remos.

—¿Qué sucede, señor Jacobo? —dijo Crockston.

—Debemos haber andado más de milla y media —respondió el capitán—. ¿No ves nada, Crockston?

—Nada, y tengo buena vista. Pero ¡bah! ya llegaremos. No saben nada allá abajo.

Aún no había pronunciado estas palabras cuando un cohete rasgó las tinieblas hasta una altura prodigiosa.

—¡Una señal! —exclamó Jacobo Playfair.

—¡Diablo! —dijo Crockston—. Debe venir de la ciudadela. Esperemos.

Otro cohete, y después otro siguieron al primero. Casi en el acto, la misma señal se repitió a una milla de distancia de la embarcación, hacia delante.

—Este viene del fuerte Sumter —exclamó Crockston—, y es la señal de la evasión. ¡Fuerza! ¡De remo! ¡Todo está descubierto!

—¡Remen firme, amigos míos! —gritó Jacobo, animando a sus marineros—. Esos cohetes han alumbrado mi camino. El *Delfín* no dista de nosotros cien yardas. Oigo la campana de a bordo. ¡Adelante! ¡Veinte libras para ustedes si llegamos en cinco minutos!

La barca parecía rozar sólo las olas. Todos los corazones palpitaban con violencia. Un cañonazo acababa de resonar en dirección a la ciudad, a veinte brazas de la embarcación. Crockston oyó pasar un cuerpo rápido que podía ser un proyectil.

La campana del *Delfín* se había lanzado a vuelo. La lancha se acercaba. Algunos golpes de remo hicieron que atracasen, y pocos segundos después, Jenny caía en brazos de su padre.

La lancha fue izada enseguida y Jacobo subió a la toldilla.

—Señor Mathew, ¿hay presión?

—Sí, capitán.

—Corte la amarra, y a toda máquina.

Algunos minutos después, las dos hélices llevaban el buque hacia el paso principal, separándole del fuerte Sumter.

—Señor Mathew —dijo Jacobo—, no podemos pensar en tomar los pasos de Sullivan, pues caeríamos bajo el fuego de los confederados.

Acerquémonos cuanto podamos a la derecha de la rada, aunque nos expongamos a recibir los proyectiles federales. ¿Tiene usted un hombre seguro en el timón?

—Sí, capitán.

—Mande apagar todas las luces. Demasiado nos venden los reflejos de la máquina que no se pueden ocultar.

El *Delfín* marchaba con suma rapidez; pero al acercarse a la derecha de

Charleston Harbour, había tenido que seguir un canal que le acercaba momentáneamente al fuerte Sumter, y no se hallaba a media milla de éste, cuando todas sus cañoneras se iluminaron a la vez, y un diluvio de hierro pasó por delante del buque, resonando una espantosa detonación.

—¡Demasiado pronto, torpes! —gritó Jacobo soltando una carcajada

—¡Fuerce, maquinista! ¡Es preciso pasar entre dos andanadas!

Los fogoneros activaron. Todo el *Delfín* gemía a los esfuerzos de su máquina, como si fuera a deshacerse.

Resonó una segunda detonación y otra granizada de proyectiles silbó detrás del barco.

—¡Demasiado tarde, imbéciles! —exclamó el joven capitán.

—Ya nos hemos librado de uno —gritó Crockston desde la toldilla—. Dentro de algunos minutos no habrá que temer a los confederados.

—¿Crees que no tenemos ya más que temer del fuerte de Sumter? —preguntó Jacobo.

—Nada. Pero sí del fuerte Moultrie, al extremo de la punta Sullivan, aunque sólo nos molestará por espacio de medio minuto. Que apunten bien, si quieren tocarnos. Nos acercamos.

—¡Bien! la posición del fuerte Moultrie nos permite entrar de lleno en el canal principal. ¡Fuego, pues, fuego!

En el mismo instante, como si Jacobo hubiera mandado por sí mismo el fuego de las baterías, una triple línea de relámpagos iluminó el fuerte. Se oyó un espantoso estrépito y se produjeron chasquidos a bordo del buque.

—¡Nos han tocado! —exclamó Crockston.

—¡Señor Mathew! —gritó el capitán a su segundo, que estaba en la proa—. ¿Qué hay?

—El penol del bauprés en el agua.

—¿Hay heridos?

—No.

—¡Pues al diablo la arboladura! Derechos al paso, ¡adelante! ¡Gobierne hacia la isla!

—¡Se han fastidiado los confederados! —gritó Crockston— ¡Si hemos de recibir balas, que sean del norte! ¡Se digieren mejor!

No se habían evitado todos los peligros; el *Delfín* no podía cantar victoria, pues aunque la isla de Morris no estaba aún armada con las temibles piezas que se establecieron en ella algunos meses más tarde, sus cañones y morteros bastaban y sobraban para echar a pique buques como el *Delfín*.

El fuego de los fuertes Sumter y Moultrie había dado el alerta a los federales de la isla, y a los buques del bloqueo. Los sitiadores, aunque no comprendían aquel ataque nocturno, que no parecía dirigido contra ellos, debían estar dispuestos a responder.

Sobre esto reflexionaba Jacobo al avanzar hacia los pasos de Morris, y tenía motivo para temer, pues al cabo de un cuarto de hora multitud de luces surcaban las tinieblas cayendo una lluvia de granadas alrededor del buque, y

haciendo saltar agua por encima de sus bordas; algunas llegaron a herir la cubierta del *Delfín*, pero por su base, lo cual le salvó de una pérdida segura. En efecto, aquellas granadas, como se supo después, debían romperse en cien fragmentos y cubrir cada una, una superficie de ciento veinte pies cuadrados, con fuego griego imposible de apagar, y que ardía por espacio de veinte minutos.

Una sola de aquellas bombas podía incendiar una nave.

Afortunadamente para el *Delfín*, aquellos proyectiles de nueva invención, eran muy defectuosos; lanzados al aire, un falso movimiento de rotación los mantenía inclinados y en el momento del choque caían sobre su base, en vez de golpear con la punta donde estaba la espoleta de percusión. Ese defecto de construcción salvó al *Delfín*, pues la caída de aquellas granadas de poco peso, no le hizo gran daño y continuó avanzando por el paso.

En aquel momento, a pesar de las órdenes de Jacobo, Halliburtt y su hija fueron a reunirse a él sobre la toldilla. Jenny declaró que no se separaría del capitán aunque éste se opusiera. Mister Halliburtt, que acababa de saber cuán noble había sido la conducta de Jacobo, le estrechó la mano sin poder articular una palabra.

El *Delfín* avanzaba con gran ligereza hacia alta mar; le bastaba seguir el paso durante otras tres millas para hallarse en el Atlántico; si el paso estaba libre en su entrada, se había salvado. Como Playfair conocía maravillosamente todos los secretos de la bahía de Charleston, dirigía su buque entre las tinieblas con admirable seguridad. Podía esperar que su atrevida marcha le proporcionaría un feliz resultado, cuando el vigía, gritó:

—¡Un buque!

—¿Un buque? — gritó Jacobo.

—¡Sí, por babor!

La niebla, que se había elevado, permitía distinguir una gran fragata, que maniobraba para cerrar el paso al *Delfín*. Era necesario a toda costa ganarle en velocidad, pidiendo a la máquina, un exceso de fuerza impulsiva; si no todo estaba perdido.

—¡Toda barra a estribor! — gritó el capitán.

Y se lanzó al puente colocado sobre la máquina. Por orden suya, se detuvo el movimiento de una hélice, y por el impulso de la otra, el *Delfín* viró con rapidez maravillosa en un círculo muy reducido. Así evitó correr hacia la fragata federal y avanzó con ello hacia la entrada del paso. La cuestión era de rapidez.

Jacobo comprendió que en ello estribaba su salvación, la de Jenny y su padre, la de toda la tripulación. La fragata llevaba considerable delantera. Los torrentes de negro humo que brotaban de su chimenea, revelaban que forzaba sus fuegos. Jacobo no era hombre capaz de darse por vencido.

—¿Cómo estamos? —preguntó al maquinista.

—En el máximo de presión —contestó éste—. El vapor se escapa por todas las válvulas.

—¡Cárguelas! —mandó el capitán.

Sus órdenes se ejecutaron a riesgo de volar el buque.

El *Delfín* marchó aun más deprisa; los émbolos funcionaban con espantosa precipitación; todas las planchas de asiento de la máquina temblaban. El espectáculo hacía estremecer los corazones más templados.

—¡Fuercen! —gritaba Jacobo—. ¡Fuercen siempre!

—Imposible —respondió el maquinista—. Las válvulas están herméticamente cerradas y los hornillos están llenos hasta la boca.

—¿Qué importa? ¡se pueden atacar con algodón impregnado de espíritu de vino! ¡Es preciso a toda costa dejar atrás a la maldita fragata!

Al oír semejantes palabras, los más intrépidos marineros se miraron, pero nadie vaciló. Se echaron a la cámara de la máquina algunas balas de algodón, y se desfondó en ella un barril de espíritu de vino. La nueva materia combustible se introdujo, no sin peligro, en los incandescentes hornillos. El rugido de las llamas no permitía que los fogoneros se oyesen. Pronto las planchas de los hornillos llegaron al rojo blanco; los émbolos iban y venían como los de una locomotora; los manómetros marcaban una tensión espantosa; el barco volaba; sus junturas crujían; por sus chimeneas brotaban llamas mezcladas con el humo. Su velocidad era vertiginosa, insensata, pero ganaba espacio sobre la fragata; la rebasaba, y al cabo de diez minutos estaban fuera del canal.

—¡Nos hemos salvado! —gritó el capitán.

—¡Nos hemos salvado! —repitió la tripulación batiendo palmas.

Ya el faro de Charleston empezaba a desaparecer hacia el sudoeste, palideciendo su brillo, y parecía que el *Delfín* se hallaba fuera de peligro cuando una bomba, disparada por una cañonera que cruzaba al largo, zumbó en las tinieblas. Podía seguirse su rastro a causa de la espoleta, que dejaba tras sí una línea de fuego.

Aquél fue un momento de indescriptible ansiedad. Todos callaban mirando con espantados ojos la parábola descrita por el proyectil; nada podía hacerse para evitarla; después de medio minuto cayó con horrible estruendo sobre la proa del *Delfín*.

Los marineros, horrorizados, se refugiaron en la popa; nadie se atrevía a dar un paso, mientras la espoleta crepitaba.

Pero un hombre, valiente, entre los valientes, corrió hacia aquel formidable artificio de destrucción: era Crockston. Tomó la bomba en sus brazos vigorosos, y mientras millares de chispas se desprendían de la espoleta, la arrojó, haciendo un sobrehumano esfuerzo, por encima de la borda.

Apenas había llegado a la superficie del agua, estalló la bomba con espantosa detonación.

—¡Hurra! ¡hurra! —exclamó en coro la tripulación mientras Crockston se frotaba las manos.

Poco después el *Delfín* surcaba las aguas del Atlántico; la costa americana desaparecía entre las tinieblas y los fuegos lejanos que se cruzaban en el

horizonte indicaban que el ataque era general entre las baterías de la isla Morris y los fuertes de *Charleston Harbour*.

Capítulo X

San Mungo

Al amanecer del día siguiente, había desaparecido la costa americana. No se veía un buque. El *Delfín*, moderando la velocidad terrible de su marcha, se dirigió más tranquilamente hacia las Bermudas.

Inútil es referir la travesía del Atlántico; durante el viaje de regreso no ocurrió nada digno de notarse, y diez días después de la salida de Charleston, se reconocían las costas de Irlanda.

¿Qué pasó entre Jacobo y Jenny, que no hayan adivinado los menos perspicaces? ¿Cómo podía míster Halliburtt pagar a su salvador valiente y generoso, sino haciéndole el más feliz de los hombres? Jacobo Playfair no esperó la llegada a las aguas inglesas para declarar al padre y a la hija la pasión que rebosaba de su corazón, y si hemos de dar crédito a Crockston, Jenny recibió semejante confesión con una alegría, que no trató de disimular.

Sucedió, pues, que el 14 de febrero del presente año, una multitud inmensa se hallaba reunida bajo las macizas bóvedas de San Mungo, la antigua catedral de Glasgow. Allí había un poco de todo: marinos, comerciantes, industriales, magistrados. El valiente Crockston servía de testigo a miss Jenny, que lucía elegante vestida de novia; el buen hombre resplandecía en su traje de color verde manzana con botones de oro. El tío Vicente estaba orgulloso al lado de su sobrino.

En una palabra, se celebraba la boda de Jacobo Playfair, de la casa de Vicente Playfair y Compañía de Glasgow, con miss Jenny Halliburtt de Boston.

La ceremonia se efectuó con gran pompa. Todo el mundo conocía la historia del *Delfín*, y todo el mundo creía que el joven capitán recibía una justa recompensa: sólo él la consideraba excesiva.

Por la noche hubo gran fiesta en casa del tío Vicente, gran baile, gran comida y gran distribución de chelines a la multitud reunida en *Gordon Street*. En aquel memorable festín, Crockston, sin salirse de los justos límites, hizo prodigios de voracidad.

Todos se alegraban de aquella boda: unos por ver labrada su felicidad propia; otros por ver la ajena, cosa que no siempre sucede en ceremonias de este género.

Tan pronto como se retiraron los convidados, Jacobo Playfair fue a abrazar a su tío, que lo besó en los dos carrillos.

—¿Y bien, tío Vicente? —dijo el sobrino.

—¿Y bien, sobrino Jacobo? —repitió el tío.

—¿Está usted satisfecho del cargamento que he traído a bordo del *Delfín*? —añadió el capitán Playfair, señalando a su valiente esposa.

—¡Ya lo creo! —respondió el digno comerciante—. He vendido el algodón con trescientos setenta y cinco por ciento de beneficio.

FIN

Los amotinados de la Bounty

Traducido por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1879

Sinopsis:

La Bounty, embarcación de la Marina británica, tiene por misión especial transportar a las Antillas el árbol del pan que tan profusamente crece en el archipiélago de Tahití. La tiranía del rudo capitán Bligh provoca la insurrección de Fletcher Christian, el segundo de a bordo, quien abandona al capitán en el mar junto a algunos de sus hombres, mientras él y los amotinados retornan a Tahití, en donde se habían acostumbrado a vivir entre los nativos.

Creemos que es necesario advertirles a nuestros lectores que esta narración no es una ficción. Todos los detalles han sido tomados de los anales marítimos de la Gran Bretaña. En ciertas ocasiones la realidad proporciona hechos tan maravillosos que ni la propia imaginación podría adicionarle más elementos a la historia.

Capítulo I

El abandono

Ni el menor soplo de aire, ni una onda en la superficie del mar, ni una nube en el cielo. Las espléndidas constelaciones del hemisferio austral destacan por su pureza incomparable. Las velas de la Bounty cuelgan a lo largo de los mástiles, el barco está inmóvil y la luz de la Luna, que se va perdiendo ante las primeras claridades del alba, ilumina el espacio con un fulgor indefinible.

La Bounty, un velero de doscientas quince toneladas con una tripulación compuesta por cuarenta y seis hombres, había zarpado de Spithead, el 23 de diciembre de 1787, bajo las órdenes del capitán Bligh, un rudo pero experimentado marinero, quien había acompañado al capitán Cook en su último viaje de exploración.

La misión especial de la Bounty consistía en transportar a las Antillas el árbol del pan, que tan profusamente crece en el archipiélago de Tahití. Después de una escala de seis meses en la bahía de Matavai, William Bligh, luego de haber cargado el barco con un millar de estos árboles, había zarpado con rumbo a las Indias occidentales, después de una corta estancia en las Islas

de los Amigos.

Muchas veces, el carácter receloso y violento del capitán Bligh había ocasionado más de un incidente desagradable entre algunos de los oficiales y él. Sin embargo, la tranquilidad que reinaba a bordo de la *Bounty*, al salir el sol, el 28 de abril de 1789, no parecía presagiar los graves sucesos que iban a ocurrir. Todo parecía en calma, cuando de repente una insólita animación se propaga por todo el navío. Algunos marineros se acercan, intercambian dos o tres palabras en baja voz, y luego desaparecen rápidamente.

—¿Es el relevo de la guardia de la mañana? ¿Algún accidente imprevisto se ha producido a bordo?

—Sobre todo no hagan ruido, mis amigos — dijo Fletcher Christian, el segundo de la *Bounty*

—. Bob cargue su pistola, pero no tire sin mi orden. Churchill, tome su hacha y destruya la cerradura del camarote del capitán. Una última recomendación: ¡Lo necesito vivo!

Seguido por una decena de marineros armados de sables, machetes y pistolas, Christian se dirigió al entrepuente, luego de haber dejado a dos centinelas custodiando los camarotes de Stewart y Peter Heywood, el contraestre y el guardiamarina de la *Bounty*. Se detuvo ante la puerta del camarote del capitán.

—Adelante, muchachos — dijo — ¡derribenla con los hombros!

La puerta cedió bajo una vigorosa presión y los marineros se precipitaron al camarote.

Sorprendidos primero por la oscuridad, y quizás luego pensando en la gravedad de sus actos, tuvieron un momento de vacilación.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¿Quién se atreve a...? — exclamó el capitán mientras se bajaba de su catre.

—¡Silencio, Bligh! — contestó Churchill. ¡Silencio y no intentes resistirte, o te amordazo!

—Inútil vestirse — agregó Bob—. ¡Siempre tendrás buen aspecto, aún cuando te colguemos del palo de mesana!

—¡Ata sus manos por detrás de su espalda, Churchill — dijo Christian—, y súbelo al puente!

—Los capitanes más terribles se convierten en poco peligrosos, una vez que uno conoce como tratarlos — observó John Smith, el filósofo del grupo.

Entonces el grupo, sin preocuparse de despertar a los marineros de la última guardia, aún dormidos, subieron la escalera y reaparecieron sobre el puente.

Era un motín con todas las de la ley. Sólo uno de los oficiales de a bordo, Young, un guardiamarina, había hecho causa común con los amotinados.

En cuanto a los hombres de la tripulación, los vacilantes habían cedido por el momento a la dominación, mientras los otros, sin armas y sin jefe, permanecían como espectadores del drama que iba a tener lugar ante sus ojos.

Todos estaban en el puente, formados en silencio. Observaban el aplomo de su capitán que, medio desnudo, avanzaba con la cabeza alta en medio de esos

hombres acostumbrados a temblar ante él.

—Bligh — dijo Christian, duramente—, queda destituido de su mando.

—No reconozco su derecho... — contestó el capitán.

—No perdamos el tiempo en protestas inútiles — exclamó Christian interrumpiendo a Bligh. Soy, en este momento, la voz de toda la tripulación de la Bounty. Apenas habíamos zarpado de Inglaterra, cuando ya tuvimos que soportar sus insultantes sospechas, sus procedimientos brutales. Cuando digo nosotros, me refiero tanto a los oficiales como a los marineros. ¡No sólo nunca pudimos obtener la satisfacción de ver cumplidas nuestras demandas, sino que siempre las rechazaba con desprecio! ¿Somos acaso perros, para ser injuriados en todo momento? ¡Canallas, bandidos, mentirosos, ladrones! ¡No había expresión grosera que no nos dirigiese! ¡En verdad, sería necesario no ser un hombre para soportar tal tipo de vida! Y yo, yo que soy su compatriota, yo que conozco su familia, yo que he navegado dos veces bajo sus órdenes, ¿me ha respetado? ¿No me acusó ayer nuevamente, de haberle robado unas miserables frutas? ¡Y los hombres! Por alguna pequeñez, ¡los grilletes! Por una nimiedad, ¡veinticuatro azotes! ¡Bien! ¡Todo se paga en este mundo! ¡Fue muy liberal con nosotros, Bligh! ¡Ahora es nuestro turno! ¡Sus injurias, sus injusticias, sus dementes acusaciones, sus torturas morales y físicas con las que ha agobiado a su tripulación desde hace más de un año y medio, las va a expiar, y a expiarlas duramente! Capitán, ha sido juzgado por aquéllos a los cuales ha ofendido y usted ha sido condenado ¿No es así, camaradas?

—¡Sí, sí, que muera! — exclamaron la mayoría de los marineros, mientras amenazaban a su capitán.

—Capitán Bligh — continuó Christian—, algunos me han hablado de suspenderlo en el aire, sujetado por el extremo de una cuerda; otros propusieron desgarrarle la espalda con el gato de las nueve colas, hasta que la muerte sobreviniera. Les faltó imaginación. Yo encontré algo mejor que eso. Además, usted no ha sido el único culpable aquí. Aquéllos que siempre han ejecutado sus órdenes fielmente, por crueles que fuesen, estarían desesperados de estar bajo mi mando. Ellos merecen ir junto a usted donde el viento los lleve. ¡Que traigan la chalupa!

Un murmullo de desaprobación acogió las últimas palabras de Christian que no pareció preocuparse mucho por la reacción de los marineros. El capitán Bligh, al cual estas amenazas no llegaron a perturbar, se aprovechó de un momento de silencio para tomar la palabra.

—Oficiales y marineros — dijo con voz firme—, en mi calidad de oficial de la marina real, y capitán de la Bounty, protesto contra el tratamiento que se me quiere dar. Si desean quejarse sobre la manera en que he ejercido mi mandato, pueden juzgarme en una corte marcial. Pero no han pensado, probablemente, en la gravedad del acto que van a ejecutar. ¡Atentar contra el capitán es rebelarse contra la ley, imposibilitar vuestro regreso a la patria, ser considerados piratas! ¡Más tarde o más temprano les sobrevendrá la muerte ignominiosa, la muerte que se le depara a los traidores y rebeldes! ¡En el

nombre del honor y la obediencia que me juraron, les pido que cumplan su deber!

—Nosotros sabemos perfectamente a lo que nos exponemos — respondió Churchill.

—¡Suficiente! ¡Suficiente! — gritaron a coro los hombres de la tripulación, preparándose a pasar de las palabras a los hechos.

—¡Bien — dijo Bligh—, si necesitan a una víctima, ese soy yo, pero yo solamente! ¡Aquellos compañeros que ustedes condenan junto conmigo, sólo ejecutaron mis órdenes!

La voz del capitán fue ahogada por un concierto de vociferaciones. Tuvo que renunciar a la idea de poder conmover a estos corazones que se habían convertido en despiadados.

Mientras, ya se habían tomado las medidas necesarias para que las órdenes de Christian fuesen ejecutadas.

Sin embargo, un intenso debate había surgido entre el segundo a bordo y algunos de los amotinados que querían abandonar en el mar al capitán Bligh y a sus compañeros sin darles un arma y sin apenas dejarles una onza de pan.

Algunos — y esta era opinión de Churchill — manifestaron que el número de los que tenían que abandonar la nave no era lo suficientemente considerable. Era aún necesario deshacerse también de los hombres que al no haber intervenido directamente en la rebelión, no estaban seguro de sus opiniones. No se podría contar con aquellos que se contentaban con aceptar los hechos consumados. En cuanto a él, aún sentía en su espalda los dolores provocados por los azotes recibidos al haber tratado de desertar en Tahití. ¡La mejor, la más rápida forma de curarse, sería entregando al capitán primero!... ¡El sabría como tomar venganza por su propia mano!

—¡Hayward! ¡Hallett! — gritó Christian, dirigiéndose a dos oficiales, sin tener en cuenta las observaciones de Churchill—, desciendan a la chalupa.

—¿Que le hice, Christian, para que usted me trate así? — dijo Hayward. ¡Es a la muerte a la que me envía!

—¡Las recriminaciones son inútiles! ¡Obedezca, o si no!... Fryer, embarque usted también. Pero estos oficiales, en lugar de dirigirse hacia la chalupa, se acercaron al capitán Bligh, y

Fryer que parecía ser el más determinado de todos se dirigió hacia él diciéndole:

—¿Capitán, quiere usted intentar retomar el barco? Nosotros no tenemos arma alguna, es cierto, pero estos amotinados sorprendidos no podrán resistir. ¡Si algunos de nosotros resulta muerto, eso no importaría! ¡Se puede intentar! ¿Qué le parece?

Ya los oficiales habían tomado las disposiciones para lanzarse contra los amotinados, que estaban ocupados en desmontar las chalupas, cuando Churchill, a quien esta conversación por rápida que fuera, no se le había escapado, los rodeó con varios hombres bien armados y los obligó a embarcar.

—¡Millward, Muspratt, Birket, y ustedes — dijo Christian mientras se

dirigía a algunos de los marineros que no habían tomado parte en el motín—, vayan al entrepuente y escojan lo que consideren más útil! ¡Ustedes acompañarán al capitán Bligh! ¡Tú, Morrison, vigila bien a estos tunantes! Purcell, tome sus herramientas de carpintero. Se las permito llevar.

Dos mástiles con velas, algunos clavos, una sierra, un pequeño pedazo de lona, cuatro

pequeños envases que contenían ciento veinticinco litros de agua, ciento cincuenta libras de galleta, treinta y dos libras de carne de cerdo salada, seis botellas de vino, seis botellas de ron y la caja de licores del capitán. Esto fue todo lo que los abandonados pudieron llevar.

Además llevaban dos o tres sables viejos, pero se les negó llevar cualquier tipo de armas de fuego.

—¿Dónde están Heywood y Steward? — preguntó Bligh, cuando se hallaba en la chalupa —

¿Ellos también me traicionaron?

Ellos no lo habían traicionado, pero Christian había decidido dejarlos a bordo.

El capitán tuvo un momento de desaliento y de debilidad perfectamente perdonable, que no duró mucho tiempo.

—¡Christian — dijo—, le doy mi palabra de honor de olvidarme de todo lo que ha ocurrido, si usted renuncia a su abominable proyecto! ¡Se lo imploro, piense en mi mujer y mi familia!

¡Muerto yo, qué será de todos los míos!

—Si usted hubiera tenido honor — respondió Christian—, las cosas no habrían llegado a este punto. ¡Si usted hubiera pensado más a menudo en su mujer, en su familia, en las mujeres y en las familias de los otros, usted no habría sido tan duro, tan injusto con todos nosotros!

A su turno, el ex—capitán, en el momento de embarcar, estaba intentando convencer a Christian.

Era en vano.

—Hace mucho tiempo que sufro — contestó este último con amargor—. ¡No sabe cuáles han sido mis torturas! ¡No! ¡Esto no podía durar un día más! ¡Además, usted no ignora que durante todo el viaje, yo, el segundo al mando de este navío, he sido tratado como un perro! Sin embargo, al separarme del capitán Bligh, al que probablemente no volveré a encontrar jamás, deseo, por una cuestión de misericordia, no quitarle toda esperanza de salvación.

¡Smith! desciende hasta el camarote del capitán y traiga su vestimenta, su diario y su cartera.

Además, entrégale mis tablas náuticas y mi propio sextante. ¡Tendrá la oportunidad de poder salvar a sus compañeros y salir del apuro él mismo!

Las órdenes de Christian fueron ejecutadas, no sin antes generar alguna protesta.

—¡Y ahora, Morrison, suelte la amarra — gritó el segundo de a bordo devenido primero—, y que Dios vaya con ustedes!

Mientras que los amotinados con sus irónicas expresiones despedían al capitán Bligh y sus infelices compañeros, Christian, apoyado en la borda, no podía quitar los ojos de la chalupa que se alejaba. Este bravo oficial, de conducta, hasta entonces fiel y franca, había merecido los elogios de todos los capitanes a los cuales había servido y ahora se había convertido en el jefe de una banda de piratas. No estaría permitido para él volver a ver a su vieja madre, ni a su novia, ni las playas de la isla de Man, su patria. ¡Su autoestima había caído en un profundo vacío, deshonrada a los ojos de todos! ¡El castigo seguía ya a la falta!

Capítulo II

Los abandonados

Con sus dieciocho pasajeros, oficiales y marineros y las escasas provisiones que contenía, la chalupa que transportaba a Bligh estaba tan cargada, que apenas sobresalía unas quince pulgadas sobre el nivel del mar. Con una longitud de veintiún pies y con un ancho de seis, la chalupa parecía estar especialmente apropiada para servicio de la *Bounty*; mas para contener una tripulación tan numerosa, para hacer un viaje un poco largo, era difícil encontrar alguna embarcación más detestable.

Los marineros, confiados en la energía y la habilidad del capitán Bligh y de los oficiales que compartían su misma suerte, remaban vigorosamente, haciendo avanzar a la chalupa lo más rápido sobre las olas del mar.

Bligh no tenía dudas sobre la conducta a seguir. Era necesario, en primer lugar, volver lo antes posible a la isla Tofoa que era la más cercana del grupo de las islas de los Amigos, de la cual habían salido algunos días antes; allí era necesario recolectar los frutos del árbol del pan, renovar la provisión de agua y luego dirigirse a Tonga—Tabú. Probablemente se podrían abastecer de provisiones en cantidades suficientes como para intentar la travesía hasta los establecimientos holandeses de Timor, si, debido a la hostilidad de los indígenas, no pudieran hacer escala en algunos de los innumerables archipiélagos existentes en esa ruta.

El primer día transcurrió sin incidentes y al anochecer fueron avistadas las costas de

Tofoa. Desafortunadamente, la costa era tan rocosa y la playa tenía tantos escollos, que no era posible desembarcar de noche por ese lugar. Era necesario esperar al próximo día.

Bligh, a menos que hubiera una necesidad apremiante, no quería consumir las provisiones de la chalupa. Por tanto, era necesario que la isla alimentara a sus hombres y a él. Pero esto parecía ser algo difícil, ya que al desembarcar no encontraron rastro alguno de habitantes. Algunos, sin embargo, no demoraron en aparecer, y al ser bien recibidos, llegaron otros, que les ofrecieron un poco de agua y algunas nueces de coco.

La turbación de Bligh era grande. ¿Qué decirles a los indígenas que ya

habían comerciado con la Bounty durante su última escala? Antes que nada, lo que más importaba era ocultarles la verdad con el objetivo de no destruir el prestigio que los extranjeros habían adquirido en estas islas.

¿Decirles que venían en busca de provisiones y que la tripulación del barco los esperaba de vuelta? ¡Imposible! ¡La Bounty no era visible, incluso ni desde la más alta de las colinas!

¿Decirles que la nave había naufragado y que ellos eran los únicos sobrevivientes? Era quizás lo más verosímil. Quizás esto los conmovieran y los animarían a completar las provisiones de la chalupa. Bligh se decidió por esta última explicación, sabiendo que era peligrosa, y se puso de acuerdo con sus hombres de manera que todos contaran la misma historia.

Mientras los indígenas escuchaban la narración, no eran visibles en ellos ni señales de alegría ni signos de tristeza. Su cara sólo expresaba un profundo asombro y fue imposible conocer cuáles eran sus verdaderos pensamientos.

El 2 de mayo, la cantidad de indígenas provenientes de otras partes de la isla aumentó de una manera considerable y Bligh pronto comenzó a notar que sus intenciones eran hostiles. Algunos trataron de varar la embarcación en la playa y sólo se retiraron ante las enérgicas demostraciones del capitán que los amenazaba con su machete. Mientras esto ocurría, unos de los hombres que Bligh había enviado en busca de provisiones, regresaban con tres galones de agua.

La hora de abandonar esta isla inhospitalaria había llegado. Al atardecer, todos estaban listos, aún cuando no sería fácil llegar hasta la chalupa. La playa estaba cubierta por una gran cantidad de indígenas que hacían chocar entre sí algunas piedras, que estaban listas para ser lanzadas. Por tanto, era necesario que la chalupa estuviera cerca de la playa y disponible en el momento en que los hombres estuvieran listos para embarcar.

Los ingleses, seriamente preocupados por la actitud hostil de los indígenas, se dirigieron a la playa, rodeados por doscientos salvajes, que sólo esperaban una señal para comenzar el ataque. Afortunadamente, todos habían embarcado en la chalupa y fue entonces cuando uno de los marineros, llamado Bancroft, tuvo la fatal idea de regresar a la playa para recoger un objeto olvidado. En un instante, este imprudente fue rodeado y recibido por los indígenas con una andanada de piedras, sin que sus compañeros, que no poseían armas de fuego, pudieran rescatarlo. Además, en ese propio momento, también ellos comenzaron a ser atacados con una lluvia de piedras.

—¡Adelante, muchachos — gritó Bligh—, de prisa, a los remos y remen fuerte!

Los indígenas, entonces, se adentraron en el mar y comenzaron a lanzar una andanada de piedras sobre la embarcación. Algunos hombres fueron heridos. Pero Hayward, recogió una de las piedras que habían caído dentro de la chalupa y se la lanzó a uno de los asaltantes en medio de los dos ojos. El indígena cayó de espaldas dando un grito, al cual respondieron las hurras de los ingleses. Su infortunado camarada había sido vengado.

Mientras tanto, varias canoas aparecieron de inmediato en la playa y comenzó la caza.

Esta persecución podía haber terminado en una lucha en la cual su resultado no parecía ser el más exitoso. Fue entonces cuando el oficial mayor de la tripulación tuvo una idea luminosa. Sin sospechar que estaba imitando a Hipómenes en su lucha con Atalanta, se despojó de su chaqueta y la lanzó al mar. Los indígenas, a la vista de una posible presa, se detuvieron para recogerla, y esto tiempo fue aprovechado por la chalupa para doblar la punta de la bahía.

Mientras, la noche había caído y los indígenas, ya sin esperanzas, abandonaron la caza de la chalupa.

Esta primera tentativa de desembarco no había tenido un resultado exitoso, y la opinión de Bligh era la de no volver a intentarlo.

—Ha llegado el momento de tomar una decisión — dijo—. Los sucesos ocurridos en Tofoa volverán a ocurrir, probablemente, en Tonga—Tabú, y en cualquier lugar donde pretendamos entrar. Numéricamente débiles y sin armas de fuego, estaremos absolutamente a merced de los indígenas. Sin objetos de intercambio no podemos comprar provisiones y nos es imposible procurárnoslos a través de la fuerza. Por tanto sólo dependemos de nuestros recursos. Sin embargo, ustedes conocen, amigos míos, tan bien como yo, cuán miserables son ellos. ¿No es mejor conformarse con lo que tenemos y no arriesgar, en cada desembarco, la vida de muchos de nosotros? Sin embargo, no quiero ocultarles el horror de nuestra situación. ¡Para llegar hasta Timor, tendremos que viajar mil doscientas millas y tendremos que contentarnos diariamente con una onza de galleta y un cuarto de pinta de agua! Este es el precio de la salvación, contando además que hallaré en ustedes la absoluta obediencia. ¡Respóndanme sin segundas intenciones! ¿Están de acuerdo en llevar esta empresa adelante? ¿Juran ustedes obedecer mis órdenes, cualquiera que ellas sean? ¿Prometen someterse sin protestar a estas privaciones?

—¡Sí, sí, lo juramos! — exclamaron a una sola voz los compañeros del capitán.

—¡Amigos — dijo Bligh—, es necesario también olvidar nuestros recíprocos resentimientos, nuestras antipatías y nuestros odios, en una palabra, sacrificar nuestros rencores personales al interés de todos, que es lo que debe guiarnos!

—Lo prometemos.

—Si ustedes cumplen su palabra — agregó—, y si fuera necesario, sabré como obligarlos a cumplirla, respondo por nuestra salvación.

La chalupa puso entonces rumbo al oeste—noroeste. El viento, que soplaba fuerte, desató una gran tormenta en la noche del 4 de mayo. Las olas eran tan altas, que la embarcación desaparecía entre ellas y parecía no poder sostenerse a flote. El peligro aumentaba a cada instante. Empapados y helados, los desgraciados, aquel día, solo tuvieron para reconfortarse una copa de ron y la cuarta parte del fruto de un árbol del pan casi podrido.

Al siguiente día y durante los días siguientes, la situación no cambió. La chalupa pasó en medio de innumerables islas, en las cuales se divisaban algunas piraguas.

¿Estaban estas preparadas para darles caza, o para traficar? Debido a la duda, hubiera sido imprudente haberse detenido. Además la chalupa, cuyas velas se hinchaban debido al fuerte viento, pronto se alejaba a una buena distancia.

El 9 de mayo, se desató una terrible tormenta. El trueno y los relámpagos se sucedían sin interrupción. La lluvia caía con tanta fuerza, que las más violentas tormentas de nuestros climas no pudieran dar una idea exacta de la magnitud de esta. Era imposible que la ropa se secara. Bligh, entonces, tuvo la idea de mojar sus vestimentas con el agua del mar y llenarlas de sal, con el propósito de devolver a la piel, el calor quitado por la lluvia. Sin embargo, estas torrenciales lluvias que causaron tantos sufrimientos a Bligh y sus compañeros, los salvaron de una de las torturas más horribles, las torturas de la sed, que un insoportable calor hubiera pronto provocado.

El 17 de mayo, durante la mañana, luego de una espantosa tormenta, las lamentaciones llegaron a ser unánimes.

—¡No tendremos fuerza para llegar hasta Nueva Holanda! — exclamaron los desgraciados.

¡Calados por la lluvia, agotados de cansancio, no tendremos jamás un momento de descanso! Estamos casi muertos de hambre, ¿no aumentará nuestras raciones, capitán? ¡Poco importa que nuestras provisiones se agoten! ¡Las repondremos fácilmente cuando llegemos a Nueva Holanda!

—Me niego — contestó—. Hacerlo implicaría actuar como un loco. ¡Cómo! ¡Hemos recorrido la mitad de la distancia que nos separa de Australia, y ya ustedes no abrigan las esperanzas!

¿Creen además, que podremos hallar provisiones fácilmente en las costas de Nueva Holanda? No conocen ni al país ni a sus habitantes.

Y Bligh comenzó a describir a grandes rasgos las características del suelo, las costumbres de los indígenas, lo que relató fue una parte de todas las cosas que había llegado a conocer en su viaje con el capitán Cook. Por esta vez, sus compañeros de infortunio lo escucharon y permanecieron callados.

Los quince días siguientes fueron animados por un claro sol que les permitió secar sus vestimentas. El 27 fue divisada la costa oriental de Nueva Holanda. El mar estaba tranquilo, bajo este cinturón madreporico y algunos grupos de islas de exótica vegetación, que hacían agradable la vista. Desembarcaron en esta isla, avanzando con suma precaución. Las únicas huellas encontradas que denotaban la presencia de los indígenas fueron restos de hogueras, hechas mucho tiempo atrás.

Por tanto, era posible pasar una buena noche en tierra. Pero era necesario comer.

Afortunadamente uno de los marineros descubrió un banco de ostras. ¡Era

un obsequio real!

El día siguiente, Bligh encontró en la chalupa un cristal de aumento, un eslabón y azufre.

Por tanto, fue posible hacer fuego, y con él se cocieron algunos moluscos y pescados.

Bligh planeó dividir la tripulación en tres escuadras. Una de ellas debía poner en orden la chalupa; las otras dos debían ir en busca de provisiones. Pero varios hombres se quejaron con amargor, declarando que era mejor cenar que aventurarse hacia el interior de la isla.

Uno de ellos, más violento o más irritado que sus camaradas, llegó a decirle al capitán:

—¡Un hombre vale lo mismo que otro, y no veo porqué siempre está descansando! ¡Si es que tiene hambre, vaya y busque algo que comer! ¡Lo que hace aquí, yo también lo puedo hacer!

Bligh, comprendiendo que este intento de motín debía ser detenido al momento, tomó uno de los machetes y lanzando otro a los pies del rebelde, le gritó:

—¡Defiéndete, o te mato como a un perro!

Esta enérgica actitud hizo replegarse al rebelde, y el descontento general se calmó. Durante esta escala, la tripulación de la chalupa recolectó una gran cantidad de ostras, moluscos y de agua dulce.

Un poco después, de los dos destacamentos enviados a la caza de las tortugas y nodis, el primero regresó con las manos vacías; el segundo grupo había cazado seis nodis, y hubieran atrapado más si uno de los cazadores, al apartarse de los demás, no las hubiese espantado. Este hombre confesó, más tarde, que había capturado nueve de aquellos volátiles y que se los había comido crudos inmediatamente.

Sin las provisiones y el agua dulce, que habían traído de la costa de Nueva Holanda, era seguro que Bligh y sus compañeros hubieran perecido. Además, todos estaban en un estado miserable, flacos, demacrados, exhaustos. Eran reales cadáveres.

El viaje por mar, para llegar a Timor, resultó ser la dolorosa repetición de los sufrimientos ya soportados por estos pobres desgraciados antes de alcanzar las costas de Nueva Holanda.

Solamente, la fuerza de resistencia había disminuido a todos, sin excepción. Después de algunos días, sus piernas permanecieron hinchadas.

En este estado de debilidad extrema, fueron agobiados por un incesante deseo de dormir.

Eran las señales iniciales de un final que no podía durar mucho más. Bligh, advirtiendo esta situación, distribuyó doble ración a aquellos que se encontraban más débiles y procuró darles un poco de esperanza.

Finalmente, en la mañana del 12 de junio, la costa de Timor apareció, después de una travesía de tres mil seiscientos dieciocho millas recorridas en las más difíciles condiciones. La bienvenida que los ingleses recibieron en

Cupang fue de las mejores. Permanecieron en esta ciudad durante dos meses para recuperarse. Luego, Bligh, que había comprado una pequeña goleta, llegó a Batavia, desde donde embarcó para Inglaterra.

Fue el 14 de marzo de 1790 cuando los abandonados desembarcaron en Portsmouth. La narración de las torturas que habían soportado alentó la simpatía de muchas personas y la indignación de todas las personas de buen corazón.

Inmediatamente, el almirantazgo procedió a armar la fragata La Pandora, de veinticuatro cañones y una tripulación de ciento sesenta hombres. La Pandora fue enviada en persecución de los amotinados de la Bounty.

Ahora se verá en lo que se habían convertido.

Capítulo III

Los amotinados

La Bounty, después de haber abandonado al capitán Bligh partió hacia Tahití. Ese mismo día, avistaron Tubuai. El agradable aspecto de la pequeña isla, rodeada de una gran cantidad de piedras madreporicas, invitaba a Christian a desembarcar; pero las demostraciones de los habitantes parecían muy amenazantes y no se efectuó el desembarco.

Fue el 6 de junio de 1789 que ellos anclaron en la bahía de Matavai. La sorpresa de los tahitianos fue grande al reconocer la Bounty. Los amotinados encontraron allí a los indígenas con los que habían comerciado durante una escala anterior, y ellos les contaron una historia, en la cual mezclaron el nombre del capitán Cook, del cual los tahitianos habían conservado el mejor recuerdo.

El 29 de junio, los amotinados partieron nuevamente hacia Tubuai y comenzaron a buscar alguna isla que estuviera situada fuera de la ruta habitual de los barcos, cuyo suelo fuera lo suficientemente fértil para alimentarlos, y en la cual pudieran vivir en completa seguridad.

Vagaron de archipiélago en archipiélago, cometiendo toda clase de saqueos y violencias, que la autoridad de Christian podía raramente impedir. Luego, cansados de buscar, fueron atraídos por la fertilidad de Tahití, por las sencillas y pacíficas costumbres de sus habitantes, retornaron a la bahía de Matavai. Allí, las dos terceras partes de la tripulación descendieron inmediatamente a tierra. Pero, en la tarde de aquel mismo día, la Bounty levó el ancla y desapareció, antes de que los marineros que habían desembarcado comenzaran a sospechar la intención de Christian de partir sin ellos.

Abandonados a su suerte, estos hombres se establecieron sin problemas en los diferentes distritos de la bella isla. Stewart, el contramaestre y Peter Heywood, el guardiamarina, los dos oficiales a quienes Christian había excluido del castigo impuesto contra Bligh y que habían sido retenidos en contra de sus voluntades, permanecieron en Matavai cerca del rey Tippao, donde poco después Stewart esposó a la hermana. Morrison y Millward se

presentaron ante el jefe Péno, que les dio la bienvenida. En cuanto a los otros marineros, penetraron al interior de la isla y no tardaron en casarse con algunas tahitianas.

Churchill y un loco furioso llamado Thompson, después de haber cometido toda clase de crímenes, riñeron. Churchill murió en la lucha y Thompson fue apedreado por los indígenas. Así perecieron dos de los amotinados que habían tomado la parte más activa en la rebelión. Los otros, al contrario, por su buena conducta, se ganaron la estima de los tahitianos.

Sin embargo, Morrison y Millward veían siempre el castigo pendiendo sobre sus cabezas y no podían vivir tranquilos en esta isla donde hubieran sido fácilmente descubiertos. Entonces, tuvieron la idea de construir una embarcación, sobre la cual tratarían de llegar a Batavia, con el propósito de unirse al mundo civilizado. Con ocho de sus compañeros y con herramientas de carpintero, consiguieron, luego de ardua labor, construir un pequeño velero que llamaron La Resolución, y lo fondearon en una bahía ubicada detrás de una de las puntas de la isla, llamada Punta de Venus. Pero la imposibilidad de proveerse de velas les impidió hacerse a la mar.

Durante todo este tiempo, convencidos de su inocencia, Stewart cultivó un jardín y Peter Heywood reunió los materiales de un vocabulario que fue, más tarde, útil a los misioneros ingleses.

Sin embargo, dieciocho meses habían transcurrido cuando, el 23 de marzo de 1791, un velero bordeó la punta de Venus y se detuvo en la bahía Matavai. Era La Pandora, que había sido enviada por el almirantazgo inglés, en persecución de los amotinados.

Heywood y Stewart se apresuraron en subir a bordo, dijeron sus nombres y funciones, declarando que no habían participado del motín; pero no se les creyó y fueron encadenados inmediatamente, así como a todos sus compañeros, sin averiguar más detalles. Tratados con la inhumanidad más indignante, llenos de cadenas, amenazados con ser fusilados si usaban la lengua tahitiana para conversar entre ellos, fueron encerrados en una jaula de once pies de largo, en la extremidad del castillo de popa, al cual un aficionado de la mitología identificó con el nombre de «Caja de Pandora».

El 19 de mayo, La Resolución, que había sido provista de velas, y La Pandora se hicieron a la mar. Durante tres meses, los dos veleros cruzaron a través del archipiélago de los Amigos, donde se suponía que Christian y el resto de los amotinados pudieran haber buscado refugio. La Resolución, de débil calado, había prestado eficaces servicios durante esta travesía; pero desapareció en las vecindades de la isla Chatam y aunque La Pandora permaneció durante varios días buscando el velero, nunca más se oyó hablar de La Resolución, ni de los cinco marineros que se encontraban a bordo.

La Pandora había tomado el camino a Europa con sus prisioneros, cuando en el estrecho de Torres, el barco chocó contra un arrecife de coral y se hundió inmediatamente con treinta y uno de sus marineros y cuatro de los rebeldes.

La tripulación y los prisioneros que habían escapado al naufragio pudieron llegar hasta un islote arenoso. Allí, los oficiales y los marineros construyeron tiendas de lona; mientras los amotinados, expuestos a los ardores de un sol tropical, tuvieron que, para encontrar un poco de alivio, enterrarse en la arena hasta el cuello. Los náufragos permanecieron en este islote durante algunos días; luego todos llegaron hasta la isla Timor en las chalupas de La Pandora y la vigilancia tan rigurosa a la que fueron sometidos los rebeldes no se desatendió en algún momento, a pesar de la gravedad de las circunstancias.

Al llegar a Inglaterra en el mes de junio de 1792, los amotinados comparecieron ante un consejo de guerra presidido por el almirante Hood. Los debates duraron seis días y acabaron con la absolución de cuatro de los acusados y la condena a muerte de otros seis, por el crimen de desertión y secuestro del navío confiado a su custodia. Cuatro de los condenados fueron colgados a bordo de un barco de guerra; los otros dos, Stewart y Peter Heywood, cuya inocencia había sido finalmente reconocida, fueron perdonados.

¿Pero que había ocurrido con la *Bounty*? ¿Había naufragado con los últimos rebeldes a bordo? Era algo imposible de saber.

En 1814, veinticinco años después de ocurridos los hechos, con los cuales comienza esta narración, dos buques de guerra ingleses cruzaron la Oceanía bajo las órdenes del capitán Staines. Se encontraban, al sur del archipiélago Peligroso, a la vista de una isla montañosa y volcánica que Carteret había descubierto en su viaje alrededor del mundo, y a la cual le había dado el nombre de Pitcairn. Era sólo un cono, casi sin playa, que se elevaba a pico sobre el mar, cubierto hasta su cúspide de bosques de palmeras y árboles del pan. Esta isla nunca había sido visitada; se encontraba a doscientas millas de Tahití, a los 25 grados de latitud sur y los 180 grados y 8 minutos de longitud oeste; su superficie no medía más de cuatro millas y media de circunferencia y una milla y media solamente en su eje más grande, y solo se conocían los datos que Carteret había suministrado.

El capitán Staines decidió reconocer la isla y comenzó a buscar un lugar apropiado para desembarcar.

Al aproximarse a la costa, se sorprendió al ver algunas chozas, unas plantaciones y en la playa dos indígenas que, luego de lanzar una embarcación al mar y franquear hábilmente la resaca, se dirigían hacia el barco. Pero su asombro llegó al máximo posible cuando escuchó, en excelente inglés, las siguientes palabras:

—¡Eh! ¡Ustedes, necesitamos una cuerda para subir a bordo!

Apenas llegaron a cubierta, los dos robustos remeros fueron rodeados por los marineros asombrados que los agobiaron con preguntas a las cuales no supieron contestar. Conducidos ante el comandante, fueron interrogados formalmente.

—¿Quiénes son ustedes?

—Yo me llamo Fletcher Christian y mi compañero, Young.

Estos nombres no le decían nada al capitán Staines, que estaba muy lejos de pensar en los sobrevivientes de la Bounty.

—¿Desde cuándo están aquí?

—Nacimos aquí.

—¿Cuántos años tienen?

—Tengo veinticinco años — respondió Christian — y Young dieciocho.

—¿Fueron sus padres arrojados a esta isla por algún naufragio?

Entonces, Christian le hizo al capitán Staines la conmovedora confesión que sigue y de la cual estos son los principales hechos:

Al abandonar Tahití y dejar en ella a veintiuno de sus compañeros, Christian, que tenía a bordo de la Bounty la narración del viaje del capitán Carteret, puso proa directamente hacia la isla Pitcairn, cuya posición juzgó conveniente para lograr sus objetivos. Veintiocho hombres componían entonces la tripulación de la Bounty. Estaba formada por Christian, el aspirante Young y siete marineros, seis tahitianos que se le habían unido en Tahití, entre los cuales había tres hombres acompañados de sus mujeres y de un niño de diez meses, además tres hombres y seis mujeres, indígenas de Tubuai.

La primera medida de Christian y de sus compañeros, tan pronto como habían llegado a la isla Pitcairn, fue de destruir la Bounty para no ser descubiertos. Sin dudas, habían perdido toda posibilidad de abandonar la isla, pero el cuidado de su seguridad lo exigía.

El establecimiento de la pequeña colonia se hizo con dificultades, entre gentes que solo los unían la complicidad de un crimen. Pronto, comenzaron las peleas sangrientas entre los tahitianos y los ingleses. En el año 1794, sólo cuatro de los amotinados habían sobrevivido. Christian había sido acuchillado por uno de los indígenas que él había secuestrado. Todos los tahitianos habían sido exterminados.

Uno de los ingleses que había encontrado la forma de fabricar bebidas con la raíz de una planta indígena, terminó siendo víctima de su embriaguez, y en algún momento de delirium tremens, se precipitó en el mar, cayéndose desde la punta de una colina.

Otro, preso de un momento de furiosa locura, se había lanzado sobre Young y uno de los marineros, llamado John Adams, quien se vio forzado a matarlo. En el año 1800, Young murió durante una violenta crisis de asma.

John Adams era entonces el último sobreviviente de la tripulación de amotinados.

Solo y acompañado por varias mujeres y veinte niños, nacidos éstos de la unión de sus compañeros con las tahitianas, el carácter de John Adams se modificó profundamente. Tenía entonces treinta y seis años; había visto tantas escenas de violencia y crímenes, había visto la naturaleza humana bajo sus más tristes instintos que después de haber reflexionado, decidió enmendar el pasado.

En la biblioteca de la Bounty, que había sido conservada en la isla, había una Biblia y varios libros de oraciones. John Adams, que frecuentemente los leía, se convirtió, inculcó excelentes principios a la joven población que lo consideraban como a un padre, y devino, por la fuerza de los acontecimientos, el legislador, el gran sacerdote y, por así decirlo, el rey de Pitcairn.

Sin embargo, hacia 1814, las alarmas comenzaron a ser incesantes. En 1795, un barco se había acercado a Pitcairn, los cuatro sobrevivientes de la Bounty se habían escondido en los inaccesibles bosques y no se habían atrevido a regresar nuevamente a la bahía hasta que el barco no se alejara. Este mismo acto de prudencia se repitió en 1808, cuando un capitán americano desembarcó en la isla, donde encontró un cronómetro y una brújula, los cuales envió al almirantazgo inglés; pero el almirante no parecía interesado en estas reliquias de la

Bounty. Es cierto que por esta época existían en Europa preocupaciones de más gravedad.

Tal fue la narración hecha al comandante Staines por los dos jóvenes, ingleses por sus padres, uno hijo de Christian, el otro hijo de Young; pero, cuando Staines pidió ver a John Adams, este se negó a subir a bordo sin saber que ocurriría con él.

El comandante, después de haberle asegurado a los dos jóvenes que John Adams estaba amparado por la ley, debido a que habían transcurrido veinticinco años desde el motín de la Bounty, descendió a tierra y fue recibido por una población compuesta por cuarenta y seis adultos y un gran número de niños.

Todos eran grandes y vigorosos, con una marcada fisonomía inglesa; los jóvenes sobre todo eran admirablemente bellas y su modestia le imprimía un carácter realmente atractivo.

Las leyes puestas en vigor en la isla eran muy simples. En un registro era anotado lo que cada uno había ganado por su trabajo. El dinero era desconocido; todas las transacciones se hacían por medio del intercambio, pero no había industrias, porque la materia prima era escasa. La vestimenta de los habitantes estaba solo conformada por inmensos sombreros y cinturones de hierba. La pesca y agricultura eran sus principales trabajos. Los matrimonios sólo se efectuaban con el permiso de Adams y sólo cuando el hombre hubiese desmontado y plantado un pedazo de tierra lo suficientemente grande como para proporcionar el sostén de su futura familia.

El comandante Staines, después de haber obtenido los más curiosos documentos sobre esta isla, perdida en las rutas menos frecuentadas del Pacífico, embarcó y regresó a Europa.

Desde entonces, el venerable John Adams terminó su azarosa vida. Murió en 1829 y fue reemplazado por el reverendo George Nobbs, que lo reemplazó en la isla, en las funciones de sacerdote, médico y maestro de escuela.

En 1853, los descendientes de los amotinados de la Bounty eran unos ciento setenta.

Desde entonces, la población aumentó y llegó a ser tan numerosa que, tres años después, gran parte de ella debió establecerse en la isla Norfolk, que hasta ese momento había sido usada como cárcel de convictos. Pero una parte de los emigrantes recordaban a Pitcairn, aún cuando Norfolk era cuatro veces más grandes, la tierra era notable por su fertilidad y las condiciones de existencia eran bien cómodas. Dos años después, varias familias retornaron a Pitcairn, donde continúan prosperando.

Este fue el epílogo de una aventura que había comenzado de una manera tan trágica. Al inicio, los amotinados, los asesinos, los locos, y ahora, bajo la influencia de los principios de la moral cristiana y de la instrucción dada por un pobre marinero convertido, la isla de Pitcairn se convirtió en la patria de una población sencilla, hospitalaria, feliz, donde se pueden hallar nuevamente las costumbres patriarcales de las primeras edades.

FIN

La jornada de un periodista americano en el 2890⁴

Traducido por Christian Sánchez

Género: Cuento

Año de publicación: 1891

Sinopsis:

Es una visión futurista de los Estados Unidos. Cuenta la historia de un día en la ocupada vida del dueño del periódico más grande del mundo, el *Earth Herald*, cuyas oficinas radican en una ciudad a la cual se le bautiza como Universal City. Con este argumento inicial, Verne nos brinda una detallada descripción de este mundo futuro, con sus avances tecnológicos, sus relaciones internacionales y sus interioridades sociales con mil años de proyección.

Los hombres de este siglo XXIX viven en medio de un espectáculo de magia continua, sin que parezcan darse cuenta de ello. Hastiados de las maravillas, permanecen indiferentes ante lo que el progreso les aporta cada día. Siendo más justos, apreciarían como se merecen los refinamientos de nuestra civilización. Si la compararan con el pasado, se darían cuenta del camino recorrido. Cuánto más admirables les parecerían las modernas ciudades con calles de cien metros de ancho, con casas de trescientos metros de altura, a una temperatura siempre igual, con el cielo surcado por miles de aerocoches y aeroómnibus. Al lado de estas ciudades, cuya población alcanza a veces los diez millones de habitantes, qué eran aquellos pueblos, aquellas aldeas de hace mil años, esas París, esas Londres, esas Berlín, esas Nueva York, villorrios mal aireados y enlodados, donde circulaban unas cajas traqueteantes, tiradas por caballos. ¡Sí, caballos! ¡Es de no creer! Si recordaran el funcionamiento defectuoso de los paquebotes y de los ferrocarriles, su lentitud y sus frecuentes colisiones, ¿qué precio no pagarían los viajeros por los aerotrenes y sobre todo por los tubos neumáticos, tendidos a través de los océanos y por los cuales se los transporta a una velocidad de 1.500 kilómetros por hora? Por último, ¿no se disfrutaría más del teléfono y del telefoto, recordando los antiguos aparatos de Morse y de Hugues, tan ineficientes para la transmisión rápida de despachos?

¡Qué extraño! Estas sorprendentes transformaciones se fundamentan en principios perfectamente conocidos que nuestros antepasados quizás habían descuidado demasiado. En efecto, el calor, el vapor, la electricidad son tan antiguos como el hombre. A fines del siglo XIX, ¿no afirmaban ya los científicos que la única diferencia entre las fuerzas físicas y químicas reside en un modo de vibración, propio de cada una de ellas, de las partículas etéricas?

Puesto que se había dado ese enorme paso de reconocer la similitud de todas estas fuerzas, es realmente inconcebible que se haya necesitado tanto tiempo para llegar a determinar cada uno de los modos de vibración que las diferencian. Es extraordinario, sobre todo, que el método para reproducirlas directamente una de la otra se haya descubierto muy recientemente.

Sin embargo, así sucedieron las cosas y fue solamente en 2790, hace cien años, que el célebre Oswald Nyer lo consiguió.

¡Este gran hombre fue un verdadero benefactor de la humanidad! ¡Su genial invención fue la madre de todas las otras! Así surgió una pléyade de innovadores que condujo a nuestro extraordinario James Jackson. Es a este último a quien debemos los nuevos acumuladores que condensan, unos, la fuerza contenida en los rayos solares, otros, la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, aquellos, por fin, la energía que proviene de una fuente cualquiera: vientos, cascadas, ríos, arroyos, etc. También de él procede el transformador que, extrayendo la energía de los acumuladores bajo la forma de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, la devuelve al espacio, después de haber obtenido el trabajo deseado.

¡Sí! Es el día en que estos dos instrumentos fueron ideados cuando verdaderamente se origina el progreso. Sus aplicaciones son incalculables. Al atenuar los rigores del invierno por la restitución del exceso de los calores estivales, han ayudado eficazmente a la agricultura. Al suministrar la fuerza motriz de los aparatos de navegación aérea, han permitido que el comercio se desarrollara magníficamente. A ellos se debe la producción incesante de electricidad sin pilas ni máquinas, de luz sin combustión ni incandescencia y, por último, de una inagotable fuente de trabajo, que ha centuplicado la producción industrial.

¡Pues bien! Vamos a encontrar al conjunto de estas maravillas en una mansión incomparable, la mansión del *Earth Herald*, recientemente inaugurada en la avenida 16823 de Universal City, la actual capital de los Estados Unidos de las dos Américas.

Si el fundador del *New York Herald*, Gordon Bennett, volviera a la vida hoy, ¿qué diría al ver este palacio de mármol y oro, que pertenece a su ilustre nieto, Francis Bennett? Veinticinco generaciones se sucedieron y el *New York Herald* se mantuvo en la distinguida familia de los Bennett. Hace doscientos años, cuando el gobierno de la Unión se trasladó de Washington a Universal City, el periódico lo siguió —a menos que el gobierno haya seguido al periódico— y tomó el nombre de *Earth Herald*.

Que no se piense que haya declinado bajo la administración de Francis

Bennett. ¡No! Su nuevo director, por el contrario, iba a infundirle una energía y una vitalidad sin paralelos al inaugurar el periodismo telefónico. Conocemos este sistema, llevado a la práctica por la increíble difusión del teléfono. Todas las mañanas, en lugar de ser impreso, como en los tiempos antiguos, el *Earth Herald* es «hablado»: es en una rápida conversación con un reportero, un político o un científico, que los abonados se informan de lo que puede interesarles. En cuanto a los clientes no suscriptos, se sabe que por unos centavos toman conocimiento del ejemplar del día en las innumerables cabinas fonográficas.

Esta innovación de Francis Bennett revitalizó el antiguo periódico. En algunos meses su clientela ascendió a ochenta y cinco millones de abonados y la fortuna del director aumentó gradualmente hasta los treinta mil millones, cifra altamente superada en la actualidad. Gracias a esta fortuna, Francis Bennett ha podido edificar su nueva mansión, colosal construcción de cuatro fachadas, cada una de las cuales mide tres kilómetros, y cuyo techo se ampara bajo el glorioso pabellón de setenta y cinco estrellas de la Confederación.

Francis Bennett, rey de los periodistas, sería hoy el rey de las dos Américas si los americanos pudiesen alguna vez aceptar la figura de un soberano cualquiera. ¿Usted lo duda? Los plenipotenciarios de todas las naciones y nuestros mismos ministros se apretujan en su puerta, mendigando sus consejos, buscando su aprobación, implorando el apoyo de su órgano todopoderoso. Calcúlese la cantidad de sabios que animaba, de artistas que mantenía, de inventores que subvencionaba. Realeza fatigosa la suya; trabajo sin descanso y, ciertamente, un hombre de otro tiempo no hubiera podido resistir tal labor cotidiana. Felizmente, los hombres de hoy son de constitución más robusta, gracias al progreso de la higiene y de la gimnasia, que ha hecho elevar de treinta y siete a cincuenta y ocho años el promedio de la vida humana, gracias también a la presencia de los alimentos científicos, mientras esperamos el futuro descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá nutrirse... sólo con respirar.

Y ahora, si les interesa conocer todo lo que constituye la jornada de un director del *Earth Herald*, tómense la molestia de seguirlo en sus múltiples ocupaciones, hoy mismo, este 25 de julio del presente año de 2890.

Francis Bennett se había despertado aquella mañana de muy mal humor. Hacía ocho días que su esposa estaba en Francia. Se encontraba, pues, un poco solo. ¿Es de creer? Estaban casados desde hacía diez años y era la primera vez que Mrs. Edith Bennett, la profesional Beauty, se ausentaba tanto tiempo. Habitualmente, dos o tres días bastaban en sus frecuentes viajes a Europa, y más particularmente a París, donde iba a comprarse sombreros.

La primera preocupación de Francis Bennett fue, pues, poner en funcionamiento su fonotelefoto, cuyos hilos iban a dar a la mansión que poseía en los Campos Elíseos.

El teléfono complementado por el telefoto, una conquista más de nuestra época. Si desde hace tantos años se transmite la palabra mediante corrientes

eléctricas, es de ayer solamente que se puede transmitir también la imagen. Valioso descubrimiento, a cuyo inventor Francis Bennett no fue el último en agradecer aquella mañana, cuando percibió a su mujer, reproducida en un espejo telefónico, a pesar de la enorme distancia que los separaba.

¡Dulce visión! Un poco cansada del baile o del teatro de la víspera, Mrs. Bennett está aún en cama. Aunque allá sea casi el mediodía, todavía duerme, su cabeza seductora oculta bajo los encajes de la almohada.

Pero de pronto se agita, sus labios tiemblan... ¿Acaso está soñando? ¡Sí, sueña...! Un nombre escapa de su boca: «¡Francis..., querido Francis...!»

Su nombre, pronunciado con esa dulce voz, ha dado al humor de Francis Bennett un aspecto más feliz y, no queriendo despertar a la bella durmiente, salta con rapidez de su lecho y penetra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, sin que hubiese recurrido a la ayuda de ningún sirviente, la máquina lo depositaba, lavado, peinado, calzado, vestido y abotonado de arriba abajo, en el umbral de sus oficinas. La ronda cotidiana iba a comenzar. Fue en la sala de folletinistas donde Francis Bennett penetró primero.

Muy vasta, esta sala, coronada por una gran cúpula translúcida. En un rincón, diversos aparatos telefónicos por los cuales los cien literatos del *Earth Herald* narraban cien capítulos de cien novelas a un público enardecido.

Divisando a uno de los folletinistas que tomaba cinco minutos de descanso, le dijo Francis Bennett:

—Muy bueno, mi querido amigo, muy bueno, su último capítulo. La escena donde la joven campesina aborda con su enamorado unos problemas de filosofía trascendente es producto de una finísima observación. Jamás se han pintado mejor las costumbres campestres. ¡Continúe así, mi querido Archibald! ¡Ánimo! ¡Diez mil nuevos abonados, desde ayer, gracias a usted!

—Señor John Last —prosiguió volviéndose hacia otro de sus colaboradores—, estoy menos satisfecho con usted. ¡Su novela no parece verídica! ¡Corre usted muy rápido hacia la meta! ¡Pero bueno!, ¿y los métodos documentales? ¡Es necesario disecar! No es con una pluma que se escribe en nuestra época, es con un bisturí. Cada acción en la vida real es el resultado de pensamientos fugitivos y sucesivos, que hay que enumerar con esmero para crear un ser vivo. Y qué más fácil que servirse del hipnotismo eléctrico, que desdobra al hombre y libera su personalidad. ¡Observe cómo vive usted, mi querido John Last! Imite a su compañero a quien he felicitado hace un momento. Hágase hipnotizar... ¿Cómo? ¿Usted ya lo hace, me dice...? ¡No lo suficiente, entonces, no lo suficiente!

Habiendo dado esta breve lección, Francis Bennett continúa la inspección y penetra en la sala de reportajes. Sus mil quinientos reporteros, situados entonces ante sendos teléfonos, les comunicaban a los abonados las noticias del mundo entero recibidas durante la noche. La organización de este incomparable servicio se ha descrito a menudo. Además de su teléfono, cada reportero tiene ante sí una serie de computadores que permiten establecer la

comunicación con tal o cual línea telefónica. Así los abonados no sólo reciben la narración, sino también las imágenes de los acontecimientos, obtenidas mediante la fotografía intensiva.

Francis Bennett interpela a uno de los diez reporteros astronómicos, destinados a este servicio, que aumentará con los nuevos descubrimientos ocurridos en el mundo estelar.

—¿Y bien, Cash, que ha recibido?

—Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte, señor.

—¿Es interesante este último?

—¡Sí! Una revolución en el Imperio Central, en provecho de los demócratas liberales contra los republicanos conservadores.

—Como aquí, entonces. ¿Y de Júpiter?

—¡Aún nada! No logramos entender las señales de los jovianos. Quizás...

—¡Esto le concierne a usted y lo hago responsable, señor Cash! —respondió Francis Bennett, que muy disgustado se dirigió a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus calculadoras, treinta sabios se absorbían en ecuaciones de nonagésimo quinto grado. Algunos trabajaban incluso con fórmulas del infinito algebraico y del espacio de veinticuatro dimensiones como un escolar juega con las cuatro reglas de la aritmética.

Francis Bennett cayó entre ellos como una bomba.

—¿Y bien, señores, qué me dicen? ¿Aún ninguna respuesta de Júpiter? ¡Será siempre lo mismo! Veamos, Corley, hace veinte años que usted estudia este planeta, me parece...

—¿Qué quiere usted, señor? —respondió el sabio interpelado—. Nuestra óptica aún deja mucho que desear e incluso con nuestros telescopios de tres kilómetros...

—Ya lo oyó, Peer —interrumpió Francis Bennett, dirigiéndose al colega de Corley—, ¡la óptica deja mucho que desear...! ¡Es su especialidad, mi querido amigo! ¡Ponga más lentes, qué diablos! ¡Ponga más lentes!

Luego regresó con Corley:

—Pero a falta de Júpiter, ¿al menos obtenemos resultados con respecto a la Luna...?

—¡Tampoco, señor Bennett!

—¡Ah! Esta vez no acusará a la óptica. La Luna está seiscientos veces más cerca que Marte, con el cual, no obstante, nuestro servicio de correspondencia está establecido con regularidad. No son los telescopios los que faltan...

—No, los que faltan son los habitantes —respondió Corley con una fina sonrisa de sabio.

—¿Se atreve a afirmar que la Luna está deshabitada?

—Por lo menos, señor Bennett, en la cara que nos muestra. Quién sabe si del otro lado...

—Bueno, Corley, hay un medio muy sencillo para cerciorarse de ello...

—¿Cuál es?

—¡Darle vuelta a la Luna!

Y aquel día los sabios de la fábrica Bennett comenzaron a proyectar los medios mecánicos que debían llevar a la rotación de nuestro satélite.

Por lo demás Francis Bennett tenía motivos para estar satisfecho. Uno de los astrónomos del *Earth Herald* acababa de determinar los elementos del nuevo planeta Gandini. Es a mil seiscientos millones trescientos cuarenta y ocho mil doscientos ochenta y cuatro kilómetros y medio que este planeta describe su órbita alrededor del sol y para realizarla necesita doscientos setenta y dos años, ciento noventa y cuatro días, doce horas, cuarenta y tres minutos, nueve segundos y ocho décimas.

Francis Bennett estaba encantado con esa precisión.

—¡Bien! —exclamó—, apresúrese a informar al servicio de reportajes. Usted sabe con qué pasión sigue el público estas cuestiones astronómicas. Quiero que la noticia aparezca en el número de hoy.

Antes de abandonar la sala de reporteros, Francis Bennett se acercó al grupo especial de entrevistadores y, dirigiéndose al que estaba encargado de los personajes célebres, preguntó:

—¿Ha entrevistado al presidente Wilcox?

—Sí, señor Bennett, y se publicó en la columna de informaciones que sin duda alguna sufre de una dilatación del estómago y que debe someterse a lavados tubulares de los más concienzudos.

—Perfecto. ¿Y este asunto del asesino Chapmann? ¿Ha entrevistado a los jurados que deben presidir la audiencia?

—Sí, y están todos tan de acuerdo en la culpabilidad que el caso ni siquiera será expuesto ante ellos. El acusado será ejecutado antes de haber sido condenado...

—¿Ejecutado... eléctricamente?

—Eléctricamente, señor Bennett, y sin dolor... se supone, pues aún no se ha dilucidado este detalle.

La sala contigua, vasta galería de medio kilómetro de largo, estaba consagrada a la publicidad y fácilmente se imagina lo que debe ser la publicidad de un periódico como el *Earth Herald*. Producía un promedio de tres millones de dólares al día. Gracias a un ingenioso sistema, una parte de esta publicidad se difundía en una forma absolutamente novedosa, debida a una patente comprada al precio de tres dólares a un pobre diablo que está muerto de hambre. Consiste en inmensos carteles, que reflejan las nubes, y cuya dimensión es tal que se los puede percibir desde toda una comarca.

En esa galería, mil proyectores se ocupaban sin cesar de enviar esos anuncios desmesurados a las nubes, que los reproducían en colores.

Pero, aquel día, cuando Francis Bennett entró en la sala de publicidad, vio que los mecánicos estaban de brazos cruzados cerca de los proyectores inactivos. Se informa... Por toda respuesta, le muestran el cielo de un azul puro.

—¡Sí! ¡Buen tiempo —murmura— y la publicidad aérea no es posible!

¿Qué hacer? ¡Si no se tratase más que de lluvia, podríamos producirla! ¡Pero no es lluvia, sino nubes lo que necesitamos!

—Sí... hermosas nubes muy blancas —respondió el mecánico jefe.

—Bueno, señor Samuel Mark, se dirigirá usted a la redacción científica, servicio meteorológico. Les dirá de mi parte que se pongan a trabajar en el asunto de las nubes artificiales. Verdaderamente no podemos quedarnos así, a merced del buen tiempo.

Tras haber acabado la inspección de las diversas divisiones del periódico, Francis Bennett pasó al salón de recepción donde lo esperaban los embajadores y ministros plenipotenciarios, acreditados ante el gobierno americano. Estos caballeros venían a buscar los consejos del todopoderoso director. En el momento en que Francis Bennett entraba en el salón, estaban discutiendo con cierta animación.

—Que su Excelencia me perdone —decía el embajador de Francia al embajador de Rusia—, pero para mí no hay nada que cambiar en el mapa de Europa. El Norte para los eslavos, ¡sea! ¡Pero el Sur para los latinos! Nuestra frontera común del Rin me parece excelente. Por otra parte, sépalo bien, mi gobierno resistirá cualquier maniobra que se haga contra nuestras prefecturas de Roma, Madrid y Viena.

—¡Bien dicho! —dijo Francis Bennett, interviniendo en el debate—. ¿Acaso, señor embajador de Rusia, no está satisfecho con su vasto imperio, que desde las orillas del Rin se extiende hasta las fronteras de China, un imperio cuyo inmenso litoral bañan el océano Glacial, el Atlántico, el mar Negro, el Bósforo y el océano Índico? Además, ¿para qué las amenazas? ¿Es posible la guerra con las invenciones modernas, esos obuses asfixiantes que se envían a cientos de kilómetros, esas centellas eléctricas, de veinte leguas de largo, que pueden aniquilar de un solo golpe un ejército entero, esos proyectiles que se cargan con microbios de la peste, del cólera, de la fiebre amarilla y que destruirían toda una nación en algunas horas?

—Ya lo sabemos, señor Bennett —respondió el embajador de Rusia—. Pero ¿podemos hacer lo que queremos? Empujados nosotros mismos por los chinos en nuestra frontera oriental, debemos intentar, cueste lo que costare, alguna acción hacia el Oeste...

—No es lo correcto, señor —replicó Francis Bennett con un tono protector—. ¡Bueno, como la proliferación china es un peligro para el mundo, presionaremos sobre los Hijos del Cielo! Tendrá que imponerles a sus súbditos un máximo de natalidad que no podrán superar bajo pena de muerte. Esto compensará las cosas.

—Señor cónsul—dijo el director del *Earth Herald*, dirigiéndose al representante de Inglaterra—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Mucho, señor Bennett —respondió este personaje inclinándose con humildad—. Basta que su periódico consienta iniciar una campaña en nuestro favor...

—¿Y con qué propósito?

—Simplemente para protestar contra la anexión de Gran Bretaña por los Estados Unidos.

—¡Simplemente! —exclamó Francis Bennett encogiéndose de hombros—. ¡Una anexión de ciento cincuenta años de antigüedad! ¿Pero los señores ingleses no se resignarán jamás a que, por un justo vuelco del destino, su país se haya convertido en colonia americana? Es pura locura. Cómo es posible que su gobierno haya creído que yo iniciaría esta campaña antipatriótica...

—Señor Bennett, la doctrina de Munro es que toda América sea para los americanos, usted lo sabe, nada más que América, y no...

—Pero Inglaterra es sólo una de nuestras colonias, señor, una de las mejores, convengo en eso, y no cuente con que consintamos en devolverla.

—¿Se rehúsa usted?

—¡Me rehúso, y si insiste, provocaremos un *casus belli* nada más que con la entrevista de uno de nuestros reporteros!

—¡Entonces es el fin! —murmuró abatido el cónsul—. ¡El Reino Unido, Canadá y Nueva Bretaña son de los americanos, las Indias de los rusos, Australia y Nueva Zelanda son de ellas mismas! De todo lo que una vez fue Inglaterra, ¿qué nos queda? ¡Nada!

—¡Nada no, señor! —respondió Francis Bennett—. ¡Les queda Gibraltar!

Dieron las doce en ese momento. El director del *Earth Herald* terminó la audiencia con un ademán, abandonó el salón, se sentó en un sillón de ruedas y llegó en pocos minutos a su comedor, situado a un kilómetro de allí, en el extremo de su mansión.

La mesa está servida. Francis Bennett ocupa su lugar. Al alcance de su mano está dispuesta una serie de grifos y, ante él, se redondea el cristal de un fonotelefono, sobre el cual aparece el comedor de su mansión de París. A pesar de la diferencia horaria, el señor y la señora Bennett convienen en tener sus comidas al mismo tiempo. Nada más encantador que almorzar así, frente a frente, a mil leguas de distancia, viéndose y hablándose por medio de aparatos fonotelefónicos.

Pero en este momento la sala en París está vacía.

—Edith estará retrasada —se dice Francis Bennett—. ¡Oh, la puntualidad de las mujeres! Progresan todo, menos eso...

Y haciéndose esta muy justa reflexión, abre uno de los grifos.

Como todas las personas acomodadas de nuestra época, Francis Bennett, renunciando a la cocina doméstica, es uno de los abonados a la Gran Sociedad de Alimentación a Domicilio. Esta sociedad distribuye mediante una red de tubos neumáticos manjares de toda clase. Este sistema es costoso, sin duda, pero la cocina es mejor y tiene la ventaja de suprimir la exasperante raza de los cocineros de ambos sexos.

Así que Francis Bennett almorzó solo, no sin pesar, y estaba terminando su café cuando Mrs. Bennett, que volvía a su residencia, apareció en el cristal del telefono.

—¿Y de dónde vienes, mi querida Edith? —preguntó Francis Bennett.

—¡Vaya! —respondió Mrs. Bennett—. ¿Ya has terminado? ¿He llegado tarde...? ¿Que de dónde vengo...? ¡De mi sombrerero...! ¡Este año hay unos sombreros fascinantes! ¡Es más, ya no son sombreros siquiera... son domos, son cúpulas! Estaré un poco olvidadiza...

—Un poco, querida, puedes ver que ya he terminado mi almuerzo...

—Bueno, ve, querido mío, ve a tus ocupaciones —respondió Mrs. Bennett—. Aún tengo que hacerle una visita a mi modista-modelador.

Este modista era nada menos que el célebre Wormspire, aquel que tan acertadamente proclamó el principio: «La mujer no es más que una cuestión de formas».

Francis Bennett besó la mejilla de Mrs. Bennett sobre el cristal del telefoto y se dirigió a la ventana, donde esperaba su aerocoche.

—¿Adónde va, señor? —preguntó el aerocochero.

—Veamos; tengo tiempo— respondió Francis Bennett—. Condúzcame a mis fábricas de acumuladores del Niágara.

El aerocoche, admirable máquina, basada en el principio de lo más pesado que el aire, se lanzó a través del espacio con una velocidad de seiscientos kilómetros por hora. Bajo sus pies desfilaban las ciudades y sus aceras móviles que transportaban a los peatones a lo largo de las calles, los campos recubiertos de una inmensa telaraña, la red de hilos eléctricos.

En media hora Francis Bennett había llegado a su fábrica del Niágara, en la cual, después de haber utilizado la fuerza de las cataratas para producir energía, la vende o la alquila a los consumidores. Luego de finalizar su visita, volvió por Filadelfia, Boston y Nueva York a Universal City, donde su aerocoche lo dejó a las cinco de la tarde.

Había una muchedumbre en la sala de espera del *Earth Herald*. Acechaban el regreso de Francis Bennett para la audiencia diaria que concedía a los solicitantes. Eran inventores que mendigaban fondos, empresarios que proponían negocios, todos dignos de ser atendidos. Tras escuchar las diferentes propuestas, había que elegir, rechazar las malas, examinar las dudosas, aceptar las buenas.

Francis Bennett despachó rápidamente a los que no aportaban más que ideas inútiles o impracticables. ¿No pretendía uno de ellos hacer revivir la pintura, un arte tan pasado de moda que el Ángelus de Millet se acababa de vender en quince francos, y esto gracias al progreso de la fotografía en color, inventada a fines del siglo XIX por el japonés Aruziswa-Riochi-Nichrome-Sanjukamboz-Kio-Baski-Kû, nombre que se ha vuelto popular con tanta facilidad? ¿No había encontrado otro el bacilo primigenio, que debía hacer al hombre inmortal tras ser introducido en el organismo humano bajo la forma de un caldo bacteriano? ¿No acababa de descubrir éste, un químico práctico, un nuevo cuerpo simple, el nihilio, cuyo kilogramo costaba tres millones de dólares? ¿No afirmaba aquél, un osado médico, que si la gente moría aún, al menos moría curada? ¿Y este otro, aun más audaz, no pretendía poseer un remedio específico contra el catarro...?

Todos estos soñadores fueron despedidos prontamente.

Algunos otros recibieron mejor acogida y primeramente un joven, cuya amplia frente anunciaba una profunda inteligencia.

—Señor —dijo—, si antiguamente se calculaban en setenta y cinco los cuerpos simples, este número se ha reducido actualmente a tres, ¿sabe usted?

—Perfectamente —respondió Francis Bennett.

—Bien, señor, estoy a punto de reducir estos tres a uno solo. Si no me falta el dinero, en algunas semanas lo habré logrado.

—¿Y entonces?

—Entonces, señor, lisa y llanamente habré determinado lo absoluto.

—¿Y la consecuencia de este descubrimiento?

—Será la creación sencilla de cualquier materia, piedra, madera, metal, fibrina...

—¿Entonces pretendería usted llegar a fabricar una criatura humana...?

—Absolutamente... Sólo le faltará el alma...

—¡Cómo no! —respondió irónicamente Francis Bennett, que, sin embargo, incorporó al joven químico a la redacción científica del periódico...

Un segundo inventor, basándose en viejas experiencias que databan del siglo XIX y desde entonces repetidas muchas veces, tenía la idea de desplazar toda una ciudad en un solo bloque. Se trataba concretamente de la ciudad de Staaf, situada a unas quince millas del mar, la cual se transformaría en estación balnearia, tras haber sido llevada sobre rieles hasta el litoral. De donde resultaría un enorme beneficio para los terrenos edificados y por edificar.

Francis Bennett, seducido por este proyecto, consintió en ir a medias en el negocio.

—Sabe, señor —le dijo un tercer postulante—, que, gracias a nuestros acumuladores y transformadores solares y terrestres, hemos logrado uniformar las estaciones. Transformamos en calor una parte de la energía de que disponemos y enviamos este calor a las regiones polares, donde fundirá los hielos...

—Déjeme sus planos —respondió Francis Bennett— y vuelva en una semana.

Por fin, un cuarto sabio llevaba la noticia de que una de las cuestiones que apasionaban al mundo entero iba ser resuelta esa misma noche.

Se sabe que un siglo atrás una temeraria experiencia había atraído la atención pública sobre el doctor Nathaniel Faithburn. Partidario convencido de la hibernación humana, es decir, de la posibilidad de suspender las funciones vitales y posteriormente hacerlas renacer luego de cierto tiempo, se había decidido a experimentar sobre sí mismo la excelencia del método. Después de haber indicado mediante testamento ológrafo las maniobras adecuadas para volverlo paulatinamente a la vida dentro de cien años, fue sometido a un frío de 172 grados; reducido entonces al estado de momia, el doctor Faithburn fue encerrado en una cripta por el periodo convenido.

Ahora bien, era precisamente ese día, 25 de julio de 2890, cuando el plazo expiraba. Vinieron a proponerle a Francis Bennett que la resurrección esperada con tanta impaciencia se celebrase en una de las salas del *Earth Herald*. De este modo el público podría estar al tanto de la situación segundo a segundo.

La propuesta fue aceptada y como la operación no debía realizarse hasta las nueve de la noche, Francis Bennett se tendió en una reposera en la sala de audición. Luego, girando una perilla, se puso en comunicación con el *Central Concert*.

¡Después de una jornada tan ocupada, qué delicia encontró en las obras de los mejores músicos de la época, basadas en una sucesión de sabias fórmulas armónico—algebraicas!

La oscuridad envolvía la sala y Francis Bennett, entregado a un sueño semiextático, ni siquiera se daba cuenta. Pero de pronto se abrió una puerta.

—¿Quién es? —dijo, girando un conmutador colocado bajo su mano.

Inmediatamente, por una sacudida eléctrica producida en el éter, el aire se volvió luminoso.

—¡Ah! ¿Es usted, doctor? —dijo Francis Bennett.

—Soy yo —respondió el doctor Sam, quien venía a hacer su visita diaria... del abono anual—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien.

—Tanto mejor... Veamos su lengua.

Y la observó bajo el microscopio.

—Bien... ¿Y su pulso?

Lo tomó con un sismógrafo, muy parecido a los que registran las vibraciones del suelo.

—¡Excelente! ¿Y el apetito?

—¡Este...!

—¡Sí, el estómago! ¡No anda muy bien! ¡El estómago ha envejecido! ¡Pero la cirugía ha progresado mucho! ¡Será necesario hacerle colocar uno nuevo! Usted sabe, tenemos estómagos de repuesto, con garantía de dos años...

—Ya veremos —respondió Francis Bennett—. Mientras esperamos, doctor, acompañeme a cenar.

Durante la comida, la comunicación fonotelefónica fue establecida con París. Esta vez, Edith Bennett estaba sentada a la mesa y la cena, entremezclada con los chistes del doctor Sam, fue fascinante. Luego, apenas terminaron:

—¿Cuándo calculas regresar a Universal City, mi querida Edith? —preguntó Francis Bennett.

—Voy a partir al instante.

—¿Por el tubo o el aerotren?

—Por el tubo.

—¿Entonces estarás aquí...?

—A las once y cincuenta y nueve de la noche.

—¿Hora de París?

—¡No, no! Hora de Universal City.

—Hasta pronto, entonces, y, sobre todo, no pierdas el tubo.

Estos tubos submarinos, por los cuales se venía de Europa en 295 minutos, eran preferibles a los aerotrenes, que sólo iban a 1.000 kilómetros por hora.

El doctor se retiró, después de haber prometido regresar para asistir a la resurrección de su colega Nathaniel Faithburn, y Francis Bennett, queriendo determinar las cuentas del día, entró a su despacho. Enorme operación, cuando se trata de una empresa cuyos gastos diarios alcanzan los 1.500 dólares. Afortunadamente, el progreso de la mecánica moderna facilita notablemente este tipo de trabajo. Con ayuda del piano—calculador eléctrico, Francis Bennett acabó su tarea en veinticinco minutos.

Ya era hora. Apenas hubo golpeado la última tecla en el aparato totalizador, su presencia fue reclamada en la sala de experimentación. De inmediato se dirigió a ella y fue recibido por un numeroso cortejo de sabios, quienes se hallaban junto al doctor Sam.

Allí está el cuerpo de Nathaniel Faithburn, en su ataúd, que se halla colocado sobre caballetes en medio de la sala.

Se activa el telefoto y el mundo entero va a poder seguir las diversas fases de la operación.

Se abre el féretro... Se saca a Nathaniel Faithburn... Todavía parece una momia, amarillo, duro, seco. Suena como la madera... Se lo somete al calor... a la electricidad... Ningún resultado... Se lo hipnotiza... Se lo sugestiona... Nada puede vencer este estado ultracataléptico...

—¿Y bien, doctor Sam? —pregunta Francis Bennett.

El doctor Sam se inclina sobre el cuerpo, lo examina con la mayor atención... Le introduce por medio de una inyección hipodérmica algunas gotas del famoso elixir Brown-Séquard, que aún está de moda... La momia está más momificada que nunca.

—Bien —responde el doctor Sam—, creo que la hibernación se ha prolongado en demasía...

—¿Y entonces?

—Entonces, Nathaniel Faithburn está muerto.

—¿Muerto?

—¡Tan muerto como se lo puede estar!

—¿Puede decir desde cuándo?

—¿Desde cuándo? —respondió el doctor Sam—. Desde el momento en que ha tenido la nefasta idea de hacerse congelar por amor a la ciencia...

—¡Vamos —dijo Francis Bennett—, he aquí un método que necesita ser perfeccionado!

—Perfeccionado es la palabra —respondió el doctor Sam, mientras la comisión científica de hibernación se llevaba su fúnebre paquete.

Francis Bennett, seguido por el doctor Sam, volvió a su habitación y, como parecía muy fatigado después de una jornada tan atareada, el médico le aconsejó tomar un baño antes de acostarse.

—Tiene razón, doctor... Así me repondré...

—Completamente, señor Bennett, y si lo desea, voy a ordenar al salir...

—No es necesario, doctor. Hay siempre un baño preparado en la mansión y ni siquiera tengo que molestarme en ir a tomarlo fuera de mi habitación. Mire, con sólo tocar este botón, la bañera va a ponerse en movimiento y la verá presentarse ella sola con el agua a la temperatura de treinta y siete grados.

Francis Bennett acababa de presionar el botón. Un ruido sordo brotaba, crecía, se intensificaba... Luego, se abrió una de las puertas y apareció la bañera, deslizándose eléctricamente sobre sus rieles.

¡Cielos! Mientras el doctor Sam se cubre la cara, unos grititos de pudor y espanto se escapan de la bañera...

Habiendo llegado hacía media hora a la mansión por el tubo transoceánico, Mrs. Bennett estaba dentro...

El día siguiente, 26 de julio de 2890, el director del *Earth Herald* volvía a comenzar su ronda de veinte kilómetros a través de sus oficinas y a la noche, cuando operó su totalizador, estimó los beneficios de aquella jornada en doscientos cincuenta mil dólares: cincuenta mil más que la víspera.

¡Qué buena ocupación, la de periodista a fines del siglo veintinueve!

FIN

La familia Ratón

Editado por Juan Suárez

Género: Cuento

Año de publicación: 1910

Sinopsis:

Una historia donde una familia de ratas se convierte en humana, luego de haber pasado por todas las etapas de la creación. Aunque dirigida a niños, es una fábula para adultos en la que se reflexiona sobre el abuso del poder y la transmutación de los seres vivos, dejándonos al final una moraleja.

Capítulo I

Había una vez una familia de ratas, compuesta por el padre Ratón, la madre Ratona, su hija Ratina y su primo Raté; sus criados eran el cocinero Rata y la buena Ratana. Ahora bien, queridos niños, les acaecieron tan extraordinarias aventuras a estos estimables roedores, que no puedo resistir al deseo de contaroslas.

Pasaba esto en el tiempo de las hadas y de los encantadores, y así mismo en el tiempo en que las bestias hablaban. De esa época es, sin duda, de la que data la frase «decir bestialidades». Y, sin embargo, esas bestias no han dicho ni dicen más bestialidades que las que dicen y han dicho los hombres de hoy y los hombres de ayer. Escuchad, pues, queridos niños, voy a empezar.

Capítulo II

En una de las más hermosas ciudades de aquel tiempo y en la más hermosa casa de la ciudad residía un hada buena que se llamaba Firmenta. Hacía todo el bien que un hada puede hacer, y se la amaba mucho. Según parece, en aquella época todos los seres vivos estaban sometidos a las leyes de la metempsicosis. No os asustéis de esta palabreja, que no significa otra cosa sino que había una escala en la creación cuyos escalones debía franquear cada uno de los seres para poder llegar hasta el último, y tomar puesto en las filas de la Humanidad. Así que, de esta suerte, se nacía molusco, se convertía uno en pez, en pájaro luego, en cuadrúpedo después y, por fin, en hombre o mujer. Como veis, era preciso ascender del estado más rudimentario al estado más

perfecto. Con todo, podía suceder que se volviese a bajar la escala, merced a la maligna influencia de algún encantador, y, en tal caso, ¡qué triste existencia! ¡Figuraos: haber sido hombre y convertirse luego en ostra! Por fortuna, esto ya no se ve en nuestros días, físicamente al menos.

Sabed también que esas diversas metamorfosis se operaban por el intermedio de un genio. Los genios buenos hacían subir y los genios malos hacían bajar, y, si estos últimos abusaban de su poder, el Creador podía privarles de él por algún tiempo.

Innecesario es decir que el hada Firmenta era un genio bueno, y que nadie había tenido jamás que quejarse de ella.

Ahora bien, una mañana se encontraba el hada en el comedor de su palacio, una habitación adornada con tapices magníficos y hermosísimas flores. Los rayos del sol se deslizaban a través de la ventana, salpicando acá y allá de puntos luminosos las porcelanas y la vajilla de plata colocadas sobre la mesa. La sirvienta acababa de anunciar a su ama que el almuerzo estaba servido; un succulento y buen almuerzo, un almuerzo como las hadas pueden hacer sin ser tachadas de glotonería. Mas apenas acababa de tomar asiento el hada, cuando llamaron a la puerta de su palacio.

La criada fue a abrir; un instante después, anunciaba al hada Firmenta que un hermoso joven deseaba hablarle.

—Hazle entrar —dijo Firmenta.

Hermoso era, en efecto, de estatura algo más que mediana, con cara de bueno y valeroso, y de unos veintidós años. Vestido con gran sencillez, sabía presentarse con soltura y gracia. El hada, a primera vista, formó una opinión favorable acerca de él. Creyó que, como tantos otros a quienes ella había distinguido con sus favores, el joven iba a pedirle algún servicio, y sentíase dispuesta a prestárselo.

—¿Qué desea usted de mí, apreciable joven? —preguntó con su más amable tono de voz.

—Hada bondadosa —respondió el joven—, soy muy desgraciado y no tengo esperanza más que en vos.

Y al ver que vacilaba.

—Explíquese —dijo Firmenta— ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Ratín. No soy rico, y, sin embargo, no es la fortuna lo que vengo a pedir. Lo que pido es la felicidad.

—¿Cree, pues, usted que puede ir la una sin la otra? —replicó el hada sonriendo.

—Lo creo.

—Y tiene razón. Continúe usted, joven.

—Hace algún tiempo —prosiguió—, antes de ser hombre yo era ratón, y, como tal, fui muy bien acogido por una excelente familia, con la que contaba unirme por los más tiernos lazos. Había conquistado las simpatías del padre, que es un ratón muy sensato. Tal vez la madre no me miraba con tan buenos ojos, por no ser rico. Pero su hija Ratina ¡me miraba con tanta ternura...! Iba

yo, por fin, a ser aceptado, cuando una horrenda desdicha vino a desvanecer mis esperanzas.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó el hada con el más vivo y afectuoso interés.

—Pues, en primer lugar, que yo me convertí en hombre, en tanto que Ratina continuaba siendo rata.

—Bueno, pues aguarde usted a que su última transformación haya hecho de ella una muchacha...

—¡Indudablemente, hada buena! Pero, por desgracia, Ratina había sido vista por un señor poderoso que, acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos, no puede soportar la menor resistencia; todo debe plegarse ante sus deseos.

—¿Y quién es ese señor? —preguntó el hada.

—El príncipe Kissador. Propuso a mi querida Ratina llevársela a su palacio, donde sería la más feliz de las ratas. Ella se negó aun cuando su madre Ratona se mostró muy complacida. El príncipe intentó entonces comprarla por un precio muy elevado pero el padre, Ratón, sabiendo cuánto me amaba su hija y que yo moriría de pena si se nos separaba al uno de la otra, no quiso escuchar las proposiciones del príncipe. Renuncio a describiros el furor de éste. Al ver a Ratina tan hermosa en su ser de rata, se decía que sería más hermosa aún al convertirse en muchacha. ¡Sí, hada buena, más hermosa aún...! ¡Y se casaría con ella...! ¡Todo lo cual estaba muy bien pensado para él, pero muy mal para nosotros...!

—Sí —respondió el hada—, pero una vez que el príncipe fue desdeñado, ¿qué tiene usted que temer ya?

—Todo —repuso Ratín— porque para conseguir ver realizados sus propósitos se ha dirigido a Gardafur...

—¿A ese encantador, a ese genio malo que sólo se complace en hacer el mal, y con quien yo estoy siempre en guerra?

—¡Al mismo, hada buena!

—¿A ese Gardafur, cuyo temible poder no se aplica sino a rebajar de escala a los seres que se elevan poco a poco a los grados más altos?

—¡Eso es!

—Por fortuna, Gardafur, a consecuencia de haber abusado de su poder, acaba de ser privado de él por algún tiempo.

—Eso es verdad —repuso tristemente Ratín—; pero en el momento en que el príncipe recurrió a él, lo poseía aún por entero. Así es que, estimulado por una parte por las seductoras promesas de ese señor, y asustado por otra ante sus amenazas, prometió vengarle de los desdenes de la familia Ratón.

—¿Y lo hizo...?

—¡Lo hizo, hada buena!

—¿De qué manera?

—Metamorfoseó a aquellas pobres ratas, cambiándolas en ostras. Y ahora vegetan las infelices en el banco de Samobrives, donde esos moluscos —de excelente calidad, cumplo un deber al afirmarlo— valen a tres pesetas la

docena, lo que es muy natural, toda vez que la familia Ratón se encuentra entre ellos. ¡Ved ahora, hada buena, toda la extensión de mi infortunio!

Firmenta escuchaba con lástima y benevolencia el relato del joven Ratín. Siempre, por lo demás, había experimentado compasión por los dolores humanos, y sobre todo por los amores contrariados.

—¿Qué puedo hacer en su obsequio? —preguntó al fin.

—¡Hada bondadosa —dijo Ratín—, ya que mi Ratina está pegada al banco de Samobrives, hacedme ostra a mí también para que pueda tener el consuelo de vivir cerca de ella!

Esto fue dicho con un tono tan triste, que el hada Firmenta se sintió sumamente conmovida, y tomó entre las suyas la mano del joven.

—Ratín —le dijo—, aun cuando accediera a darle gusto, no me sería posible hacerlo. Sabe usted que me está prohibido hacer descender a los seres vivientes. No obstante, si no puedo reducir a usted al estado de molusco, lo que sería un estado muy humilde, puedo hacer subir a Ratina de grado...

—¡Oh, hacedlo, hada buena, hacedlo!

—Pero será menester que vuelva a pasar por los grados intermedios, antes de llegar a ser de nuevo la encantadora rata destinada a ser muchacha algún día. ¡Sea usted, pues, paciente, sométase a las leyes de la Naturaleza y tenga así mismo confianza...!

—¿En vos, hada buena...?

—¡En mí, sí! Haré cuanto pueda por ayudarle. No olvidemos, sin embargo, que habremos de sostener violentas luchas. Aun cuando sea, como es, el más necio de los príncipes, tiene usted en el príncipe Kissador un enemigo poderoso. Y si Gardafur llegase a recobrar el poder antes de que usted fuese el esposo de la bella Rutina, me sería muy difícil vencerle, porque habría vuelto a ser igual a mí.

A este punto llegaban en su conversación el hada Firmenta y Ratín, cuando se oyó una tenue vocecita... ¿De dónde salía aquella voz...? Difícil parecía adivinarlo.

—¡Ratín...! ¡Mi pobre Ratín...! ¡Te amo...!

—Es la voz de Ratina —gritó el joven—. ¡Ah, señora hada, tened compasión de ella!

Verdaderamente, parecía que Ratín estaba loco. Corría a través del comedor, miraba debajo de los muebles, abría los armarios y aparadores pensando que Ratina podía hallarse escondida en alguno de ellos.

El hada le detuvo con un gesto.

Y entonces, queridos niños, se produjo una cosa muy singular. Sobre la mesa y alineadas en una fuente de plata había una media docena de ostras, que procedían precisamente del banco de Samobrives. En el centro aparecía la más hermosa, con su concha muy reluciente y bien orlada. Y he aquí que aumenta de volumen, se alarga, se ensancha, se desarrolla, y acaba por abrir sus dos valvas. De ellas se separa una adorable figurita, de cabellos rubios como las doradas espigas, dos ojos, los más tiernos y acariciadores del

mundo, una naricilla recta y una boca encantadora, que repite:

—¡Ratín! ¡Mi querido Ratín...!

—¡Es ella! —exclamó el joven.

Era Ratina, en efecto. Tenía razón en reconocerla como tal, porque es menester que os diga, queridos niños, que en aquel venturoso tiempo de magia los seres tenían ya semblante humano, aun antes de pertenecer a la humanidad.

¡Y cuán linda era Ratina sobre el nácar de su concha! ¡Diríase que era una alhaja encerrada en su estuche!

Y ella se expresaba así:

—¡Ratín! ¡Mi querido Ratín! He oído todo lo que acabas de decir a la señora hada, y la señora hada se ha dignado prometer reparar el mal que ha causado ese malvado Gardafur. ¡Oh, no me abandones, porque si me cambié en ostra fue para que no pudiese huir! ¡Entonces el príncipe Kissador vendrá a separarme del banco al que está adherida mi familia; me llevará consigo y me pondrá en su vivero, aguardará a que me haya convertido en muchacha y estaré para siempre pérdida para mi pobre y querido Ratín!

Hablaba con voz tan triste, que el joven, profundamente conmovido, apenas podía responder.

—¡Oh, Ratina mía! —murmuraba.

Y en un impulso de ternura, extendía la mano hacia el pobrecito molusco, cuando el hada le contuvo. Tras haber cogido delicadamente una magnífica perla que se había formado en el fondo de la valva, le dijo:

—Toma esta perla.

—¿Esta perla, hada buena?

—Sí, vale una fortuna, podrá servirte más adelante. Ahora vamos a llevar a Ratina al banco de Samobrives, y ya allí la haré subir un escalón...

—Que no sea sólo a mí, hada buena —dijo Rutina con voz suplicante—. ¡Pensad en mi buen padre Ratón, en mi buena madre Ratona y en mi primo Raté! ¡Pensad en nuestros fieles servidores Rata y Ratana...!

Pero en tanto que hablaba de esta manera, las dos valvas de su concha se cerraron poco a poco y adquirieron sus dimensiones ordinarias.

—¡Ratina! —exclamó el joven.

—¡Cójala! —ordenó el hada.

Obedeció presuroso Ratín y llevó la concha a sus labios. ¿Por ventura no encerraba ella todo lo que él quería más en el mundo?

Capítulo III

La marea está bajando. La resaca bate suavemente el pie del banco de Samobrives. Entre los peñascos hay pequeños charcos de agua. Hay que avanzar con cuidado cubiertos y procurando no dar un resbalón en las rocas de algas, porque la caída sería peligrosa.

¡Qué enorme cantidad de moluscos de todas las especies hay en aquel

banco! Pero lo que más abunda son las ostras; las hay allí a millares.

Una media docena de las más hermosas se esconden bajo las plantas marinas. Me equivoco, no hay más que cinco. ¡El sitio de la sexta se halla desocupado!

He aquí ahora que estas ostras se abren a los rayos de sol, a fin de respirar la fresca brisa del mar. Al propio tiempo, se escapa de ellas una especie de cántico quejumbroso y lastimero, como una lamentación de Semana Santa.

Las valvas de aquellos moluscos han ido abriéndose paulatinamente. Por entre sus franjas transparentes se dibujan algunas figuras fáciles de reconocer; una de ellas es la de Ratón, el padre, un filósofo, un sabio que se resigna a aceptar la vida bajo todas sus formas y vicisitudes.

—Es indudable —piensa— que después de haber sido ratón, convertirse en molusco no deja de ser triste y molesto. ¡Pero es menester resignarse y tomar las cosas como vengan!

En la segunda ostra gesticula un rostro contrariado, cuyos ojos lanzan chispas. En vano es que se esfuerce por salir fuera de la concha; es la señora Ratona, y dice:

—¡Hallarme encerrada en esta cárcel de nácar, yo que ocupaba el primer rango en nuestra ciudad de Ratópolis...! ¡Yo que, una vez llegada a la fase humana, habría conseguido ser una gran señora, princesa tal vez...! ¡Ah, el miserable Gardafur!

En la tercera ostra se muestra la cara atontolinada del primo Raté, un perfecto badulaque, bastante poltrón, que enderezaba las orejas al menor ruido, como una liebre. Debo deciros que, como es natural en su calidad de primo, hacía la corte a la primita, pero Ratina, según sabemos, amaba a otro, y a este otro le detestaba cordialmente Raté.

—¡Ay, ay! —decía—. ¡Qué destino! Al menos, cuando yo era ratón podía correr, salvarme, evitar los gatos y las ratoneras. Mas aquí, basta que me cojan con una docena de mis semejantes, y el cuchillo grosero de una cocinera me abrirá brutalmente e iré a figurar sobre la mesa de un ricacho y devorado... ¡vivo aún, tal vez!

En la cuarta ostra encontrábase el cocinero Rata, un verdadero maestro del arte culinario, muy orgulloso de sus talentos, muy vanidoso de su saber.

—¡Ese maldito Gardafur! —gritaba—. ¡Si alguna vez le tengo al alcance de mi mano, no se me escapará sin que le retuerza el pescuezo! ¡Yo, Rata, que hacía cosas tan excelentes como la fama pregonaba bien alto, verme emparedado entre dos conchas! Y mi mujer Ratana...

—Aquí estoy —dijo una voz que salía de la quinta ostra—. ¡No te apesadumbres ni te enojés, mi pobre Rata! Si bien es verdad que no me es dado acercarme a ti, no por eso dejo de estar a tu lado, y cuando tú subas la escala, la subiremos juntos...

¡La buena Ratana! Una excelente criatura, tan sencilla, tan modesta, tan amante de su marido, y, al igual que éste, muy devota de sus amos.

Luego, la triste letanía adquirió tonos lúgubres. Algunos centenares de

ostras que aguardaban también su liberación se unieron a aquel concierto de lamentaciones. Aquello partía el corazón. ¡Y qué recrudecimiento de dolor para Ratón, el padre, y para la señora Ratona, si hubiera tenido noticia de que su hija no estaba ya con ellos!

De súbito, se hizo un gran silencio; todo el mundo enmudeció y las conchas se cerraron.

Gardafur acababa de llegar a la playa, cubierto con su largo ropón de encantador, tocada su cabeza con el tradicional gorro, y la fisonomía huraña. Junto a él se advertía al príncipe Kissador, vestido con ricos trajes. Difícilmente podréis imaginaros hasta qué extremo se hallaba este señor infatuado de su persona, y cómo se componía y acicalaba para hacer resaltar sus gracias.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el banco de Samobrives, príncipe —respondió obsequiosamente Gardafur.

—¿Y esa familia Ratón...?

—¡Continúa en el sitio en que la incrusté para daros gusto!

—¡Ah, Gardafur! ¡Esa linda Ratina me tiene embrujado...! ¡Es preciso que sea mía...! Te pago para que me sirvas, y si no lo consigues, ¡ten cuidado...!

—¡Príncipe —respondió Gardafur—, si bien pude transformar a toda esa familia de ratas en moluscos, antes de haberseme retirado el poder, no me es posible ahora hacer de ellos seres humanos, bien lo sabéis!

—Sí, Gardafur, y eso es lo que me llena de rabia...

Ambos personajes llegaron al banco en el momento en que dos personas aparecían al otro lado; eran el hada Firmenta y el joven Ratín, oprimiendo éste contra su pecho la doble concha que encerraba a su bien amada.

De pronto descubrieron al príncipe y a Gardafur.

—Gardafur —dijo el hada—, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Preparas alguna otra maquinación criminal?

—Hada Firmenta —dijo el príncipe Kissador—, tú sabes que estoy loco por esa gentil Ratina, muy poco prudente y avisada para rechazar a un señor de mi rango y condición, y que aguardo con gran impaciencia la hora en que tú la conviertas en muchacha...

—Cuando lo haga —respondió el hada—, será para que pertenezca a aquel a quien ella prefiere y ame.

—¡Ese impertinente —replicó el Príncipe—, ese Ratín, a quien Gardafur convertirá sin gran trabajo en asno cuando yo le haya alargado un poco las orejas!

Ante aquel insulto, el joven no pudo contenerse y quiso lanzarse contra el príncipe y castigar su insolencia, pero el hada, cogiéndole de la mano:

—Modera tus arrebatos y calma tu cólera —le dijo—; no es aún tiempo de vengarte, y los insultos del príncipe se volverán algún día contra él. Haz lo que tienes que hacer y partamos.

Obedeció Ratín, y después de estrecharla por última vez contra sus labios,

fue a depositar la ostra en medio de su familia.

Casi en seguida la marea comenzó a cubrir el banco de Samobrives, el agua invadió las últimas puntas y todo desapareció en el horizonte, hasta altamar, cuyo contorno se confundía con el del cielo.

Capítulo IV

A la derecha, sin embargo, algunos peñascos han quedado al descubierto. No puede cubrirlos la marea ni aun en los momentos en que la tempestad lanza sus olas contra la costa.

Allí fueron a refugiarse el príncipe y el encantador. Cuando el banco se quedase seco irían a buscar la preciosa ostra que encierra a Ratina y se la llevarían consigo. En el fondo, el príncipe estaba furioso; por poderosos que fueran los príncipes, y aun los mismos reyes, nada podían hacer en aquel tiempo contra las hadas, y todavía sucedería lo mismo si ahora volviésemos a aquella dichosa época.

He aquí, en efecto, lo que Firmenta dijo al joven:

—Ahora que la mar está alta, Ratón y los suyos van a subir un escalón hacia la Humanidad. Voy a hacerlos peces, y bajo esta forma nada tendrán ya que temer de sus enemigos.

—Pero ¿y si los pescan...? —hizo observar Ratín.

—No te preocupes, yo velaré por ellos.

Por desgracia, Gardafur había oído al hada e imaginado en seguida un plan; seguido del príncipe se dirigió hacia tierra firme.

Entonces, el hada extendió su varita hacia el banco de Samobrives, oculto bajo las aguas. Las ostras de la familia Ratón se entreabren y de ellas salen peces bulliciosos, muy alegres por aquella nueva transformación.

Ratón, el padre, un bravo y digno rodaballo, con tubérculos sobre su flanco amarillento, y que si no hubiese tenido semblante humano os habría mirado con sus dos grandes ojos, colocados en el lado izquierdo.

La señora Ratona, una araña con el fuerte aguijón de su opérculo y las espinas punzantes de su primera dorsal, muy bella, por lo demás, con sus colores tornasolados.

La señorita Ratina, una linda y elegante dorada, araña de China, casi diáfana y muy atrayente con su ropaje, mezcla de negro, de rojo y de azul.

Rata, un mal encarado lucio, de cuerpo alargado, boca hendida hasta los ojos, dientes acerados, el semblante furioso como un tiburón en miniatura y de una sorprendente voracidad.

Ratana, una gorda trucha salmonada, con sus manchas rojizas, el semblante furioso como un tiburón en miniatura y que no habría dejado de hacer muy buen papel sobre la mesa de un gastrónomo.

Finalmente, el primo Raté, una pescadilla con el dorso de un gris verdoso. Pero he aquí que, por un extraño capricho de la Naturaleza, ¿no era pez más que a medias! Sí, la extremidad de su cuerpo, en vez de terminar con una cola,

ésta estaba encerrada todavía entre dos conchas de ostra. ¿No es esto el colmo de lo ridículo? ¡Pobre primo!

Y entonces, pescadilla, trucha, lucio, dorada y rodaballo, alineados bajo las transparentes y límpidas aguas al pie de la roca en que Firmenta agitaba su varita, parecían decir:

—¡Gracias, hada buena, gracias!

Capítulo V

En aquel momento, una masa oscura comienza a destacarse sobre la superficie del mar. Es una chalupa con su gran palo de mesana y su foque al viento, y que se acerca a la bahía impulsada por una fresca brisa. El príncipe y el encantador están a bordo, y a ellos debe vender la tripulación toda su pesca.

La red ha sido arrojada al mar; en aquella amplia bolsa que se pasea por el fondo arenoso se cogen, a centenares, toda clase de peces, moluscos y crustáceos, Ratón y los suyos se agitan bulliciosamente bajo las aguas. Cangrejos, camarones, bogavantes, gallos, rayas, lenguados, barbadás, angelotes, arañas, doradas, rodaballos, lubinas, rubios, mújoles, salmonetes y muchos más.

¡Qué riesgo tan grande amenaza a la familia Ratón, entregada a la pena de vivir en su prisión de concha! Si por desgracia la red la recoge, ¡ya no podrá escapar! Entonces, el rodaballo, la araña, el lucio, la trucha, la pescadilla, cogidas por la mano fuerte del marinero, serán amontonados con los demás para ser expedidos a alguna gran capital y expuestos, palpitantes aún, sobre el mármol de los revendedores, en tanto que la dorada, cogida por el príncipe, estará perdida para siempre para su amado Ratón!

Más he aquí que el tiempo cambia. El mar empieza a agitarse, silba el viento, la tormenta estalla con furia; es la tempestad que avanza.

El barco es horriblemente sacudido por el oleaje; no hay tiempo de recoger la red, que se rompe, y, a pesar de los esfuerzos del timonel, el barco es arrojado sobre la costa, estrellándose contra los arrecifes. Apenas si el príncipe Kissador y Gardafur pueden escapar al naufragio gracias a la abnegación de los pescadores.

Es el hada buena, queridos niños, la que ha hecho desencadenar aquella tempestad para salvar a la familia Ratón. Ella continúa allí, acompañada del hermoso joven, y con su varita mágica en la mano.

Entonces, Ratón y los suyos se agitan bulliciosamente bajo las aguas, que se han calmado. El rodaballo se vuelve y se revuelve. Su hembra nada coquetonamente. El lucio abre y cierra sus vigorosas mandíbulas, en las que se pierden algunos pececillos. La trucha hace monadas, y la pescadilla, a quien estorban las conchas, se mueve torpemente. En cuanto a la linda dorada, parece aguardar a que Ratón se precipite a las aguas para reunirse con ella y recomenzar el idilio... Él quisiera hacerlo, sí, pero el hada le detiene.

—No —dice—, ¡no antes de que Ratón haya recobrado la forma bajo la que

acertó a agradarte por primera vez!

Capítulo VI

Es una hermosa ciudad, la ciudad de Ratópolis. Está situada en un reino, cuyo nombre he olvidado, que no está ni en Europa, ni en Asia, ni en África, ni en Oceanía, ni en América, si bien se encuentra en alguna parte.

En todo caso, el paisaje que rodea a Ratópolis se parece mucho al paisaje holandés. Es fresco, verde, limpio, con nítidos arroyuelos, jardines sombreados por hermosos árboles y grandes praderas donde pacen los más felices rebaños del mundo.

Como todas las ciudades, Ratópolis tiene calles, plazas y bulevares; pero esos bulevares, esas plazas, esas calles están bordeados de quesos magníficos, a guisa de casas: Gruyère, Roquefort, Holanda, Chester de veinte especies. En el interior se han abierto pisos, apartamentos, habitaciones. Allí es donde vive, en república, una numerosa población de ratas, sabia, modesta y previsoras.

Serían las siete de la tarde de un domingo. En familia, ratas y ratones se paseaban tomando el fresco. Después de haber trabajado con ardor durante toda la semana, renovando las provisiones de la casa, reposaban el séptimo día.

Ahora bien, el príncipe Kissador se hallaba a la sazón en Ratópolis, acompañado de su inseparable Gardafur. Habiendo sabido que los miembros de la familia Ratón, después de haber sido peces durante algún tiempo, habían vuelto a ser ratones, se ocupaban en prepararles secretas emboscadas.

—Cuando pienso —repetía el príncipe— que a esa maldita hada es a quien deben otra vez su nueva transformación...

—¡Pues bien, tanto mejor! —respondía Gardafur—; ahora será más fácil cogerlos. Siendo peces podían escaparse con suma facilidad, en tanto que ahora son ratas o ratones, y sabremos perfectamente apoderarnos de ellos, y una vez en nuestro poder —añadió el encantador—, la bella Ratina acabará por enloquecer por vuestra señoría.

Ante aquel discurso, el fatuo se engañaba, se pavonaba, lanzando miradas a las lindas ratas que estaban paseando.

—Gardafur —dijo—. ¿Está todo dispuesto?

—Todo, príncipe, y Ratina no podrá escapar de la trampa que le he tendido.

Y Gardafur mostraba un elegante lecho de follaje, preparado en un rincón de la plaza.

—Ese lindo retiro oculta una trampa —dijo—, y yo os prometo que la bella estará hoy mismo en el palacio de vuestra señoría, en el que no podrá resistirse a las gracias de vuestro espíritu y a las seducciones de vuestra persona.

¡Y el imbécil se regodeaba ante aquellas groseras adulaciones del encantador!

—Hela ahí —dijo Gardafur—; venid, príncipe, no es conveniente que nos

vea.

Uno seguido del otro se perdieron en la calle más próxima.

Era Ratina, en efecto, pero acompañada de Ratín. ¡Qué encantadora estaba con su lindo y su gracioso porte de rata! El joven le decía:

—¡Ah, querida Ratina, qué pena que no seas aun una señorita...! Si para casarme en seguida hubiera podido convertirme en ratón, no habría vacilado un instante, ¡pero eso es imposible!

—Pues bien, mi querido Ratín, hay que aguardar...

—¡Aguardar...! ¡Siempre aguardar!

—¿Qué importa, toda vez que sabes que te amo y que jamás seré de otro? Por lo demás, el hada buena nos protege y nada tenemos que temer ya del malvado Gardafur ni del príncipe Kissador...

—¡Ese impertinente —exclamó Ratín—, ese necio, a quien he de aplicar un correctivo...!

—¡No, Ratín mío, no, no le busques pendencia! Tiene guardias que le defenderían... ¡Ten paciencia, ya que es preciso, y confianza, ya que yo te amo!

Mientras Ratina decía con tanta gentileza estas cosas, el joven la estrechaba contra su corazón y besaba sus patitas.

Y como se sintiese un poco cansada de su paseo:

—Ratín —le dijo—, he aquí el retiro en el que tengo costumbre de descansar. Ve a casa a prevenir a mi padre y a mi madre, y diles que me encontrarán aquí para ir a la fiesta.

Es una hermosa ciudad, la ciudad de Ratópolis.

Y Ratina se deslizó en aquel agradable retiro.

De pronto se hizo un ruido seco, como el chasquido de un resorte que funciona...

El follaje ocultaba una pérfida ratonera, y Ratina, que no podía abrigar la menor desconfianza, acababa de tocar el resorte. Bruscamente había caído una verja de hierro, tapando la abertura, y Ratina quedó prisionera.

Ratín lanzó un grito de cólera, al que respondió el grito de desesperación de Ratina y el grito de triunfo de Gardafur, que corrió hacia allí con el príncipe Kissador.

En vano el joven se aferró a la verja, haciendo esfuerzos titánicos para romper los barrotes, en vano quiso lanzarse sobre el príncipe.

Lo mejor era correr en busca de socorro para librar a la desventurada Ratina, y esto fue lo que hizo Ratín, corriendo por la Calle Mayor de Ratópolis.

Mientras, Ratina era sacada de la ratonera y el príncipe Kissador le decía lo más galantemente del mundo:

—¡Ya te tengo, pequeña, y ahora ya no te escaparás más!

Capítulo VII

Era una de las más elegantes moradas de Ratópolis —un magnífico queso de

Holanda— la casa donde habitaba la familia Ratón. El salón, el comedor, las alcobas, todas las piezas necesarias para el servicio estaban distribuidas con gusto y confort. Y era que Ratón y los suyos se contaban entre los notables de la ciudad y gozaban de la estimación universal.

Aquel retorno a su antigua situación no había infatuado a aquel digno filósofo. Lo que siempre había sido no podía dejar de serlo, modesto en sus ambiciones, un verdadero sabio, del que La Fontaine habría hecho el presidente de su consejo de ratas. A todo el mundo le había ido siempre bien siguiendo sus consejos y advertencias. Lo malo era que se había vuelto gotoso, y tenía que andar con una muleta cuando la gota no le retenía en su amplio sillón. Atribuía la él a la humedad que había cogido en el banco de Samobrives, donde había estado vegetando durante varios meses. A pesar de haber ido a tomar las aguas mejor reputadas, nada había conseguido, sino volver más gotoso que antes de ir. Era esto tanto más lamentable para él cuanto que —fenómeno extraño, en verdad— aquella gota le hacía impropio para toda metamorfosis ulterior. La metempsicosis, en efecto, no podía ejercerse sobre los individuos atacados de esta enfermedad de los ricos. Ratón, por consiguiente, permanecería ratón en tanto estuviera gotoso.

Pero Ratona no sabía de filosofías. Ved qué horrible situación la suya cuando, promovida a dama, y hasta a gran dama, tuviese por marido a un simple ratón, y, lo que todavía es peor, a un ratón gotoso. ¡Aquello sería para morir de vergüenza! Por eso se encontraba más arisca e irritable que nunca, tratando mal a su esposo, gruñendo a sus criados a causa de órdenes mal ejecutadas, porque habían sido mal dadas, haciendo desagradable la vida a todos los de su casa.

—Preciso será que os curéis, señor, y yo sabré obligaros a ello —decía.

—No deseo ni pido otra cosa, querida mía —respondía Ratón—, pero temo que no sea posible, y habré de resignarme a continuar siendo ratón...

—¡Ratón...! ¡Yo la mujer de un ratón! ¡Vaya una cosa divertida...! Henos aquí, por otra parte, con que nuestra hija está enamorada de un muchacho que no tiene una perra chica... ¡Qué vergüenza! Suponed que llego a ser un día princesa, Ratina será también princesa...

—Entonces yo seré príncipe —replicó Ratón, no sin su miguita de malicia.

—¡Vos...! ¡Vos príncipe con cola y con patas! ¡Estáis loco, señor mío!

Así era como se pasaba los días la señora Ratona. Con mucha frecuencia también, intentaba desahogar su mal humor sobre el primo Raté. Verdad es que el pobre primo no dejaba de prestarse a las burlas. Tampoco aquella vez había sido completa la metamorfosis. No era ratón más que a medias; ratón por delante, pero pez por detrás, con una cola de pescadilla que le hacía enteramente grotesco.

En semejantes condiciones, ¡vaya usted a tratar de agradar y conmover el corazoncito de la bella Ratina o hasta el de las demás lindas ratitas de Ratópolis!

—¿Pero qué le he hecho yo a la Naturaleza para que me trate así? —

exclamaba—. ¿Qué le he hecho?

—¿Quieres esconder esa indecente cola? —decía la señora Ratona.

—¡No puedo, tía mía!

—¡Pues bien, córtatela, imbécil, córtatela!

Y el cocinero Rata se ofrecía para proceder a la operación y luego hacer de aquella cola de pescadilla un plato magnífico. ¡Qué regalo habría sido para un día de fiesta como aquél!

¿Día de fiesta en Ratópolis? ¡Sí, queridos niños! Y la familia Ratón se proponía tomar parte en las diversiones públicas. Para partir, sólo aguardaban el regreso de Ratina.

En aquel momento, una carroza se detuvo a la puerta de la casa; era la del hada Firmenta, con un traje de brocado de oro, que iba a hacer una visita a sus protegidos.

Si tomaba a risa con frecuencia las absurdas ambiciones de Ratona, las jactancias ridículas de Rata, las simplezas y necedades de Ratana y las lamentaciones del primo Raté, tenía gran consideración hacia el buen sentido de Ratón, adoraba a la encantadora Ratina, y se consagraba a procurar un feliz desenlace a su matrimonio. En su presencia, no se atrevía la señora Ratona a reprochar al novio de su hija el no ser príncipe.

Se hizo una excelente acogida al hada, no escatimándole las acciones de gracias por todo lo que hasta entonces había hecho, y lo que había de hacer en lo sucesivo.

—Porque necesitamos mucho de vos, señora hada —dijo— Ratona—. ¿Cuándo seré yo dama?

—Paciencia, paciencia —respondió Firmenta—; hay que dejar obrar a la Naturaleza, y eso exige cierto tiempo.

—Pero ¿por qué quiere la Naturaleza que yo siga teniendo cola de pescadilla, después de haberme convertido en ratón? —exclamó el primo, haciendo una mueca y suspirando—. Señora hada, ¿no podría desembarazarme de ella...?

—¡Ay, no! —respondió Firmenta—. Verdaderamente, no tiene suerte. Es probable que sea el nombre de Raté la causa de ello. ¡Esperemos, sin embargo, que no conservará usted nada de ratón cuando llegue a convertirse en pájaro!

—¡Oh —exclamó la señora Ratona—, yo quisiera ser entonces una reina de palomar!

—¡Y yo una gorda y hermosa pava trufada! —dijo cándidamente la buena Ratana.

—¡Y yo un gallo con recios espolones! —añadió, por su parte, Rata.

—Vosotros seréis lo que seréis —repuso el padre Ratón—; por lo que a mí hace, soy ratón y continuaré siéndolo, merced a mi gota, y después de todo más vale ser ratón que perder las plumas, como muchos pájaros que yo conozco.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el joven Ratín, pálido,

desolado. En muy pocas palabras contó la historia de la ratonera, y de qué modo había caído Ratina en la trampa de Gardafur.

—¡Ah —dijo el hada—, conquie sí, eh! ¿Quieres luchar todavía conmigo, maldito encantador? ¡Sea, nos veremos los dos!

Capítulo VIII

Sí, queridos niños, toda Ratópolis está de fiesta, y esa fiesta os hubiera divertido extraordinariamente si vuestros padres hubieran podido conducirlos a ella. ¡Juzgad de ello! Por doquier amplias guirnaldas con transparentes de mil colores, arcos de follaje sobre las empavesadas calles, casas con colgaduras y tapices, fuegos artificiales cruzándose por los aires, bandas de música por todas partes y, os suplico que me creáis, los ratones se mostraban como los mejores orfeonistas del mundo. Tienen vocecillas suaves, suaves, voces de flauta de un encanto inexplicable, y ¡qué admirablemente interpretan las obras de sus compositores: los Rassiní, los Ragner, los Rassenet y tantos otros maestros!

Pero lo que habría excitado vuestra admiración hubiera sido un cortejo de todas las ratas y ratones del universo y de todos aquellos que, sin ser ratas, han merecido ese nombre significativo.

Allí se ven ratas que semejan a Harpagón, llevando bajo la pata su precioso cofrecito de avaro; ratones peludos, viejos veteranos a quienes la guerra ha hecho héroes, prestos siempre a estrangular al género humano por conquistar un galón más; ratones con trompa, con una verdadera cola sobre la nariz, como la que fabrican los cómicos zuavos africanos; ratones de iglesia, humildes y modestos; ratones de bodega, habituados a meter su hocico en la mercancía por cuenta de los gobiernos; y, sobre todo, cantidades fabulosas de esas gentiles ratitas de la danza, que ejecutan los pasos de un baile de ópera.

En medio de este concurso de gente avanzaba la familia Ratón, conducida por el hada. Pero no veía nada de aquel brillante espectáculo. No pensaba más que en la pobre Ratina, arrebatada del amor de sus padres y del cariño de su novio.

Pronto llegaron a la Plaza Mayor. La ratonera continuaba en el mismo sitio, pero Ratina ya no estaba allí.

—¡Devolvedme a mi hija! —clamaba la señora Ratona, cuya única ambición se reducía entonces a encontrar y recobrar a su hija y daba realmente compasión oírla.

En vano intentaba el hada disimular su cólera contra Gardafur; se transparentaba en sus ojos, que habían perdido su dulzura habitual.

Un gran ruido se alzó entonces al fondo de la plaza. Era un cortejo de Príncipes, de Duques, de Marqueses y, en fin, de los más brillantes señores, con trajes magníficos y precedidos de guardias completamente armados.

A la cabeza del grupo principal se destacaba el príncipe Kissador, distribuyendo sonrisas y saludos protectores a todas aquellas gentecillas que le

hacían la corte.

Luego, detrás, en medio de los servidores se arrastraba una pobre y linda rata. Era Ratina, tan vigilada, tan rodeada por todas partes, que no podía pensar en huir. Gardafur marchaba cerca de ella, sin quitarle ojo. ¡Ah, aquella vez la tenía bien segura!

—¡Ratina...! ¡Hija mía...!

—¡Ratina...! ¡Amor mío! —gritaron a un tiempo Ratona y Ratín, que en vano intentaron llegar hasta ella.

Habría que haberse visto la actitud y las fisgas con que el príncipe Kissador saludaba a la familia Ratón, y qué provocativa mirada lanzó Gardafur al hada Firmenta. Aun cuando privado por entonces de su poder de genio, había triunfado tan sólo empleando una sencilla ratonera, y al propio tiempo los señores cumplimentaban al príncipe por su conquista, ¡con cuánta fatuidad recibía el necio aquellos cumplidos!

De pronto el hada extiende el brazo, agita la varita y en el acto se opera una nueva metamorfosis.

Si bien el padre Ratón continúa siendo ratón, he aquí a la señora Ratona cambiada en cotorra, a Rata en pavo real, a Ratana en oca y al primo Raté en garza; pero continuaba su mala suerte, y en vez de una hermosa cola de pájaro, es una delgada cola de ratón lo que se agita bajo su plumaje.

En el mismo momento, una paloma se alza ligeramente del grupo de los señores: ¡es Ratina!

¡Cálculése la estupefacción del príncipe Kissador y la cólera de Gardafur! Helos allí a todos, cortesanos y criados, persiguiendo a Ratina, que se alejaba batiendo las alas.

La decoración ha cambiado. Ya no es la Plaza Mayor de Ratópolis, sino un paisaje admirable en medio de grandes árboles. Y de todos los confines del horizonte se acercan mil pájaros que acuden a dar la bienvenida a sus nuevos hermanos aéreos.

Entonces, la señora Ratona, altiva y satisfecha de sus encantos y del brillo de su plumaje, comienza a hacer monerías, en tanto que la pobre Ratana, llena de vergüenza, no sabe dónde y cómo ocultar sus patas de oca.

Por su parte, Rata —don Rata, si gustáis— se pavonea, como si hubiese sido pavo real toda su vida, mientras el primo, el pobre primo, murmura en voz baja:

—¡Raté todavía!... ¡Siempre Raté!

Mas he aquí que una paloma atraviesa el espacio lanzando gritos de júbilo, describe elegantes curvas y viene a posarse levemente sobre los hombros del joven.

Es la encantadora Ratina, y puede oírsele murmurar al oído de su novio:

—¡Te amo, Ratín mío, te amo!

Capítulo IX

¿Dónde nos hallamos, queridos niños? Continuamos, en uno de esos países que yo no conozco, y cuyo nombre no podría decir. Pero éste, con sus vastos paisajes y sus árboles de la zona tropical, se asemeja un tanto a la India, y a los hindúes sus habitantes.

Penetremos en esa casa, una especie de posada abierta para todo el que llegue. Allí se encuentra reunida toda la familia Ratón, que, siguiendo los consejos del hada Firmenta, se ha puesto en camino. Lo más seguro, en efecto, era abandonar Ratópolis, con objeto de escapar a la venganza del Príncipe, mientras no fueran lo bastante fuertes para defenderse. Ratona, Ratana, Ratina, Rata y Raté no son todavía más que simples volátiles; cuando se truequen en fieras, ya tendrán buen cuidado de meterse con ellos.

Sí, simples volátiles, entre los cuales Ratana ha sido la menos favorecida; por eso se pasea ella sola por el corral de la posada.

—¡Ay, ay, después de haber sido una trucha elegante —exclama—, una rata que supo agradar, heme aquí convertida en un ganso, un ganso doméstico, uno de esos gansos de corral, al que cualquier cocinero puede rellenar con castañas!

Y suspiraba ante esta idea, añadiendo:

—¿Quién sabe si hasta a mi propio marido se le ocurrirá el pensamiento de hacerlo? ¡Ahora, él me desdenea! ¿Cómo queréis que un pavo tan majestuoso tenga la menor consideración por un ganso tan vulgar? ¡Todavía, si yo fuese pava...! Pero no. ¡Y Rata no me encuentra de su gusto!

Y esto sucedió, en verdad, cuando el vanidoso Rata entró en el corral. Pero, en realidad, ¡qué pavo real tan hermoso! ¿Cómo era posible que aquella admirable ave se rebajase hasta aquel ganso tan torpe y tan feo?

—¡Mi querido Rata! —dijo ella.

—¿Quién se atreve a pronunciar mi nombre? —replicó el pavo real.

—¡Yo!

—¡Un ganso! ¿Quién es este ganso?

—Soy vuestra Ratana.

—¡Uf, qué horror...! ¡Seguid vuestro camino si gustáis!

Verdaderamente, la vanidad hace decir muchas necedades.

Y era que el ejemplo le venía de arriba a aquel orgulloso. ¿Mostraba, por ventura, su ama a Ratona más buen sentido? ¿Acaso no trataba ella tan desdeñosamente a su esposo?

Y, precisamente, hela ahí que hace su entrada acompañada de su marido, de su hija, de Ratín y del primo Raté.

Ratina está encantadora como paloma, con su plumaje de color ceniza con reflejos azulados, el cuello verde dorado y las delicadas manchas blancas de sus alas.

¡Por eso Ratín la devora con los ojos! ¡Y qué melodioso ron—ron deja ella oír revoloteando en torno del hermoso joven!

El padre Ratón, apoyado en su muleta, contemplaba a su hija con admiración. ¡Qué hermosa la encontraba! Pero la verdad es que la señora

Ratona se encontraba más bella todavía.

—¡Ah, qué bien había hecho la Naturaleza en metamorfosearla en cotorra! ¡Cómo se engallaba y se ufanaba de sus encantos! Movía y removía su cola hasta el extremo de causar celos al propio don Rata. ¡Si la hubieseis visto cuando se colocaba ante los rayos solares para hacer brillar los maravillosos colores de sus plumas y de su cuello! Era, en realidad, uno de los más admirables ejemplares de las cotorras de Oriente.

—¿Y bien, estás contenta de tu destino, bobona? —le preguntó Ratón.

—¿Qué es eso de bobona? —respondió ella en tono seco—. ¡Os ruego que midáis vuestras expresiones y que no olvidéis la distancia que actualmente nos separa!

—¡Yo...! ¡Tu marido!

—¡Un ratón el marido de una cotorra...! ¡Estáis loco, querido mío!

Y la señora Ratona volvió a engallarse, en tanto que Rata se pavoneaba cerca de ella.

Ratón hizo una leve señal de amistad a su criado, que no había desmerecido a sus ojos, y luego se dijo para sus adentros:

—¡Ah, las mujeres, las mujeres...! ¡Pero seamos filósofos!

Y mientras tenía lugar aquella escena de familia, ¿qué era del primo Raté, con aquel apéndice que no pertenecía a su especie? ¡Después de haber sido ratón con una cola de pescadilla, ser garza con cola de rata! Si aquello continuaba así, a medida que se iba elevando en la escala de los seres, ¡resultaba verdaderamente deplorable! Así es que permanecía en un rincón del corral, apoyado sobre una pata, como lo hacen las garzas cuando piensan hondamente, mostrando la parte delantera de su cuerpo, cuya blancura se realza con pequeñas láminas negras, su plumaje cenizoso, y su copete melancólicamente inclinado hacia atrás.

Se trató entonces de continuar el viaje, a fin de admirar el país en toda su belleza.

Pero ni la señora Ratona ni don Rata se admiraban más que a sí mismos. Ninguno de ellos miraba aquellos incomparables paisajes, prefiriendo las villas y ciudades, con objeto de desplegar en ellos todas sus gracias.

Hallábanse en lo más empeñado de la discusión, cuando un nuevo personaje se presentó a la puerta de la posada.

Era uno de esos guías del país, vestido a usanza hindú, y que acudía a ofrecer sus servicios a los viajeros.

—Amigo mío —le dijo Ratón—, ¿hay algo curioso que ver aquí?

—Una maravilla sin igual —respondió el guía—: la gran efigie del desierto.

—¿Del desierto? —dijo desdenosamente la señora Ratona.

—No hemos venido nosotros aquí para visitar un desierto —añadió don Rata.

—¡Oh! —respondió el guía—. Un desierto que no lo será hoy, porque es la fiesta de la esfinge y vienen a adorarla de todos los puntos del globo.

Esto último era bastante para inducir a nuestros vanidosos volátiles a

visitarla. Poco, por lo demás, importaba a Ratina y a su novio el sitio adonde se les condujera, con tal de ir juntos. Por lo que hace al primo Raté y a la buena Ratana, en el fondo de un desierto era precisamente donde hubieran deseado refugiarse.

—En marcha —dijo la señora Ratana.

—En marcha —respondió el guía.

Un instante después todos abandonaron el albergue, sin pensar siquiera en que su guía fuese el encantador Gardafur, imposible de reconocer bajo su disfraz, y que trataba de atraerles a una nueva emboscada.

Capítulo X

¡Qué magnífica esfinge, infinitamente más hermosa que aquellas esfinges de Egipto, aunque tan célebres! Se llamaba ésta la esfinge de Romiradur, y constituía la octava maravilla del mundo.

La familia Ratón acababa de llegar al lindero de una vasta llanura, rodeada de espesos bosques dominados en las lejanías por una cadena de montañas cubiertas de nieves perpetuas.

Imaginaos en el centro de aquella llanura un animal tallado en mármol: está acostado sobre la hierba, la cara levantada, las patas delanteras cruzadas una sobre otra y el cuerpo alargado como una colina; mide, por lo menos, quinientos pies de largo por cien de ancho, y su cabeza se eleva ochenta pies por encima del suelo.

Aquella esfinge posee el aspecto indescifrable que distingue y caracteriza a sus congéneres. Jamás ha revelado el secreto que guarda desde hace miles y miles de siglos, y, sin embargo, su vasto cerebro se halla abierto para todo el que quiera visitarlo. Se penetra en él por una puerta que hay entre las patas; escaleras interiores dan acceso a sus ojos, a sus orejas, a su nariz, a su boca y hasta a aquel bosque de cabellos que eriza su cráneo.

Por añadidura, y para que podáis daros perfecta cuenta de la enormidad de ese monstruo, sabed que diez personas se encontrarían muy a gusto en la órbita de sus ojos, treinta en el pabellón de sus orejas, cuarenta entre los cartílagos de su nariz, sesenta en su boca, donde se podría dar un baile, y un centenar en su cabellera, espesa e inextricable como un bosque de América. Así es que de todas partes se acude, no a consultarla, porque no quiere responder, sino a visitarla como se hace con la estatua de San Carlos en una de las islas del lago Mayor.

Habrà de permitírseme, queridos niños, no insistir más en la descripción de esta maravilla, que honra al genio del hombre. Ni las piràmides de Egipto, ni los jardines colgantes de Babilonia, ni el Coloso de Rodas, ni el faro de Alejandría, ni la torre Eiffel pueden resistir la comparación con ella. Cuando los geógrafos hayan logrado ponerse de acuerdo acerca del país en que se encuentra la gran esfinge de Romiradur, cuento con que iréis a visitarla durante vuestras vacaciones.

Pero Gardafur la conocía y él era quien guiaba a la familia Ratón. Al decirles que había gran concurso de gente, les había engañado de un modo infame. ¡He ahí una cosa que iba a producir honda contrariedad al pavo y a la cotorra! De la magnífica esfinge no se preocupaban para nada.

Como sin duda imagináis, habíase concertado su plan entre el encantador y el príncipe Kissador. El príncipe se encontraba cerca, en la linde de un bosque próximo, con un centenar de sus guardias. Tan pronto como la familia Ratón hubiera penetrado en la esfinge, se la pescaría como en una ratonera. Si cien hombres no conseguían apoderarse de cinco aves, de un ratón y de un joven, enamorado, sería indudable que se encontraban protegidos por un poder sobrenatural.

Durante la espera, el príncipe iba y venía dando muestras de la más viva impaciencia. ¡Haber sido vencido en sus tentativas contra la familia y contra la hermosa Ratina! ¡Ay de la familia si Gardafur recobrara su poder! Pero el encantador se encontraría reducido aun a la impotencia durante algunas semanas.

En fin, por aquella vez habían sido también tomadas todas las medidas, que muy probablemente ni Ratina ni los suyos podrían escapar a las asechanzas y maquinaciones de su tenaz perseguidor.

En aquel momento apareció Gardafur a la cabeza de la pequeña caravana, y el príncipe, rodeado de sus guardias, estaba dispuesto a intervenir.

Capítulo XI

El padre Ratón avanzaba a buen paso, a pesar de la gota. La paloma, describiendo grandes círculos en el espacio, iba de vez en cuando a posarse sobre los hombros de Ratón. La cotorra, volando de árbol en árbol, se elevaba tratando de descubrir la prometida muchedumbre. El pavo real tenía la cola cuidadosamente replegada, para que no se desgarrara con las zarzas del camino, en tanto que Ratana se balanceaba sobre sus anchas patas. Tras ellos, la garza, alicaída, batía rabiosamente el aire con su cola de ratón; había intentado metérsela en el bolsillo, quiero decir debajo del ala, pero había tenido que renunciar a ello, porque el ala era demasiado corta.

Llegaron, por fin, los viajeros al pie de la esfinge; jamás habían visto nada tan hermoso ni tan grandioso.

—¿Dónde está ese gran concurso de gente del que nos habló?

—Tan pronto como hayan llegado ustedes a la cabeza del monstruo —respondió el trapacero encantador—, dominarán a la muchedumbre y serán vistos de muchas leguas a la redonda.

—¡Pues bien, entremos!

—Entremos.

Penetraron todos en el interior sin abrigar la menor desconfianza; ni siquiera advirtieron que el guía se había quedado fuera, después de haber cerrado tras ellos la puerta abierta entre las patas del gigantesco animal.

En el interior había alguna claridad, que se filtraba por las aberturas del rostro, a lo largo de las escaleras interiores. Pasados algunos instantes, pudo verse a Ratón paseándose por los labios de la esfinge, a la señora Ratona revoloteando sobre la punta de la nariz, y don Rata en la extremidad del cráneo.

Ratina y el joven Ratón estaban colocados en el pabellón de la oreja derecha, diciéndose mil ternezas.

En el ojo derecho se mantenía Ratana, cuyo modesto plumaje no podía verse; y en el ojo izquierdo, el primo Raté disimulaba lo mejor que podía su lamentable cola.

Desde todos aquellos puntos de la cara, la familia Ratón se encontraba admirablemente dispuesta para contemplar el espléndido panorama que se desarrollaba hasta los límites extremos del horizonte.

El tiempo era magnífico; ni una sola nube en el cielo, ni el más leve vapor sobre la superficie del suelo.

De pronto, una masa animada se dibuja hacia el bosque... Se adelanta... Se acerca... ¿Es acaso la muchedumbre de adoradores de la esfinge de Romiradur?

¡No! Son gentes armadas de picas, de sables, de arcos, de ballestas, avanzando en pelotón cerrado; no pueden abrigar sino perversos designios.

En efecto, el príncipe Kissador va a la cabeza, seguido del encantador, que ha dejado sus vestidos de guía; la familia Ratón se considera perdida, a menos que aquellos de sus miembros que poseen alas no vuelen a través del espacio.

—¡Huye, mi querida Ratina! —Le dice su novio— ¡Huye!... ¡Déjame a mí en las manos de estos miserables!

—¡Abandonarte...! ¡Jamás! —responde Ratina.

Esto, por lo demás, habría sido muy imprudente; una flecha hubiera podido herir a la paloma, así como a la cotorra, al pavo real, al ganso y a la garza. Era preferible ocultarse en las profundidades de la esfinge. Tal vez consiguiesen escapar al llegar la noche, salvándose por alguna salida secreta, y sin nada que temer de las armas del príncipe.

¡Ah, cuán deplorable era que el hada Firmenta no hubiera acompañado a sus protegidos en el curso de aquel viaje!

El joven, sin embargo, había tenido una idea, y muy sencilla, como todas las ideas buenas: atrancar la puerta y acumular obstáculos en el interior, y esto fue lo que se hizo sin perder tiempo.

El príncipe Kissador, Gardafur y los guardias se habían detenido a algunos pasos de la esfinge, intimando la rendición a los prisioneros.

Un «no» bien acentuado, que salió de los labios del monstruo, fue la única respuesta que obtuvieron.

Entonces, los guardias se precipitaron contra la puerta, acometiéndola con enormes cantos de roca, siendo evidente que no tardaría en ceder.

Más he aquí que un leve vapor envuelve el cabello de la esfinge, y, destacándose de sus últimas volutas, el hada Firmenta aparece en pie sobre la

cabeza de la esfinge de Romiradur.

Ante aquella milagrosa aparición, los guardias retroceden, pero Gardafur consigue volverlos a poner al asalto, y los goznes de la puerta comienzan a ceder ante sus golpes.

En aquel momento, el hada inclina hacia el suelo la varita, que tiembla en su mano.

¡Qué inesperada irrupción se produjo a través de la deshecha puerta!

Un tigre hembra, una pantera y un oso se precipitan sobre los guardias. El tigre es Ratona, con su leonada piel; el oso es Rata, con el pelo erizado y las fauces abiertas; la pantera es Ratana, que da unos saltos terribles. Esta última metamorfosis ha cambiado a los tres volátiles en bestias feroces.

Al mismo tiempo, Ratina se ha transformado en una cierva elegante, y el primo Raté ha tomado la forma de un asno, que rebuzna con una voz tremenda. Pero — ¡lo que es la mala suerte! — ha conservado su cola de garza, y una cola de pájaro es lo que cuelga a la extremidad de su grupa. Decididamente, es imposible evitar su destino.

A la vista de aquellas tres formidables fieras, los guardias no vacilaron un instante, se desbandaron como si tuvieran fuego bajo sus talones. Nada habría podido detenerlos, tanto más cuanto que el príncipe Kissador y Gardafur les dieron el ejemplo; no les convenía, al parecer, ser devorados vivos.

Pero si bien el príncipe y el encantador pudieron ganar el bosque, algunos de sus guardias fueron menos afortunados. El tigre, el oso y la pantera habían llegado a cortarles la retirada, y aquellos pobres diablos no pensaron más que en buscar refugio dentro de la esfinge, y pronto pudo vérselos ir y venir por su ancha boca.

Fue aquélla una mala idea, sí, una mala idea, y cuando ellos lo reconocieron era ya demasiado tarde.

En efecto, el hada Firmenta extiende de nuevo su varita y rugidos espantosos se propagan, como los truenos, a través del espacio.

La esfinge acaba de convertirse en león.

¡Y qué león! Su melena se eriza, sus ojos lanzan rayos, sus mandíbulas se abren, se cierran y comienzan su obra de masticación... Un instante después, los guardias del príncipe Kissador han sido triturados por los dientes del formidable animal.

Entonces el hada Firmenta salta ligeramente sobre el suelo. A sus pies van a tenderse el tigre, el oso y la pantera, como lo hacen los animales feroces con sus domadores.

De esta época data la conversión de la esfinge de Romiradur en león.

Capítulo XII

Ha transcurrido algún tiempo; la familia Ratón ha conquistado definitivamente la forma humana, excepción hecha del padre, que siempre tan filósofo como gotoso, ha continuado siendo ratón. Otros, en su caso, habrían

estado desesperados, se habrían quejado de la injusticia de la suerte y hubieran maldecido la existencia. Él se contentaba con sonreír, «dichoso —decía—, por no tener que cambiar sus costumbres».

Como quiera que fuese, a pesar de ser ratón, era un señor rico. Como su mujer no habría consentido en habitar el viejo queso de Ratópolis, ocupa un palacio suntuoso en una gran ciudad, capital de un país desconocido todavía, sin estar por eso más orgulloso. El orgullo y la altivez, o, más bien, la vanidad, la deja toda a la señora Ratona, convertida en duquesa. Hay que verla paseándose por sus habitaciones, ¡cuyos espejos acabará por gastar a fuerza de mirarse en ellos!

Aquel día, sin embargo, el duque Ratón se ha alisado el pelo con el mayor cuidado, y emplea en su tocado todo el tiempo que debe emplear un ratón que se estime. En cuanto a la duquesa, se halla adornada con sus mejores galas: tejido rameado, donde se mezclan el terciopelo de buena calidad, el crespón de China, el surá, la felpa, el satén, el brocado y el moaré; blusa a lo Enrique II; cela bordada con azabache, zafiros, perlas de varias anas de largo, reemplazando las diversas colas que ella había llevado antes de ser mujer; diamantes que sueltan destellos deslumbrantes; encajes que la hábil arácnida no habría podido hacer ni más finos ni más ricos; sombrero Rembrandt, sobre el que se escalona un parterre de flores; en fin, todo lo que está a la última moda.

Pero me preguntarán: ¿por qué ese lujo...? He aquí por qué:

Hoy es el día en que debe celebrarse el matrimonio de la encantadora Ratina con el príncipe Ratín.

—¿Cómo! ¿Ratín príncipe...?

—Sí, queridos niños, Ratín se ha convertido en príncipe para complacer a su suegra.

—Pero ¿cómo ha podido ser eso?

—Muy sencillamente, comprando un principado.

—Bueno, pero los principados, por mucho que vayan de baja, deben costar bastante caros.

—Indudablemente; por eso Ratín consagró a su adquisición una buena parte del valor de la perla, porque no os habréis olvidado de la famosa perla encontrada en la ostra de Ratina, y que valía muchos millones.

Es rico, por consiguiente. Pero no vayáis a creer que la riqueza haya modificado sus gustos ni los de su prometida, que al casarse con él va a convertirse en princesa. ¡No! Aun cuando su madre sea duquesa, ella continúa siendo la jovencita modesta que vosotros conocéis, y el príncipe Ratín está más enamorado de ella que nunca. ¡Está tan hermosa con su traje blanco y sus guirnaldas de flores de azahar!

Inútil será decir que el hada Firmenta no ha dejado de acudir a la boda, de la que no deja de corresponderle una buena parte.

Es, pues, un día de fiesta para toda la familia. Así es que don Rata está magnífico; en su calidad de ex cocinero, ha llegado a ser un hombre político.

Ratana ya no es una oca, con gran satisfacción por su parte; es una señora de compañía. Su esposo ha sabido hacerse perdonar sus maneras desdeñosas de otros tiempos; su esposa ha vuelto a conquistarle por completo, y hasta el bueno de Rata llega a mostrarse un tanto celoso de los señores que mariposean en torno de su mujer.

Por lo que hace al primo Raté..., pero pronto va a aparecer y podréis contemplarle a vuestra satisfacción.

Los invitados se hallan reunidos en el salón grande, lleno de luces, embalsamado con el perfume de las flores, adornado con los más ricos muebles y espléndido, en suma, de elegancia y confort.

De los alrededores han llegado muchas personas para asistir al matrimonio del príncipe Ratín. Los grandes señores, las grandes damas han querido asistir al cortejo de aquella encantadora pareja. Un mayordomo anuncia que todo está dispuesto para la ceremonia. Se forma entonces el cortejo más maravilloso que se puede ver, y que se dirige hacia la capilla, en tanto que se deja oír una armoniosa música.

Más de una huya fue precisa para el desfile de todos aquellos personajes. Al fin, en uno de los últimos grupos, apareció el primo Raté.

Un lindo joven, a fe mía; un verdadero figurín: manto de corte, sombrero adornado de una magnífica pluma con la que barre el suelo a cada saludo.

El primo es marqués y no hace mal papel en la familia. Tiene muy buen aspecto y sabe presentarse con distinción y gracia, así es que no le faltan los cumplidos y los halagos, que él recibe con cierta modestia. Puede observarse, sin embargo, que su fisonomía tiene cierto tinte de tristeza, y su actitud es algo embarazosa; baja los ojos y aparta las miradas, evitando las de cuantos se le acercan. ¿Por qué esta reserva...? ¿No es acaso, en la actualidad, tan hombre como cualquier duque u príncipe de la corte?

Helo aquí que se adelanta a ocupar el puesto que le corresponde en el cortejo, avanzando con paso acompasado, con paso de ceremonia, y llega al ángulo del salón, se vuelve... ¡Horror!

Por entre los pliegues de su uniforme, bajo su manto de corte, sale una cola, una cola de asno... En vano trata de disimular aquel vergonzoso resto de la forma precedente. ¡Está escrito que no se desembarazará de ello!

¡He aquí lo que son las cosas, queridos niños!; cuando uno empieza la vida mal, es sumamente difícil volver al buen camino. El primo es hombre y lo será para lo sucesivo; pero como ya ha llegado al grado más elevado de la escala, no puede contar con una nueva metempsicosis que le libre de aquella cola; habrá de conservarla hasta su último suspiro...

¡Pobre primo Raté!

Capítulo XIII

De esta suerte se celebró la boda del príncipe Ratín y de la princesa Ratina, con una extrema magnificencia digna de aquel hermoso joven y de aquella

linda muchacha, nacidos el uno para el otro.

Al regreso de la capilla, el cortejo desfiló en el mismo orden y con la misma corrección y nobleza de actitudes, como, según parece, sólo se encuentra en las clases elevadas.

Si se objeta que todos aquellos señores no eran, sin embargo, más que advenedizos al fin y al cabo, que en virtud de las leyes de la metempsicosis habían ido pasando por muy humildes fases, que fueron moluscos sin alma, peces sin inteligencia, volátiles sin seso, cuadrúpedos sin raciocinio, responderemos que nadie podría creer semejante cosa al observar su corrección y elegancia. Las buenas maneras, por otra parte, se aprenden como se aprende la Historia o la Geografía. Pensando, no obstante, en lo que pudo ser en el pasado, el hombre haría perfectamente en mostrarse más modesto y la Humanidad ganaría bastante con ello.

Tras la ceremonia del matrimonio hubo una comida espléndida en la gran sala del palacio. Decir que se comió ambrosía preparada por los primeros cocineros del siglo y que se bebió néctar procedente de las mejores bodegas del Olimpo no sería decir demasiado.

La fiesta, en fin, terminó con un baile, en el que lindas bayaderas y graciosas almeas, vestidas con sus trajes orientales, causaron la admiración y el encanto de la augusta asamblea.

El príncipe Ratín, como era natural, había abierto el baile con la princesa Ratina en una contradanza en la que la duquesa Ratona figuraba del brazo de un príncipe de sangre real, don Rata en compañía de una embajadora y Ratana conducida por el propio sobrino de un Gran Elector.

En cuanto al primo Raté, tardó mucho tiempo en exhibir su persona. Por mucho que le costase permanecer apartado, no se atrevía a invitar a las encantadoras mujeres que pululaban por la sala. Decidióse, al fin, por sacar a bailar a una deliciosa condesa de notable distinción... Aquella amable dama aceptó..., un poco ligeramente tal vez, y he allí a la pareja lanzada en el torbellino de un vals de Gung'l.

¡Ah, qué efecto...! En vano había querido el primo Raté recoger bajo el brazo su rabo de asno, lo mismo que las valsadoras hacen con su cola. Aquel rabo, arrastrado por el movimiento centrífugo hubo de escapársele. Y entonces hele allí que se extiende como un plumero, que azota a los grupos de bailarines, que se enrosca en sus piernas, que produce las caídas más comprometedoras, y es causa, en fin, de la propia caída del marqués Raté y de la deliciosa condesa, su compañera.

Hubo que sacarla de allí, medio desvanecida de vergüenza, en tanto que el primo corría a esconderse con toda la velocidad de sus piernas.

Aquel burlesco episodio dio fin a la fiesta, y todo el mundo se retiró en el momento en el que se anunciaba el comienzo de una magnífica sesión de fuegos artificiales.

Capítulo XIV

La habitación del príncipe Ratín y de la princesa Ratina es, seguramente, una de las más hermosas del palacio. ¿No la considera por ventura el príncipe como el estuche de la inapreciable joya que ahora posee...? A ella es adonde van a ser conducidos con gran pompa los recién casados.

Más, antes de que los nuevos esposos hubieran sido introducidos, dos personas pudieron penetrar en la habitación.

Ahora bien, esas dos personas, vosotros ya lo habéis adivinado de seguro, son el príncipe Kissador y el encantador Gardafur.

He aquí las frases que entre ellos se han cruzado:

—¡Ya sabes lo que me has prometido, Gardafur!

—Sí, príncipe, y esta vez nada habrá que me impida el raptar a Ratina para vuestra Alteza.

—¡Y cuando sea princesa de Kissador, no tendrás por qué lamentarlo!

—Ésa es mi opinión —respondió aquel adulator de Gardafur.

—¿Estás seguro de conseguir nuestros propósitos? —preguntó el príncipe con cierto temor, no del todo injustificado, en vista de los anteriores fracasos.

—Vos podréis juzgar —respondió Gardafur sacando el reloj—: dentro de tres minutos habrá transcurrido el tiempo durante el que he sido privado de mi poder de encantador; dentro de esos tres minutos mi varita habrá vuelto a ser tan poderosa como la del hada Firmenta. Si Firmenta ha podido elevar a los miembros de la familia Ratón hasta el rango de seres humanos, yo, por mi parte, puedo hacerles volver a bajar al rango de los más vulgares animales.

—Bien, Gardafur; pero quiero que Ratín y Ratina no permanezcan a solas en esta habitación ni un solo instante...

—¡No permanecerán, si es que yo he recobrado mi poder antes de que lleguen!

—¿Cuánto tiempo falta aún?

—¡Dos minutos...!

—Helos aquí.

—Voy a esconderme en este gabinete —dijo Gardafur—, y apareceré en cuanto sea necesario. Vos, príncipe, retiraos; pero permaneced tras esa puerta, y no la abráis hasta el momento en que yo exclame: «¡A ti, Ratín!»

—Convenido, y, sobre todo, no perdones a mi rival.

—Quedaréis satisfecho.

Véase qué peligro amenaza aún a aquella honrada familia, tan probada ya, ignorante como se halla de que tan cerca tiene al príncipe y al encantador.

Capítulo XV

Los recién casados acaban de ser conducidos a su habitación con gran pompa: el duque y la duquesa Ratón les acompañan con el hada Firmenta, que

no ha querido abandonar a la joven pareja, cuyos amores ha protegido. Nada tienen que temer del príncipe Kissador ni del encantador Gardafur, que jamás han sido vistos en el país, y, sin embargo, el hada experimenta cierta inquietud, como un presentimiento secreto. Ella sabe que Gardafur se encuentra a punto de recobrar su poder de encantador, y esto no deja de intranquilizarla y preocuparla.

No hay que decir que Ratana está allí ofreciendo sus servicios a su joven ama, así mismo don Rata, que no quería separarse de su mujer, y el primo Raté, por fin, si bien en aquel momento la vista de la que ama debe destrozarle el corazón.

El hada Firmenta, que continúa llena de ansiedad, se apresura a mirar si el encantador Gardafur se oculta por algún sitio, tras una cortina, bajo cualquier mueble... Mira..., escudriña... ¡Nadie!

En vista de ello, al considerar que el príncipe Ratín y la princesa Ratina van a quedarse en aquella habitación y que están solos, comienza a cobrar confianza.

De pronto se abre una puerta lateral, muy bruscamente, en el momento en que el hada decía a la joven pareja:

—¡Sed felices!

—¡Todavía no! —gritó una voz terrible.

Gardafur acaba de aparecer agitando en su mano la varita mágica. ¡Firmenta ya nada puede hacer por aquella desventurada familia!

Todos han quedado mudos de estupor; inmóviles en el primer instante, retroceden en seguida en grupo, tratando de parapetarse tras el hada.

—¡Hada bondadosa...! ¿Nos abandonáis quizá...? ¡Protegednos!

—¡Firmenta —respondió Gardafur—, has agotado tu poder para salvarlos, y yo ahora he recobrado todo el mío para perderlos! ¡Tu varita no puede en la actualidad hacer nada por ellos, mientras que la mía...!

Y diciendo esto; Gardafur la agitaba, describiendo círculos mágicos y haciéndola silbar en el aire, como si estuviera dotada de una vida sobrenatural.

Ratón y los suyos comprendieron que el hada se hallaba desarmada, ya que no podía librarles mediante una metamorfosis superior.

—¡Hada Firmenta —volvió a gritar Gardafur—, tú hiciste hombres, pues ahora voy a hacer yo bestias!

—¡Piedad, piedad! —murmuraba Ratina, tendiendo sus manos hacia el encantador.

—¡No hay piedad! —respondió Gardafur—. El primero que sea tocado por mi varita quedará cambiado en mono.

Dicho esto, Gardafur marchó sobre el infortunado grupo, que se dispersó al verle acercarse.

¡Si los hubierais visto correr a través de la habitación, de la que no podían escapar, por hallarse cerradas las puertas, arrastrando consigo Ratín a Ratina, tratando de librarla del contacto de la varita mágica, poniéndose él delante, sin pensar en el peligro que él mismo corría...!

Él mismo, sí, pues el encantador acababa de exclamar:

—¡En cuanto a ti, hermoso joven, pronto te mirará Ratina con asco!

A estas palabras, Ratina cayó desvanecida en brazos de su madre, y Ratín avanzaba hacia la puerta principal, mientras Gardafur, precipitándose sobre él,

—¡A ti, Ratín! —gritaba.

En aquel preciso instante, se abre la puerta principal..., aparece el príncipe, y él es quien recibe el golpe destinado a Ratín...

El príncipe Kissador ha sido tocado por la varita... ¡Ya no es otra cosa que un horrible chimpancé!

¡A qué furor se entrega entonces! ¡Él, tan orgulloso de su belleza, tan lleno de altivez y jactancia, trocado ahora en mono, de faz repulsiva, largas orejas, hocico prominente, brazos que le llegan hasta las rodillas, una nariz aplastada, una piel amarillenta cuyos pelos se erizan...!

Un espejo se encuentra allí sobre una de las paredes, de la cámara... ¡Se mira...! Lanza un grito terrible... Salta sobre Gardafur, estupefacto de su torpeza..., le coge por el pescuezo y le estrangula con su robusta mano de chimpancé.

Entonces se abre el suelo, como es de rigor en todas las brujerías, un leve vapor se escapa de él y el malvado Gardafur desaparece en medio de un torbellino de llamas.

En seguida el príncipe Kissador se precipita sobre una ventana, la abre de un golpe, la franquea de un salto y corre a unirse a sus semejantes en el bosque próximo. ¡El príncipe Kissador ya no es otra cosa que un horrible chimpancé!

Capítulo XVI

Y entonces, a nadie sorprenderé yo diciendo que todo aquello acabó en una apoteosis, para la completa satisfacción de la vista, del oído y hasta del gusto y del olfato. El ojo admira los más bellos paisajes del mundo bajo un cielo de Oriente; el oído se llena de armonías paradisíacas; la nariz aspira perfumes embriagadores, destilados por millares de flores; y los labios se perfuman con un aire cargado del sabor de los frutos más delicados.

En fin, toda la venturosa familia se encuentra en éxtasis, hasta el punto de que Ratón, el mismo padre Ratón, ha dejado de sentir su gota. ¡Está curado y envía noramala su vieja muleta!

—¡Hombre! —grita la duquesa Ratona—. ¿No estáis ya gotoso, querido mío?

—Así parece —dijo Ratón—, y heme aquí sin muletas.

—¡Padre mío! —exclama alegremente Ratina.

—¡Ah, señor Ratón! —añaden Rata y Ratana.

En seguida se adelanta el hada Firmenta, diciendo:

—En efecto, Ratón, ahora sólo de usted depende el ser hombre, y si quiere, yo puedo...

—¿Hombre, señora hada...?

—Sí —replica la señora Ratona—, sí, hombre y duque, como yo soy mujer y duquesa...

—A fe mía —responde nuestro filósofo—, ratón soy y ratón me quedaré; esto es preferible, a mi juicio, y como decía, o lo dirá el poeta Menandro: «Perro, caballo, buey, asno, todo es preferible a ser hombre, mal que os pese...»

Capítulo XVII

He aquí, queridos niños, el desenlace de este cuento. La familia Ratón ya nada tiene que temer para lo sucesivo ni de Gardafur, estrangulado por el príncipe Kissador, ni del príncipe Kissador.

Se deduce, pues, de aquí que van a ser muy felices y a gozar, como suele decirse, de una felicidad sin nubes.

Por lo demás, el hada Firmenta siente por ellos verdadero afecto, y no habrá de escatimarles sus beneficios.

Tan sólo el primo Raté tiene cierto derecho a quejarse, toda vez que no ha llegado a una metamorfosis completa. No puede, en manera alguna, resignarse, y aquel rabo de asno causa su desesperación. En vano trata de disimularlo. ¡Siempre se le descubre!

Por lo que hace al sensato Ratón, será ratón toda su vida, a despecho de la duquesa Ratona, que le reprocha sin cesar su descortés negativa a elevarse hasta el rango de los humanos. Y cuando la enojada gran dama le abruma demasiado con sus recriminaciones, se contenta con replicarla, aplicándole la frase del fabulista:

—¡Ah, mujeres, mujeres, hermosas cabezas a veces, pero seso..., ni chispa!

Por lo que hace al príncipe Ratín y a la princesa Ratina, fueron muy felices y tuvieron muchos hijos.

Así es como acaban ordinariamente los cuentos de hadas, y yo me atengo a esta manera de terminar, que es la buena.

FIN

El señor *re* sostenido y la señorita *mi* bemol

Editado por Juan Suárez

Género: Cuento

Año de publicación: 1910

Sinopsis:

Un organista llega a un pueblo y encadena a los niños a un órgano, sustituyendo a los tubos del instrumento musical por sus gargantas según la nota de cada uno, convirtiendo el coro de la localidad en un inmenso órgano viviente. Verne hace uso de sus conocimientos de música, pues el *re* sostenido y *mi* bemol, son las mismas notas musicales cuando se ejecutan en un piano.

Capítulo I

Éramos unos treinta niños en la escuela de Kalfermatt, unos veinte chicos de entre seis y doce años, y unas diez niñas de entre cuatro y nueve. Si tenéis el deseo de averiguar en qué sitio se encuentra exactamente este pueblo, os diré que, según mi Geografía (página 47), se halla en uno de los cantones católicos de Suiza, no lejos del lago de Constanza, al pie de las montañas del Appenzell.

—¡Eh, eh! ¡El de allá abajo, José Muller!

—¡Señor Valrugis! —respondí yo.

—¿Qué es lo que está usted escribiendo mientras explicamos la lección de Historia?

—Estoy tomando notas, señor.

—Bien.

La verdad es que yo estaba dibujando un hombre, mientras el maestro nos refería por milésima vez la historia de Guillermo Tell y del perverso Gessler; nadie la sabía como él. El único punto que le quedaba por elucidar era el relativo a la clase, reineta o camuesa, a la que pertenecía la manzana histórica que el héroe de Helvecia había colocado sobre la cabeza de su hijo, manzana tan discutida como la que nuestra madre Eva cogió del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El pueblo de Kalfermatt se halla agradablemente situado en el fondo de una

de esas depresiones que llaman *van*, abierta en el lado de la montaña al que no llegan los rayos del sol en el verano. La escuela, sombreada por espesas frondas, en la extremidad del pueblo, no tiene el desagradable aspecto de una oficina de instrucción primaria, sino que es, por el contrario, de alegre aspecto, bien situada, con un amplio patio, un cobertizo para los días de lluvia y un pequeño campanario, en el cual canta la campana como un pájaro en las ramas.

El señor Valrugis es quien se halla al frente de la escuela, a medias con su hermana Lisbeth, una viejecita más severa que él. Con los dos hay bastante para la enseñanza: lectura, escritura, cálculo, geografía, historia —historia y geografía de Suiza, por supuesto—. Tenemos clase todos los días, excepto los jueves y los domingos. Entramos a las ocho, cada uno con su cestito y los libros sujetos con una correa. En el cestito llevamos la comida del mediodía: pan, carne, queso, fruta y un pequeño frasquito de vino aguada. En los libros hay lo bastante para instruirse: cuentas, problemas, dictados. A las cuatro regresamos a casa, con el cestito vacío hasta la última miga.

—¡Señorita Betty Clére...!

—¿Señor Valrugis? —respondió la niña.

—Parece que no presta usted mucha atención a lo que estamos diciendo; ¿tendrá usted la bondad de decirnos hasta dónde llegamos?

—Al instante —dijo Betty balbuciente— en que Guillermo se niega a saludar al gorro...

—¡Error...! ¡Ya no estamos en el gorro, sino en la manzana, de cualquier clase que sea...!

La señorita Betty Clére, confusa y avergonzada, bajó los ojos, no sin antes haberme dirigido aquella tierna mirada que tanto me agradaba.

—Indudablemente —prosiguió, con un poco de ironía, el señor Valrugis—, si esta historia se cantase en lugar de ser recitada, experimentaría usted más placer por ella, dado el gusto que usted siente por las canciones..., ¡pero jamás se atreverá un músico a poner música a semejante asunto!

¿Tendría tal vez razón nuestro maestro de escuela? ¿Qué compositor habría de tener la pretensión de hacer vibrar tales cuerdas...? Y, sin embargo, ¿quién sabe si algún día, en un porvenir más o menos remoto...?

Pero el señor Valrugis continuó su explicación. Grandes y pequeños éramos todo oídos. Habríase oído silbar la flecha de Guillermo Tell a través de la clase..., por centésima vez desde las últimas vacaciones.

Capítulo II

Es cierto que el señor Valrugis no asigna al arte de la música más que un rango muy inferior. ¿Tiene razón...? Éramos nosotros demasiado jóvenes entonces para poder tener una opinión a este respecto. Figuraos, yo estoy entre los mayores y todavía no he llegado a los diez años. Muchos de nosotros, sin embargo, gustábamos de las canciones del país, de los viejos Heder de las

veladas, y también de los himnos de las grandes fiestas y los salmos del antifonario cuando les acompaña el órgano de la iglesia de Kalfermatt. Entonces las vidrieras vibran, los niños lanzan sus voces de falsete, los incensarios se balancean, y parece como que los versículos, los motetes y los repensos se alzan y vuelan en medio de vapores perfumados...

Yo no quiero alabarme, porque eso no está bien, y aun cuando yo hubiese sido uno de los primeros de la clase, no me toca a mí el decirlo. Ahora, si me preguntáis por qué yo, José Muller hijo de Guillermo Muller y de Margarita Has, y en la actualidad, después de haber sucedido a mi padre, maestro de postas en Kalfermatt, se me había apodado *re sostenido*, y por qué Betty Clére, hija de Juan Clére y de Jenny Rose, tabernero en dicho pueblo, llevaba el sobrenombre de *mi bemol*, os contestaré: paciencia, muy pronto lo sabréis. No queráis andar más de prisa de lo que conviene, queridos niños. Lo que es cierto es que nuestras dos voces casaban admirablemente, en espera, sin duda, de que nosotros mismos nos hubiéramos casado el uno con la otra. Y ahora tengo ya una respetable edad, y al escribir esta historia sé, hijos míos, muchas más cosas de las que entonces sabía, hasta de música.

¡Sí! ¡El señor *re sostenido* se casó con la señorita *mi bemol*, y somos muy felices, y nuestros negocios han prosperado mucho, gracias a nuestro trabajo y a nuestra conducta...! Si un maestro de postas no sabe conducirse, ¿quién lo sabría...?

Hace, pues, cuarenta años nosotros cantábamos en la iglesia, porque debo deciros que las niñas cantaban, lo mismo que los niños, en la iglesia de Kalfermatt, sin que semejante costumbre llamase en manera alguna la atención. ¿Quién se ha inquietado nunca por averiguar el sexo al que pertenecen los serafines que han bajado del cielo?

Capítulo III

El coro de cantores de nuestro pueblo gozaba de gran reputación, gracias a su director, el organista Eglisak. ¡Qué maestro de solfeo y qué habilidad ponía en hacernos vocalizar! ¡De qué modo nos enseñaba el compás, el valor de las notas, la tonalidad, la modalidad, la composición de la escala! ¡Muy inteligente, muy inteligente era el digno Eglisak! Decíase que era un músico con talento, un contrapuntista sin rival, y que había hecho una fuga extraordinaria, una fuga en cuatro partes.

Como nosotros no sabíamos gran cosa acerca del particular, hubimos de preguntárselo un día.

—¿Una fuga? —respondió alzando la cabeza.

—¿Es un trozo de música? —dije yo.

—De música trascendente, hijo mío.

—Quisiéramos escucharla —saltó un italianito llamado Farina; dotado de una hermosa voz de contralto, y que subía..., subía... hasta el cielo.

—Sí —añadió un alemán, Alberto Hocht, cuya voz, en cambio, bajaba...,

bajaba... hasta el fondo de la tierra.

—¡Vamos, señor Eglisak! —repitieron los otros chicos y chicas.

—No, hijos míos. Vosotros no conoceréis mi fuga hasta que esté terminada...

—¿Y cuándo lo estará? —pregunté yo.

—Nunca.

Nosotros nos miramos unos a otros y él se sonrió con su punta de ironía.

—Una fuga jamás se halla acabada —nos dijo—; pueden siempre añadirse partes nuevas.

Nosotros, pues, no habíamos escuchado la famosa fuga del profesor Eglisak; pero, en cambio, había puesto para nosotros música al himno a San Juan Bautista; vosotros ya sabéis que de este salmo en verso, Guido de Arezzo tomó las primeras sílabas para designar las notas de la escala:

*Ut gueant laxis Resonare fibris Mira gestorum Famuli tuorum Solve polluti
Labii reatum Sancte Joannes.*

El Si no existía en la época de Guido de Arezzo; fue en 1026 cuando un tal Guido completó la gama con la adición de la nota sensible, y, a mi juicio, hizo bien.

En realidad, cuando nosotros cantábamos ese salmo, hubiera acudido la gente de lejos sólo para escucharnos. En cuanto al significado que tenían aquellas extrañas palabras, nadie lo sabía en la escuela, ni siquiera el señor Valrugis. Creíase que era latín, pero no estábamos muy seguros, y, sin embargo, parece que ese salmo será cantado en el día del Juicio final, y es probable que el Espíritu Santo, que habla todas las lenguas, lo traducirá al lenguaje edénico.

No por eso, sin embargo, dejaba de ser cierto que el señor Eglisak pasaba por ser un gran compositor; por desgracia, estaba aquejado de una enfermedad muy lamentable, y que tendía a aumentar progresivamente. Con la edad, su oído iba haciéndose duro; nosotros lo advertíamos perfectamente, pero él no quería reconocerlo. Por lo demás, y con objeto de no apenarle, gritábamos al dirigirle la palabra, y nuestros falsetes conseguían hacer vibrar su tímpano. Pero no se hallaba lejana la hora en que había de quedarse completamente sordo.

Sucedió esto en domingo, a la hora de las vísperas; acababa de terminarse el último salmo de Completas, y Eglisak continuaba en el órgano, abandonándose a los caprichos de su imaginación; tocaba y tocaba, sin que aquello llevara trazas de terminarse nunca, y nadie quería marcharse, ante el temor de apenarle. Pero he aquí que el entonador, cansado ya, se detiene; le falta al órgano la respiración..., Eglisak no se ha dado cuenta; los acordes, los arpeggios fluyen de sus dedos; ni un solo sonido se escapa y, sin embargo, él, en su alma de artista, continúa oyendo... Todo el mundo comprende que acaba de ocurrirle una desgracia y nadie se atreve a llamarle la atención, a pesar de

que el entonador ha bajado por la estrecha escalera de la tribuna...

Eglisak no cesa de tocar. Y toda la tarde siguió tocando, y toda la noche también, y todavía a la mañana siguiente sus dedos paseaban sobre el mudo teclado... Fue preciso sacarle de allí... El pobre hombre al fin se dio cuenta de lo que le sucedía: estaba sordo. Pero eso no le impediría terminar su fuga. No podría oírla, eso es todo.

Desde aquel día, los grandes órganos ya no resonaron más en la iglesia de Kalfermatt.

Capítulo IV

Transcurrieron seis meses. Llegó noviembre, sumamente frío. Un manto blanco cubrió la montaña e invadió las calles. Llegábamos a la escuela con la nariz encarnada y las mejillas amoratadas. Yo aguardaba a Betty al volver de la plaza. ¡Qué graciosa estaba con la capellina!

—¿Eres tú, José? —decía.

—Soy yo, Betty; el frío corta esta mañana; arrópate bien; abróchate la pelliza.

—Sí, José. ¿Y si diéramos una carrerita?

—Bueno. Dame tus libros, yo te los llevaré. Ten cuidado no te constipes; sería una lástima que fueras a perder tu hermosa voz.

—¡Y tú la tuya, José!

Sí que habría sido una lástima, en efecto. Y después de habernos soplado los dedos, marchábamos a todo correr para entrar en calor. Por fortuna, la escuela estaba calentita. La estufa daba lumbre; no se escatimaba la leña, de la que había bastante abundancia en el monte y el viento se encargaba de derribarla, no quedando más que el trabajo de recogerla. El señor Valrugis permanecía en su silla con el gorro encasquetado hasta los ojos, y nos contaba la historia de Guillermo Tell. Pensaba yo entonces que si Gesler no poseía más que un gorro, debía haberse acatarrado, ya que su gorro figuraba en la punta del palo, si es que aquellas cosas habían ocurrido en el invierno.

Y entonces se trabajaba bien: la lectura, la escritura, el cálculo, la recitación, el dictado, y el maestro estaba satisfecho. La música, no obstante, holgaba; no se había encontrado ninguna persona capaz de reemplazar al viejo Eglisak. Seguramente, olvidaríamos todo lo que habíamos aprendido. ¿Qué probabilidades había de que viniese un nuevo director a Kalfermatt? El órgano también comenzaba a necesitar reparaciones.

El señor cura no ocultaba su disgusto. ¡Cómo desentonaba el pobre señor, ahora que no le acompañaba el órgano, sobre todo en el prefacio de la misa! El tono iba bajando gradualmente, y cuando llegaba a *supplici confessione dicentes*, nadie podía discernir las notas. Algunos se sonreían, pero a mí me daba mucha pena y a Betty también.

El día de Todos Santos no había habido ninguna música bonita, ¡y la Navidad que se aproximaba con sus *Gloria*, sus *Adeste fideles* y sus *Exultet*...!

El señor cura había tratado de ensayar un medio; el de reemplazar el órgano por un serpentón. Con el serpentón, por lo menos, no desentonaría. La dificultad no estaba en procurarse aquel instrumento antediluviano. Había uno colgado en la pared de la sacristía, y que estaba durmiendo allí desde hacía muchos años. Mas ¿dónde encontrar el serpentista? En realidad, tal vez podría utilizarse el entonador del órgano, entonces sin ocupación.

—¿Tú sabes entonar? —le dijo un día el señor cura.

—Sí —respondió aquel valiente—, con el fuelle, pero no con mi boca.

—¿Qué importa? Haz un ensayo para ver...

—Ensayaré.

Y ensayó, sopló en el serpentón, pero el sonido que de él salió fue verdaderamente abominable. ¿Procedía aquello de él o procedía de la bestia de madera? Cuestión insoluble. Hubo, por consiguiente, que renunciar a ello, y lo probable era que la próxima Navidad fuera tan triste como había sido la fiesta de Todos Santos. Porque si faltaba el órgano, por faltar Eglisak, tampoco funcionarían los cantores, pues no teníamos quien nos diera lecciones, ni quien llevara el compás; por esto los kalfermattianos estaban verdaderamente desolados, cuando una tarde el pueblo se alzó en revolución.

Estábamos a 15 de diciembre. Hacía un frío seco, uno de esos fríos que las brisas llevan a lo lejos. Una voz en la cumbre de la montaña habría llegado hasta el pueblo, y un pistoletazo disparado en Kalfermatt se hubiera oído en Reischarden, y entre ambos hay una legua larga.

Era un sábado, y yo había ido a cenar a casa del señor Clére. Al día siguiente no había escuela. Cuando se ha trabajado durante toda la semana, ¿no es perfectamente lícito descansar el domingo? El propio Guillermo Tell tiene el derecho de reposar, porque debe hallarse fatigado tras ocho días pasados sobre el banquillo del señor Valrugis.

La casa del posadero estaba situada en la plazuela, en el rincón de la izquierda, casi enfrente de la iglesia, cuya veleta se oía girar al extremo de su puntiagudo campanario. Había una media docena de clientes en casa de los Clére, y se había convenido que Betty y yo cantásemos aquella tarde un lindo nocturno de Salviati.

Se había terminado la cena y retirado el servicio, se alinearon las sillas e íbamos a comenzar, cuando un sonido lejano llegó a nuestros oídos.

—¿Qué es eso? —dijo uno.

—Diríase que viene de la iglesia —respondió otro.

—¡Pero si es el órgano...!

—¡Cómo! ¿Iba a tocar solo el órgano?

Los sonidos, sin embargo, continuaban propagándose con toda claridad; tan pronto crescendo como *diminuendo* se hinchaban de vez en cuando como si hubiesen salido de la gran bombardita del instrumento.

Abrióse la puerta de la posada, a pesar del frío. La vieja iglesia estaba

sombría, sin que ningún resplandor pasase a través de las vidrieras de la nave. Era el viento, indudablemente, el que se deslizaba por algún agujero del techo o de las paredes. Nos habíamos equivocado, e íbamos a reanudar nuestra velada cuando el fenómeno se reprodujo, con tal intensidad que no era posible el error.

—¡Pero están tocando en la iglesia! —exclamó Juan Clére.

—Es el diablo, seguramente —dijo Jenny.

—¿Acaso el diablo sabe tocar el órgano? —replicó el posadero.

—¿Y por qué no? —pensaba yo.

Betty me cogió de la mano.

¿El diablo? —dijo.

A todo esto, las puertas que daban a la plaza fueron abriéndose poco a poco, y algunas personas se asomaban a las ventanas preguntando lo que ocurría. Alguien que estaba en la posada dijo:

—Habrá encontrado el señor cura un organista y le habrá mandado venir.

¿Cómo era que no se nos había ocurrido esta explicación tan sencilla...?

Precisamente, en este momento apareció el propio señor cura en el umbral de la casa rectoral.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Están tocando el órgano, señor cura —le dijo el posadero.

—¡Bueno! Será Eglisak que habrá vuelto a ponerse al teclado.

El ser sordo no impide, en efecto, el dejar correr los dedos sobre las teclas, y era posible que el anciano maestro hubiese tenido el capricho de subir a la tribuna con el entonador. Era menester verlo; pero el pórtico estaba cerrado.

—José —me dijo el señor cura, ve a ver a casa de Eglisak.

Eché a correr hacia allí llevando de la mano a Betty, que no había querido separarse de mí.

Cinco minutos después estábamos de regreso.

—¿Y bien? —me preguntó el señor cura.

El maestro está en su casa contesté, faltar de aliento.

Era, efectivamente, cierto; su sirvienta me había asegurado que estaba durmiendo en su cama, como un lirón, y que toda la trompetería del órgano no hubiera podido despertarle.

—Entonces, ¿quién es el que está allí? —murmuró la señora Clére, algo intranquila.

—Ahora lo veremos —dijo el señor cura abrochándose el abrigo.

El órgano continuaba dejándose oír. Era como una tempestad de sonidos lo que de él brotaba. La plaza estaba como barrida por un huracán de música. Hubiérase dicho que la iglesia no era más que un inmenso tubo de órgano.

Ya dije que el pórtico estaba cerrado, pero al dar la vuelta se vio que la puertecilla situada enfrente precisamente de la taberna Clére estaba entreabierta. Por allí era por donde había debido penetrar el intruso. El señor cura primero y tras él el sacristán, que acababa de unírsele, entraron en la iglesia. Al pasar mojaron sus dedos en la pila del agua bendita y se

santiguaron; todos los que seguían hicieron lo mismo.

De pronto, el órgano se calló; el trozo ejecutado por el misterioso organista se detuvo sobre un acorde de cuarta y sexta, que se perdió bajo la oscura bóveda.

¿Era la entrada de toda aquella gente lo que había cortado la inspiración del artista desconocido...? Eso era lo único que podía pensarse. En aquel momento, la nave, poco antes rebosante de armonías, había vuelto a caer en el silencio; y digo el silencio porque todos nosotros estábamos mudos entre los pilares, con una sensación análoga a la que se experimenta cuando tras un vivo relámpago se espera el estallido del trueno.

Aquello duró un instante; era preciso saber a qué atenerse. El sacristán y dos o tres individuos de los más valientes se dirigieron hacia la escalera de caracol que sube hasta la tribuna en el fondo de la nave. Subieron los peldaños, pero una vez llegados a la tribuna, no encontraron a nadie. La tapa del teclado estaba echada; el fuelle, medio hinchado aún a causa del aire que no podía tener salida, permanecía inmóvil, con su palanca alzada.

Probablemente, aprovechándose del tumulto y de la oscuridad, el intruso había podido bajar la escalera, desaparecer por la puertecilla y escapar a través del pueblo.

¡No importaba! El sacristán creyó que tal vez, por prudencia, sería conveniente exorcizar, mas el señor cura se opuso a ello, y con razón, porque no la había para proceder a tales exorcismos.

Capítulo V

Al día siguiente, el pueblo de Kalfermatt contaba con un habitante más, y hasta con dos; pudo vérselos paseándose por la plaza, ir y venir a lo largo de la Calle Mayor y llegar hasta la escuela, y, finalmente, volverse a la posada de Clére, donde tomaron una habitación con dos camas, para un tiempo cuya duración no indicaron.

—Puede ser para un día, para una semana, para un mes, para un año —había dicho el más importante de aquellos dos personajes, según me contó Betty cuando se unió conmigo en la plaza, como todos los días.

—¿Sería ése el organista de ayer? —pregunté yo.

—¡Caramba! Bien pudiera ser eso, José.

—¿Con su entonador...?

—El más gordo, sin duda —respondió Betty.

—¿Y cómo son?

—Como todo el mundo.

Como todo el mundo, es evidente, toda vez que tenían una cabeza sobre los hombros, brazos adheridos al torso y pies al extremo de las piernas. Pero puede poseerse todo eso, y, sin embargo, no parecerse a nadie. Y esto, efectivamente, fue lo que yo hube de reconocer cuando, hacia las once de la mañana, vi, por fin, a aquellos dos extranjeros tan extraños.

Marchaban uno tras otro.

Uno de ellos, de treinta y cinco a cuarenta años, delgado, pálido, enjuto, largo, vestido con una gran levita amarillenta, las piernas dobladas, que terminaban en dos pies estrechos, puntiagudos, tocado con una ancha gorra con pluma. ¡Vaya una figura la que tenía aquel individuo! Ojos plegados, pequeños, pero penetrantes, con una brasa en el fondo de sus pupilas, dientes blancos y agudos, nariz afilada, boca cerrada y barbilla prominente. ¡Y qué manos! ¡Dedos largos, largos... de esos dedos que sobre un teclado pueden abarcar una octava y media!

El otro era su antítesis: grueso, ancho de espaldas y sobre sus robustos hombros una cabezota de toro, semblante congestionado, barriga en clave de *fa*, y representando unos treinta años.

Nadie conocía a aquellos individuos. Era la primera vez que venían al país. Seguramente no eran suizos, sino más bien gentes del Este, de más allá de las montañas, del lado de Hungría. Y así era, en realidad, según supimos más tarde.

Después de haber pagado una suma adelantada en la posada Clére, habían almorzado con gran apetito, sin escatimar las cosas buenas. Luego se pusieron a pasear uno tras otro; el flaco mirando a un lado y a otro, canturreando, los dedos en incesante movimiento y, con un gesto singular, iba golpeándose la nuca con la mano y repitiendo:

—¡*La natural*...! ¡*La natural*...! ¡Bien!

El gordo se balanceaba sobre sus piernas, fumando una pipa en forma de saxofón, de donde se escapaban torrentes de humo blanquecino.

Yo les contemplaba con los ojos muy abiertos, cuando el más alto me llamó, haciéndome señas para que me acercara.

La verdad sea dicha, yo tenía un poco de miedo, pero, al fin, me arriesgué y él me dijo con una voz como la de falsete de un niño de coro:

—¿La casa del cura, pequeño?

—¿La casa del... el presbiterio?

—Sí. ¿Quieres llevarme?

Pensaba yo que el señor cura me regañaría por haberle llevado aquellas personas: sobre todo el alto, cuya mirada me fascinaba. Habría querido negarme, pero me fue imposible, y heme aquí encaminándome hacia la casa rectoral.

Nos separarían unos cincuenta pasos de ella, cuando yo le enseñé la puerta y huí a todo correr, en tanto que la aldaba marcaba tres corcheas, seguidas de una negra.

Varios camaradas me aguardaban en la plaza y el señor Valrugis con ellos, quien me interrogó. Yo referí todo lo que había pasado; los compañeros me miraban...; ¡Ya veis, él me había hablado!

Pero cuanto yo pude decir no nos hizo adelantar un paso en la averiguación de lo que aquellos dos individuos vendrían a hacer en Kalfermatt. ¿Por qué habían querido hablar con el señor cura? ¿Qué habría ocurrido entre ellos?

Todo quedó explicado aquella tarde.

Aquel tipo extraño —el más alto— se llamaba Effarane; era húngaro, y a la vez artista afinador y constructor de órganos, organero, como suele decirse, y que se encargaba de hacer reparaciones, yendo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo ganándose de ese modo la vida.

Él, según fácilmente se adivina, fue quien, la víspera, habiendo penetrado por la puertecilla lateral con el otro, su ayudante y entonador, había despertado los ecos de la vieja iglesia, desencadenando tempestades de armonía. Pero, según él, el instrumento, defectuoso en algunas partes, exigía ciertas reparaciones, y él se ofrecía a hacerlas a muy bajo precio. Varios certificados daban fe de sus aptitudes para este género de trabajos.

—¡Hágalo, hágalo! —había respondido el señor cura, que se había apresurado a aceptar la oferta que el personaje hiciera. Y había añadido:

—¡Bendito sea Dios, que nos envía un organero de vuestro saber y valer, y mil veces bendito si, además, nos enviase un organista...!

—¿De modo que el pobre Eglisak...? —preguntó el maestro Effarane.

—Sordo como una tapia. ¿Le conoce usted?

—¿Quién no conoce al hombre de la fuga?

—Pues hace ya seis meses que ni toca en la iglesia, ni enseña en la escuela. Así es que tuvimos que tener misa sin música el día de Todos Santos, y me temo que algo análogo va a ocurrirnos para el de Navidad.

—Tranquilícese, señor cura —respondió el maestro Effarane—; en unos quince días pueden terminarse las reparaciones, y si usted quiere, el día de Navidad yo tocaré el órgano...

Y al decir esto agitaba sus dedos interminables.

El cura agradeció sus ofrecimientos al artista, y le preguntó lo que pensaba acerca del órgano de Kalfermatt.

—Es bueno —respondió el maestro Effarane—, pero incompleto.

—¿Pues qué le falta? ¿No tiene, por ventura, veinticuatro registros, sin olvidar el registro de la voz humana?

—¡Oh, lo que le falta, señor cura, es, precisamente, un registro que yo he inventado, y con el que trato de dotar a estos instrumentos!

—¿Cuál?

—El registro de las voces infantiles —repuso el singular personaje, enderezando su alta figura—. Sí, yo he imaginado este perfeccionamiento. Será el ideal, y entonces mi nombre sobrepujará los nombres de los Fabri, de los Kleng, de los Erhart Smid, de los André, y de los Castendrofer, de los Krebs, de los Müller, de los Agrícola, de los Kranz, de los Antegnati, de los Costanzo, de los Graziadei, de los Serassi, de los Tronci, de los Nanchinini, de los Callido, de los Sébastien Énard, de los Abbey, de los Cavaillé Coll...

Citaba tantos nombres que el buen cura debió creer que no habría terminado hasta la hora de vísperas.

Y el organero añadió sacudiendo su cabellera:

—Si yo consigo esto para el órgano de Kalfermatt, ningún otro podrá

compararse con él, ni el de San Alejandro en Bérgamo, ni el de San Pablo en Londres, ni el de Friburgo, ni el de Amsterdam, ni el de Frankfurt, ni el de Nuestra Señora de París, ni el de la Magdalena, ni el de San Dionisio, ni el de Beauvais...

Y decía todas esas cosas con aire inspirado, con movimientos que describían curvas caprichosas.

Seguramente hubiera inspirado miedo a cualquiera que no fuese un cura, quien, con unas cuantas palabras en latín, podía reducir el diablo a la nada.

Por fortuna, se dejó oír entonces la campana que tocaba a vísperas, y cogiendo su gorra, cuya pluma alisó con la mano, el maestro Effarane saludó con una profunda reverencia y fue a unirse con su entonador en medio de la plaza. Esto no fue obstáculo para que la anciana ama del cura creyese sentir, cuando se marchó, cierto olorcillo a azufre.

Pero la verdad es que la estufa estaba encendida.

Capítulo VI

Claramente se comprende que desde aquel día no se trató de otra cosa que del grave acontecimiento que preocupaba al pueblo; aquel gran artista, inventor genial a la vez, que se llamaba Effarane, se ufanaba de enriquecer nuestro órgano con un registro de voces infantiles. Y entonces, en la próxima Navidad, tras los pastores, los magos, acompañados por las trompetas, los bordones y las flautas, se oirían las voces frescas y cristalinas, los ángeles, mariposeando en torno del Niño Jesús y su divina Madre la Virgen María.

Los trabajos de reparación habían dado principio al día siguiente; el maestro Effarane y su ayudante habían puesto manos a la obra. Durante los recreos, yo y algunos otros escolares acudíamos a verles. Se nos dejaba subir a la tribuna a condición de no estorbar ni impedir las operaciones. Todo el instrumento estaba descompuesto, reducido al estado rudimentario. Un órgano no es más que una flauta de pan adaptada a un secreto, con un fuelle y un registro, es decir, una regla móvil que rige la entrada del viento. El nuestro era un magnífico modelo que tenía veinticuatro juegos principales, cuatro teclados de cincuenta y cuatro teclas, y asimismo una tecla de pedales para bajos fundamentales de dos octavas. ¡Cuán inmenso nos parecía aquel bosque de tubos con lengüetas o bocas de madera o de estaño! ¡Se perdería uno en aquel laberinto inextricable! ¡Cuando pienso que había tubos de dieciséis pies de madera y tubos de treinta y dos pies de estaño! ¡Con aquellos tubos habría podido forrar la escuela entera, y al señor Valrugis mismo tiempo!

Contemplábamos nosotros todo aquello con una estupefacción muy parecida al espanto.

—Enrique —decía Hoet, arriesgando una miradita por debajo—, parece una máquina de vapor...

—No, más bien una batería —replicaba Farina; cañones que van a disparar balas de música.

Por mi parte, yo no encontraba comparaciones, pero cuando pensaba en las borrascas que el doble fuelle podía enviar a través de toda aquella enorme tubería, me acometía un temblor que me duraba horas enteras.

El maestro Effarane trabajaba en medio de aquel desorden sin verse nunca embarazado. En realidad el órgano de Kalfermatt se hallaba en bastante buen estado, y no exigía más que reparaciones poco importantes más que otra cosa una detenida limpieza del polvo acumulado durante muchos años. Lo que ofrecería más dificultades sería el ajuste del registro de voces infantiles. Este aparato se encontraba allí, en una caja, una serie de flautas de cristal, que debían producir sonidos deliciosos. El maestro Effarane, tan hábil organero como maravilloso organista, esperaba triunfar allí donde tantos otros habían fracasado hasta entonces. Sin embargo, yo me daba clara cuenta de ello, no dejaba de marchar a tientas, ensayando ora de un lado, ora de otro, y cuando la cosa no le resultaba a su gusto, lanzaba gritos como un loro rabioso, apurado por su dueña.

¡Brrr...! Esos gritos hacían pasar temblores por todo mi cuerpecillo, y al escucharlos sentía que mis cabellos se erizaban eléctricamente sobre mi cabeza.

Insisto sobre este punto, que todo lo que yo veía me impresionaba al extremo. El interior de la vasta caja del órgano, aquel enorme animal destripado, cuyos órganos estaban por allí dispersos, me atormentaba hasta la obsesión. Soñaba con ello por la noche, y de día mi mente y mi imaginación volvían incesantemente sobre ello. Principalmente la caja de las voces infantiles, a la que no me hubiese atrevido a tocar, me hacía el efecto de una jaula llena de niños, que el maestro Effarane educaba para hacerlos cantar bajo sus dedos de organista.

—¿Qué tienes, José? —me preguntaba Betty.

—No lo sé —respondía yo.

—¿Será porque vas con demasiada frecuencia al órgano?

—Sí..., tal vez.

—No vayas más, José.

—No iré, Betty.

Y volvía aquel mismo día a pesar mío. Me acometía el deseo de perderme en medio de aquel bosque de tubos, de deslizarme por los rincones más oscuros, de seguir tras el maestro Effarane, cuyo martillo yo sentía golpear en el fondo del órgano. Guardábame, y mucho, de decir nada de esto en mi casa; mi padre y mi madre me habrían creído loco.

Capítulo VII

Ocho días antes de Navidad estábamos en la clase de la mañana, las niñas a un lado y los chicos al otro. El señor Valrugis se pavoneaba desde su cátedra; la anciana hermana, en un rincón, hacía labor de aguja; y ya Guillermo Tell acababa de insultar al sombrero de Gessler, cuando la puerta se abrió.

Era el señor cura quien entraba.

Todo el mundo se levantó en señal de respeto, pero tras el señor cura apareció el maestro Effarane.

Todas las miradas se inclinaron al suelo ante la mirada penetrante del organero. ¿Qué venía a hacer a la escuela y por qué le acompañaba el señor cura?

Creí advertir que se fijaba en mí más particularmente; sin duda me reconocía, y yo comencé a encontrarme inquieto.

El señor Valrugis, a todo esto, había bajado de su cátedra, y, deteniéndose ante el señor cura, dijo:

—¿A quién debo el honor...?

—Señor maestro, he querido presentarle al maestro Effarane, que ha deseado visitar a los escolares.

—¿Y por qué...?

—Me ha preguntado si existía una escuela de música en Kalfermatt, señor Valrugis, y le he contestado afirmativamente, añadiendo que era excelente en el tiempo en que la dirigía el pobre Eglisak; entonces, el maestro Effarane ha manifestado deseos de conocerla, y por eso le he traído esta mañana a su clase, rogándole que le excuséis.

El señor Valrugis no tenía por qué recibir ni aceptar excusas; lo que hacía el señor cura estaba perfectamente hecho. Guillermo Tell esperaba por aquella vez.

Y entonces, a un gesto del señor Valrugis todo el mundo tomó asiento; el señor cura en un sillón, que yo fui a buscar, y el maestro Effarane sobre un ángulo de la mesa de las niñas, que habían retrocedido vivamente para dejarle sitio.

La más próxima era Betty, y yo vi claramente que la pobre niña se asustaba de las largas manos y de los largos dedos que describían cerca de ella arpegios aéreos.

El maestro Effarane tomó la palabra y con su voz penetrante dijo:

—¿Son éstos los niños de la escuela de música?

—No todos forman parte de ella —contestó el señor Valrugis

—¿Cuántos?

—Dieciséis.

—¿Niños y niñas?

—Sí —dijo el señor cura—, niños y niñas, y como a esta edad todos tienen la misma voz...

—Error —replicó vivamente Effarane—, y el oído de un experto no se equivocaría.

¿Que si quedamos nosotros sorprendidos de esta respuesta? Precisamente la voz de Betty y la mía tenían un timbre tan semejante que no era posible distinguir entre ella y yo cuando hablábamos, aun cuando más adelante hubieran de diferenciarse, como es natural.

En todo caso, no había que discutir con un personaje como el maestro

Effarane, y todo el mundo se dio por enterado.

—Haga adelantar a los niños que pertenezcan a la escuela —dijo alzando el brazo, como la batuta de un director de orquesta.

Ocho chicos, entre los que me encontraba yo, y ocho niñas, entre las que se hallaba Betty, fueron a colocarse en dos filas frente a frente, y entonces el maestro Effarane nos examinó con más cuidado del que nunca había puesto en ello el señor Eglisak. Hubo que abrir la boca, sacar la lengua, aspirar y espirar ampliamente, mostrarle hasta el fondo de la garganta las cuerdas vocales, que él parecía querer coger con los dedos. Creí que iba a pulsarlas, como las cuerdas de los violines o los violoncelos. A fe mía, ni unos ni otros estábamos tranquilos.

El señor cura, el señor Valrugis y su hermana estaban allí, asombrados, y sin atreverse a pronunciar una palabra.

—¡Atención! —dijo el maestro Effarane—, la clave de do mayor, solfeando. He aquí el diapasón.

¿El diapasón? Esperaba yo que él sacase de su bolsillo un instrumentito de dos ramas, semejante al del bueno de Eglisak, y cuyas vibraciones daban el *la* oficial de Kalfermatt lo mismo que el de cualquier otra parte.

Pero tuvimos otra sorpresa.

El maestro Effarane acababa de bajar la cabeza, y con su pulgar medio cerrado se dio un golpecito sobre la base del cráneo.

¡Oh, maravilla! Su vértebra superior produjo un sonido metálico, y ese sonido era precisamente el *la*, con sus ochocientas setenta vibraciones normales.

El maestro Effarane tenía en sí mismo el diapasón natural. Y entonces, dándonos el do, una tercera menor por encima, mientras que su dedo índice temblaba en el extremo de su brazo.

—¡Atención! —repitió.

Y henos allí solfeando la clave de do, ascendente primero y descendente después.

—¡Malo...! ¡Malo! —exclamó el maestro Effarane cuando se hubo extinguido la última nota. Oigo dieciséis voces diferentes y no debía oír más que una.

Mi opinión es que él se mostraba demasiado exigente, porque nosotros teníamos costumbre de cantar juntos con gran precisión y compás, lo que siempre nos había valido muchas felicitaciones por parte de todos.

El maestro Effarane sacudía la cabeza y lanzaba a derecha e izquierda miradas de descontento. Parecíame que sus orejas, dotadas de cierta movilidad, se tendían como las de los perros, los gatos y otros cuadrúpedos.

—¡Volvamos a empezar! —dijo—. Uno tras otro ahora. Cada uno de vosotros debe tener una nota personal, una nota fisiológica, por decirlo así, y la única que deberá dar siempre en un coro.

¡Una sola nota... fisiológica! ¿Qué es lo que significaba esa palabreja...? Pues bien, yo habría querido saber cuál era la suya, la de aquel original, y

también la del señor cura, que poseía una linda colección, y todas, no obstante, más falsas las unas que las otras.

Comenzamos, no sin vivas aprensiones — ¿no llegaría a maltratarnos aquel hombre terrible?— y no sin alguna curiosidad por saber cuál era nuestra nota personal, aquella que nosotros tendríamos que cultivar en nuestro gazonete, como una planta en su tiesto.

Hoct fue quien debutó, y después de haber ensayado las diversas notas de la escala, el sol le fue reconocido; vamos, pequeña como fisiológico, por el maestro Effarane, como su nota más precisa, la más vibrante de las que su laringe podía emitir.

Después de Hoct le tocó el turno a Farina, que se vio condenado a la natural a perpetuidad.

Siguieron luego mis otros camaradas, sujetándose a aquel minucioso examen, y su nota favorita recibió la estampilla oficial del maestro Effarane.

Me adelanté yo entonces.

—¡Ah, eres tú, pequeño! —dijo el organista.

Y cogiéndome la cabeza, la volvía y la revolvía, hasta el punto de hacerme temer que fuera a separármela del tronco.

—Veamos tu nota —dijo al fin.

Emití las diversas notas de la escala de do subiendo y bajando. El maestro Effarane no pareció nada satisfecho, y me mandó volver a empezar... Aquello no iba bien... No iba bien. Estaba yo sumamente mortificado. Siendo yo uno de los mejores del coro, ¿estaría desprovisto de una nota individual?

—¡Vamos! —exclamó el maestro Effarane—. La escala cromática. Tal vez descubra ahí tu nota.

Y mi voz, procediendo por intervalos de semitonos, subió la octava.

—¡Bien...! ¡Bien! —hizo el organista—. Ya tengo tu nota, y tú sosténla durante todo el compás.

—¿Y cuál es? —pregunté tembloroso.

—Es el *re* sostenido.

Y yo solfeaba sobre aquel *re* sostenido con todo mi aliento.

El señor cura y el señor Valrugis se dignaron hacer un signo de satisfacción.

—Las niñas ahora —ordenó el maestro Effarane.

Y yo pensaba:

¡Si Betty pudiese tener también el *re* sostenido! No me extrañaría, ya que nuestras voces casaban tan bien.

Las muchachas fueron examinadas una tras otra. Ésta tuvo el *si* natural y aquélla el *mi* natural. Cuando le tocó cantar a Betty Clére fue a colocarse en pie, muy intimidada, ante el maestro Effarane.

—Vamos, pequeña.

Le ocurrió a Betty lo mismo que le había acontecido a su amigo José Muller; hubo que recurrir a la escala cromática para hallar su nota, y, finalmente, acabó por atribuírsele el *mi* bemol.

Al principio quedé disgustado, pero reflexionando sobre ello, hube de

aplaudir. Betty tenía el *mi* bemol y yo el *re* sostenido. Ahora bien, ¿no son ambos idénticos? Me puse, en vista de ello, a batir palmas.

—¿Qué te ocurre, pequeño? —me preguntó el organista, que frunció las cejas.

—Que estoy muy contento, señor, porque Betty y yo tenemos la misma nota... me atreví a contestar.

—¿La misma? —gritó el maestro Effarane.

Y se enderezó con un movimiento tan brusco, que su brazo tocó el techo.

—¡La misma nota! —prosiguió—. ¡Ah, conque tú crees que un *re* sostenido y un *mi* bemol son una misma cosa! ¡Eres un imbécil, y te mereces unas orejas de asno...! ¿Es que vuestro Eglisak os ha enseñado semejantes estupideces? ¿Y tolera usted esto, señor cura...? ¿Y usted también, maestro...? ¿Y hasta usted misma, anciana señorita...?

La hermana del señor Valrugis buscaba un tintero para tirárselo a la cabeza. Pero él continuaba abandonándose a todo el estallido de su cólera.

—¿No sabes, pues, tú, desdichado majadero, lo que es una coma, ese octavo de tono que diferencia el *re* sostenido del *mi* bemol, el *la* sostenido del *si* bemol y otros? ¡Ah, por lo visto es que nadie aquí es capaz de apreciar octavos de tono! ¿Es que no hay más que tímpanos estropeados, endurecidos, en las orejas de Kalfermatt?

Nadie se atrevía ni a respirar. Los cristales de las ventanas oscilaban bajo la aguda voz del maestro Effarane. Yo estaba desolado por haber sido quien provocara aquella escena, sin dejar de experimentar tristeza, porque entre la voz de Betty y la mía hubiese semejante diferencia, aunque no fuera más que la de un octavo de tono. El señor cura me miraba con los ojos irritados... El señor Valrugis me lanzaba unas miradas...

Pero el organista se calmó de pronto, y dijo:

—¡Atención, y cada uno a su puesto en la escala!

Nosotros comprendimos lo que aquello significaba, y cada uno fue a colocarse según su nota personal; Betty en cuarto lugar en su calidad de *mi* bemol, y yo tras ella, inmediatamente detrás de ella, en mi calidad de *re* sostenido. Podía decirse que figurábamos una flauta de pan, o mejor, los tubos de un órgano, con la única nota que cada uno de ellos pudiera dar.

—¡La escala cromática —exclamó el maestro Effarane—, y bien, porque si no...!

No se lo hizo decir dos veces. Comenzó nuestro camarada encargado del *do* y fue siguiendo; Betty dio su *mi* bemol y luego yo mi *re* sostenido, cuya diferencia parecían apreciar los oídos del organista. Después de haber subido, volvimos a bajar durante tres veces seguidas.

El maestro Effarane pareció bastante satisfecho.

—¡Bien por los niños! —dijo—. Llegaré a hacer de vosotros un teclado viviente.

Y el señor cura movió la cabeza con aire de duda.

—¿Por qué no? —respondió el maestro Effarane—. Se ha fabricado un

piano con gatos, con gatos escogidos según el maullido que daban al pellizcarles el rabo por medio de un mecanismo. ¡Un piano de gatos! ¡Un piano de gatos! repetía.

Nosotros nos echamos a reír, sin estar muy seguros de si el maestro Effarane hablaba en serio o en broma. Pero más adelante supe que había dicho la verdad al hablar de aquel piano de gatos que maullaban al ser pellizcados en el rabo por un mecanismo; ¡Dios mío, qué no serán capaces de inventar los hombres!

Entonces, cogiendo su gorra, el maestro Effarane saludó, giró sobre sus talones y salió de la escuela diciendo:

—No olvidéis vuestra nota, sobre todo, tú, señor *re* sostenido, y tú así mismo, señorita *mi* bemol.

Y se nos quedó el apodo desde entonces.

Capítulo VIII

Tal fue la visita del maestro Effarane a la escuela de Kalfermatt, y que hubo de dejarme a mí vivamente impresionado. Se me antojaba que un *re* sostenido vibraba incesantemente en el fondo de mi garganta.

Los trabajos de reparación del órgano iban avanzando. Dentro de ocho días nos encontraríamos en la Navidad. Todo el tiempo que yo tenía libre lo pasaba en la tribuna; aquello era más fuerte que yo. Hasta ayudaba lo mejor que podía al organero y a su entonador, de quien no era posible sacar una sola palabra. Actualmente, los registros se hallaban en buen estado, los fuelles prestos a funcionar, y la caja, casi nueva, reluciendo sus cobres en la penumbra de la nave. Sí, estaría dispuesto para el día de la fiesta, excepto, tal vez, en lo que concernía al famoso aparato de las voces infantiles.

Por esta parte, en efecto, el trabajo flaqueaba, con gran despecho del maestro Effarane. Ensayaba y volvía a ensayar, pero las cosas no resultaban a su gusto. De ahí un disgusto que se traducía en violentos estallidos de cólera. Tomábala él con el órgano, con los fuelles, con el entonador y con aquel pobre *re* sostenido, que ya no podía más. A veces yo creía que iba a romperlo y destruirlo todo, y escapaba de allí... ¿Qué diría la población kalfermattiana si veía defraudadas sus esperanzas, si no se celebraba aquel año la Gran Fiesta con toda la pompa y todo el esplendor debidos?

No debe olvidarse que el coro de niños no debía cantar aquella Navidad, por encontrarse desorganizado, y que habría de contentarse con el órgano.

En resumen, llegó el día solemne. Durante las últimas veinticuatro horas, el maestro Effarane, cada vez más y más disgustado, se había entregado a tales furores que era cosa de temer por su razón. ¿Habría de verse precisado a renunciar a aquellas voces infantiles? Yo lo ignoraba, porque era tal el espanto que me infundía, que no me atrevía a poner los pies en la tribuna, ni aun en la misma iglesia.

En la noche de Navidad se tenía la costumbre de que los niños se acostasen

al crepúsculo, con objeto de que durmieran hasta el momento del Oficio, y de este modo pudieran estar despiertos durante la Misa del Gallo. Así pues, aquella tarde, después de la escuela, conduje hasta su puerta a la pequeña mi bemol; ya me había acostumbrado a llamarla así.

—No faltarás a la Misa —le dije.

—No, José, y no te olvides de mí.

—¡No te preocupes!

Me dirigí a mi casa, donde ya me esperaban.

—Vas a acostarte —me dijo mi madre.

—Sí —dije—, pero no tengo ganas de dormir.

—¡No importa!

—Sin embargo...

—Haz lo que te dice tu madre —replicó mi padre—, y ya te despertaremos cuando sea hora de levantarte.

Obedecí, abracé a mis padres y subí a mi alcobita. Mis vestidos nuevos estaban allí, colocados sobre el respaldo de una silla, y mis zapatos limpios cerca de la puerta. No tendría, pues, que hacer otra cosa que ponérmelos de prisa después de haberme lavado la cara y manos.

En un instante me deslicé entre las sábanas y apague la luz, pero quedó en la habitación una semiclaridad causa de la nieve que cubría los tejados próximos.

Inútil decir que no estaba ya en edad de dejar el zapatito en el balcón, con la esperanza de hallar en él un regalo de Navidad. Y entonces me asaltó el recuerdo de que aquél era el buen tiempo, y que ya no volvería. Las última vez, haría tres o cuatro años, mi querida *mi* bemol había encontrado una crucecita de plata en su zapatilla... ¡No lo digáis a nadie, pero fui yo quien la puso!

Después, todas esas cosas se borraron de mi espíritu pensaba en el maestro Effarane ya medio en sueños; le veía sentado cerca de mí, con su larga levita, sus larga, manos, su alargada figura... En vano me tapaba la cabeza con la ropa y cerraba los ojos; yo continuaba viéndolo y sentía sus dedos correr a lo largo de mi camita...

Por fin, después de haber estado dando vueltas y más vueltas, acabé por dormirme.

¿Cuánto tiempo duró mi sueño? Lo ignoro. Pero de repente me vi despertado bruscamente, sintiendo que una mano se había posado sobre mis espaldas.

—¡Vamos, re sostenido! —me dijo una voz que reconocí en el acto.

Era la voz del maestro Effarane.

—¡Vamos, hombre, vamos..., que ya es hora...! ¿Quieres llegar tarde a la Misa?

Yo oía sin comprender.

—¿Será menester que te saque de la cama, como se saca el pan del horno?

Las ropas fueron retiradas vivamente y abrí los que quedaron deslumbrados

por el resplandor de un farol, colgado al extremo de una mano...

¡Qué espanto tan tremendo me acometió...! ¡Era realmente el maestro Effarane quien me estaba hablando!

—Vamos, *re sostenido*, vístete.

—¿Vestirme?

—A menos que quieras ir a la iglesia en camisa. ¿Es que no has oído la campana?

La campana, en efecto, tocaba a vuelo.

—¿Vamos, quieres vestirme o no?

Inconscientemente, pero en un minuto, me encontré vestido. Es verdad que el maestro Effarane me había ayudado, y lo que él hacía lo hacía de prisa.

—Ven —dijo recogiendo su linterna.

—Pero mi padre..., mi madre...

—Ya están en la iglesia —observé yo.

Mucho me sorprendió que no me hubiesen aguardado; al fin bajamos. Se abre la puerta de casa, se cierra de nuevo y henos aquí en la calle.

¡Qué frío tan seco! La plaza está completamente blanca y el cielo salpicado de estrellas; en el fondo se destaca la iglesia con su campanario, cuyo remate parece iluminado por una estrella.

Seguí en pos del maestro Effarane. Pero en lugar de dirigirse hacia la iglesia, empieza a andar por las calles de acá para allá. Se detiene ante las casas, cuyas puertas se abren sin que tenga necesidad de llamar. Mis camaradas salen de ellas vestidos con sus trajecitos nuevos; Hoct, Farina, todos los que formaban parte del coro. Luego les toca a las muchachas, y en primer lugar a mí, pequeña mi bemol; la cojo de la mano.

—Tengo miedo —me dice.

Yo no me atreví a contestarle, «¡También yo!», por temor de espantarla más. Al fin, estábamos todos completos, todos los que tenían su nota personal, la escala cromática entera.

¿Pero cuál es el proyecto del organista...? ¿Será que; a falta de su aparato de voces infantiles, querrá forma un registro con los niños de la escuela de música?

Quiérase o no, es forzoso obedecer a aquel fantástico personaje, como los músicos obedecen a su director de orquesta, cuando empuña la batuta. La puerta lateral de la iglesia está allí, y nosotros la franqueamos de dos en dos. No hay nadie todavía en el templo, que está frío y oscuro, silencioso. ¡Y él que me había dicho que mi padre y mi madre me aguardaban...! Yo le pregunté, sí, me atreví a interrogarle.

—Cállate, *re sostenido* —me respondió—, y ayuda a subir a la pequeña *mi bemol*.

Esto fue lo que hice. Henos aquí a todos metidos en la escalera de caracol y llegados a la tribuna. De pronto, ésta se ilumina; el teclado del órgano está abierto, el entonador en su puesto. ¡Diríase que era él quien se había tragado todo el viento de los fuelles, parecía tan enorme!

A un signo del maestro Effarane, nos colocamos en orden. Tiende el brazo, la caja del órgano se abre y se vuelve luego a cerrar tras nosotros...

Los dieciséis nos hallamos encerrados en los tubos del registro mayor, cada uno separadamente, pero cerca unos de otros. Betty se halla en el cuarto, en su calidad de *mi* bemol, y yo en el quinto, como *re* sostenido. Había, por consiguiente adivinado el pensamiento del maestro Effarane. No había posibilidad de abrigar dudas. No habiendo podido ajustar su aparato, ha compuesto el registro de voces infantiles con los propios niños de la escuela, y cuando el viento llegue a nosotros por la boca de los tubos, cada uno dará su nota. ¡No son gatos, soy yo, es Betty, son todos mis camaradas los que vamos a ser accionados por las teclas del órgano!

—Betty, ¿estás ahí? —dije yo.

—Sí, José.

—No tengas miedo, estoy a tu lado.

—¡Silencio! gritó la voz del maestro Effarane.

Y todo el mundo se calló.

Capítulo IX

La iglesia, sin embargo, está ya casi llena. A través de la hendidura en forma de silbato de mi tubo, yo puedo ver a la muchedumbre de fieles extenderse por la nave, ahora brillantemente iluminada. ¡Y aquellas familias, que no saben que dieciséis de sus hijos están encerrados en este órgano! Percibía yo distintamente el ruido de los pasos sobre el piso de la iglesia, el choque de las sillas, con esa sonoridad peculiar de las iglesias. Los fieles ocupaban su sitio para la Misa del Gallo, y la campana continuaba sonando.

—¿Estás ahí? —pregunté de nuevo a Betty.

—Sí, José —me contestó una vocecita temblorosa.

—¡No tengas miedo...! ¡No tengas miedo, Betty...! Estamos aquí sólo mientras dure el Oficio... Luego se nos dejará en libertad.

En realidad, yo no lo creía así. Jamás dejaría el maestro Effarane en libertad a aquellos pájaros enjaulados, y su potencia diabólica se las arreglaría para tenernos encerrados allí durante mucho tiempo..., ¡para siempre tal vez!

Por fin suena la campanilla. El señor cura y sus dos asistentes llegan ante las gradas del altar. La ceremonia va a dar comienzo.

Pero ¿cómo era que nuestros padres no se habían inquietado por nosotros? Yo veía a mi padre y a mi madre en sus respectivos sitios, completamente tranquilos.

Tranquilos así mismo estaban el señor y la señora Clére, tranquilas, por fin, también las familias de nuestros camaradas; aquello era inexplicable.

En todas estas cosas me hallaba yo reflexionando, cuando un torbellino pasó a través de la caja del órgano.

Todos los tubos se estremecieron como un bosque ante el huracán. El fuelle funcionaba a plenos pulmones.

El maestro Effarane acababa de debutar en espera del Introito. Los grandes registros, incluso los pedales producían ruidos como de tormenta. Aquello terminó con un formidable acorde final. El señor cura entona el Introito: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu*. Y luego el *Gloria*, que el maestro Effarane acompaña con el registro estrepitoso de la trompetería.

Yo estaba pendiente, espantado, del momento en que las borrascas de los fuelles se introdujeran en nuestros tubos; pero el organista nos reservaba, sin duda, para la mitad de la Misa.

Después de la Oración, viene la Epístola, después de la Epístola, el Gradual, terminado con dos soberbios *Aleluyas* y el acompañamiento del registro.

Y entonces, el órgano enmudece durante un cierto lapso de tiempo, mientras dura el Evangelio y la Plática, en la que el señor cura felicita al organista por haber devuelto a la iglesia de Kalfermatt sus voces apagadas...

¡Ah! ¡Si hubiera podido gritar, expedir mi re sostenido por la abertura del tubo...!

Llegamos al Ofertorio con estas palabras: *Loetentur coeli, et exultet tercia ante faciem Domini quoniam venit*, admirable preludio del maestro Effarane con el juego del flautado, unido a los dobles. Hay que reconocer que es magnífico. Bajo esta armonía de un encanto inexpressable, los cielos están llenos de alegría, y parece que los coros celestiales cantan la gloria del Niño divino.

Esto dura cinco minutos, que me parecen cinco siglos, ya que presentía que el turno de las voces infantiles iba a llegar en el momento de la Elevación, que es aquel para el que reservan los grandes artistas las más sublimes inspiraciones de su genio...

Yo estaba, en verdad, más muerto que vivo; parecíame que jamás podría salir una nota por mi garganta, desecada con el espanto. Pero no contaba con el soplo irresistible que me impulsaría cuando la tecla que me correspondía fuese oprimida por el dedo del organista.

Llegó, por fin, el temido momento de la Elevación. La campanilla dejó oír su agudo tintineo. Un silencio de recogimiento general reinó en el templo; las frentes se humillaron, en tanto que los dos asistentes alzaban la casulla del celebrante...

Pues bien, aun cuando yo sea un niño piadoso, en este momento no me encuentro recogido; no pienso más que en la tempestad que va a desencadenarse bajo mis pies. Y entonces, a media voz, para no ser oído sino sólo por ella:

—¿Betty? —dije.

—¿Qué quieres, José?

—¡Ten cuidado ahora va a tocarnos a nosotros!

¡Ah, Jesús, María! —exclamó la pobrecilla.

No me he equivocado. Se percibe un ruido seco. Es el ruido de la regla móvil, que distribuye la entrada del viento en el registro de las voces infantiles. Una melodía suave y penetrante vuela bajo las bóvedas de la

iglesia, en el instante de realizarse el divino misterio. Oigo el *sol* de Hocht, el *la* de Farina y luego el *mi* bemol de mi querida vecinita, y en seguida un soplo hincha mi pecho llevando el *re* sostenido a través de mis labios. Aun cuando uno quisiera callar, no le sería posible. Yo no soy más que un instrumento en manos del organista; la tecla que él posee en su teclado es como una válvula de mi corazón que se entreabre...

¡Ah, qué desgarrador es esto...! ¡No, si esto continúa así, lo que saldrá de nosotros no serán notas, serán gritos, gritos de dolor...! ¡Y cómo pintar la tortura que experimento cuando el maestro Effarane pisa con mano terrible un acorde de séptima, en el que ocupaba yo segundo lugar: *do* natural, *re* sostenido, *fa* sostenido, natural...!

Y como el implacable artista lo prolonga interminablemente, me da un síncope, me siento morir y pierdo el conocimiento...

Lo cual es causa de que aquella famosa séptima, no teniendo un *re* sostenido, no pueda resolverse según las reglas de la armonía...

Capítulo X

—Y bien, ¿qué haces? —me dice mi padre.

—¡Yo...! ¡Yo...!

—Vamos, despierta, que es la hora de ir a la iglesia

—¿La hora...?

—Sí, anda, si no quieres perder la Misa, y ya lo sabes, si no hay Misa, no hay cena de Navidad.

¿Dónde estaba...? ¿Qué había pasado? ¿Es que todo no había sido más que un sueño... el encierro en los tubos del órgano, el fragmento de la Elevación, mi corazón haciéndose pedazos...? Sí, hijos míos, desde el momento en que me había quedado dormido hasta aquel en el que mi padre acababa de despertarme, había soñado todo aquello, gracias a mi imaginación, demasiado sobrecitada.

—¿El maestro Effarane? —pregunté.

—El maestro Effarane está ya en la iglesia —respondió mi padre—; tu madre está también allí; vamos, ¿acabarás de levantarte y vestirte?

Me vestí, como si estuviera borracho, sin dejar de oír aquella séptima torturadora e interminable...

Llegué a la iglesia. Vi a todo el mundo en su sitio habitual; mi madre, el señor y la señora Clére, mi querida Betty, bien abrigada, pues hacía bastante frío. La campana todavía sonaba detrás del tornavoz del campanario, y pude oír los últimos repiques.

El señor cura, revestido con sus ornamentos de las grandes festividades, llegó ante el altar, esperando que el órgano hiciese sonar una marcha triunfal.

¡Qué sorpresa! En lugar de lanzar los majestuosos acordes que deben preceder al Introito, el órgano se callaba... ¡Nada, ni una sola nota!

Sube el sacristán a la tribuna... El maestro Effarane no estaba allí. Se le

buscó en vano. Había desaparecido el organista y con él el entonador. Furioso, sin duda, por no haber podido instalar su registro de voces infantiles, se había escapado sin reclamar lo que se le adeudaba, y desde entonces no volvió a vérselo en Kalfermatt.

No quedé yo pesaroso por ello, lo confieso; queridos niños, porque en compañía de aquel estrambótico personaje yo habría acabado seguramente por volverme loco.

Y si se hubiera vuelto loco, el señor *re* sostenido no habría podido casarse, diez años más tarde, con la señorita *mi* bemol; matrimonio éste bendecido por el cielo. Lo que prueba que, a pesar de la diferencia de un octavo de tono de una «coma», según decía el maestro Effarane, se puede ser feliz y dichoso en un hogar.

FIN

El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos Recuerdos de un alumno de octavo

Traducido por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1991

Sinopsis:

Anselmo de los Tilos es el último descendiente de una vieja familia de marqueses inútiles, quien además de haber heredado la riqueza económica y la personalidad de sus antepasados, posee una fealdad inexpressable, que no le permite hallar esposa. Su profesor de latín, Naso Paraclet, conmovido por la situación de su alumno y amigo, decide ayudarlo secretamente para conquistar a la fecunda novia que deberá salvar a la familia de los Tilos de su inminente extinción.

El marqués Anselmo de los Tilos había llegado, en 1842, después de haber pasado mucho más allá de la edad de la razón y de la pubertad, a los veintisiete años. ¡Es esta la época ultramontana de la existencia en la cual los adolescentes terminan con las locuras de una aprovechada juventud, a menos que no las comiencen! ¡Feliz período de la vida, donde se puede hacer aquello que, en un lenguaje enérgico y paternal, se conoce como tonterías!

Para abreviar, Anselmo de los Tilos representaba un joven de cabello rubio, extendido en las puestas del sol; sus cabellos, en abierta rebelión con las leyes de la geometría capilo—práctica, proponían a los barberos de las ciencias un teorema insoluble, cuyos corolarios osados y erizados lanzaban el terror entre un centenar de muchachas en los alrededores; pero por el contrario, los brazos simiescos, las piernas zancudas, los ojos irreconciliables, una boca adornada en palisandro, las orejas de escolar de primaria, le atribuían al joven marqués un encanto indescriptible, un atractivo inexpressable.

¡Grande de cuerpo y pequeño de ideas, ancho de pecho, pero estrecho de cerebro, fuerte de hombros, pero débil de espíritu, de constitución física fuerte y pobre de inteligencia, ya fuese juntando montañas como Encelado⁵, ya fuese viviendo una existencia puramente vegetal, él debía, indudablemente, ganar el

reino de los Cielos!

Sin embargo, Anselmo de los Tilos disfrutaba de una cierta estima cuando se le miraba desde lo lejos; como los altos monumentos, quería la lejanía de una perspectiva rehabilitante; a cien pasos de distancia, se hubiera dicho que era una arquitectura piramidal, a ciento cincuenta pasos, representaba tan exactamente al hombre agradable del gran mundo; a doscientos era un Antinoo⁶, y las jóvenes chicas sentían una palpitación desconocida levantar sus virginales tocas; en fin, a doscientos cincuenta pasos, las mujeres casadas lanzaban miradas siniestras sobre el esposo de sus encantos, y se las ingeniaban para combinar los artículos homicidas y conyugales del código civil y del código penal.

Pero, las sinuosas calles de la ciudad de C... no le permitían apenas al joven marqués alcanzar estas bellas perspectivas. Además, ¿cómo comprometer a las mujeres a semejantes distancias?, ¿cómo seducir a las jóvenes muchachas sin un poco de proximidad?, ¿cómo satisfacer en una palabra los más dulces sentimientos del alma de una calle a la otra?

¡También los maridos y las amantes dormían entre las sábanas de la indiferencia! Ellos colmaban al joven Anselmo de amistosas atenciones y para su pureza personal, le crearon de mutuo acuerdo un pararrayos contra sus cóleras.

De acuerdo a las observaciones hechas a la oficina de las longitudes, el marqués de los Tilos se elevaba a un metro y noventa y cinco centímetros sobre del nivel del mar; pero su inteligencia no alcanzaba menos de tres metros por debajo del más tonto de los cetáceos. La esponja sola lucharía desfavorablemente con él desde el punto de vista de las facultades intelectuales.

Sin embargo, el señor Anselmo de los Tilos llegó a ser marqués, ni más ni menos, un marqués chapado a la antigua. ¡No había más nobleza de vestimenta que en la suya! ¡Nunca se había bañado en las bañeras gubernamentales, que eran de poca nobleza! Ni bribón, ni burgués, ni villano, ni mercader, era marqués y a justo título.

Debido a que su antepasado Rigoberto, habiendo tenido la nobleza de espíritu y la grandeza de alma necesarias para curar a Luis el tartamudo de una indigestión avanzada, en el año de gracia 879, por medio de las hojas de una planta de tilo que sombreaba su pedazo de tierra, fue hecho noble inmediatamente por la agradecida y aliviada realeza.

Desde esta época memorable, la familia de los Tilos, había sembrado sus raíces en su madriguera, sin preocuparse de las invasiones extranjeras, o de los eventos foráneos, habiéndose puesto a disposición, tan inútilmente como fuese posible, de su estimado país.

Durante la defensa de París por Eudes en el año 885, Rigoberto de los Tilos se escondió en el sótano de su casa.

En la época de las Cruzadas, Atanasio de los Tilos y sus cinco hijos se cruzaron de brazos.

Bajo el reinado de Luis XI, en el momento de la liga del bien público, Ejuperio de los Tilos solamente se preocupó de su bien particular.

En la batalla de Pavía, Francisco I lo perdió todo, excepto el honor. La señora Aldegonda de los Tilos se dejó amar por un jovenzuelo y perdió un poco más que el rey de Francia.

En el día de las barricadas, la familia de los Tilos no hizo más que hacerla detrás de su puerta, dando un ejemplo poco digno de imitar.

Durante el sitio de París por Enrique IV, en medio de la gran hambre, Perefigo de los Tilos, lejos de dar de comer a sus hijos, los alimentó con unas pocas provisiones cuidadosamente acumuladas en sus atestados áticos.

Bajo el reinado de Richelieu, los descendientes de este ilustre linaje aprovecharon el desorden para vivir en una paz profunda, y durante la guerra de Holanda, Nepomuceno de los Tilos, no hizo más que luchar contra las ratas que le devoraban los quesos de ese reino.

Durante la guerra de los siete años, la señora Fredegonda de los Tilos engendró siete bellos niños, y, a menos que se sospeche de su virtud, es necesario creer que durante este tiempo Agliberto de los Tilos, su valeroso esposo, no combatió al gran Federico al lado del mariscal de Sajonia.

En fin, estos apetitosos aristócratas no eran lo suficientemente nobles para ser sospechosos en el noventa y tres, pero lo fueron suficientemente para que les tocara su parte en la indemnización en el regreso de los Borbones.

Por consiguiente, Anselmo de los Tilos, último de esta descendencia, marchaba sobre las huellas de sus ilustres antepasados; no era ni bello, ni corajudo, ni pródigo, pero ignorante, cobarde y simple. En una palabra, marqués, bien marqués, ¡sólo por la gracia de Dios y la indigestión de Luis, el tartamudo!

En 1842, tomaba lecciones de latín de un estimado profesor, de nombre Naso Paraclet⁷, hombre versado en el estudio de la lengua latina, y cuya completa inteligencia costaba trescientos escudos por año.

Era el director espiritual del joven Anselmo, el mentor severo de un Telémaco vestido con piel de marqués, puesto que el pobre alumno no veía, no escuchaba, no comprendía más allá de lo que le enseñaba su profesor.

Los discursos de Naso Paraclet estaban impresos de esa casta tranquilidad que distinguió al devoto Eneas⁸, su héroe favorito; sus oraciones se adornaban incesantemente de fórmulas y de ejemplos tomados de la gramática latina de Lhomond, profesor emérito de la antigua Universidad de París.⁹

—¡Ventre de cierva, señor marqués — le decía de buena fe el devoto Paraclet—, usted es de una nobleza no menos vieja que antigua, y usted labrará su camino! *Viam facietis*, porque yo no me atrevería jamás a tutearlo en esta lengua divina, pero deshonestas.

—Sin embargo — contestó el desdichado de los Tilos — tengo veintisiete años cumplidos; ¿quizás sería este el buen momento para iniciarme en los secretos del mundo?

—¡*Cupidus videndi!*¹⁰. Sus reglas de conducta y gramática están todas

contenidas en Lhomond: ¡desde *Deus sanctus*¹¹ hasta *Virtus et vitium contraria*¹², los altos principios de la sintaxis y la moral se encuentran claramente explicados y deducidos!

—Sin embargo, en fin — respondió el joven Anselmo, ¿no es necesario que un matrimonio adecuado venga a renovar a mi casi extinta familia?

—¡Sin duda alguna, señor marqués, sobre usted descansa la esperanza de todo un noble linaje! ¡*Domus inclinata recumbit*!¹³

—¡*Recumbit humi bos*!¹⁴ — ripostó de los Tilos para hacer gala de su conocimiento.

—Mil excusas, mi ilustre alumno, usted se confunde... *Procumbit humi bos*¹⁵ significa que el buey se cae en la tierra, y esta oración es usada por Virgilio en una circunstancia diferente. *Domus inclinata recumbit* significa palabra a palabra: *domus*, su familia; *inclinata*, que se va a extinguir, y *recumbit*, descansa sobre su alma.

—¿Pero quién me querrá amar, mi buen Paraclet?

—¿No tiene usted cuarenta mil libras de renta? ¿Desde cuando alguien se niega a casarse con cuarenta mil libras ofrecidas por veintisiete nobles años, acompañados de un marqués de buena familia, cuando este marqués abriga sus riquezas bajo los vastos techos de un castillo bien defendido por un gran torreón? ¿Habría que estar loco, o poseer cuarenta y un mil francos de ingresos!

—A decir verdad — continuó el marqués—, ¿qué es el matrimonio?

—¡Señor — contestó castamente el nombrado Paraclet—, no lo he conocido nunca! ¡Soy soltero desde hace cincuenta y un años, y jamás mi alma, incluso en sueños, ha vislumbrado las felicidades conyugales! *Attamen*¹⁶, tanto como le es permitido a un hombre honesto, *vir bonus dicendi peritus*¹⁷, razonar por aproximación sobre las cosas que no conoce ni *de re aut visu, aut auditu, aut tactu*¹⁸, (y este último vocablo fatiga enérgicamente mi pensamiento), responderé con mis mejores deseos al señor marqués de los Tilos, puesto que mi deber es inculcarle los elementales principios del mundo hasta llegar, inclusive, a su procreación.

El profesor pensó terminar después de esta larga oración; pero afortunadamente volvió a tomar aire, tomó su tabaquera adornada con una imagen de Virgilio llevando un vestido negro y la cruz de la Legión de Honor; se introdujo el dedo pulgar, que contenía un gramo de tabaco, en su orificio nasal y dijo:

—Soy el devoto Naso Paraclet, y le haré parte señor marqués, de mis opiniones personales sobre ese nudo antigordiano que se llama matrimonio, himeneo, *matrimonium*. Lhomond en su curso de moral aconsejó conjugar en primer lugar el verbo *amo*, que significa yo amo. ¡Al escoger esta palabra existe una sutileza que puede escapar a primera vista, pero que escapa a la segunda por completo! Procedamos con un método sintético y analítico a la vez. ¿Qué significa *amo*?

—¡Yo amo! — respondió gallardamente el joven Anselmo.

—¿Qué es esta palabra?

—¡Un verbo!

—¿Es activo, pasivo, neutro o deponente¹⁹?

—¡Activo! —dijo sin dudar el marqués de los Tilos.

—¡Activo! Es activo, e insisto sobre esta cualidad esencial —dijo el profesor animándose—. ¡Es activo! y para gobernar al acusativo, es necesario que sea activo, en ocasiones deponente; pero nunca pasivo, nunca neutro. ¡Sigamos! ¿Cuándo el verbo no está en infinitivo...eh?

—¡Concuerda con su nominativo o sujeto!

—¡Admirable, mi noble alumno, y crea que sus veintisiete años de juventud no han sido desperdiciados! ¡Concuerda con el nominativo o sujeto! ¿Y bien, sabe usted quién es, señor marqués? Usted es... ¡un sujeto, un buen sujeto, un excelente sujeto, un brillante sujeto! ¡Como tal, usted es el nominativo de la oración, el individuo nombrado, bien nombrado Anselmo de los Tilos! ¡Por tanto! ¡Usted gobierna a toda la oración! ¿Qué es la oración? ¡Es la imagen de la vida con sus decepciones y sus comas, sus puntos y sus esperanzas, sus placeres y sus signos de exclamación! ¡Por tanto! ¡Usted, sujeto, tome a su gusto todo aquello que la oración encierra en su seno desde el primero de los adverbios hasta la última de las preposiciones, y actúe necesaria y mediatamente sobre el complemento directo! ¡Digo mediatamente, porque entre este complemento y usted se encuentra el indispensable verbo, esta acción, que puesta en movimiento por el sujeto, somete invenciblemente al complemento!

—¿Pero cuál es este verbo? —preguntó el joven Anselmo con creciente interés.

—Este verbo, es el verbo *amo*, o sea yo amo, el verbo esencialmente activo que gobierna, ¿qué? Al acusativo. Ejemplo: amo a Dios, *amo Deum*. ¡El complemento se subordina al verbo, y por él mismo, al sujeto!

—¿Cuál es, entonces, este complemento? —dijo el marqués encogiéndose de hombros.

—¡Aquí —contestó prestamente el devoto Naso—, présteme toda su atención, mi noble discípulo! Existe, se dice, en la sintaxis del mundo, tres géneros muy distintos, como en la lengua latina. Usted pertenece esencialmente al género masculino, debido a que usted ha sido registrado como tal en la alcaldía de su pueblo; pero existen otros individuos que son neutros, como Orígenes, Abelardo, etc., de manera que los verbos de esta naturaleza no concuerdan con ningún complemento en el acusativo. Ejemplo: estudio gramática: *studeo grammaticae*. En fin, el género femenino aparece ante nosotros y es éste el que nos ocupa. La mujer, me han dicho, pertenece a esta última categoría; ella es bien reconocible por su vestimenta habitual, y por la ausencia total de barba en el mentón. ¡Fue hecha esencialmente para ser gobernada, para permanecer bajo la acción directa del sujeto y del verbo, ella siempre está y debe siempre estar en el acusativo con sus formas acusativas! ¿Quién une entonces el sujeto al complemento, el nominativo al acusativo, el

hombre a la mujer? ¡Es el verbo, el verbo activo, muy activo, lo más activo posible; este verbo que se encuentra tan frecuentemente en el cuarto libro de *La Eneida*, que yo he debido hacerle pasar por alto por razones de pudor! ¡Este verbo, esta marca de unión que une a Eneas a la reina de Cartago! ¡*Aeneas amat Didonem*²⁰! El matrimonio, esta es la conjugación de este verbo desde el presente lleno de miel hasta el infinitivo repleto de amargura. Conjugue a su gusto, señor marqués. Existen cuatro conjugaciones en la existencia y la sintaxis. Unas difieren por su movimiento y su imperativo, otras por su embriaguez y su supino²¹ otras por su efervescencia y su gerundio en *dus, da, dum*²². ¡Conjugue, noble de los Tilos, conjugue!

—*Amo, amas, amat, amamus*²³, — dijo dulcemente el joven Anselmo quien a cada suspiro vehemente de estas descripciones amorosas escuchaba mugir las hogueras de su corazón

—Bien, señor marqués —dijo el profesor limpiándose su frente diluviana—. ¡Una última opinión, y partiremos para Citeres²⁴!

—¡Hable, mi sabio Naso!

—Absténgase de admitir el pronombre en su oración: su acusativo correría los más grandes peligros, debido a que este pronombre siempre toma el lugar del nombre o del sujeto.

¡Completamente instruido por esta discusión conyugal y gramatical, el joven Anselmo de los Tilos, se cavaba noche y día el cerebro para llegar a esas capas inferiores que ocultan los misterios más deliciosos! Pero la verdad obliga a decir que no cavó durante mucho tiempo, porque sus escasas facultades se estrellaron pronto contra la roca de la ininteligencia.

Naso Paraclet estudió más que nunca estos principios de toda moral plasmados en la gramática; se remitió con éxito a la cultura moral de la hoja de vid, e hizo algunos comentarios útiles sobre las declinaciones irregulares de la lengua latina.

La ciudad de C..., en la que habitaban estos ilustres personajes, tenía unos siete mil habitantes; aunque, intelectualmente hablando, la ciudad contenía a lo sumo doscientas almas, incluyendo las almas de las bestias.

Esta ciudad de provincia de estrechas calles e ideas, se levantaba a las seis de la mañana, y se acostaba a las nueve de la noche, siguiendo el ejemplo de las gallinas emplumadas en sus corrales. Durante el día, se iba a sus ordinarias ocupaciones, desayunaba a la nueve y cenaba a las cuatro; ciudad exenta de remordimiento y civilización, se acordonaba por delante, se escotaba hasta el mentón inclusive, llevaba medias negras y zapatos de escolar, peregrinaba sobre grandes pies, y golpeaba en manos aun más grandes cuando aplaudía a los virtuosos de su invención. Las mangas de los vestidos se consumían en sus brazos, sus sombreros gozaban de una virtud antiadulterina, y sus doncellas casaderas, deteniendo por medio de resistentes corsés las avalanchas de sus encantos, poseían el verdadero cinturón de castidad. Cuando la noche llegaba, la ciudad se reunía con sus notables, se alumbraba con la linterna proverbial, y hacía resonar sus zapatos de madera sobre las angulosas calles.

¡Pero en estas tardes indescriptibles, los mamíferos no se mezclaron indistintamente! La nobleza que tenía una ascendencia de cuatro nobles generaciones, aplastó a los burgueses bajo los quintales de su desprecio. Y sin embargo, muy pocos de estos dignos aristócratas podrían comparar sus títulos genealógicos con los arrugados pergaminos del marqués de los Tilos. Todos no tenían la dicha de haber tenido un antepasado que tuvo ante Luis, el tartamudo, estima y éxito como apotecario.

¡Por tanto, a pesar de las sumas de fealdad locamente dispensadas para beneficio de los habitantes de C..., el joven Anselmo era mirado como un prodigio desde el doble punto de vista de la imperfección de los rasgos y de la nulidad de la mente! Naso era el único que se le acercaba tanto. Él se atrevía, incluso, a encontrarle un aire distinguido; al escucharlo, era necesario estar ciego o estar a punto de serlo para encontrar a su alumno agradable, y le aconsejaba a sus detractores a ir a tocar el clarinete a través de los campos, *ite clarinettam lusum*²⁵, y nuevamente, usaba el supino, visto los movimientos y contorsiones que exige el toque de este instrumento nasal.

Sin embargo, el devoto Paraclet tenía empeño en preparar a su alumno apropiadamente. Él sabía que tenía todas las debilidades humanas, como todo hombre. ¡No crea que debido a que Anselmo no sentía nada, comprendía pocas cosas, y no deseaba más, sus sentimientos estaban en el estado de quimeras o de mitos! ¡No! Su alma podía entristecerse como la de cualquier otro; no había ahogado las pólvoras de su corazón, y quizás ellas sólo esperaban un frotamiento fosfórico para explotar de pronto, y cubrir las virginidades circundantes de sus restos incendiarios.

¡Por eso es que Naso redobló el toque de los tambores antes las pasiones de su alumno, e hizo reventar las pieles de asnos —de las que están hechos— para entrenar a Anselmo para el asalto! Cada mañana, creía oír que el joven marqués le decía: «estimado Paraclet, ¿qué terribles insomnios me atormentan?»

*Anna soror, quoe me suspensam insomnia terrent*²⁶, lo cual ha traducido interior y libremente por: «hermana Ana, hermana Ana, ¿ves algo venir?».

Pero como el suelo se empolvaba y la hierba se verdeaba en la rocosa imaginación de esta naturaleza granítica, el buen profesor actuó secretamente; entró en campaña para conquistar a la fecunda novia que debía salvar a la familia de los Tilos de su próxima extinción. Y esta empresa resultaría aun más heroica que las marchas de Alejandro el Grande; Naso no se ocultaba ninguno de los peligros de su expedición y para llenar su alma con las narraciones fabulosas de las viejas victorias, releyó día y noche Jenofonte y Tucídides. ¡Fue entonces cuando la retirada de los Diez Mil le pareció una obra maestra de la estrategia!²⁷

¡Pero su corazón era grande, y su amor inmenso! Nada le atemorizaba y estableció su campamento al alcance de un cañón: sobre las herederas vecinas. Es necesario decir que había asegurado sus razones, apoyándose en el árbol genealógico de los Tilos, y había protegido su ataque por las ocho mil piezas

de cien soles que formaban el ingreso del joven marqués.

—Por Júpiter —se dijo—, ¿quién resistiría ataques similares? ¿La señora Mirabelle, con cinco hijas por casar? ¿El señor Pertinax, presidente del Tribunal, poseedor, se dice, de un acusativo de los más singulares? ¿El general de Vieille Pierre, quien no sabe con que nominativo puede concordar a su heredera? Se encuentran por las casas algunas declinaciones de muchachas sin uso. ¿Quién no querría unirse a la noble sangre de los Tilos? ¿Qué molinero no cambiaría su molino por un traje de obispo? diría ¡*Sic parvis componere magna solebam!*²⁸

Por consiguiente, mientras que el joven marqués Anselmo, habiendo llegado al año floreciente y vigésimo séptimo de su edad, concentraba los nocturnos rayos de su inteligencia en la regla del que se sustrae; el devoto Naso montó su regenerador caballito de juguete, y picó sus espuelas con destino a las almas de las jóvenes herederas.

¡Anselmo penetraba en el espíritu de la lengua ausonia, Naso en el de la señora Mirabelle, de los Tilos se identificaba con el genio de Lhomond, y Paraclet empleaba todo el suyo para preparar entre los corazones casaderos los pensamientos matrimoniales!

La señora Mirabelle era una mujer vieja, pero viuda, continuamente vestida con su vestido de verdes colores, grande, flaca, seca, gruñona. En su presencia, se soñaba involuntariamente con esas personas altas y flacas que abundaban en las llanuras de Champaña.

Algunos habitantes de C... de ideas extramundanas repetían que la señora Mirabelle había acostumbrado fácilmente su vida a las asperezas de su anguloso esposo.

Como quiera que fuese, cinco muchachas habían brotado de su áspero himeneo.

Estas estimables doncellas, oscilando entre veinte y veinticinco inviernos, estaban listas para casarse; su madre las conducía en el mundo bajo esta rúbrica conyugal, y las señoritas como mariposas que vuelan alrededor de una llama corrían el riesgo de quemar las faldas de su vestido, y las jóvenes muchachas agitaban sus vestidos de seda con la preocupación de no encarcelar a la menor mariposa.

¡Y sin embargo, cada una estaba orgullosa de sus cien mil francos de dote y lanzaban con un interés todo metálico miradas cargadas de fosfato de dinero; sus ojos diversamente oscurecidos como el echarpe de lirio formaban una batería de diez botellas de Leiden, donde constantemente temblaban las apetitosas hojas de oro; pero ay, las violencias de sus descargas no había golpeado a ningún hijo de familia, y todas habían vanamente gastado mucha electricidad!

¡Es que ellas se parecían más o menos a su madre, y su madre tenía un perfil desagradable!

¿Qué fracasos podían entonces esperar al devoto Naso, cuando, como el criado Landry, venía a asirse a este cinco de corazones?

Arropado con un vestido negro, cuyas faldas acariciaban voluptuosamente un tobillo excitado, decorado con un chaleco hecho para los grandes días de las reflexiones brillantes, llevando un pantalón que profesaba una lejanía imperdonable a los zapatos de hebilla resplandeciente, el osado Paraclet se aventuró al seno de estas vírgenes que la Luna parecía haber olvidado en sus distribuciones de miel; tanteó el terreno, comprendió por los vagos suspiros el desierto de estas almas desconsoladas, y expuso su demanda en términos escogidos.

El florecimiento de estas jóvenes caras a los rayos del sol conyugal no lo sorprendió: eran un número infinito de deseos multiplicados por cinco los que iban a ser llenados; cada mañana, las incomprendidas muchachas se lamentaban con la esperanza de que llegara este día feliz, y formaban entre ellas un total de mil ochocientos veinticinco suspiros por año.

—Sí, señoritas —dijo el devoto Naso—, es un doncel de un cierto futuro y de un pasado recomendable. Su corazón es el más nuevo de los corazones para dar; su alma es virgen de emociones incandescentes. ¡Lámpara virginal que yo mismo he llenado con un nuevo aceite, yo la he inflamado con cuidado, y sólo espera por una llama propicia que haga arder un fuego inextinguible!

—¿Y es bello? —dijeron las jóvenes a coro.

—¡Señoritas, no es bonito; es magnífico!

—¿Es rico? —dijo la madre con una unanimidad inteligente.

—¡Señora, no es rico; es millonario!

—¿Espiritual? —preguntaron las jóvenes vírgenes.

—Lo suficiente para hacer las delicias de una mujer.

—¿Y se llama?

—¡*Sed tamen, iste Deus, qui sit, da, Tityre, nobis!*²⁹ ¡Me hubiera usted dicho si yo hubiera sido Titirio! ¡Háganos conocer ese Dios quienquiera que sea!

—¿Y bien? —exclamaron a una sola voz la madre y las hijas.

—¡El marqués Anselmo de los Tilos!

La fealdad horrible del marqués y el miedo de desposarlo efectuaron un cambio radical.

La mayor de las hermanas cayó desfallecida, la segunda experimentó un ataque de nervios, la tercera se cayó desmayada, la cuarta se cayó de espaldas, la quinta se quedó pasmada, y la madre se quedó asombrada.

Estas caídas sucesivas le recordaron al buen profesor los castillos de cartas que solía hacer en su juventud; podía haber abusado de su posición para desencadenar todas estas síncoas; pero, eminentemente casto, tomó su coraje con una mano, su sombrero con la otra y salió diciendo:

¡*Ipsa gravis graviterque ad terram pondere vasto concidit!*³⁰

Pero el devoto Naso tenía un gran corazón, y estas postraciones humanas estaban por debajo de él; regresó entonces con su alumno llevando un estoicismo sardónico.

¡Sin embargo, estamos autorizados a creer, que si hubiera tenido una cola, la misma hubiera estado derecha!

Anselmo de los Tilos estaba inclinado sobre la sintaxis; quizá esta laboriosa obstinación la tenía con el propósito de calmar las pasiones ardientes. Sin duda los nenúfares de la lengua latina le llegaron al cerebro, y el ardor de su sangre se calmaba en las contemplaciones particularmente antiafrodisíacas de los misterios que le invadían.

—¿Y bien — le dijo el último heredero de su nombre—, que pasó con las damas de la familia Mirabelle?

—Traduzca palabra a palabra — contestó Paraclet—; *mira*, contemple, *belle*, con cuidado, a qué familia usted pertenece, señor marqués, y no vaya usted a casarse con una persona de condición inferior! ¡Esas damas son de pequeña nobleza, de pequeño espíritu, de pequeña fortuna, y usted no tendría más que pequeños niños, lo que es algo inherente y exclusivo a los abuelos!

—¡Ay de mí! — respondió lastimosamente Anselmo.

—¡Coraje, mi noble discípulo! Después de los verbos aconsejar, persuadir, etc..., ¿cómo se expresa el «que» o el «de»?

—Se expresa a través de *ut* con el subjuntivo.

—Le doy un buen punto por esa respuesta, y me marchó al instante a la casa del general de Vieille Pierre.

Lo que fue dicho, fue hecho. Anselmo continuó su deber, y Naso Paraclet, vestido como antes, dirigió sus melancólicos pasos hacia la bella Amaltulda.

¡Era la hija y el ídolo del general! ¡Cada día, sobre el altar de sus caprichos, su padre la sacrificaba de las hecatombes!

Físicamente, esta joven estaba tallada en plena carne, ancha de espaldas, fuerte de caderas, rápida de movimientos y robusta de sus miembros. Su carácter era duro, su vivacidad petulante, su temperamento indomable. En lo que concierne a lo moral, se cubría con un quepis³¹, y se vestía con un traje de campaña; parecía hecha para llevar la mochila sobre la espalda, y no tenía necesidad de esperar a la orden para hacerse a la carga. Su padre que había estado al mando de algunos batallones, ahora estaba siendo mandado y se batía en retirada ante todas las voluntades de su hija. Era una amazona, menos el arco y las mutilaciones necesarias para servirse. ¡En una palabra, tenía suficientes municiones en las venas!

¡Se necesitaba la unión de dos valerosos hombres como Áyax y Aquiles, para poder enfrentar a esta joven! ¡Se le tomaba por un baluarte con sus barbacanas, sus aspilleras y sus catapultas, tenía los aires de un cañón cargado y listo para la metralla!

¡También, el devoto Naso, acorazado en su propia conciencia, ponía su fe en Dios, y en Lhomond, su profeta de la lengua latina!

Era un cerco, en toda la extensión de la palabra, lo que iba a hacer. ¡Importaba trazar los paralelos de la prudencia, y excavar en minas seguras! En cuanto a las razones, el buen profesor tenía bastante de aquéllas que producían un temor indomable. Pero su partida comenzaba; preparó el ataque,

y sus escudos, y se presentó en el cuartel del general.

Fue recibido por un perro vestido de portero, y, después de sus animadas insistencias, fue llevado ante la noble Amaltulda de Vieille Pierre.

La historia no guardó recuerdos de esta memorable entrevista, en la cual, en presencia del general y de su hija, Paraclet pidió esa valerosa mano para su querido alumno.

¡No se sabe si fue realmente la mano lo que le dieron en esta circunstancia, ni en que lugar la recibió! Para abreviar, después de cinco minutos de una explicación parlamentaria, el profesor se batió apresuradamente en retirada, abandonando su proyecto y su sombrero en el campo de batalla. En pocos instantes, acababa de soportar el fuego de sus adversarios, limpiar el sudor de su frente, secar el interior de sus calzones y soportar reveses considerables.

Su huida precipitada lo llevó rápidamente hacia la grada del castillo de los Tilos; subió contando sus pasos por la escalera señorial y llegó a la habitación del joven marqués.

Lo encontró envuelto en lágrimas ante el párrafo de verbos en el indicativo en francés que debía llevar a subjuntivo en latín.

—¿Qué tiene usted, señor y estimado alumno? —preguntó Naso con inquietud.

—Buen profesor — respondió Anselmo—, la palabra cuándo está entre dos verbos, ¿necesita siempre que el segundo esté en subjuntivo?

—¡Perfectamente!

—Ejemplo: —continuó Anselmo— ve usted cuánto la amo, *vides quantum te amem*.

—¡Bravo, señor marqués! ¡Esta aplicación está llena de melancolía! ¡Continúe!

—¡*Vides quantum te amem*! Ya creo oír a la señorita de Vieille Pierre repetirme esa dulce oración.

Naso no frunció el entrecejo, pero con su voz más profesoral dijo:

—Cuando se quiere marcar desde qué tiempo algo se hace, ¿en qué caso se pone el nombre del tiempo?

—Se emplea el acusativo.

—¡Bien! ¿Ejemplo?

—Hace años que estoy unido con su padre — respondió Anselmo—, *multos annos utor familiariter patre tuo*.

—Sí, señor marqués — respondió el hábil Paraclet—, estaba fuertemente unido a su padre, y él consideraba como indigno de sí esta nobleza que se mantiene sobre la punta de una espada. ¡Por otra parte, si el tiempo ha pasado, ponemos el nombre en ablativo con la partícula *abhinc*! ¿Ejemplo?

—Hace tres años que murió —dijo el último de los Tilos—, *tres abhinc annis mortuus est*.

—Sí, tres años, señor marqués, y sus últimas voluntades aún resuenan en mi memoria. Sin embargo la hija de un guerrero no es digna de cruzar la juventud de su raza con la antigüedad de la suya, ni de suspender su caballo de batalla

en las nobles ramas de los Tilos. Si usted acepta su mano, creo que se arrepentiría, *credo fore ut te poeniteret*, como dice la gramática. Voy por tanto a visitar al señor presidente del tribunal del Palacio de Justicia, mientras que usted repetirá a propósito de nuestras investigaciones gramaticales y matrimoniales, en el caso cuando el verbo latino no tiene futuro en el infinitivo: *credo fore ut brevi illud negotium confecerit*, creo que este asunto habrá terminado bien pronto.

Después de esto, el devoto Naso dejó a su alumno, y atrayendo a la cisterna de la adversidad el agua hirviente de coraje, se llenó de valor para ir a enfrentar al primer magistrado de la ciudad.

¡*Proh pudor!*³² ¡Era romper con la costumbre! ¡Era vestir de un negro ropaje y de un toque oscuro los célebres antepasados del marqués; había algo de extraño en la conducta de Naso Paraclet! ¡Después de haber despreciado a la flor y nata de la alta aristocracia, se lanzó sobre las huellas de las herederas de segundo orden!

El señor Pertinax tenía algo en común con varios jueces de París y de la provincia: reposaba su siesta sobre el sillón del juzgado, y en las dulzuras de una ociosidad magistral, con la ayuda de una somnolencia judicial, digería largamente los alegatos y los desayunaba en la mañana.

El devoto Naso había oído decir que tenía una encantadora hija; pero nunca la había visto. El primer magistrado se encerraba en una morada inaccesible; era una especie de hombre poco comunicativo.

¡Según los habitantes más habladores, su damisela había sido educada en uno de los mejores colegios de la capital, y el cielo la había dotado de una belleza sobrenatural!

Pero estos rumores volaban raramente por la ciudad, y era necesario ser un hábil cazador de noticias para sacar algo en claro de aquellos comentarios.

Sin embargo, Naso poseía muchas en su bolsa; le daría una fortuna razonable a la joven, y a su padre los precedentes legales para formar parte de la nobleza. La confianza, por tanto, había limpiado sus lágrimas cuando, a la salida de la audiencia, abordó al severo señor Pertinax.

El equitativo magistrado acababa de terminar un célebre asunto, que resultó ser desventajoso para los dos adversarios. El deudor había sido condenado para satisfacer al acreedor, salvando a este último de pagar los gastos, que llegaban a ser el doble de la deuda.

El honorable presidente disfrutaba de ese aire inapreciable de un hombre en que la conciencia y el estómago se olvidan diariamente de gritar; de un gesto que no carecía ni de dignidad, ni de importancia, le pidió a Naso que le hiciera conocer el objeto de su visita.

—Señor presidente —dijo el profesor confiado—, ésta es a la vez una cuestión de mano y de un asunto grande, sobre el cual reposa la salvación de la sociedad.

—Hable, señor, usted me interesa demasiado.

—Ya lo creo, señor Pertinax.

—¿Desea usted —dijo este— que para esta comunicación, haga venir al procurador...

—Inútil es molestar, señor, al ministerio público; mi explicación será breve, porque no me permitiría ser perezoso ¡*Non mihi licet esse pigro!*³³

—Hable entonces, señor....

—Naso Paraclet, profesor de idioma latín y de otros, futuro sucesor de Lhomond, y miembro del consejo general de instrucción pública de niños menores de siete años.

—Es suficiente — contestó el señor Pertinax, inclinándose.

—Señor —continuó Paraclet con la más amable de sus sonrisas—, estoy unido por el doble lazo del profesorado y de la amistad al hombre más rico de la ciudad, *ditissimus urbis*³⁴, y sin contradecir, al más notable de todos, *maxime omnium conspicuus*³⁵. La abolición de las prerrogativas aristocráticas ha afligido profundamente mi corazón, porque esta brillante relación aseguraba al viejo trono de una corona protectora. Soy uno de los soldados, *unus militum* o *ex militibus* o *inter milites*, dado que el nombre partitivo necesita el plural que le sigue al genitivo, o al ablativo con *ex*, o al acusativo con *inter*. Soy, he dicho, uno de los soldados de este pequeño ejército de valientes, que salvará la sociedad, levantando sus más nobles instituciones. Porque un gran infortunio nos amenaza, *magna calamitas nobis imminet, impendet, instat!*³⁶

—Continúe, señor — dijo el presidente un poco asombrado.

—Mi joven alumno — dijo el elegante profesor—, es abundante en riquezas, y no le falta nada, *abundat divitiis, nulla re caret*³⁷. Sin embargo, usted posee a un noble vástago de su familia, señor presidente. ¿Por qué le preguntaría si quiere a sus hijos? *Quoenam mater liberos suos non amat?*³⁸

El señor Pertinax se inclinó en señal de asentimiento.

—Sin embargo, mi alumno, el señor Anselmo de los Tilos, marqués de nacimiento, ha caído en el precipicio de la melancolía. Estaba colmado de pesar, *moerore confictor*³⁹. No sabía a qué atribuir su triste estado; pero hube de comprender que el amor se adentraba en él. *Teneo lupum auribus*⁴⁰, me dije en francés; es necesario casarlo. Sé que hacia él las herederas se precipitan en masa, *turba ruit ou ruunt*⁴¹. Pero sólo una mujer en el mundo había fijado la noble veleta de sus incertidumbres. Encontré el nombre de esta elegida del cielo. ¡Era su hija, oh, señor Pertinax! Desde entonces usted fue el centro de mis cuidadosas investigaciones, vi su casa, *vidi domum tuam* y admiré su belleza, *et illius pulchritudinem miratus sum.*⁴²

—Dice usted que ese joven caballero ama a mi hija — respondió el presidente con una sonrisa—, o para hablar su idioma, *dicis hunc juvenem amare filiam meam.*

—¡No, señor! —dijo Naso con calor—, porque eso sería un error de sintaxis. Y es necesario cambiar el activo en pasivo cuando hay anfibología⁴³, es decir en este caso el nominativo y el complemento francés estarían los dos en el acusativo en latín, sin que se le pueda distinguir el uno del otro.

Ejemplo: usted dice que Anselmo de los Tilos ama a mi hija, *dicis Anselmem ex Tillis amare filiam meam* está mal. Debemos cambiar la oración por: usted dice que mi hija es amada por Anselmo de los Tilos, *dicis filiam meam amari ab Anselme ex Tiliis*.

—Sea como sea, señor Paraclet, me temo que ese no es más que un amor sin esperanza.

—Señor — respondió el profesor calentándose—, somos nobles desde la época de Luis el tartamudo; poseemos cuarenta mil libras de renta. En el nombre del cielo y de los reinos oscilantes... ¿por qué esta negativa?

—¡Porque lejos de tener una hija, sólo tengo un hijo! — dijo el señor Pertinax.

—¡Y eso que importa, señor!

—Sin embargo usted tiene una extraña confusión.

—Es cierto —dijo Naso lastimosamente—. Mi patriotismo me arrastra; ¿porqué su hijo no es su hija? ¡Pero quizá haya remedios para esto!

—¡No veo remedio alguno! —contestó el primer magistrado.

—Señor —contestó Paraclet—, usted parece estar ocupado en este momento; retomaremos más tarde esta seria entrevista.

—¡Ah, vaya! puesto que yo le repito que sólo tengo un hijo, es imposible que su marqués lo despose.

—En efecto, a primera vista, esto parece difícil, pero...

—Sus peros no se terminaron.

—¿Existen acaso algunos artículos del código contra mi proposición? — agregó el obstinado Paraclet.

—¡Ninguno!

—¡Y bien!

—Señor —dijo el presidente furioso—, ¿debo llamar a mi portero para que lo conduzca a la salida?

—¿*Quis te furor tenet?*⁴⁴ ¡No divulgue este asunto! —dijo Naso enojado.

—Si usted no se marcha —exclamó el presidente furioso—, ¡llamo a la policía de la ciudad!

—¡Usted no está en sus cabales! ¡Hablaemos luego sobre este asunto!

—¡Retírese —gritó el presidente rojo de cólera— o haré llamar a la guardia nacional!

—*Te relinquo*⁴⁵ —exclamó Paraclet encolerizado y en latín. Pero aún no he dicho la última palabra y mi alumno entrará en su familia.

El primer magistrado de C... iba a pasar de las palabras a los hechos, cuando el testarudo profesor salió del palacio, y se posesionó de una furia que iba del rojo al blanco pasando por el violeta. En algunas ocasiones silbó unos estruendosos *quos ego*⁴⁶ a los cuales respondieron los rebeldes ecos, oponiéndose a los de los súbditos de Neptuno.

Paraclet se hallaba ofendido en sus extraordinarias combinaciones; empleó en su monólogo las enérgicas fórmulas de Cicerón, y su cólera tomando su fuente de las altas montañas del Orgullo, precipitó sus corrientes de apóstrofes

y sus torrentes de invectivas entre las riberas insultantes de los *quousque tandem*⁴⁷ y de los *verum enimvero*⁴⁸.

Caminaba gesticulando como un telégrafo ocupado; se preguntaba si su alumno no debía tomar venganza de la negativa del señor Pertinax fundada en el vano motivo de que ¡sólo tenía un hijo! ¿No sería necesario que la sangre lavase esta ofensa? ¡La guerra de Troya le parecía haber sido provocada por intereses más frívolos! ¡Que poca cosa el honor de Menelao comparado con la desaparición del linaje de los Tilos!

Como el desfigurado profesor caminaba de forma zigzagueante, chocó contra un corpulento cuerpo.

—*Cave ne cadas*⁴⁹ —dijo.

—*Cave ne cadas* —dijo alguien.

El devoto Paraclet imaginó haberse encontrado con una piedra y su eco.

—¿Quién es usted? —dijo.

—Señor Paraclet —contestó una voz humana—, ¡soy el escribano del juzgado, tengo cabellos blancos, desearía que me escuchase!

—La corte ha deliberado —respondió Naso, con profunda ironía—. ¡Viene usted a leerme mi pena de muerte!

—Señor —dijo el escribano—, firmo las actas de mi ministerio con el nombre de Maro Lafourchette, y soy su más humilde servidor.

—¡Entonces, sirva de punto de mira a las flechas de mi cólera!

—Señor, escúcheme

—Usted, un simple escribano, un inocente portaplumas, un oscuro escritorzuelo, usted tropieza con un hombre como yo en sus ideas y sus paseos.

—Pero, en fin....

—¡Váyase, criatura infinita!

—Sin embargo...

—¡Váyase, burgués de las leyes!

—No insulte a los pobres —articuló el escribano. *Ne insultes miseris*.

—*O ne insulta* —respondió Naso.

—*O noli insultare miseris*⁵⁰ —repostó el señor Lafourchette.

La cólera del profesor desapareció instantáneamente ante estas citas gramaticales. Había, pues, encontrado a un latinista de su altura.

—¿Para que me desea el honorable escribano? —dijo.

—Escuché su entrevista con el señor Pertinax; perdone mi involuntaria indiscreción. Puedo serle de alguna utilidad.

El hábil escribano abrió las puertas intelectuales del profesor con la doble llave de la insinuación.

—Me llamo Maro como Virgilio —dijo.

—Y Lafourchette como ninguno. ¿Entonces? —contestó Naso.

—Mi paternidad me lleva a poseer una muchacha casadera, estando en buenas condiciones. Ella está, usando el término que emplea Justiniano, *viripotens*⁵¹.

—¿*Viripotens*? —dijo Naso.

—*Viripotens* —reiteró Maro.

—Señor —respondió el profesor emocionado. ¡Este *viripotens* lo hará mi amigo para la vida entera! Entonces, esta muchacha *viripotens* se llama...

—Eglantine. Es una mujer de dulces maneras, de compañía agradable, siendo del mundo, dotada de un temperamento ferruginoso, y el matrimonio la colmará dignamente las impaciencias de su juventud; ¡si el señor marqués Anselmo de los Tilos se digna a bajar sobre ella la majestad de sus pestañas, tendremos el honor de pasar en familia la tarde de este maravilloso día!

—He ahí una bella oración —dijo Naso, que se puso a pensar.

Tenía en sus manos la posteridad de la familia de los Tilos.

—*Quota hora est*⁵² —dijo.

—*Quinta*⁵³ —contestó Lafourchette.

—¡A las siete, el señor marqués y yo llamaremos a su puerta!

Así, estos ilustres personajes terminaron el dúo de su elocuencia científica, y Paraclet pensativo tomó el camino hacia el castillo.

¡Un mal casamiento! La hija de un escribano de provincia casándose con un ilustre de los Tilos. Este antiguo árbol agitaría, por tanto, sus blancas flores sobre cabezas prosaicas. Lejos de los campos cultivados por sus ancestros, se vería transportado a los campos de la burguesía, hechos de tierras traídas de otros lugares.

Pero, apenas había opciones. La familia iba a ser relevada, y sus descendientes traducirían su gloria a las más lejanas generaciones. Además, Anselmo engrandecía a su esposa, y el gallo ennoblecía a la gallina.

Confortado por estas razones de corral, el profesor llegó rápidamente el castillo, anunció al joven marqués su completo éxito, calmó sus ímpetus extraconyugales, y le dio un discurso de un largo y argumentos cicerónicos acerca de las uniones legítimas consideradas desde el doble punto de vista de la moral y la procreación.

Al nombre argénteo de Lafourchette, Anselmo no frunció el entrecejo; su virgen temperamento lo sometía solamente a las formas superficiales, sin ir más allá. Eglantine era mujer; ¿qué más era necesario? Aún poseía esa edad ingenua, donde uno se casaría con una escoba vestida de mujer.

Después de la cena, el castillo en agitación procedió a vestir espléndidamente al marqués. Sus habitantes estuvieron en pleno ajetreo durante dos horas, las cascadas de agua lustral se deslizaban sobre su cándida frente, las servilletas pensaron perder allí su blanca textura, los pots de pomada se aliviaron de sus pesos fragantes, los peines se destruían en medio de los vírgenes bosques que coronaban la cabeza del joven marqués, los abotonadores se resistían contra las pretensiones de las obstinadas botas, los armarios vomitaban arroyos de vestidos, los tirantes estiraban sus elásticos para conseguir las tensiones de varias atmósferas, y las infinitas corbatas desarrollaban en todos los sentidos sus variados pliegues.

A la hora fijada, el marqués parecía un oso vestido con camisa, mostrando

un estómago de encaje y portando una espada de desfile.

En algunos minutos, seguido de su profesor tieso y almidonado, llegó al número 7 de la calle del Viejo Pergamino, y preparó una entrada triunfal.

La comitiva estaba completa. Estaban allí el señor Lafourchette y su hija Eglantine; su primo Boussigneau, sustituto del alcalde; los Gruñones, parientes lejanos de los Lafourchette y de toda civilización; el padrino de la joven, de nombre Protesto, alguacil jurado, y ducho en Leyes.

El salón resplandecía a la luz de dos velas que irradiaban tristemente a cada extremidad; algunos trofeos de caza de poco valor se mostraban en las cuatro esquinas, mientras que una mesa de caoba, de poca calidad, apoyando una jaula de pájaros disecados desempeñaba el rol del quinto «compañero»; las sillas y los sillones de paja ofrecían a los visitantes su dudosa elasticidad; sólo el sargento de la policía urbana, que suele ir montado a caballo, se podría sentar allí durante una hora, tomando en cuenta la dureza insensible con la cual su profesión había dotado a sus partes carnosas. En fin, se encontraba ante una ventana un piano mal dispuesto, que debía encerrar en su seno el fiel eco de los utensilios de cocina.

Se anunció al marqués de los Tilos. El pánico comenzó a tomar a la sociedad, pero se esfumó rápidamente. Anselmo hizo su aparición bajo los fuegos cruzados de las inquietas miradas. Los hombres se levantaron, las mujeres se balancearon, y los niños examinaban si este desconocido no tenía muchachos en los brazos y en las piernas para hacerlo maniobrar.

Naso presentó oficialmente a su alumno, y al favor de las tinieblas avaras y propicias, Eglantine Lafourchette avanzó hacia él. Ella lo saludó y cuarenta y cinco primaveras saludaron con ella. Es que ella florecía bajo el sol del verano, y del verano de San Martín; Eglantine era gruesa, corta, repleta, envuelta en masa, redonda, esférica; se cubría con cabellos arreglados al estilo de la época; extendía abundantemente las formas de una vegetación tropical.

Anselmo la encontró magnífica; era una edición aumentada de la Venus Afrodita; vista a través del prisma de las pasiones imberbes, ella podría parecer como tal. Esto fue tomado alegremente por su propia madre para la cual sin embargo ella no era más que la hija.

Para abreviar, se saludó, se cumplimentó, se tomó asiento, se habló; la conversación del tema general pasó al particular; el marqués sentado cerca de la hija del escribano conversaba tan bajo con ella que pasaron largo tiempo sin decirse nada.

Naso hablaba latín con su nuevo amigo, en el estilo del cual tomaba las maneras quintilianas⁵⁴, y le hizo parte de sus nuevas observaciones sobre las declinaciones irregulares.

Se jugó el conocido juego de las rimas; aun cuando se le explicó el juego cien veces al marqués, su inteligencia rebelde no podía comprender el espíritu eufónico, y dejó escapar algunas desinencias heteróclitas que sorprendieron dolorosamente a la asamblea.

En cuanto al buen profesor, inmiscuía allí invariablemente a su amigo

Lhomond.

El resto de la sociedad habituó sus ojos al espectáculo desacostumbrado del joven marqués, y de sus imperfecciones físicas y morales.

¡Sin embargo los dos novios, porque ellos lo eran por su amor, se embriagaban de felicidad! Pronto Anselmo se animó, habló de la irregularidad del sustantivo *cubile*⁵⁵, y enseñó a su amante la declinación de *tonitru*⁵⁶. En cuanto a lo de *cornu*⁵⁷, el cuerno, ella parecía saberlo de nacimiento.⁵⁸

Entonces se varió la velada con algunos juegos inocentes. En el juego de la gallina ciega, que se jugó sentado, el joven Anselmo confundía extrañamente los sexos, y no tardó en tumbar la mesa y la jaula de pájaros a los cuales no les faltó más que una resurrección para volar. En el juego del sinónimo, donde dijo que objeto es el que quisiera tener, poderoso, sensible, del cual haría sus delicias, su estudio, su pasatiempo más dulce, aquel que metería en su corazón, bajo su almohada, en su libro de oraciones, respondió: el molino de viento.

En fin, la velada acabó bajo favorables auspicios; el joven marqués soñaba que veía pasar a Eglantine en sus sueños, Eglantine imaginaba las ingenuas delicias de un esposo inmaculado.

Al día siguiente, se decidió efectuar el matrimonio, y ocho días después las campanillas de la iglesia llevaban a las orejas de los novios mil promesas halagadoras.

¡Naso Paraclet saltó sobre un pie el resto del día! No era reconocible. ¡Sus deseos habían sido cumplidos, y veía en la posteridad de su querido alumno un largo camino para la familia de los Tilos!

¡El gran día llegó, y sin embargo los Mirabelle, Vieille Pierre y los Pertinax no guardaban rencor!

El marqués se ruborizó como una vestal⁵⁹ en pleno día; había encendido la sagrada antorcha del himeneo, y la había mantenido con un cuidado religioso. Sus estudios latinos habían sido un poco abandonados, pero por una causa perdonable; pero, inmediatamente después que el nudo fue atado, fueron retomados activamente, y el joven Anselmo se proponía traducir palabra a palabra los amores de Dido y de Eneas.

¡Buen y cándido joven! ¡Corre a donde la felicidad te espera, a donde los placeres te llaman! ¡Abre tu seno a los poderosos abrazos de una esposa de peso! ¡Soporta a brazos abiertos las doscientas cincuenta libras de carne animada que el amor allí suspende! ¡Permite a tu inteligencia acariciar las inspiraciones poéticas del dios de Citeres, y de una mano legítima, desata el cinturón virginal de tu fatigada novia!

El devoto profesor tomó a su alumno por su cuenta; lo instruyó de sus deberes conyugales, y le hizo una paráfrasis de toda la belleza de *duo in una carne*⁶⁰ de la Escritura.

¡El gran libro de los misterios del mundo fue hojeado sin descanso, y de sus páginas creadoras, el marqués de los Tilos tomó las enseñanzas supremas!

Después el profesor y el alumno pasaron a las deducciones prácticas de la

existencia. Anselmo fue prevenido contra las tentativas desfavorables de los intrusos enamorados; sentía su frente palidecer y sus cabellos erizarse en presencia de los posibles errores de un sexo muy frágil; leyó con miedo la biografía de los famosos maridos de la antigüedad, y contempló bajo las aguas turbulentas del mundo los arrecifes que nunca sospechó; la vida y el mar le aparecían con las arenas unidas; lanzó la sonda y tocó un fondo de piedra donde se rompieron y debían de romperse aún tantos nidos matrimoniales.

¡Pero Naso le levantó la abatida moral! ¡Las oportunidades estaban de su lado en los lazos que había contraído! Eglantine Lafourchette parecía hecha para hacer a un marido feliz. Debía ser inaccesible a las seducciones heterogéneas, y sustraerse a las tentativas antimaritales. Era un campo cultivado con cuidado, guardado con ternura, cerrado con prudencia, y de su amor por Anselmo ella hacía al hombre de paja que ponía en fuga a los pájaros voraces, y los amantes devastadores.

¡El matrimonio del marqués no era más que un tema melodioso, sin variación, sin accidente, sin código, que sólo traería, a la larga, placeres y felicidad!

La velada nupcial fue movida y apasionada. El impaciente marqués quería preceder al ocaso del día; pero, valiente amigo de las conveniencias, el enérgico profesor le opuso un ablativo y una voluntad absoluta a las cuales debió obedecer.

—¡Retrase, mi noble alumno, retrase el misterioso instante, donde el futuro de sus pasiones deba fundirse con el presente de sus placeres! ¡Y recuerde las diferentes maneras de expresar la preposición *sin* delante de un infinitivo! Usted debe pasarse la noche sin dormir, *noctem insomnem ducere*, sin herir su conciencia, *salva fide*, sin pretender nada, *dissimulanter*⁶¹ y recuerde que el matrimonio no es otra cosa que una versión y que usted debe hacer la «palabra a palabra» de su esposa antes de buscar una traducción más libre.

En fin, la estrella de Venus se elevó sobre el horizonte del placer; Anselmo apuntó allí durante mucho tiempo el telescopio de la impaciencia.

La bella Eglantine Lafourchette intentó vanamente llorar; el pudor no había podido agrandar el arroyo de sus lágrimas; no tenía nada de maldad en los ojos. Rodó sus inmensidades suavemente hacia la habitación conyugal, y la sociedad, con aires espiritualmente ridiculizantes, desfiló ante el marqués.

Entonces Naso humedeció sus pestañas paternas de lágrimas involuntarias, y Maro, su amigo, sólo se expresaba a través de las interjecciones *O, evax, hei, heu, papae, hui*⁶².

En fin, Anselmo de los Tilos, hasta ese momento el último de su nombre, abrazó a su profesor, su suegro, y se fue.

Los pájaros batieron sus alas en su nido de verdor; bajo la respiración balsámica del viento, la noche agitó sin ruido las diáfanas cortinas de su cama de ébano; la estrella del pastor deslizó los rayos de sus miradas entre las misteriosas oscuridades, y el cielo, dando a los sonoros suspiros sus desafiantes ecos, vibraba en un instante de placer, de juventud y de amor.

Nueve meses después, los Tilos estaban felices y nada perturbaba la felicidad familiar de las familias reunidas. Solamente el suegro Lafourchette, un poco fastidioso, como todos los viejos escribanos, trataba de convencer en algunas ocasiones a Naso sobre las dificultades científicas—latinas.

—¿Conoce usted a Fedro⁶³? —le dijo el escribano.

—¡Sin duda!

—¿Cómo traduciría usted *anus ad amphoram*?

—*Anus*, «la vieja», *ad amphoram*, «en el ánfora». ¡Es el título de una fábula!

—Usted comete un error grotesco.

—¡Por ejemplo! —dijo el buen Paraclet.

—¡Un error indignante!

—¡Señor Maro, mídase al hablar!

—¡*Amphoram* se traduce como «la olla»!

—¡Qué importa!

—¡*Ad* significa «sobre»!

—¡Y entonces!

—¡Y *anus* no significa «viejo»!

Una casta furia electrizó a Paraclet, y los dos campeones se habrían tomado por los cabellos si no hubiesen sido separados y estado cubierto con pelucas.

Pronto, estos incidentes desaparecieron; los dos campeones no excitaron más el alboroto moral. Se permitieron oxidar en la esquina de su espíritu la daga del chiste, y la espingarda del sarcasmo.

Así es que la vida era tranquila en esta ciudad de predilección donde los pavimentos disfrutaban de un reposo inquebrantable.

El marqués de los Tilos no vio una nube en el horizonte de su felicidad; algunos niños ya fuesen varones o hembras vinieron cada año a fortalecer la esperanza de una descendencia inextinguible, y el devoto Naso Paraclet, habiendo terminado algunos comentarios útiles sobre las declinaciones irregulares, se ocupó de buscar las causas secretas que, desde el doble punto de vista de la gramática y del matrimonio, imposibilitaban a los verbos neutros gobernar al acusativo.

FIN

San Carlos

Las aventuras de un capitán español

Traducido por Ariel Pérez

Género: Cuento (Manuscrito de 1865)

Año de publicación: 1991

Sinopsis:

San Carlos es un capitán español, pero a la vez es un hábil contrabandista que se gana la vida con el comercio ilegal. La banda que lidera es perseguida por un grupo de carabineros franceses, que tratan de darle alcance a fin de frustrar sus ilícitos negocios. En este cuento, que permaneció inédito hasta 1991, Julio Verne describe la fuga final de la banda, dándonos muestras desde esa época, de su gran inventiva para resolver situaciones de peligro.

—¿Ha llegado Jacopo?

—No. Hace dos horas que tomó el camino a Cauterets; pero debe de haber hecho grandes rodeos para explorar los alrededores.

—¿Alguien sabe si el bote del lago de Gaube es aún conducido por el viejo Cornedoux?

—Nadie, capitán; hace tres meses que no hemos ido al valle de Broto⁶⁴ —dijo Fernando—. Estos infelices carabineros conocen todas nuestras guaridas. Ha sido necesario abandonar los caminos habituales. Además, ¿qué gruta o cueva de los Pirineos les son desconocidas?

—Eso es cierto —respondió el capitán San Carlos—, pero aun cuando este país me haya sido completamente desconocido, era imposible permitirme cualquier vacilación. Del lado de los Pirineos orientales, fuimos perseguidos día y noche, y expuestos a innumerables peligros, por medio de artimañas que casi no podían ser puestas en práctica, apenas reuníamos nuestro sustento para la jornada. Cuando uno se juega la vida, es necesaria ganársela; allá abajo no teníamos nada más que perderla. ¡Y este Jacopo que no acaba de llegar! ¡Eh, ustedes! —dijo, dirigiéndose hacia un grupo compuesto por siete u ocho hombres recostados a un inmenso bloque de granito.

Los contrabandistas interpelados por su jefe se volvieron hacia él.

—¿Qué quiere usted, capitán? —dijo uno de ellos.

—Ustedes saben de que se trata de hacer pasar inadvertidos diez mil paquetes de tabaco prensados. Es dinero contante. Y encontrarán bien que el fisco nos deje esta limosna.

—¡Bravo! —dijeron los contrabandistas.

—Abandonamos Jaca sin grandes penas y gracias a nuestra lejanía del camino de Zaragoza que hemos tomado por la derecha, llegamos esta mañana a Sallent de Gallego. Allá, se nos repartieron libremente las mercancías en diferentes sacos. Hemos llegado al valle de Broto; aun cuando esos parajes estuviesen plagados de hombres vestidos de verdes, hemos podido atravesar la frontera de Francia, y ya estamos aquí a un día de Catarave donde, en efectivo, seremos retribuidos con buenos sonoros escudos.

—En marcha entonces —dijeron los más dispuestos de la banda.

—Paciencia —dijo San Carlos. Nos queda por hacer lo más difícil. Estamos acampados a dos leguas⁶⁵ de los lagos de Arastille y Gaube, quedando la ruta a Cauterets a nuestra izquierda. Si llegamos a esos lagos, despistaremos fácilmente a los carabineros que nos siguen. Conozco por allá una embarcación conducida por un tal Cornedoux, que le jugaría más de una mala pasada, y en algunas horas les haremos perder nuestras huellas entre los bosques de Geret.

—Ah, entonces capitán —dijo uno de los contrabandistas—, ¿tiene usted el mapa del país?

—Sí, no temas, y déjame a mí solo el cuidado de manejar bien este peligroso asunto.

—¡A sus órdenes, capitán! ¿Qué ordena usted para el próximo cuarto de hora?

—Mantengan sus armas listas y quítenles el polvo. La oscuridad de la noche y la humedad favorecerán a nuestros malditos perseguidores. Es una gran fatalidad que Jacopo no esté de vuelta. ¡Recuerden que esos paquetes de tabaco, como nobles extranjeros, deben entrar a Francia sin pagar derecho! Pero tengan en cuenta que no anunciaremos su llegada a golpe de tiros de carabina. Revisen pues las balas de sus fusiles, y asegúrense que estén en estado de hablar para responder a la primera pregunta. ¿Qué escucho a lo lejos?

San Carlos interrumpió su serie de recomendaciones y puso su oreja en el suelo.

—Es el paso de Jacopo —dijo, levantándose—, lo reconozco; pero es necesario que suba por la ladera opuesta del pico. En una media hora estará aquí. Descansen entonces; con coraje y prudencia. Duerman, amigos, con los puños cerrados y el ojo abierto; a la hora necesaria, los despertaré. Buenas noches⁶⁶.

—¡Si Dios quiere!

Los contrabandistas, dóciles como grandes niños, se cubrieron con sus mantas; con la carabina en la mano y exhaustos por el transporte de las mercancías durante muchas leguas, no tardaron en dormirse.

El capitán San Carlos permaneció pensativo cerca de una roca.

La noche caía sobre el valle de Broto, y el silencio acompañaba su tenebrosa llegada. La parte inferior de los glaciares se llenaba de una sombra húmeda, mientras que en el horizonte los picos negros del Estour se iluminaban aún con los últimos destellos de la atmósfera. Eran las nueve de la noche; todas las estrellas habían desaparecido del cielo, que había abierto todas sus maravillas nocturnas detrás de la gruesa cortina de profundas tinieblas. El tiempo se recargaba con aquella pesantez con la cual se cargan muchas veces los últimos meses del otoño; sin embargo, las largas nubes, que parecían detenidas por las altas elevaciones de las montañas no encubrían ninguna tormenta en el seno de su negra inmovilidad.

Ya la temperatura refrescaba con la cercanía del invierno, pero el suelo, aún caliente por los últimos rayos del sol del mes de septiembre, compensaba generosamente los primeros fríos que emitían las acumuladas nieblas. La atmósfera respiraba apenas y tomaba el ejemplo de aquellos contrabandistas silenciosamente dormidos, a los cuales sus sueños no los podían traicionar a tres pasos de distancia. Estos hombres, tranquilos como las masas gigantescas que pesan sobre sus cabezas parecían vivir esta vida estable y accidentada de las naturalezas montañosas; en algunas oportunidades, inamovibles, pegados al suelo, sin algún movimiento apreciable, parecían petrificados como las inmóviles rocas sobre las cuales reposaban; y en otras, hábiles, impetuosos, alborotados, se les pudiera tomar por esos torrentes brillantes y rápidos con el cual el Gave anima en ocasiones las sinuosidades salvajes y multiplicadas de su curso. En medio de su existencia sosegada de contrabandistas, en los encuentros con sus temidos enemigos y durante la espera de algunas horas que les traen a veces la ignorancia y el cansancio físico, se comportan como los verdaderos nativos de esas montañas perdidas, los hombres de esta naturaleza incomprensible, hechos de rocas, de torrentes y de nubes.

La tropa del capitán San Carlos estaba acampada sobre una especie de nido de águilas, formado por una gruta encajada entre oscuridades inaccesibles. Un camino conocido sólo por el jefe, que serpenteaba a lo largo de la ladera meridional de la montaña, les provocaba todo tipo de vértigos. Un enorme pino, inclinado en este escondido retiro, hacía su descubrimiento más que problemático. Sólo el azar, ese traidor de doble cara que pasa eternamente de un campo enemigo al otro, conocía, al igual que el capitán, este oscuro camino lleno de piedras rodantes.

Al amanecer se puede observar, desde este retiro, pintarse en el horizonte la gigantesca

barrera que separa a Francia de España, esa cadena de montañas que surca incesantemente el horizonte en una longitud de cuatrocientas treinta leguas; hacia el sudeste, la brecha de Roland, elevada a mil cuatrocientos sesenta metros, al pie de la cual los contrabandistas habían pasado la noche, habría golpeado las miradas por el impresionante precipicio de sus laderas y el ojo hubiera buscado vanamente la cima del monte Perdido, el pico más elevado

de los Pirineos, cuyas cimas vertiginosas se envuelven eternamente en su blanco manto de nieve.

Hacia el Norte, las innumerables ramificaciones del Gave, los encantadores lagos de estos valles encadenados, los bosques felizmente agrupados en las laderas de las colinas hacen un contraste pintoresco con las rudas maravillas del Sur. Es éste el regreso a una naturaleza más agradable y más dulce; no había que descender para encontrar los campos civilizados y los espíritus cultivados, pero para poder alcanzar el área del capitán San Carlos había que escalar enormes montañas. Jacopo no podía, por tanto, llegar tan rápido.

Esperándolo, San Carlos estaba descansando en una postura pensativa. Era un pequeño hombre, flaco, nervioso, de rasgos poco distinguidos. Un original sin copia entre los tipos de contrabandistas de la Ópera Cómica. Astuto por naturaleza, inflexible de carácter, saqueador por necesidad, fecundo inventor de artimañas matemáticas, sus planes de campaña no eran más que complicados teoremas que resolvía por los principios de la geometría práctica. Estas demostraciones estaban por encima de la inteligencia de sus compañeros; no mostraba jamás a las circunstancias ese genio del instinto que, en los casos desesperados, hacía brotar las más maravillosas combinaciones. No había casos desesperados para el capitán San Carlos; cada situación difícil de antemano prevista tenía su solución lista, aun cuando, en los peligros inminentes, la astucia del jefe no le podía faltar.

Sus compañeros sabían bien quién era el hombre que los comandaba; también tenían en él una fe católica; no era por la fuerza física que San Carlos dominaba su tropa de bandidos, era por la fuerza moral. Además, hábil en los ejercicios corporales, ágil como una gamuza, clarividente como un águila, manejaba adecuadamente su carabina de largo cañón cuyo impacto sorprendía desagradablemente a los hombres vestidos de verdes, quienes tenían una dolorosa experiencia. Estaba vestido, como los otros, con chaqueta y pantalones de color, un cuchillo de caza cuidadosamente afilado el cual enfundaba en su cintura; un gran sombrero se extendía sobre la mochila de seda coloreada que se balanceaba en su espalda. Un pañuelo anudado alrededor del cuello y ligeras alpargatas en sus pies completaban su vestimenta; su carabina descansaba cerca de él y su manta estaba descuidadamente tirada en el suelo, entre los sacos de pieles donde se ocultaban las mercancías prohibidas. Sus compañeros dormían; él esperaba con paciencia.

Una especie de grito producido por el temblor de unos labios se hizo escuchar. San Carlos respondió y pronto Jacopo estaba a su lado.

—¿Y bien?

—¡Malas noticias!

—Tanto mejor.

—¿Por qué?

—Porque las malas noticias me permiten actuar con certeza, las buenas serían engañosas y me dejarían turbado.

—Se conoce de nuestra expedición; los carabineros nos buscan.

—¡Los evitaremos!

—¡Dios lo quiera!

—¿Hasta dónde has ido?

—Hasta los lagos.

—¿Y el barquero?

—No lo pude ver; los hombres vestidos de verdes estaban por allá.

—Atravesaremos la ruta de Cauterets y llegaremos más arriba al lago de Gaube para evitar todos los cursos de agua del Gave que atraviesan los bosques de Geret.

—¿Cómo atravesaremos el lago?

—No te preocupes por eso; antes de llegar, tendremos un reencuentro con los carabineros.

—Diablos —dijo Jacopo—, tanto peor.

—¿Por qué?

—Es que el sargento Francisco Dubois, que nos ha venido persiguiendo desde Cerdeña, ha encontrado nuestra pista. Les ha jurado a sus grandes dioses capturarlo a usted muerto o vivo y encabeza el destacamento que está acampado en los lagos de Arastille.

—Tomaré mis medidas.

—¡Usted sabe, capitán, que su cabeza tiene puesto un precio! Usted tiene allí una carabina que habló un poco más alto en el último encuentro, y tan alto que ha hecho silenciar a más de un perseguidor enemigo.

—No te preocupes por mí. Despierta a los otros, y pongámonos en marcha.

—No he venido solo, capitán —dijo Jacopo, deteniendo a San Carlos—. Tengo un hombre que quisiera tratar con usted por uno o dos paquetes de cigarros.

—Bien. Dile que venga. Y que se prepare.

Jacopo se retiró; San Carlos se quedó solo reflexionando un instante y dijo, frotándose las manos:

—Seremos dignos del honor que nos quiere hacer el señor Francisco Dubois. Bien, No me desagradaría conocerlo.

Jacopo regresó seguido de un campesino de las montañas y de inmediato fue a despertar a sus compañeros.

—¿Es usted el jefe? —preguntó el campesino.

—Después hablamos —dijo San Carlos.

—¿Existe alguna manera de tratar con usted?

—Después —respondió San Carlos—. ¿Qué quieres?

—Ya que vende sus mercancías a los negociantes de las villas, usted bien pudiera hacerlo conmigo, si le pago a buen precio.

—Según. ¿Qué mercancías quieres?

—Lo que usted tiene.

—¿Qué?

—Los cigarros.

—¿Quién te lo dijo?
—Nadie. Un contrabandista siempre tiene cigarros.
—¿Cuántos necesitas?
—Mil.
—¿Dónde vas a venderlos?
—Del lado de Tarbes. Allí gano la comisión que nos dan, por revendernos las mercancías, los negociantes de Catarave.
—Bien, podremos ponernos de acuerdo. Pero...
—¿Qué?
—¿Cómo harás para llegar a la villa más cercana?
—No será muy difícil.
—¿Y para escapar a los carabineros?
—¡Diablos! ¡Le seguiré!
—¡Ah! ¡Ah!
—He venido antes para asegurarme de su promesa.
—Pero, ¿sabes quién soy?
—¡Qué pregunta! Usted es San Carlos.
—San Carlos. ¿Quién te lo ha dicho?
—¡Diablos, los carabineros!
—¡Los carabineros! ¿Dónde están?
—Cerca de los lagos de Arastille.
—¿Les has visto?
—Como lo veo a usted, capitán San Carlos.
—Eso es bueno. Espera aquí.
—¡Jacopo! —gritó en voz alta San Carlos.
Jacopo caminó hacia donde se encontraba el capitán, que lo llevó algunos pasos más allá del campesino y le dijo en voz baja:
—¿Dónde están los carabineros?
—En los lagos de Arastille.
—¿Estás seguro?
—Muy seguro
—¿Se lo dijiste a ese hombre?
—No. No he hablado con él.
—¿Te ha parecido que tenía intenciones de hablar?
—No ha abierto la boca en todo el camino.
—¿Dónde lo encontraste?
—En el camino a Cauterets.
—¿Y qué te dijo?
—Me dijo: «Necesito cigarros». Le respondí: «Venga conmigo».
—Partamos.
San Carlos se dirigió al campesino.
—Vendrás con nosotros —dijo—, ya nos pondremos de acuerdo en el camino.
—A sus órdenes.

El capitán se dirigió a su tropa; los contrabandistas ya estaban en pie. Se habían echado sus mantas sobre los hombros, puesto sus carabinas en forma de cabestrillo, y sujetado en sus espaldas, por medio de cuerdas artísticamente hechas, los sacos de mercancías.

La oscuridad era completa, el camino estrecho y rocoso; este camino parecía colgado por casualidad a las laderas de la montaña, y en ocasiones proyectaba precipicios impenetrables. El pie vacilaba sobre estas piedras rodantes que centelleaban al chocar. Una sola persona podía pasar de frente por este camino inseguro. San Carlos se encontraba a la cabeza de la tropa y el campesino iba detrás de él, seguido de los otros contrabandistas. Era necesario estar habituado a estas sinuosidades aéreas para no precipitarse desde las mortales alturas.

El capitán San Carlos andaba sin vacilar entre estos salientes gigantescos, y desenredaba instantáneamente el misterio de esos senderos. Luego de un cuarto de hora de marcha, giró hacia la izquierda, y se encontró al pie de una elevación por la cual debía subir.

Los contrabandistas engancharon a sus pies unas grampas de hierro y comenzaron su ascensión. Ayudados por ese punto de apoyo, llegaron sin muchos problemas a la cima de la elevación. El campesino los había imitado y se había servido de los mismos instrumentos.

—¿Estás habituado a esta clase de viajes? —le dijo San Carlos.

—Sí. Esta no es la primera vez que veo estas tierras.

—¿Es cierto eso? —dijo el capitán.

—¡Es cierto! Antes que el capitán Urbano fuese detenido por los contrabandistas franceses, yo marchaba junto a él. Me vendía sus cigarros a una buena suma, y le pagaba bien. ¿Conoce a Urbano?

—Sí. Era hombre bravo y si la traición no lo hubiera detenido, aún estuviera defendiéndose con su fusil de esos carabineros del Diablo.

—Pero, se encontró con un rudo sargento.

—¿Quién?

—Francisco Dubois. Tiene, diablos, mucha reputación. En estos momentos él comanda un destacamento en los puertos de Cerdeña.

—Al contrario. Está en los alrededores de los lagos de Arastille.

—No es posible —dijo el campesino sorprendido.

—Y ha jurado que, muerto o vivo, se apoderará del capitán San Carlos.

—¡Ah, capitán! Tenga usted cuidado. Aun con el respeto que le debo, no le pagaré mucho por su mercancía.

—¿Y por qué?

—Porque corre el gran riesgo, tanto como usted, de no llegar a Catarave.

—¿Crees eso?

—Ya lo creo. Digamos que no ha ocurrido nada, que no le he pedido nada. Me iré sin sus cigarros y usted seguirá adelante sin mi compañía.

—¡Tienes miedo! ¡Entonces, ese Dubois es terrible!

—Ah, ya lo creo... ¡Usted no lo conoce bien!

—No. Él ha aprendido que los carabineros no pueden venir detrás de mi tropa, y me ha perseguido desde Cerdeña sin poderme alcanzar. Por otra parte, parece que es un hombre bravo, por lo tanto lo estimo, y estoy encantado de enfrentármele. ¡Astucia contra astucia!

¡Habilidad contra habilidad! Tenemos la ventaja. Dubois tendrá más posibilidades de hacer emboscadas que de descubrirlas.

—¡El sargento Dubois no se apoderará jamás del capitán San Carlos!

—¿Por qué?

—Porque se vanagloria demasiado de prenderlo.

La tropa ya se había alejado bastante del camino de Cauterets, que habían tomado por la izquierda. Los contrabandistas se detuvieron y San Carlos salió a explorar los alrededores. El campesino quiso acompañarlo.

—Espera aquí —dijo el capitán.

—Pero, por favor, déjeme ir.

—No.

—¿Por qué esta negativa, capitán?

—Porque eres un poco más cobarde de lo normal.

El campesino se calló y quedó con el resto de la tropa. San Carlos avanzó por el camino. Todo parecía tranquilo. Había, a cada lado, grandes grupos de rocas difíciles de atravesar. A cualquier otro le hubiese parecido fácil seguir el camino trazado, debido a que los carabineros buscaban y caminaban por los senderos impracticables. Pero San Carlos tenía su plan, y les hizo una señal a sus compañeros para que lo siguieran.

—¿Qué camino es este? —le preguntó al campesino.

—El camino de Cauterets.

—Bien —dijo San Carlos. Ellos lo atravesaron y se abrieron paso a través de las piedras y las rocas. Estas aglomeraciones titánicas parecían sobrenaturales. El campo de batalla en donde Júpiter derrotó a los gigantes aliados debía estar también sembrado con sus proyectiles que se dirigían contra ellos. Cerca de bloques inmensos, que sólo la mano de Encelado habría mantenido en pie, inmóviles cascadas de piedras saltaban en las laderas del camino. Estos guijarros de formas redondas debían librar unos ensordecedores combates en las tormentas pirineas y todo el silencio que pesaba sobre tantas rocas equilibradas contrastaba con estas meticulosas aglomeraciones en las cuales cada grieta encerraba un eco, y en la cual cada eco estallaba como un trueno. Al cabo de una media hora de marcha, los hombres de San Carlos se detuvieron. Habían llegado a uno de esos lugares secretos en donde los contrabandistas perseguidos muy de cerca entierran con presteza sus mercancías prohibidas. San Carlos hizo retroceder al campesino algunos pasos y se aseguró que la gruta estuviese vacía. Se dirigió a sus compañeros y ordenó reunir los sacos que habían sido cargados.

—¿Cuántos cigarros quieres? —le preguntó al campesino.

—Un millar, si es posible.

—¿Cuánto pagarás?

—Capitán, sus negociantes los venden a cuatro soles en Francia, y después el gobierno los vende a cinco⁶⁷. Quiero ganar tanto como pague.

—Serán treinta escudos —dijo San Carlos.

—Veinticinco escudos⁶⁸. No rebajaré más.

—Treinta escudos⁶⁹. Es lo menos que se puede pagar por los prensados de tabaco por los cuales hemos tenido que enfrentar al sargento Francisco Dubois.

—Y Dios me salve —dijo el campesino—, no llegarán a destino. Veinticinco escudos contantes y sonantes. Los venderé a cincuenta⁷⁰ y me ganaré setenta y cinco francos.

—¡Sea! Toma uno de esos sacos. Ellos contienen mil. El campesino se dispuso a abrir el saco.

—¿Dudas de nosotros? —dijo el capitán.

—No. Pero me gusta hacer los negocios limpiamente.

—¡A tu manera! ¿Y el dinero?

—Aquí tiene quince bellas piezas de Francia.

—¿No tienes monedas españolas?

—Por el momento no, capitán.

—Bien. Apresúrate. Partiremos enseguida.

El campesino abrió el saco, examinó el contenido y lo cerró hábilmente sin que se viesen deslizar nuevos cigarros entre las otras mercancías. Hecho esto, se echó su fardo al hombro y la tropa, a una orden de San Carlos, lo siguió a través de aquellas sinuosidades laberínticas. El capitán retomó la conversación con el campesino.

—¿Se dirige usted hacia los lagos? —dijo este último.

—No —respondió San Carlos—, voy a hacerle una jugarreta a Dubois. Voy a ir simplemente hacia el valle de Argelia dando un rodeo y, de allí, me iré a Catarave.

—¿Y la posta de Fourmont?

—Es sorda y ciega.

—Me gustaría mejor ir por los lagos, los carabineros no tienen embarcaciones. Llegaremos a la costa mucho antes de que ellos hayan llegado y entonces las mercancías estarán seguras en los bosques de Geret.

—Diablos, mi bravo —dijo San Carlos—, conoces el país. Pero, entonces a qué vienen tantas precauciones. Tengo entre los carabineros gente de la cual me puedo fiar y que no permitirán que me bloqueen el paso.

—Entonces —dijo el campesino, encogiéndose de hombros.

—Bien —dijo severamente San Carlos— dices que...

—¡Digo que es imposible!

—¡Pero tú deberías de saberlo, tú que lo sabes todo! Y a propósito, ¿por qué no te haces contrabandista?

—No me gustan los tiros.

—¿Y si tenemos un encuentro?

—Me lanzaré a tierra.

—¡Vamos, eres más cobarde de lo normal! Ya te lo he dicho.

La banda había llegado a un camino poco menos rocoso que los senderos impracticables hasta ahora recorridos por ellos. Algunas plantas mostraban sus tiernas cabezas por entre las piedras menos unidas, y tenían sus bellos ojos cerrados hasta el naciente amanecer. Los flotantes penachos de saxífraga⁷¹ de larga hoja se hundían con melancolía y, en su sueño, olvidaban la rival proximidad del cardo carmesí y de la carlina⁷² de hojas de acanto. Varios matorrales de varias especies confundían acá y allá sus silenciosos tallos. Los rododendros⁷³ habían apagado los rayos que, en los bellos días de sol, van dibujando en la fecunda corola sus colores más vívidos y los lirios blancos, habiendo misteriosamente acercado los lóbulos de su cáliz de satén, esperaban en silencio el comienzo de la próxima aurora, para dirigir al cielo, con el canto de los pájaros y las acciones de gracias del hombre, sus brillantes plegarias y sus himnos de fragancia.

Pero sobre todas estas poesías circundantes extendíase una noche pesada, burguesemente inconsciente de las bellezas que tocaba, y de los rayos que desvanecían su oscuridad. No se enrojecía por los tintes hotentotes y los colores abisinios con los cuales se enmascaran las más frías creaciones. Pero los hombres del capitán San Carlos no se preocupaban demasiado, y, habiendo llegado al camino, no se percataron del cambio de vegetación. Ignoraban dónde los llevaba su jefe, y ninguno de ellos le había dado a estas tierras desconocidas su verdadera latitud.

San Carlos seguía su plan. Había multiplicado, a propósito, los rodeos del viaje a fin de no despertar sospechas. Y era el camino de Cauterets, ya atravesado, el que recorría para llegar al lago de Gaube.

—Eh, amigo —dijo, dirigiéndose al campesino.

—¿Capitán?

—¿Dónde estamos?

—Usted pregunta que dónde estamos —dijo, sorprendido, el campesino.

—Sí. ¿Cuál es este camino?

—El gran camino de Argelia.

—¡Muy bien! Eres fuerte en tu Geografía. Mi buena estrella me ha hecho encontrarte, porque sin ti me hubiese perdido en estos confusos laberintos. Gracias.

—Entonces, capitán, ya que se acerca usted al lugar donde va, lo abandono.

—Aún no.

—¿Por qué?

—He aquí el porqué, amigo. Dos de mis hombres te van a vigilar.

—A mí —dijo, completamente sorprendido, el campesino.

—A ti. ¡Porque este camino no es el de Argelia, es el de Cauterets donde hemos pasado hace una hora! Entonces, o no eres del país o sí lo eres. Bien, si lo eres, entonces me has engañado con conocimiento de causa y me quieres hacer perder. Y si no lo eres, me has engañado diciéndome que eres nativo de la región y aliado del capitán Urbano. En los dos casos, eres mentiroso y a un

mentiroso en estos caminos se le llama espía. Podría romperte la cabeza, pero no lo haré.

El campesino no le respondió. Se fue a tomar su puesto al final de la tropa, entre dos contrabandistas que escrupulosamente le servían de escolta. San Carlos no se ocupó más del asunto; haciendo apurar el paso a sus compañeros, y dejando a su derecha, en el horizonte, los lagos de Arastille, se dirigió al lago de Gaube.

Se veía ya el monte Viñamala que se baña en sus límpidas aguas. Quedaba una media hora de marcha. El capitán retomó el camino a través de tierras raramente pisadas por el paso del hombre; su fatigante marcha fue de pronto interrumpida por unos muros de granito que era necesario franquear desgarrándose las manos y las rodillas. Algunos cursos de agua sin profundidad fueron felizmente atravesados; los contrabandistas no emitieron queja alguna sobre la duración del viaje y la aspereza del camino.

El capitán San Carlos quería poner entre sus perseguidores y él aquella extensión de agua difícilmente abordable. Esperaba encontrar esa embarcación que él solo conocía y que el viejo Cornedoux reservaba previamente para sus expediciones más aventureras; los carabineros podrían difícilmente perseguirlo, y en poco tiempo llegaría a los bosques sombríos y espesos donde sus huellas se perderían fácilmente. Pero para esto se necesitaba tener todo previsto: que Cornedoux no estuviera, que la embarcación hubiese sido destruida. San Carlos se dirigía hacia el pico del Estour⁷⁴ donde, en los lugares ocultos marcados con anterioridad depositaría en un lugar de seguridad sus mercancías de contrabando. La imperfección de las noticias de Jacopo lo dejaba en la disyuntiva de ir o la derecha o a la izquierda del lago. En cuanto a los espías entre los carabineros, no tenía ninguno; esto sólo lo había dicho para asustar al traidor introducido en su tropa que se había jactado de esas ayudas foráneas.

Hacía algún tiempo que los contrabandistas avanzaban hacia el noroeste, más silenciosos que los fantasmas de las leyendas. El peligro se acercaba con el lago. Las balas mortales iban de cada recodo del camino, quizás, a asaltar a la pequeña tropa. Detrás de cada roca podía centellear alguna luz y salir una lluvia homicida. También, los ojos estaban atentos, las orejas abiertas, las manos cerca de la carabina, pero el corazón estaba en el corazón, y ni un latido más rápido traicionaba una emoción imposible, algún terror desconocido. Por estos senderos estrechos, los contrabandistas marchaban en fila. San Carlos iba a la cabeza. El campesino se hallaba detrás entre los dos hombres que lo vigilaban. Al menos, no parecía preocupado, y fumaba tranquilamente una excelente tercena que había sacado de su bolsillo.

—¿Desean alguno? —le dijo a sus guardianes. No hubo rechazo.

El campesino les había dado a escoger algunos en el saco recientemente comprado y los contrabandistas mascaron entre sus dientes dos excelentes prensados. Pero, al cabo de unos instantes sus cabezas les pesaban, sus piernas se doblaban, sus ojos se cerraban, y pidiendo ayuda llamaron a sus camaradas

que estaban tan ocupados que no se habían dado cuenta de nada. A sus llamadas, éstos se detuvieron y en un momento, San Carlos se acercó a ellos.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienen?

Grandes bostezos le respondieron y los dos hombres se cayeron a tierra en un estado de completa somnolencia

—¿Dónde está ese campesino? —preguntó San Carlos.

Se miró en los alrededores: nadie. Había huido, luego de haber adormecido por medio de cigarros cargados de opio a los guardias destinados a su custodia.

—¡En marcha! —gritó San Carlos—. Se despertarán mañana. No tenemos ningún minuto que perder, camaradas. El enemigo está sobre nuestros pasos. Sus vidas dependen de su rapidez. En un cuarto de hora ya estaremos en el lago. Los carabineros no tienen embarcaciones para perseguirnos. En marcha, y pobre de los rezagados.

El capitán recogió los sacos abandonados por los dos adormecidos guardias y se dirigió con sus ocho hombres a través de aquellos caminos. La noche redobló su oscuridad. El monte Viñamala se dibujaba entonces con sus pendientes imposibles. San Carlos conocía una grieta estrecha hundida entre dos conos trazados de forma perpendicular, en la cual no se apuró a esconderse, y por tanto, del lado del lago, un solo hombre hubiera ametrallado la banda a su gusto. Los contrabandistas serpenteaban en medio de las profundas tinieblas, extendían sus manos para no herirse con los agudos salientes, y gateaban en ocasiones para franquear una depresión de la roca. ¡Se diría que era una larga culebra que se arrastraba sin ruido en las grietas de un muro en ruinas!

A la extremidad de esta zanja aplastante dormía el lago de Gaube. Allí, los carabineros esperaban sin duda una presa inevitable. San Carlos contaba sin embargo con su ignorancia de los lugares en general y de esta roca en particular. Una vez llegado a la rivera, estaba a cien pasos de la cabaña del viejo barquero y su embarcación lo ponía al seguro.

Pero, ¿existía la embarcación? ¿Estaría el barquero en su casa? ¿No irían los carabineros a diezmar la tropa?

San Carlos se acercó a la extremidad opuesta. Avanzó solo, gateando y con una habilidad tal que su marcha no lo hubiera denunciado a la oreja más atenta. Salió de la brecha, asomó la cabeza, y no vio nada. Se deslizó hacia la orilla... ¡Nada! Se dirigía hacia la cabaña cuando vio un hombre inmóvil al borde del lago. Llegó cerca de él, sin llamar su atención, lo agarró por el cuerpo y le puso la mano en la boca.

—¡Oh, Dios! —dijo este.

—¡Cornedoux! —dijo San Carlos.

—San Carlos —dijo Cornedoux.

—¡Calla! Estamos rodeados.

—Sí. Los carabineros andan por allá.

—Y la embarcación, ¿está en buen estado?

—Está lista.

—Desamárrala y dirígete a la orilla del lado de la brecha.

—De acuerdo, capitán.

San Carlos regresó con su tropa, le hizo signo de avanzar y se reunió con ella al momento en que la embarcación llegaba hasta la rivera. San Carlos embarcó con sus ocho hombres. El barquero permaneció en tierra y los contrabandistas zarparon.

—¡Estamos salvados! —dijo San Carlos— remen fuerte.

El lago Gaube no tenía más que legua y media de ancho⁷⁵. Es profundo, con frecuencia de entre veinte a unas veinticinco toesas⁷⁶. Allí muchos arroyos, pequeños afluentes del Gave desembocan. Esta situado a una legua del puente de España que se encuentra sobre uno de sus afluentes y a dos leguas aproximadamente de Cauterets y de Catarave.

La embarcación que dirigían los contrabandistas era de rara construcción, con grandes protuberancias por delante y por detrás y su velocidad era mediocre. Los sacos de tabaco, los fusiles y la pólvora fueron depositados en unos grandes cofres de madera hechos de roble, y en el interior, vestidos de cobre y de hecho impermeables. Si la barca se hubiese sumergido, las mercancías se hubiesen quedado intactas. Aquellos cofres muy particulares eran bastante espaciosos para contener los objetos sujetos a derecho, y pasados de forma fraudulenta por los hábiles contrabandistas: lanas, cueros, pieles, pañuelos, jamón, tabaco, vinos finos, telas, aceite, manteca, tintes, jabón y metales. Todas estarían allí diariamente encerradas y saldrían entonces debido a los compromisos secretamente establecidos en las villas fronterizas.

Los ocho hombres permanecían en silencio. San Carlos dirigía la embarcación. Avanzaban lentamente sobre esta onda inmóvil que no se resistía de manera alguna a los esfuerzos del navegante. Pero San Carlos sabía que uno de los afluentes del Gave era alimentado por el lago mismo y formaba, bien delante una especie de lago, una corriente submarina de la cual se pensaba aprovechar.

¡De pronto, un ruido inusual se escuchó! Eran ruidos de remos batiendo irregularmente el agua.

—¿Qué es eso? —dijeron los contrabandistas a baja voz.

—Callen —dijo San Carlos.

No se veía nada a cinco pasos por delante de ellos.

—¡Hola a los del barco! —dijo una voz dotada de un acento francés.

—Estamos atrapados —dijo el capitán San Carlos, pero confiándose a sus recuerdos, dirigió más activamente la embarcación hacia la corriente que sospechaba.

—¡Hola! —dijo alguien—. Respondan o abriremos fuego.

—Que cada uno de ustedes —dijo San Carlos a todos sus hombres— ate una de sus cuerdas alrededor de su pecho.

Estas eran unas largas cuerdas de aproximadamente diez toesas⁷⁷, que iban

colgando en los bordes de la embarcación.

—¡Hola! ¡Fuego!

El lago se iluminó de repente con un destello. San Carlos vio cuatro canoas cargadas de carabineros que lo rodeaban; en medio de ellos, el campesino que había escapado daba sus órdenes. Era Francisco Dubois. San Carlos lo reconoció.

—¡Ya te tengo, San Carlos! —gritó el sargento.

—Aún no, mi amigo —respondió el capitán.

—Hacia adelante —gritó el sargento.

—Hacia abajo —gritó el capitán.

Solo unos pies separaban a las canoas de la embarcación del capitán. Los perseguidores se precipitaron sobre él. Su choque debía hacer estallar en pedazos a la embarcación, pero grande fue la estupefacción de los carabineros cuando sus propias embarcaciones chocaron las unas contra las otras. ¡San Carlos, su tropa, su embarcación, todo había desaparecido!

—Desaparecidos —dijeron los carabineros.

—Esto es singular —dijo Francisco Dubois.

No había ni cuerpos, ni mercancías. Las canoas se dispersaron en todos los sentidos cerca del lugar del desastre.

—¡Nada! ¡Ningún resto! ¡Ni un cadáver! —dijo el sargento.

Durante un cuarto de hora su búsqueda fue infructuosa. No vio nada. No encontró nada. Una antorcha fue encendida y al mismo instante, los carabineros vieron a los contrabandistas con sus fardos cargados y subiendo por la colina opuesta. ¡Era fantástico, era para morir de la rabia!

El sargento no conocía estas misteriosas embarcaciones, en las que la proa y popa llenas de aire la sostienen a una altura constante hasta que se sumergen. Por tanto, San Carlos, en el momento en que iba a estallar en mil pedazos, abrió la válvula situada en el fondo de la embarcación, que había puesto aproximadamente a diez toesas, y los hombres atados a sus bordes habían sido remolcados por la misma. Una vez que entró en la corriente submarina, no tardó en ganar la orilla vecina. Allí, había tirado a tierra, las mercancías, los fusiles y la pólvora sacadas de los cofres, y los contrabandistas ganando a rápidos pasos los campos que los separaban del bosque de Geret, se distanciaron provocando la sorpresa de los aturridos carabineros.

—¡Fuego! —gritó el sargento.

Pero las balas se perdieron en el espacio.

—¡Adelante! —gritó Dubois fuera de sí.

Las canoas volaron sobre las aguas del lago y ganaron la ensenada donde acababa de desembarcar el capitán San Carlos. Pero la misteriosa embarcación había sido reenviada a su elemento acuático, donde el viejo barquero la recogería más tarde y la ocultaría sin muchos contratiempos de las miradas indiscretas y salariales de los empleados del fisco.

Los carabineros desembarcaron y, con sus fusiles cargados, se lanzaron sobre las huellas de sus enemigos. Pero estos tenían la ventaja y, aunque

llevaban pesada carga, caminaban con paso rápido. Sin embargo, cada vez que San Carlos llegaba a una pequeña eminencia, miraba hacia atrás y se veía ganando velocidad. Los carabineros descargaron, en algunas ocasiones, sus fusiles y las balas rodaban hasta los pies de los contrabandistas que estaban muertos de fatiga.

Llegaron así al puente de España, formado por abetos de veinticinco a treinta pies de longitud que atravesaban el Gave apoyándose sobre enormes masas de granito de cuarenta pies⁷⁸ de altura. San Carlos vio a sus compañeros exhaustos y los carabineros tratando de alcanzarlos. De esta manera, después de pasar por el puente, se escondió detrás de una de las rocas sobre las cuales se desarrollaban la magnífica cascada del Gave y descendió con una habilidad asombrosa por sus flancos perpendiculares. Los contrabandistas le siguieron, se aventuraron a través de un camino, o más bien, un reborde de piedras de un pie de largo, siendo así ocultados por el propio salto de agua. Una gruta se ofrecía ante sus ojos. Las mercancías fueron allí dejadas con presteza y la tropa del capitán San Carlos se dispersó en diversas direcciones.

Cuando los carabineros llegaron al puente, lo atravesaron rápidamente, pero no vieron ni oyeron nada; entonces regresaron sobre sus pasos, husmeando durante dos horas por los alrededores, y ya no teniendo más que la consolación de enviarse mutuamente a todos los diablos, que tanto detestaban este tipo de gentes.

A la mañana siguiente, los sacos de tabaco llegaron a Catarave, sobre las espaldas de hombres especiales enviados a la gruta del puente de España por los negociantes de la villa; luego San Carlos y sus hombres, que recibieron el pago por el precio convenido, retomaron el camino de las montañas cantando los más alegres de sus coros y jurando por todos los santos sonoros de su calendario que los contrabandistas eran y serían siempre las gentes más felices del mundo, mientras hubiera cigarros en España y hombres vestidos de verdes para impedirles su entrada a Francia.

FIN

Traducido por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1998

Sinopsis:

Un recluso del antiguo presidio de Toulon recibe la inesperada visita de un desconocido comerciante, quien sin más explicaciones, decide apoyarlo a evadirse. Mientras ejecuta su plan irá descubriendo las motivaciones del misterioso personaje. Durante la trama, el autor expone la inhumanidad y también la explotación lucrativa del trabajo de los forzados. (Es un relato corto de juventud no publicado, escrito en 1852. Este cuento fue modificado por su hijo Michel Verne, para dar lugar póstumamente en 1910 a El destino de Jean Morenas).

Capítulo I

Desde hace algunos meses, el cañón de alarma no había lanzado el terror al puerto de Toulon. Los presidiarios condenados a trabajos forzados, mejor vigilados, fracasaron desde las primeras tentativas de evasión, y los más audaces retrocedían ante los insuperables obstáculos.

No es que el industrioso amor por la libertad se había debilitando en el corazón de los condenados, pero un desánimo inexpressable parecía haber sobrecargado sus cadenas. Además, algunos guardias, convencidos de incuria o de traición, habían sido alejados de la chusma⁷⁹, y una especie de cuestión de honor volvía a los nuevos guardias más severos en su vigilancia y sus investigaciones.

El comisario del presidio se congratulaba mucho por este resultado, sin dejarse engañar en una seguridad negligente. En Toulon, las fugas son más frecuentes y fáciles que en cualquier otro puerto. Se debía, entonces, temer que esta tranquilidad aparente no ocultara alguna intención secreta.

Es propio del carácter de las personas que se encargan de la justicia ejecutiva, soñar, en ausencia del crimen, en su posibilidad. Vigilan, cuando no persiguen, y ellos se creen obligados, cuando los hechos faltan a su represión,

a inferir de la criminalidad del silencio.

En septiembre, un rico carruaje se detuvo delante del palacete del vicealmirante. Un hombre de treinta y cinco años descendió. Era el señor Bernardon, rico comerciante, establecido recientemente en Marsella.

La figura de este hombre era grave, parecía más viejo que su partida de nacimiento. El sufrimiento de sus primeros años se leía aún sobre su frente, donde algunas arrugas surcaban prematuramente. Su valor había vencido a la fatalidad. ¡Su espíritu despreciaba los prejuicios del mundo, y su mano se abandonaba con igual franqueza en la mano de pequeños y grandes, si su grandeza y humildad eran honestas!

El señor Bernardon había creado su fortuna solo, comenzando de abajo, había llegado alto. Una noble consideración lo rodeaba en Marsella y sus relaciones lo ponían en relación con importantes personalidades.

Sin embargo, de las luchas de su juventud contra el infortunio, le había quedado una desconfianza fría en los hombres, buscaba la soledad, se había distanciado de su familia, aunque sus vínculos comerciales no le habían nunca creado relaciones de mundo. Su partida se había verificado sin ruido ni precipitación. Teniendo como pretexto un simple asunto de familia, llegó a Toulon.

Una carta urgente lo llevó inmediatamente cerca del vicealmirante. Este lo recibió con afabilidad y le rogó que le hiciese conocer la causa de su visita.

—Señor —respondió el marsellés— es una petición muy simple la que tengo que hacerle.

—¿Cuál, señor?

—Desearía visitar el presidio de Toulon hasta en sus menores detalles.

—Señor —respondió el vicealmirante— la recomendación del prefecto era inútil, un hombre de su valor no tenía que hacer uso de estos pasaportes de cortesía.

El señor Bernardon se inclinó y, agradeciendo al vicealmirante por su cortesía, le preguntó cuáles eran los trámites a llenar.

—Nada más simple, señor, debe ir a ver al almirante, y sus deseos serán satisfechos.

El señor Bernardon pidió permiso, se hizo conducir donde el almirante, y obtuvo, al momento, el permiso de entrar al arsenal. Quería inmediatamente sacar partido de su visita, y un guardia lo acompañó a ver al comisario de la penitenciaría, que se puso gratuitamente a su disposición. El marsellés lo agradeció, pero manifestó el deseo de estar solo.

—Actúe como le parezca, señor — respondió el comisario.

—¿Podría hablar con los condenados?

—Perfectamente, señor, los ayudantes están prevenidos. ¿Son sin dudas, intenciones filantrópicas las que lo traen aquí?

—Si señor —respondió sin vacilar el señor Bernardon.

—Estamos acostumbrados a estas visitas —contestó el comisario—. El gobierno, con razón, ha buscado introducir mejoras en el régimen carcelario, y

se cree que el estado de los condenados ha experimentado ya notables diferencias.

El marsellés se inclinó.

—Hay una justicia severa bien difícil de cuidar en semejantes circunstancias, ¡y si no debemos ultrajar los rigores de la ley, debemos estar en guardia contra estos filántropos ultra moderados que olvidan el crimen en presencia del castigo! Por lo demás, sabemos que la justicia imparcial se hace de la moderación.

—Tales sentimientos lo honran— respondió el señor Bernardon— y si mis observaciones pueden interesarle, señor, tendré gran placer de conversar con usted.

Después de esto, los dos hombres se separaron y el marsellés avanzó hacia la prisión.

El puerto militar de Toulon consta principalmente de dos inmensos polígonos que apoyan al muelle su lado septentrional, uno se llama Puerto Nuevo y se sitúa al Oeste del segundo nombrado Puerto Viejo. Los lados de estos recintos, verdaderas prolongaciones de las fortificaciones de la ciudad, son especies de diques lo suficientemente amplios para soportar a edificios grandes como los talleres de máquinas, los cuarteles y los almacenes particulares de la Marina.

Cada una de estas dársenas tiene, en la parte meridional, una abertura suficiente para el paso de los veleros de alto bordo. Estos bellos recintos hubieran servido sin problemas de fondeaderos flotantes, si el constante nivel del Mediterráneo, que no está sujeto a mareas apreciables, no hubiera dejado su cierre inútil. Puerto Nuevo está limitado al Oeste por almacenes y el parque de artillería, y al sur, a la derecha de la entrada que da sobre la pequeña rada, por las prisiones.

Son dos edificios que se reúnen en ángulo recto, el primero, delante del taller de las máquinas de vapor, se expone al mediodía, el segundo mira a Puerto Viejo y continúa con los cuarteles y el hospital. Independientemente de las tres salas que encierran estas construcciones, hay tres prisiones flotantes. En estas últimas colocan a los condenados a término, mientras que los condenados de por vida son encerrados en las salas.

Si la igualdad no debe existir en alguna parte, es en la prisión. ¡La penalización, en virtud de sus distinciones de castigo que señalan el grado de perversidad del espíritu, debería tener sus distinciones de castas y rangos! Los condenados de cualquier género, edad y pena están vergonzosamente mezclados y de estas deplorables aglomeraciones, sólo puede surgir una horrible corrupción. El contagio del crimen ejerce peligrosos estragos entre estas corruptas masas, y los remedios se tornan nulos cuando el mal se ha pasado a la sangre y la inteligencia.

Las prisiones se relegan, según se ve, a la extremidad del arsenal y lo más lejos posible de la ciudad.

El presidio de la ciudad de Toulon contenía entonces cerca de cuatro mil

presidarios. Las direcciones del puerto, las construcciones navales, la artillería, el almacén general, las construcciones hidráulicas y los edificios civiles ocupaban a tres mil destinados al trabajo duro⁸⁰. Los otros que no encontraban lugar en estas cinco grandes divisiones, servían en el puerto al lastrado, deslastre y remolque de las embarcaciones, a la limpieza, transporte de lodos, desembarco de madera para arboladura y aserrada, lista para ser usada. Otros finalmente, eran enfermeros o enfermos, empleados especiales o condenados a doble cadena a causa de la fuga.

Las doce y media sonaban en el reloj del arsenal cuando el señor Bernardon se dirigió hacia las dársenas, el puerto estaba desierto, los presos, que habían salido de las galeras al amanecer, habían trabajado hasta las once y media. El reloj los había entonces llamado a sus respectivas prisiones. Cada uno de ellos había recibido un pan de novecientos diecisiete gramos o trescientos gramos de galleta, así como cuarenta y ocho centilitros de vino. Los condenados estaban recostados perpetuamente sobre sus bancos, y sus esbirros⁸¹ los habían encadenado rápidamente. Los condenados por un tiempo podían circular libremente por toda la sala. Al sonido del silbato del ayudante, se agrupaban en cuclillas en torno a unas vasijas que contienen una sopa hecha, todo el año, con habas secas. Tal era su ordinario diario y aún así estos infelices sólo tenían derecho a su ración de vino en los días decididos.

Los trabajos debían reanudarse en una hora y abandonarse a las ocho de la noche. Se conducía entonces a los condenados a sus celdas, donde debían hallar el sueño sobre las baterías en las prisiones flotantes, o sobre catres de tijera en las galeras con piso de tierra, protegidos contra el frío o la dureza de sus lechos solamente por un pedazo de una gruesa tela de lana gris.

Capítulo II

Los condenados no debían regresar a los trabajos antes de media hora. El señor Bernardon aprovechó su ausencia para caminar por los muelles, examinar la distribución del puerto, los veleros abrigados bajo sus calas cubiertas, los inmensos buques atrapados en las dársenas de carena, las pesadas piezas fundidas amontonadas bajo las grúas, pero apenas le concedía una vaga atención a estas maravillas de la industria. Sin duda, necesitaba algunos detalles sobre la vida cotidiana de los condenados, porque al acercarse a uno de los ayudantes le dijo:

—¿A qué hora, señor, los prisioneros deben volver al puerto?

—En una hora —respondió el guardia.

—¿Están todos sometidos a los mismos trabajos?

—No. Bajo la dirección de los diferentes contramaestres, hay algunos que se dedican a actividades especiales: en los talleres de cerrajería, cordelería y fundición, que requieren conocimientos prácticos, se encuentran excelentes

obreros.

—¿Cuánto pueden ganar?

—Depende. Trabajan por día o por tarifas: la jornada les puede reportar de cinco hasta veinte centavos. La tarifa, según su habilidad y rapidez, les puede reportar treinta en ocasiones.

—¿Esa suma módica —preguntó el marsellés con prontitud— puede mejorar su suerte?

—Les es suficiente para comprar tabaco porque, aunque prohibido, se tolera que fumen y por algunos centavos también reciben a veces un poco de guisado o legumbres.

—¿Tienen el mismo salario los condenados a prisión perpetua y por término?

—La paga es la misma para todos, pero estos últimos tienen un suplemento de un tercio que les guardamos hasta que su pena expire. Entonces reciben el monto de la suma, con el propósito de que no se encuentren en la ruina total al salir de la prisión.

—Lo sé —dijo el señor Bernardon y suspiró profundamente.

—A mi entender, señor —dijo el ayudante—, no son tan desdichados y si por sus faltas o tentativas de fuga, no se les dobla la duración de la condena, por su bienestar tienen menos para quejarse que un grupo de obreros de las ciudades.

Este hombre, habituado al espectáculo del dolor, llamaba a aquello bienestar.

—¿No es entonces solamente la prolongación de la pena —preguntó el marsellés, con voz un poco alterada— el único castigo que se les infringe en caso de evasión?

—No. También existe el castigo corporal y la doble cadena.

—¿Castigo corporal? —replicó el señor Bernardon.

—Que consiste en la aplicación de quince a sesenta golpes sobre los hombros, con una cuerda untada con alquitrán.

—¿Es imposible la fuga para un condenado con doble cadena?

—Casi imposible —respondió el ayudante—. Los presos son encadenados a su banco y no salen jamás.

¡He ahí la dificultad para evadirse!

—Entonces mientras trabajan, escapan más fácilmente.

—¡Sin duda! Las parejas, que son vigiladas por un carcelero, tienen una cierta libertad que exige el trabajo y tal es la habilidad de esa gente que a pesar de una vigilancia estricta, en menos de cinco minutos, son capaces de cortar la cadena más fuerte. Cuando la chaveta remachada en el perno móvil es muy dura, dejan el anillo que les rodea la pierna y liman el primer eslabón de su cadena. Hay muchos condenados empleados en los talleres de cerrajería y allí encuentran fácilmente los materiales necesarios. En ocasiones la placa de hojalata que lleva su número les es suficiente. ¡Si logran procurarse un muelle de reloj, el cañón de alarma no tarda en sonar! ¡En fin, tienen mil

recursos, y un condenado, un día, vendió veintidós de esos secretos para evitarse un castigo corporal!

—Pero, ¿dónde pueden guardar sus herramientas?

—Por todas partes y a la vez en ninguna. Un preso llegó a hacerse cortes debajo de las axilas, e introdujo pequeños fragmentos de acero por debajo de su piel. Recientemente, le confiscué a un condenado una cesta de paja que en cada espacio tenía limas y sierras imperceptibles. ¡Nada es imposible, señor, a los hombres que se llaman Petit, Collonge o el conde de Sainte-Hélène!

En ese momento, dio la una. El ayudante saludó al señor Bernardon y volvió a su puesto.

—¡Esperanza y justicia! —se dijo el negociante—. ¡Pero si fallo! ¡Gran Dios! ¡El castigo corporal! ¡Y la doble cadena!

Los condenados salieron entonces de la prisión, unos solos, otros en pareja, bajo la vigilancia de un carcelero. El puerto se hizo eco del ruido de las voces, la resonancia de los hierros, las amenazas de los oficiales de galera. El señor Bernardon quedó dolorosamente impresionado y para no apresurarse en visitar a estos infelices, se dirigió hacia el parque de artillería.

Allí, encontró escrito, como en todos los otros lugares, el código penal de la prisión:

Será penalizado a muerte todo aquel condenado que golpee a un guardia, mate a su compañero, se revele u organice una revuelta. Será penalizado a tres años de doble cadena, el condenado a prisión perpetua que se haya evadido. A tres años de prolongación de pena, el condenado a término que haya cometido el mismo crimen y a una prolongación determinada por un juez cualquier preso que robe una suma superior a los cinco francos.

Será condenado a castigo corporal todo condenado que haya limado sus hierros o haya empleado cualquier medio para poderse escapar, a quien se le encuentre algún disfraz, robe una suma inferior a los cinco francos, se embriague, practique cualquier juego de azar, fume en los puertos u otros lugares, venda o desgare su ropa, escriba sin permiso, posea una suma superior a diez francos, agrede a su compañero, se rehúse a trabajar y se insubordine.

El marsellés permaneció pensativo luego de haber leído. Fue sacado de su abatimiento con la llegada de los responsables de las galeras. El puerto estaba en plena actividad, el trabajo se distribuía en todos los puntos. Los contramaestres dejaban escuchar aquí y allá sus ebrias voces:

—Diez golpes para Saint-Mandrier⁸².

—Quince calcetines⁸³ a la cordelería.

—Veinte parejas a la arboladura.

—Un refuerzo de seis rojos⁸⁴ a la dársena.

Las parejas solicitadas se dirigían hacia los lugares designados, compelidos por los insultos de los ayudantes y, en algunas ocasiones, por sus temibles bastones. El marsellés los miraba con suma atención y buscaba, sobre todo, reconocer su número. Unos se enganchaban a carretas con pesadas cargas,

otros transportaban sobre sus hombros pesadas piezas de carpintería, apilando y descombrando las tablas para la construcción o arrastrando con una cuerda los veleros en desarme, y todo se hacía bajo un sol que emitía, a raudales, su asfixiante calor.

Los condenados estaban vestidos con una casaca roja, un chaleco del mismo color y un pantalón gris de tela gruesa. Los condenados a prisión perpetua llevaban una gorra de lana verde y se les empleaba en los trabajos más rudos, al menos de capacidades especiales. Los condenados sospechosos por viciosos instintos o tentativas de evasión llevaban una gorra verde, rodeada de un largo borde rojo. La gorra completamente roja designaba a los condenados a término, y sobre estos últimos, el señor Bernardon lanzaba unas miradas ansiosas. En el gorro había una placa de hojalata que llevaba el número de matrícula de cada prisionero.

Unos, encadenados por pareja, cargaban grilletes de ocho a veintidós libras⁸⁵. En uno de los condenados, la cadena iba del pie a la cintura, donde estaba fija, y continuaba para ligarse a la cintura y al pie del otro. Estos infelices se llamaban, de forma humorística, «los caballeros de la guirnalda». Los otros, que no tenían pareja, sólo portaban un anillo y una semi cadena de nueve o diez libras, e inclusive un solo anillo que llaman «calcetín», que pesa de dos a cuatro libras. Algunos indomables presos tenían sus pies dentro de un «martinete», cierre en forma de triángulo que fijadas a cada una de sus extremidades alrededor de la pierna y templada de una manera especial, resiste a cualquier esfuerzo de ruptura.

El señor Bernardon, quien interrogaba tanto a los condenados como a los carceleros, recorrió todos los sectores del puerto. Algunas veces, una pregunta le asomaba a los labios, pero no se atrevía hacerla. Buscaba evidentemente reconocer a uno de aquellos desafortunados, y una impaciencia febril lo agitaba secretamente.

¡Delante de él, se encontraba ese cartel desgarrador definido por el derecho y la ley, donde se estampaba, en un triste día, la degradación de las pasiones humanas! ¡Porque la fatalidad había encontrado sólo colores sombríos en la paleta del crimen! Pero el inquieto visitante no se detuvo ante el grupo. ¡Entre aquella multitud, buscaba a alguien que no lo esperaba!

Era el número 2224. De su nombre y familia no le quedaba nada. Solo era conocido en el mundo por algunas cifras deshonorosas que lo clasificaban en una horda vergonzosa.

¡Triste nombre de bautismo con el que la prisión adorna a sus hijos!

A pesar de las averiguaciones del señor Bernardon, el 2224 no aparecía. Entonces, el negociante se dirigió a un guardia y le preguntó si ese número estaba en la prisión o retenido por cualquier otra causa.

—Discúlpeme —respondió el aludido— él trabaja en el amarre⁸⁶ de la arboladura.

—¿Qué tipo de hombre es?

—En mi opinión, un hombre pacífico, algún «caballo de regreso⁸⁷».

Esta denominación indicaba que el condenado estaba por segunda vez en la prisión.

—Si desea hablarle —dijo el guardia— vaya hacia la máquina de arbolar.

El señor Bernardon se dirigió rápidamente hacia allí y vio al 2224 que cuidaba uno de los timones. El marsellés no lo perdió más de vista y una tristeza húmeda inundó sus ojos rápidamente.

Capítulo III

Era un hombre de treinta años, bien fuerte, el número 2224. Su rostro era franco y revelaba una inteligencia más honesta que la de un criminal. Se encontraba una profunda resignación sobre la frente de este hombre, pero no había embrutecimiento en esa resignación porque vivos destellos se notaban, a veces, a través del abatimiento de sus ojos. Esta energía interior debía ser aprovechada. No se vislumbraba la vocación del crimen sobre los rasgos regulares de este desdichado. Una educación propicia debía conducirlo inevitablemente a la rehabilitación.

Estaba acoplado a un viejo condenado que, más endurecido y rudo, contrastaba mucho con él. ¡En la deprimida frente del viejo preso, se agolpaban incesantemente pensamientos culpables! ¡Vergonzosa y horrible unión que constituía la inmensa solidaridad del crimen!

¿De dónde proviene esta ley fatal que obliga a las buenas almas a perderse al tener contacto con las malas? ¿Por qué el mal es el roedor del bien?

Las parejas empleadas en ese momento izaban los mástiles de un velero recién construido y para acompañar sus esfuerzos, cantaban la canción de la Viuda. ¡La Viuda es la guillotina, viuda de todos los que mata!

¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡Jean-Pierre, oh!

¡Aséese!

¡Aquí está! ¡Llegó el barbero! ¡oh!

¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡Jean-Pierre, oh!

¡Llegó la carreta!

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

¡Para guadañar la cola!

¡Qué existencia! ¡Qué pensamientos! ¡Qué horizonte limitado por la cárcel y el patíbulo! El señor Bernardon esperó pacientemente que los trabajos se terminasen. Entonces, aprovechando la pausa que les ofrecían, las parejas descansaban. El más viejo de los dos presos se acostaba a todo lo largo en el suelo y el más joven, silencioso y abatido, se apoyaba sobre un ancla.

El marsellés avanzó hacia él.

—Mi amigo —le dijo afectuosamente—, me gustaría conversar con usted.

El número 2224 caminó hacia su interlocutor y el movimiento de la cadena sacó al viejo forzado de su somnolencia.

—¡Oye! —dijo éste— ¡estate quieto, que nos vas a hacer comprimir por las heridas!

—Cállate, Romain, quiero hablar con este señor.

—¡No vas a hablar nada!

—¡Suelta un poco tu cadena por el extremo!

—¡No! ¡Voy a tirar solo de mi mitad!

—¡Romain! ¡Romain! —dijo el número 2224 que comenzaba a enfadarse.

—Eh bien, juguémoslo —dijo Romain— y sacó un juego de cartas de su bolsillo.

—Ya está —replicó el joven condenado.

La cadena de los dos presos estaba compuesta por unos dieciocho eslabones de seis pulgadas⁸⁸. Cada uno tenía, por tanto, nueve, y podía tener así su margen de libertad. Los dos adversarios comenzaron a reñir y la disputa desvelaba una ardiente codicia. Llenaron su lenguaje de palabras incomprensibles.

El señor Bernardon se aproximó a Romain.

—Le compro la parte de la cadena —le dijo.

—¿Paga bien?

El negociante sacó cinco francos de su bolsa.

—¡Cinco! —dijo el viejo forzado.

¡Trato hecho! Y se precipitó sobre el dinero que desapareció no se sabe en dónde, después, desenrollando sus eslabones que había enrollado delante de él, retomó su lugar y se acostó.

—¿Para que me quería? —preguntó el joven condenado al marsellés.

Este lo miró fijamente y le dijo:

—Se llama Pierre-Jean. Ha pasado cinco años en la cárcel por robo calificado. Hace tres años había acabado de cumplir su pena, pero algún tiempo después, fue hecho prisionero nuevamente y condenado a diez años de cadena.

—¡Es cierto! —dijo Pierre-Jean.

—Es el hijo de Jeanne Renaud.

—Mi pobre buena madre —dijo el condenado tristemente— ¡No hable nada más! ¡Está muerta!

—Murió hace dos años —agregó el señor Bernardon.

—Pues sabrá, señor, que trabajo duro para juntar el dinero para comprar una tumba a la pobre Jeanne Renaud.

—Está enterrada bajo una bella placa de mármol —respondió el negociante.

—¿Con árboles verdes a su alrededor?

—Sí, Pierre-Jean.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Señor! Pero, ¿quién es?

—Escuche y cuidémonos de que no se nos vea juntos por mucho tiempo. De aquí a uno o dos días, prepárese a huir. Compre a precio de oro el silencio de

vuestro compañero. Prometa todo, cumpliré sus promesas. Cuando esté listo, usted recibirá los instrumentos necesarios para la fuga, porque de aquí a ese momento, le podrían comprometer. ¡Adiós, Pierre-Jean!

El marsellés continuó tranquilamente su inspección, dejando al condenado estupefacto con lo que acababa de escuchar. Hizo varios recorridos por el arsenal, visitó los talleres y regresó luego a su carruaje, cuyos caballos lo llevaron rápidamente al hotel.

Pierre-Jean no había salido de su asombro. ¿De dónde venía este hombre que conocía tan bien las diversas circunstancias de su vida? ¿Por qué razón le había hablado de su madre? ¿Por qué Jeanne Renaud tenía una bella tumba a la sombra de los árboles? ¿Qué interés tenía ese hombre por liberarlo? De cualquier forma, había aceptado rápidamente la oferta y resolvió preparar todo para su fuga. Ante todo, debía instruir a su compañero sobre lo que quería hacer, cosa indispensable porque el vínculo que los unía no podía romperse sin que le otro se diera cuenta. Quizás Romain también quería aprovecharse de la evasión y disminuirían así las posibilidades de éxito.

Este viejo forzado solo tenía que cumplir dieciocho meses de cadena.

Pierre-Jean lo convencía de quedarse, le demostró que, por tan poco, no debió arriesgar un aumento de la pena, pero Romain, que veía dinero al final de todo esto, no quería entender razones y rehusaba prestarse a todas las imaginaciones de su camarada.

El viejo comenzó a prestar un poco más de atención a los planes de Pierre-Jean solo cuando este le habló de algunos miles de francos que pudieran esperarlo a la salida de la prisión. La dificultad consistía en asegurarse del modo de pago. Después de numerosas conversaciones, en las que Romain mostró un soberano desprecio por las promesas y las palabras de honor, se convino que le daría, por adelantado, algunos diamantes, que se encargaría de guardar en lugar seguro. Por lo demás, consintió a fiarse de la lealtad de Pierre-Jean, aumentando los intereses de la suma a la tasa legal.

Entonces este último pensó en la manera de escapar. La cuestión era salir del puerto sin ser visto, necesitaba escapar a las ejercitadas miradas de los centinelas y carceleros.

¿Debía emplear la audacia o la astucia? ¡Quizás una u otra! Una vez que se llegase al campo, antes que previniesen a las brigadas policiales, sería fácil ofrecer dinero a los campesinos y a aquellos a los que la esperanza de la prima por los evadidos los haría más felices no se resistirían, ciertamente, al atractivo de una suma superior.

Pierre-Jean halló que la noche era el momento más favorable para sus proyectos, estaba condenado a término, pero, en lugar de estar preso en uno de los viejos navíos que forman las cárceles flotantes, por excepción, estaba encerrado en las salas.

Salir era difícil. Lo importante era entonces no volver a entrar ahí. Así que las radas prácticamente desiertas le ofrecían algunas oportunidades de éxito, porque no podía soñar a abandonar el arsenal por otro lugar que no fuera por

mar. Una vez en tierra, le correspondía a su protector indicarle el camino.

Llevado así por sus reflexiones de confiar en el desconocido, resolvió esperar por sus consejos, y conocer, antes que nada, si ratificaría las promesas hechas a Romain. Así, impaciente, el tiempo le transcurría lentamente.

Al día siguiente, el marsellés vino directamente hacia él.

—¿Entonces?

—Todo está arreglado, señor, y si desea serme útil, todo irá bien.

—¿Qué necesita?

—Prometí tres mil francos a mi compañero a la salida de la prisión.

—¡Los tendrá! ¿Qué más?

—Pero quiere algo más real que una promesa y pide unos diamantes como adelanto.

El señor Bernardon verificó que nadie le observaba, y dejó caer el broche de su corbata a los pies del viejo forzado, que la desapareció instantáneamente. Al mismo tiempo, le entregó un saco a Pierre-Jean.

—Aquí está, —dijo, oro y una lima bien temperada.

—Gracias, señor. ¿Adónde debo llegar?

—Cerca de Notre-Dame-des-Maures⁸⁹, en las montañas.

—¡Acordado!

—¿Cuándo será?

—Esta noche. ¡A nado!

—¡Bien! Procure llegar al cabo de Garonne⁹⁰. Encontrará allí todas las ropas necesarias. ¡Coraje y prudencia!

—Y gratitud —agregó Pierre-Jean. Los presos regresaron al trabajo.

El señor Bernardon, frío e impasible, examinó, con gran minuciosidad, los trabajos del arsenal y conversó durante mucho tiempo con dos célebres carceleros, que le tomaron por un archifilántropo.

Capítulo IV

Pierre-Jean parecía ser el más tranquilo de los prisioneros, pero, muy a pesar de él, un observador atento se hubiera dado cuenta de su inusitada agitación. El amor por la libertad soplaba en su corazón, y se volvían a encender todas esas esperanzas adormecidas bajo la ceniza de la resignación. Trabajó con un ardor insólito y parecía traicionarse por demasiada buena voluntad. La indiferencia era la mejor máscara.

Para disimular, durante unos instantes, su ausencia a la reanudación de las actividades en la tarde, se las arregló para hacerse remplazar por un camarada que estaba cerca de su compañero de cadena. Un preso «calcetín» — nombrado así por el anillo ligero que lleva en la pierna — que le quedaba por cumplir algunos pocos días más en la cárcel, por tanto sin pareja, acordó participar en el plan de Pierre-Jean por tres piezas de oro. Consintió en unir a

sus pies, durante algunos minutos, luego de su ruptura, la cadena del fugitivo.

A las siete de la noche, Pierre-Jean aprovechó un momento de descanso para cortar sus hierros. Gracias a la perfección de su lima y aunque este grillete era de un temple resistente, la operación se efectuó de forma rápida. Poco antes de la vuelta a las salas, después de haber visto al preso con que había hecho negocio y ocupar su lugar, se escondió detrás de algunas piezas de madera.

No lejos de él se encontraba una inmensa caldera destinada a una fragata a vapor, se le había puesto a secar delante del taller de las máquinas. Este vasto recipiente se hallaba apoyado en su base y la abertura de los hornos le ofrecía al preso un abrigo impenetrable. Aprovechándose de un momento adecuado, se deslizó sin hacer ruido, llevando un trozo de madera, al que le había hecho algunos huecos y portaba forma de gorra. Esperó.

La noche cayó. El reloj dio las ocho. Los condenados abandonaron los trabajos, se dirigieron hacia sus prisiones respectivas bajo la conducción de los guardias. El cielo, cargado de nubes, aumentaba la oscuridad y favorecía a Pierre-Jean. Cuando el arsenal estuvo desierto, salió de su escondite y moviéndose en silencio, se dirigió hacia el lado donde estaban las dársenas de carena, pues no podía pasar por delante de los edificios de la cárcel. Del otro lado de la ensenada, la casi isla de Cépet se llenaba de tinieblas. Algunos ayudantes erraban por esos lugares. Pierre-Jean interrumpió su marcha horizontal y se ocultó en las sombrías cavidades. Afortunadamente, había roto todas sus cadenas y sus movimientos eran silenciosos y libres.

Llegó, por fin, al mar, por la zona de la Dársena Nueva, pero no muy lejos de la abertura que daba acceso a la ensenada. Con su especie de gorra de madera en la mano, se deslizó por una cuerda⁹¹ y desapareció sin ruido sobre las aguas. Cuando regresó a la superficie, se cubrió la cabeza rápidamente con esa extraña cubierta, su cabeza quedaba, de esa forma, fuera de cualquier mirada y los agujeros hechos desde antes le permitían dirigirse. Se le podía tomar por una boya a la deriva.

De repente, un cañonazo resonó.

—Debe ser el cierre del puerto, pensó.

¡Le siguieron un segundo y un tercer disparo!

—¡El cañón de alarma! ¡Mi fuga ha sido descubierta! ¡Ánimo!

Y Pierre-Jean, evitando con cuidado el acercamiento de los navíos y la cadena de las anclas, avanzó por la pequeña ensenada, hacia el lado del polvorín de Millau. El mar estaba agitado, pero, como buen nadador, se sentía con fuerzas para ir más lejos. Dejó a la deriva su ropa que disminuía la velocidad de su marcha y traía su pequeño saco con oro colgado a su pecho.

Llegó sin dificultades al medio de la pequeña ensenada, y apoyándose sobre un cuerpo muerto, una especie de boya de hierro, se quitó con precaución la gorra que le protegía.

—¡Uf! —exclamó. Este paseo solo es una parte de lo que me queda por hacer; en alta mar, no tengo nada que temer, pero hace falta pasar la entrada de la bahía donde existen muchas embarcaciones entre la gran torre y el fuerte

de la Aiguillette. Será cosa del Diablo si logro evadirme. Mientras llegue el momento, orientémonos, y no metamos al Diablo de esta parte que no está aquí.

Pierre-Jean consiguió orientarse por el polvorín de la Goubnin y el fuerte Saint-Louis.

Necesitaba seguir en línea recta y, para no ser visto, ni de un lado ni del otro, pasar por el medio. Con la cabeza abrigada bajo su aparato, nadó silenciosamente. El viento refrescaba y se confundía con peligrosos ruidos que podían engañar la fineza de su oído; se mantenía en guardia y, por mucha importancia que tuviese en abandonar la pequeña ensenada, avanzaba lentamente para no dotar de una velocidad imprudente a la falsa boya que le ocultaba.

Transcurrió una media hora. Sus cálculos le indicaban que debía estar llegando al lugar de la entrada, cuando a su izquierda creyó escuchar un ruido de remos. Se detuvo, aguzó el oído y esperó.

—¡Eh! —vociferaron desde un bote.

¿Alguna novedad?

—¡Nada nuevo! —le respondieron desde una embarcación que pasaba a la derecha del prófugo.

—¡Nunca vamos a encontrarlo!

—Pero, ¿es seguro que se escapó por mar?

—¡Sin dudas! Hemos recuperado sus ropas.

—¡Y bien, corremos el riesgo de ir hasta las grandes Indias!

—¡Ánimo! Sigamos.

Las embarcaciones se separaron.

Le estaban persiguiendo. Aprovechando la partida de las canoas de la marina, se animó a dar algunas vigorosas brazadas en dirección a la salida, luchando contra las olas y el desespero que giraban en torno a él.

—¡Oh! ¡Si estuviera en alta mar!

¿Se puede imaginar la horrible posición de este hombre? ¡Alta mar! ¡Eso significaría la muerte y lo prefería a ir de vuelta a la cárcel! ¡Qué tenacidad! ¡Qué poder de carácter se encuentra, en ocasiones, entre los desgraciados! Se repite, muy a menudo, que tal energía aplicada al bien daría como resultado grandes cosas. Sí, pero esta fuerza no es natural. Para producirla, se necesitan grandes ansias de libertad. En la placidez diaria de la vida, estas personas se convertirían en seres vanos, inertes e impotentes. La sociedad los había repudiados, se habían golpeado con ella y de ese choque habían brotado chispas.

De vez en cuando, los gritos llegaban hasta el oído de Pierre-Jean, las embarcaciones multiplicaban su búsqueda por la ensenada y debieron necesariamente concentrar su vigilancia sobre la entrada a la bahía. ¡Pierre-Jean nadaba constantemente!

—¡Prefiero ahogarme! —se dijo.

Ya la gran torre y el fuerte del Aiguillette se delineaban ante sus ojos.

Las antorchas corrían sobre la ribera, como estrellas de mal augurio, las brigadas de la policía estaban en acción. El fugitivo disminuyó su marcha y se dejó impulsar por las olas y el viento del oeste que lo arrastraron hacia el mar.

De pronto, un brillo iluminó las aguas y Pierre-Jean percibió a su alrededor a tres o cuatro botes llevando antorchas encendidas. No se movió. Un movimiento en falso podía perderlo.

—¡Eh, allá!

—¡Nada!

—¿Buscaron por la parte de Lazaret?

—¿Y del lado de las baterías?

—Ya se les avisó a los soldados de la marina.

—Bien, de esa forma no podrá desembarcar en la costa.

—¡Imposible!

—¡En marcha!

Pierre-Jean respiró. Las embarcaciones se hallaban a solo diez brazas de él y se veía obligado ahora a nadar perpendicularmente.

—¡Allá! ¿Qué hay allá? —gritó un marinero.

—¿Qué? —le respondieron.

—¡Ese punto negro que nada!

—¿En el medio?

—Sí.

—¡No es nada! Es una boya a la deriva.

—Está bien, ¡entonces atrapémosla!

—Pierre-Jean se preparó a sumergirse. Pero, en ese preciso momento, el silbato de un contramaestre se escuchó.

—¡En marcha, muchachos! Tenemos más cosas que hacer que estar pescando un trozo de madera. ¡Sigamos adelante!

Y las embarcaciones continuaron su camino. El desventurado retomó su coraje. ¡Su ardid no había sido descubierto! Las fuerzas le volvieron con la esperanza. Una masa negra se dibujaba a lo lejos.

—¿Qué es aquello? —se preguntó.

¡La torre de Balaguier! Estaré salvado si llego allá. Pero, ¿dónde estoy? Giró hacia la izquierda y reconoció el fuerte Saint-Louis.

—¡Esa es la torre! Después de haber pasado la batería estaré ya en la gran ensenada.

¡Oh! ¡La libertad! ¡La libertad!

De pronto, se halló en profundas tinieblas. Un cuerpo opaco interceptaba a sus ojos la vista del fuerte. Era una de las últimas embarcaciones que había chocado contra él. Se detuvo al choque y uno de los marineros se inclinó sobre la borda.

—Es una boya —dijo. ¡En marcha!

Y el bote retomó su marcha. ¡Fatalidad! Un remo golpeó a la falsa boya, se viró de lado y antes que el evadido pudiera soñar con desaparecer, su cabeza rasurada se vio por delante del bote.

—¡Lo tenemos! —gritaron los marineros. ¡Aquí, rápido!

Pierre-Jean se sumergió y, mientras que los silbatos llamaban de todas partes a las embarcaciones dispersas, nadó entre dos aguas hacia el lado de la playa de Lazaret. Se alejó así del lugar de la cita, dado que esa playa está situada a la izquierda de la entrada de la gran ensenada, mientras que el cabo de Garonne se extiende por la derecha. Esperaba, de esa manera, despistar a sus perseguidores, al dirigirse hacia el lado menos propicio para su evasión.

Sin embargo, necesitaba llegar al lugar convenido con el marsellés. Luego de algunas brazadas hacia el lado contrario, retornó sobre sus pasos. Las embarcaciones se agrupaban a su alrededor. A cada instante, se sumergía para no ser reconocido. Finalmente, sus hábiles maniobras engañaron a sus perseguidores, pero necesitaba llegar. Comenzaba a desfallecer, perdía sus fuerzas, varias veces sus ojos se cerraban y su cerebro se llenaba de vertiginosos giros, sus manos se endurecían y sus pies pesados se hundían hacia el abismo. Pero, la providencia y las olas se compadecieron de él y lo lanzaron desvanecido sobre la orilla del cabo de Garonne. Después, cuando recobró sus sentidos, un hombre estaba inclinado sobre él, al tiempo que le hacía beber algunos sorbos de licor.

—Está a salvo —le dijo. Vestido con ropas de extranjero y con una peluca encima, llegará fácilmente a Notre-Dame-des-Maures, en las montañas del Anti. ¡Parta lo más pronto posible! Voy a encender una antorcha y vigilar la playa. Nadie imagina que ha venido a parar aquí.

Pierre-Jean se lanzó en la dirección indicada. Al cabo de andar un tiempo, cayó de rodillas, rezó por su madre, y se alejó con paso precipitado.

Capítulo V

La región situada al este de Toulon, llena de bosques y de montañas, surcada de precipicios y ríos, ofrecía al fugitivo numerosas oportunidades de escabullirse. Esas tierras que había recorrido tantas veces no tenían secretos para él. No perdió la esperanza de ser salvado por completo y sus reflexiones se dirigían al ese generoso protector cuyo objetivo no podía entender. ¿Tendría necesidad, ese marsellés, de un hombre decidido, dispuesto a todo, listo para enfrentar cualquier tarea y que había ido a seleccionar a la cárcel? Pero Pierre-Jean se había jurado que nunca volvería a cometer un crimen, y que huiría de las propuestas indignas como había huido de la prisión.

Eran las diez de la noche, cuando se aventuraba entre las montañas de la Garonne, evitando seguir los caminos frecuentados, lanzándose a las cunetas y los matorrales, cuando un paso humano o el ruido de alguna carroza resonaban en medio del silencio. Empleaba toda la circunspección del

malhechor cuando va a intentar un crimen, solo que en este caso, su prudencia era honesta. Aunque su disfraz lo hacía irreconocible, temía ser reconocido y sus ropas de campesino podían tener algo de artificial. Por otra parte, desde que la guardia recibe la señal de aviso del cañón de alarma, el preso evadido encuentra un enemigo intratable en cada persona que encuentre. Las razones de seguridad y los motivos pecuniarios refuerzan la agudeza de sus miradas, la velocidad de sus piernas y el vigor de sus brazos. Si se ve al fugitivo, se le reconoce, al quedar siempre estigmas físicos o morales, ya sea porque esté acostumbrado al peso de los grilletes y arrastra un poco la pierna izquierda, o porque un rostro asustado lo delata.

Sin embargo, Pierre-Jean llegó sano y salvo a Grande-Bastide. En una posada donde entró, con la mayor discreción posible, le sirvieron una botella de vino y una rebanada de tocino. Allí él tuvo la precaución de pagar su gasto en monedas grandes. Ya un poco restablecido y temiendo a las imprudencias del sueño, se puso en camino. Después de haber seguido durante algún tiempo el camino de Saint-Vincent, por prudencia se desvió a la derecha y, sin encontrar alma viviente, llegó a la aldea de Roubeaux, que consideró inútil de atravesar.

Por un momento, pensó no ir al lugar de la cita, siempre preocupado por la perspectiva de un mal asunto, pero su confianza ganó terreno sobre sus temores y retomando el camino hacia el Norte, dejó Hyères hacia su derecha y se adentró por segunda ocasión en las montañas.

El día comenzaba a despuntar y decidió que, a partir de ese momento, no se dejaría examinar de cerca, no evitaría las miradas de los curiosos, seguiría los grandes caminos, caminaría de frente y de la forma más honesta posible. Así, se arregló la peluca, se



abotonó su chaleco y partió con paso firme.

Sus reflexiones lo absorbían por algunos instantes, cuando creyó escuchar el trote de varios caballos. Subió a un talud para observar a lo lejos. La curva del camino le impedía ver, pero no podía engañarse y pegando la oreja a la tierra, escuchó el ruido que le había llamado la atención.

En ese instante y antes que pudiese levantarse, tres campesinos se precipitaron sobre él. Rápidamente, lo amordazaron, le ataron las manos y sus asaltantes le forzaron a volver sobre sus pasos.

Dos guardias a caballo se acercaban entonces por el camino, se aproximaron a los campesinos y uno de ellos los interrogó.

—¡Un preso evadido, gendarme, un fugitivo que acabamos de atrapar!

—¡Oh! ¡Oh! —dijo uno de los guardias—. ¿Es el de anoche?

—¡Puede ser, pero, sea ese u otro, lo tenemos!

—¡Una buena recompense para ustedes!

—¡Muy bien, eso no se puede rechazar! Sus ropas no les sirven a los carceleros y acabaremos tomándola.

—¿Nos necesitan para algo? —preguntó uno de los guardias.

—¡Ah! ¡Pues, no! Está bien amarrado y podemos con él.

—Es mejor así —respondió el guardia—, porque estamos siguiendo una pista y eso nos desviaría de nuestras pesquisas.

—¡Bien! ¡Hasta luego y buena suerte!

Los guardias continuaron su camino y los campesinos se alejaron en sentido inverso. Pierre-Jean estaba abatido y marchaba maquinalmente. Atado y amordazado, no podía ni intentar sobornar a sus guardianes. Cuando los gendarmes desaparecieron, los campesinos se apartaron del gran camino, tomaron parajes desiertos y, luego de una larga marcha, durante la que no dirigieron la palabra a Pierre-Jean, llegaron a la orilla de Gapau. Mientras que atravesaban el río sobre una balsa, el desgraciado fugitivo intentó tirarse al agua, pero, retenido por manos vigorosas, debió renunciar a cualquier tentativa de suicidio.

Los campesinos evitaban también los grandes caminos y más tarde, se encontraron en el medio de las montañas. Pierre-Jean no comprendía su forma de comportarse. Eran las montañas del Anti. Se habían alejado de Toulon y debían estar bien cerca de Notre-Dame-des-Maures. En efecto, Teste des Caneaux se hallaba ante ellos. Borearon la aldea y regresaron al gran camino. Un hombre los esperaba del otro lado. Pierre-Jean fue llevado ante él, era el Señor Bernardon. El prisionero quiso hacer un gesto, pero el marsellés marchó delante y condujo a la tropa, que no tardó en llegar a una pequeña y solitaria casa ubicada en la villa de Notre-Dame-des-Maures.

Pierre-Jean fue conducido a una habitación baja donde se hallaba una anciana. El señor Bernardon le siguió junto con los tres campesinos y el fugitivo fue desatado.

—¿Qué quieren de mí? Eso está mal, señor —le dijo al marsellés.

—Esos hombres son de mi entera confianza —respondió el señor Bernardon

—. ¡Si no hubieran fingido que lo llevaban a Toulon, los guardias lo hubieran detenido y ahora estaría perdido!

Pierre-Jean seguía sin comprender. A una señal, se sentó y el señor Bernardon le dijo:

—Escuche. Hace tres años, Pierre-Jean salió de la prisión, donde acababa de terminar su pena, había sido condenado a cinco años de cárcel. La hora de la libertad había llegado para él. Provisto de su pasaporte, vestido con un pantalón de lana, camisa nueva y sombrero barnizado, dejó la prisión y siguió el mismo camino que hoy. Su fortuna se resumía a unos cincuenta francos, pobres ahorros que había reunido moneda a moneda. No era una persona mala, en un día de desvarío había fallado, pero su castigo severo, lejos de

corromperlo, al mezclarlo con malvados de todo tipo, lo había llevado a justas y serias reflexiones. Quería volver a ver a su vieja madre, ayudarla con su trabajo y amarla con todo su corazón. Así que su paso era rápido y alegre, porque se alejaba de la prisión y se acercaba a la aldea. Solo se mostraba avergonzado cuando los gendarmes lo obligaban a mostrar ese pasaporte amarillo que une ley tan cruel impone a los ex reos. Después de mucho caminar, llegó a la aldea de Notre-Dame-des-Maures, se detuvo ante esta misma casa. Una anciana estaba aquí. ¡Es esta mujer que está aquí ahora! Lloraba sola en una esquina y torcía sus brazos, desesperada. Pierre-Jean quiso saber la causa de su tristeza.

—Ah —dijo—, mi hijo está lejos, atravesó los mares para buscar fortuna y sacarme de las dificultades, pero he aquí que, desde su partida, las desgracias se han acumulado sobre mi cabeza, los gastos han aumentado, las cosechas han sido malas y por falta de una suma de cincuenta francos, las personas de las ley van a vender mi pobre choza.

Parece que esta anciana fue elocuente por sus lágrimas y por la sinceridad. ¡El alguacil podía venir de un momento a otro y lanzarla al camino! Pierre-Jean quería mucho a su madre, Jeanne Renaud, sin recursos y avejentada también y que podía haber pasado quizás por una situación semejante y el deber de toda alma caritativa habría sido la de socorrerla, poseía solo cincuenta francos y se los dio a la buena mujer. Pierre-Jean había hecho una buena acción. Se sintió orgulloso de corazón y contento de él. En ese momento, el alguacil entró en la choza. Continuó su camino y sin arrepentirse de su compasión, Pierre-Jean calculó que si hubiese tenido cien francos, ahora tuviera otros cincuenta, bien útiles, que le servirían para terminar su largo viaje o satisfacer las primeras necesidades de su existencia, ¡pues su madre era pobre! ¡Tampoco le iba a ser fácil encontrar trabajo cuando se conociese de dónde venía Pierre-Jean! Es en ese momento que el oficial de la justicia, satisfecho con el pago de la anciana, a la que había dado recibo por la entrega del dinero, venía de vuelta por el camino. No sé que malévola inspiración se apoderó de Pierre-Jean, pero sin despojar al oficial, entró en posesión nuevamente de sus cincuenta francos, ni más, ni menos. ¡Y pensando que la buena acción compensaría a la mala, continuó su camino! Pero antes de ver a su madre fue denunciado y perseguido por robo sobre la persona del alguacil, fue condenado nuevamente por una corte, ¡esta vez a diez años de cárcel! Pobre hombre, qué lástima, pues su pobre madre murió, al poco tiempo, sin haber besado a su hijo.

El señor Bernardon se detuvo. Pierre-Jean tenía sus ojos llenos de lágrimas. Luego, el marsellés tomó la mano de la anciana y la puso sobre la de Pierre-Jean.

—¡Ella es mi madre —le dijo—, y la ha salvado! ¡Hemos rezado todos juntos por la suya! Pierre-Jean se cayó de rodillas. El señor Bernardon lo levantó.

—Mi amigo, hoy mismo regresamos a Marsella, uno de mis barcos lo

conducirá al Nuevo Mundo. ¡Tome este dinero que le permitirá vivir para siempre con holgura! Pero debe usted jurarme que trabajara.

—¡Se lo juro, señor, aunque fuese para rehabilitarme ante mis propios ojos! El señor Bernardon le apretó la mano diciendo:

—¡Hace mucho tiempo que, para mí, usted es un hombre honrado!

Esa misma noche, en compañía del negociante y su madre, Pierre-Jean llegó a Marsella y al siguiente día, el Cérès, un velero de tres mástiles, de setecientas toneladas, recibió un nuevo pasajero que le esperaba y desplegó todas sus velas hacia el estrecho de Gibraltar.

FIN

Editado por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1910

Sinopsis:

Es una obra pesimista, apocalíptica, que cuenta con crudeza en sus páginas el fin de la civilización y el retroceso del ser humano al primitivismo. Todo esto a partir de una catástrofe natural que hace que los océanos cubran prácticamente la superficie del planeta y arrasen con todo ser viviente. Sólo se salvarán de perecer una veintena de personas. Con esta gente, recomienza la historia o, mejor dicho, la prehistoria humana. Un hecho curioso es que Verne ubique su relato del fin del mundo en una población del norte de México, a orillas del océano Pacífico, en una fecha posterior al año 2000.

El zartog Sofr-Aï-Sr -que quiere decir, «el doctor, tercer representante masculino de la centésimo primera generación de la dinastía de los Sofr»- seguía a pasos lentos la calle principal de Basidra, la capital del *Hars-lten-Schu*, o dicho en otras palabras «El Imperio de los Cuatro Mares». Cuatro mares, efectivamente: el Tubelone o septentrional, el Ehône o austral, el Spone u oriental y el Merone u occidental, limitaban aquel vasto territorio, de forma muy irregular, cuyos puntos más extremos (según las medidas comunes al lector) alcanzaban, en longitud, los cuatro grados Este y los sesenta y dos grados Oeste, y en latitud los cincuenta y cuatro grados Norte y los cincuenta y cinco grados Sur. En cuanto a la respectiva extensión de esos mares, ¿cómo evaluarla, aunque fuera de un modo aproximado, ya que todos ellos se unían entre sí, y un navegante, abandonando cualquiera de sus orillas y bogando siempre al frente, llegaría necesariamente a la orilla diametralmente opuesta? Ya que, en toda la superficie del planeta, no existían otras tierras que las del *Hars-lten-Schu*.

Sofr caminaba a pasos lentos, en primer lugar porque hacía mucho calor: entraban en la estación ardiente y Basidra, situada al borde del *Spone-Schu* o mar oriental, a menos de veinte grados al norte del Ecuador, se veía avasallada por una terrible catarata de rayos derramados por el sol, cerca de su cenit en aquellos momentos.

Pero, más que el cansancio y el calor, era el peso de sus pensamientos lo que

retardaba los pasos de Sofr, el sabio zartog. Mientras se secaba la frente con mano distraída, recordaba la sesión que acababa de terminar, y donde tantos oradores elocuentes, entre los que se honraba en contarse, habían celebrado magníficamente el ciento noventa y cinco aniversario de la fundación del Imperio.

Algunos de ellos habían hecho un resumen de su historia, que era la historia de toda la humanidad. Habían mostrado la *Mahart-Iten-Schu*, la Tierra de los Cuatro Mares, dividida originalmente en un inmenso numero de poblaciones salvajes que se ignoraban las unas a las otras. A esas poblaciones se remontaban las tradiciones más antiguas. En cuanto a los hechos anteriores nadie los conocía, y las ciencias naturales apenas comenzaban a discernir una tenue luz en las impenetrables tinieblas del pasado. Sea como fuere, aquellos antiguos tiempos escapaban a la crítica histórica, cuyos primeros rudimentos se componían de aquellas vagas nociones referentes a las antiguas poblaciones dispersas.

Durante más de ocho mil años, la historia, en grados cada vez más completos y exactos, de la *Mahart-Iten-Schu* no relataba otra cosa que combates y guerras, primero de individuo a individuo, luego de familia a familia, finalmente de tribu a tribu, y en donde cada ser vivo cada colectividad, grande o pequeña, no tenía a lo largo de las eras otro objetivo que asegurar su supremacía sobre sus competidores y se esforzaba con diversa fortuna, a veces adversa, en someterlos a sus leyes.

Después de esos ocho mil años, los recuerdos de los hombres eran un poco más precisos. Al principio del segundo de los cuatro periodos en los que comúnmente se dividían los anales de la *Mahart-Iten-Schu*, la leyenda empezaba a merecer más justamente el nombre de historia. Por otro lado, fuera historia o leyenda, la temática de los relatos apenas cambiaba: siempre no eran más que masacres y matanzas -ya no de tribu a tribu, hay que admitirlo, sino ahora de pueblo a pueblo-, por lo que, en buena ley, ese segundo periodo no era muy diferente del primero.

Y lo mismo podía decirse del tercero, cuyo final se hallaba apenas a doscientos años de distancia en l pasado, tras haber durado cerca de seis siglos. Más atroz quizá esa tercera época, durante la cual innumerables ejércitos de hombres, con una rabia insaciable, habían regado la tierra con su sangre.

En efecto, un poco menos de ocho siglos antes del día en que el zartog Sofr seguía la calle principal de Basidra, la humanidad se había hallado preparada para las vastas convulsiones. En aquel momento, habiendo cumplido las armas, el fuego, la violencia, una parte de su necesaria obra, habiendo sucumbido los débiles ante los fuertes, los hombres que poblaban la *Mahart-Iten-Schu* formaban tres naciones homogéneas, en cada una de las cuales el tiempo había atenuado las diferencias entre los vencedores y los vencidos de otros tiempos. Fue entonces cuando una de esas naciones emprendió la tarea de someter a sus vecinas. Situados en el centro de la *Mahart-Iten-Schu*, los

Andarti-Ha-Sammgor, u Hombres de Rostro de Bronce, lucharon sin piedad para ampliar sus fronteras, dentro de las cuales se asfixiaba su ardiente y prolífica raza. Unos tras otros, al precio de seculares guerras, vencieron a los *Andarti-Mahart-Horis*, los Hombres del País de la Nieve, que habitan las extensiones del sur, y a los *Andarti-Mitra-Psul*, los Hombres de la Estrella Inmóvil, cuyo imperio estaba situado al norte y al oeste.

Cerca de doscientos años habían transcurrido desde que la última revuelta de esos dos últimos pueblos había sido ahogada en torrentes de sangre, y la tierra había conocido por fin una era de paz. Era el cuarto periodo de la historia. Un solo Imperio reemplazaba a las tres naciones de antes, y todo el mundo obedecía la ley de Basidra, y la unidad política tendía a fundir las razas. Nadie hablaba ya de los Hombres de Rostro de Bronce, de los Hombres del País de la Nieve, de los Hombres de la Estrella Inmóvil, y la tierra no contenía más que un pueblo único, los *Andart'-Iten*, los Hombres de los Cuatro Mares, que resumía en él a todos los demás.

Pero, tras aquellos doscientos años de paz, un quinto periodo parecía querer anunciarse. Desde hacía un tiempo circulaban rumores desagradables, venidos nadie sabía de dónde. Habían aparecido pensadores que despertaban en las almas recuerdos ancestrales que uno hubiera creído abolidos. El antiguo sentimiento de la raza resucitaba bajo una nueva forma, caracterizada por nuevas palabras. Se hablaba en las conversaciones de «atavismos», de «afinidades», de «nacionalismos», etc., todos ellos vocablos de reciente creación que, respondiendo a una necesidad, habían adquirido rápidamente derecho de ciudadanía. Siguiendo afinidades de origen, de aspecto físico, de tendencias morales, de intereses o simplemente de región y de clima, aparecían grupos que se veían aumentar poco a poco y que empezaban a agitarse. ¿Cómo se desarrollaría esa naciente evolución? ¿Iba a verse dividida la *Mahart-Iten-Schu*, como antes, en un gran número de naciones, o sería necesario para mantener la unidad apelar de nuevo a las terribles hecatombes que, durante tantos milenios, habían hecho de la tierra una carnicería...?

Sofrí, agitando la cabeza, alejé aquellos pensamientos. Ni él ni nadie conocían el futuro. ¿Por que pues entristecerse por anticipado de unos acontecimientos inciertos? Además, aquel no era día para meditar sobre tales siniestras hipótesis. Hoy era un día alegre, y uno no debía pensar más que en la augusta grandeza de Mogar-Si, el decimosegundo emperador del *Hars-Iten-Schu*, cuyo cetro conducía al universo hacia gloriosos destinos.

Además, para un zartog, no faltaban las razones de alegría. Además del historiador que había pasado revista a los anales de la *Mahart-Iten-Schu*, una pléyade de sabios, con ocasión del grandioso aniversario, habían establecido, cada uno dentro de su especialidad, el balance del saber humano, señalando el punto hasta donde su secular esfuerzo había conducido a la humanidad. De tal modo que, si bien el primero había sugerido, en una cierta medida, tristes reflexiones, relatando a través de que lenta y tortuosa ruta había escapado la humanidad de su bestialismo original, los demás habían alimentado el

legítimo orgullo de su auditorio.

Sí, en verdad, la comparación entre lo que había sido el hombre, llegando desnudo y desarmado a la tierra, y lo que era hoy, incitaba a la admiración. Durante siglos, pese a las discordias y sus odios fratricidas, ni por un instante había interrumpido su lucha contra la naturaleza, aumentando sin cesar la amplitud de su victoria. Lenta al principio, su marcha triunfal se había acelerado sorprendentemente desde hacia doscientos años, y la estabilidad de las instituciones políticas y la paz universal que habían resultado de ello habían provocado un maravilloso florecer de la ciencia. La humanidad había vivido para el cerebro, y no más solamente para los miembros; había reflexionado, en vez de agotarse en guerras inútiles y era por ello por lo que, en el transcurso de los dos últimos siglos, había avanzado a un paso cada vez más rápido hacia el conocimiento y hacia la domesticación de la materia...

A grandes rasgos, Sofr, mientras seguía bajo el ardiente sol la larga calle de Basidra, esbozaba en su mente el cuadro de las conquistas del hombre.

En primer lugar -y aquello se perdía en la noche de los tiempos-, había imaginado la escritura, a fin de fijar el pensamiento; luego -la invención se remontaba a más de quinientos años- había hallado el medio de extender la palabra escrita en un número infinito de ejemplares, con ayuda de un molde que servía para todos ellos.

Fue de esa invención de donde surgieron en realidad todas las demás. Es gracias a ella por lo que los cerebros se habían puesto a trabajar, por lo que la inteligencia de cada uno se había visto incrementada con la de los vecinos, y por lo que los descubrimientos, tanto teórica como prácticamente, se habían multiplicado en forma prodigiosa. Ahora eran ya incontables.

El hombre había penetrado en las entrañas de la tierra y extraía de ellas la hulla, generosa dispensadora de calor; había liberado la fuerza latente del agua, y el vapor arrastraba ahora sobre las tendidas cintas de hierro pesados convoyes o accionaba innumerables y poderosas maquinas, precisas y delicadas; gracias a esas maquinas, tejía las fibras vegetales y podía trabajar a su antojo los metales, el mármol y la roca. En un campo menos concreto, o al menos de una utilización menos directa y menos inmediata, penetraba gradualmente en el misterio de los números y exploraba cada vez más profundamente la infinitud de las verdades matemáticas. Gracias a ellas, su pensamiento había recorrido el cielo. Sabía que el Sol no era más que una estrella que gravitaba a través del espacio según leyes rigurosas, arrastrando consigo en su inflamado orbe los siete planetas⁹³ de su cortejo. Conocía el arte tanto de combinar ciertos cuerpos brutos de modo que formaran otros nuevos tenían ya nada en común con los primeros, como de dividir ciertos otros en sus elementos constitutivos y primordiales. Sometía a análisis el sonido, el calor, la luz, empezaba a determinar su naturaleza y sus leyes. Hacía apenas cincuenta años, había aprendido a producir esa fuerza de la cual el trueno y los relámpagos son su más terrible manifestación, y muy pronto la había convertido en su esclava; ese misterioso agente transmitía a distancias

incalculables el pensamiento escrito; mañana, transmitiría el sonido; pasado mañana, sin duda, la luz... Sí, el hombre era grande, más grande que el inmenso universo, al que gobernaría como dueño en un día próximo...

Pero, para que poseyera la verdad integral, quedaba por resolver un último problema: Este hombre, dueño del mundo, ¿quién es? ¿De dónde viene? ¿Hacia que desconocidos fines tiende su incansable esfuerzo?

Ese vasto tema era precisamente el que acababa de tratar el zartog Sofr en el transcurso de la ceremonia de la que acababa de salir. Claro que no había hecho más que rozarlo, ya que un tal problema era actualmente insoluble, y seguiría siéndolo sin duda mucho tiempo aún. Sin embargo, algunos vagos resplandores empezaban a iluminar el misterio. ¿Y, entre esos resplandores, no era uno de los más poderosos el que había proyectado el propio zartog Sofr cuando, codificando sistemáticamente las pacientes observaciones de sus predecesores y sus notas personales, había llegado al enunciado de su ley de la evolución de la materia viva, ley universal actualmente admitida por todos, y que no tenía ni un solo contradictor?

Aquella teoría reposaba sobre una triple base.

En primer lugar sobre la ciencia geológica que, nacida el día en que se había empezado a hurgar las entrañas del suelo se había ido perfeccionando a medida que se desarrollaban las explotaciones mineras. La corteza del planeta tan perfectamente conocida que se llegaba incluso a fijar su edad en cuatrocientos mil años, y en veinte mil la de la *Mahart-ltens-Schu* tal como existía hoy en día. Antes, aquel continente dormía bajo las aguas del mar, como lo atestiguaba la espesa capa de lino marino que recubría, sin la menor interrupción, los estratos rocosos subyacentes. ¿Por qué mecanismo había surgido fuera de las olas? Sin duda como consecuencia de una contracción de la corteza al enfriarse. Fuera cual fuese la hipótesis al respecto, lo cierto era que la emersión de la *Mahart-lten-Schu* debía ser considerada como segura.

Las ciencias naturales habían proporcionado a Sofr los otros dos fundamentos de su sistema, demostrando el estrecho parentesco que existía en las plantas entre sí y en los animales entre sí. Sofr había ido incluso más lejos: había probado hasta la evidencia que casi todos los vegetales existentes se relacionaban con una planta marina que era su antepasado, y que casi todos los animales terrestres y aéreos derivaban de animales marinos. A través de una lenta, pero incesante evolución, estos se habían adaptado poco a poco a unas condiciones de vida primero vecinas, luego más alejadas de las de su vida primitiva y, de estadio en estadio, habían dado nacimiento a la mayor parte de las formas vivas que poblaban la tierra y el cielo.

Desgraciadamente, aquella ingeniosa teoría no era inatacable. El que los seres vivos del orden animal o vegetal procedieran de antepasados marinos era algo que parecía incontestable para casi todos, pero no para todos. Existían en efecto algunas plantas y algunos animales que parecían imposibles conectar con formas acuáticas. Aquel era uno de los puntos débiles del sistema.

El hombre -Sofr no se lo ocultaba- era el otro punto débil. Entre el hombre y los animales no era posible establecer ningún lazo. Por supuesto, las funciones y las propiedades primordiales, tales como la respiración, la nutrición, la movilidad, eran las mismas, y se realizaban o se revelaban sensiblemente de parecida manera, pero subsistía un abismo infranqueable entre las formas exteriores, el número y la disposición de los órganos. Si bien, a través de una cadena de la que faltaban muy pocos eslabones, podía relacionarse la gran mayoría de los animales a unos antepasados surgidos del mar, una tal filiación era inadmisibile en lo que concernía al hombre. Para conservar intacta la teoría de la evolución, era necesario, pues, imaginar gratuitamente la hipótesis de una raíz común a los habitantes de las aguas y al hombre, raíz cuya existencia anterior nada, absolutamente nada, demostraba.

Por un tiempo Sofr había esperado hallar en el suelo argumentos favorables a sus preferencias. A instigación suya, y bajo su dirección, se habían realizado prospecciones durante un largo lapso de años, pero para llegar a resultados diametralmente opuestos a los que esperaba el promotor.

Tras atravesar una delgada película de humus formada por la descomposición de plantas y animales parecidos o análogos a aquellos que podían ver todos los días, se había llegado a la espesa capa de limo, donde los vestigios del pasado habían cambiado de naturaleza. En aquel limo ya no existía nada de la flora y las faunas existentes, sino tan solo un amasijo colosal de fósiles exclusivamente marinos cuyos congéneres vivían aun, lo más frecuentemente en los océanos que rodeaban la *Mahart-Iten-Schu*.

¿Que conclusión había que sacar de todo aquello, sino que los geólogos tenían razón profesando que el continente había yacido antiguamente en el fondo de aquellos mismos océanos, y que ni siquiera Sofr estaba equivocado afirmando el origen marino de la fauna y la flora contemporáneas? Puesto que, salvo excepciones tan raras que podían ser consideradas con pleno derecho como monstruosidades, las formas acuáticas y las formas terrestres eran las únicas de quienes se podían descubrir huellas, de modo que las ultimas tenían que haber sido necesariamente engendradas por las primeras...

Desgraciadamente para la generalización del sistema, se hicieron otros nuevos descubrimientos. Esparcidas por todo el espesor del humus, y hasta llegar a la parte más superficial del depósito de limo, fueron puestas a la luz innumerables osamentas humanas. No había nada de excepcional en la estructura de aquellos fragmentos de esqueleto, y Sofr tuvo que renunciar a identificarlos como restos de organismos intermediarios cuya existencia hubiera confirmado su teoría: aquellas osamentas eran, ni más ni menos, osamentas humanas.

Sin embargo, no tardo en constatarse un particular extraordinariamente notable. Hasta una cierta antigüedad, que podía ser evaluada aproximadamente en dos o tres mil años, cuanto más antiguo era el osario, de más pequeña talla eran los cráneos descubiertos. Por el contrario, más allá de aquel estadio, la progresión se invertía, y desde entonces, cuanto más se

retrocedía en el pasado, mayor era la capacidad de los cráneos y, en consecuencia, el tamaño de los cerebros que habían contenido. El máximo fue hallado precisamente entre los restos -por otro lado muy extraños-encontrados en la superficie de la capa de limo. El concienzudo examen de esos venerables restos no dejó lugar a dudas de que los hombres que vivieron en aquella lejana época habían adquirido un desarrollo cerebral muy superior a sus sucesores -incluidos los contemporáneos del propio zartog Sorf-. Así pues, durante aquellos ciento sesenta o ciento setenta siglos, se había producido una regresión manifiesta, seguida de una nueva ascensión.

Sofr, turbado por aquellos extraños hechos, llevó más adelante sus investigaciones. La capa de limo fue atravesada de parte a parte, en un espesor tal que, según las más moderadas opiniones, el depósito no había exigido menos de quince o veinte mil años. Más allá, se produjo la sorpresa de encontrar débiles restos de una antigua capa de humus y, debajo de ese humus, roca, de naturaleza variable según el lugar donde se efectuaran las prospecciones. Pero lo que llevó la sorpresa a su colmo fue el retirar algunos restos de origen incontestablemente humano arrancados a aquellas misteriosas profundidades. Eran fragmentos de osamentas que habían pertenecido a seres humanos, y también restos de armas o maquinas, trozos de cerámica, trozos de inscripciones en un lenguaje desconocido, piedras duras finamente trabajadas, a veces esculpidas en forma de estatuas casi intactas, capiteles delicadamente labrados, etc. El conjunto de aquellos hallazgos obligó lógicamente a deducir que hacía aproximadamente unos cuarenta mil años, es decir veinte mil años antes del momento en que habían surgido, nadie sabía de dónde ni cómo, los primeros representantes de la raza contemporánea, el hombre había vivido ya en aquellos mismos lugares, alcanzando un grado de civilización tremendamente avanzado.

Tal fue en efecto la conclusión generalmente admitida. De todos modos, hubo al menos un disidente. Ese disidente no era otro que Sofr. Admitir que otros hombres, separados de sus sucesores por un abismo de veinte mil años, hubieran poblado por primera vez la tierra, era para él una locura. ¿De dónde habrían venido, en este caso, esos descendientes de unos antepasados desaparecidos hacía tanto tiempo y a quienes no les ligaba nada? Mas que aceptar una hipótesis tan absurda, era mejor permanecer a la expectativa. El hecho de que aquellos hechos singulares no pudieran ser explicados no permitía llegar a la conclusión de que eran inexplicables. Algún día serían interpretados. Hasta entonces era mejor no tenerlos en cuenta y permanecer aferrado a esos principios, que satisfacen plenamente la razón pura:

La vida planetaria se divide en dos fases: antes del hombre y después del hombre. En la primera, la Tierra, en estado de perpetua transformación, es, por esta causa, inhabitable, y está deshabitada. En la segunda, la corteza terrestre ha llegado a un grado de cohesión que permite la estabilidad. Inmediatamente, teniendo bajo ella un sustrato sólido, aparece la vida. Se inicia con las formas más simples y va complicándose progresivamente para

alcanzar al fin al hombre, su expresión última y más perfecta. El hombre, apenas aparece sobre la Tierra, prosigue inmediatamente y sin descanso su ascensión. Con paso lento pero seguro, se encamina hacia su final, que es el conocimiento perfecto y la dominación absoluta del universo...

Arrastrado por el calor de sus convicciones, Sofr había pasado de largo su casa. Dio media vuelta, murmurando en voz baja.

«Oh» -se decía a sí mismo-, «¿admitir que el hombre, ¡hace cuarenta mil años!, hubiera alcanzado una civilización comparable, si no superior, a la que gozamos ahora, y que sus conocimientos, sus adquisiciones, hayan desaparecido sin dejar la menor huella, hasta el punto de obligar a sus descendientes a recomenzar la obra por su base, como si fueran los pioneros de un mundo deshabitado que se extiende ante ellos?... ¡Eso sería negar el futuro, proclamar que nuestro esfuerzo es vano, y que todo el progreso es tan precario y poco firme como una burbuja de espuma cabalgando en la cresta de una ola!»

Sofr hizo alto frente a su casa.

«¡*Upsa ni...! ¡hartchok...!*» (¡No, no!... ¡Realmente!...), «¡*Andart mir'hoë spha!...*» (¡El hombre es el dueño de las cosas!...) -murmuró, empujando la puerta.

Cuando el zartog hubo descansado unos instantes, comió con buen apetito, luego se tendió para efectuar su siesta cotidiana. Pero las preguntas que lo habían agitado camino de su domicilio seguían obsesionándole, rechazando el sueño.

Por mucho que fuera su deseo de establecer la irreprochable unidad de los métodos de la naturaleza, poseía demasiado espíritu crítico como para negar lo débil que era su sistema desde el momento en que se abordaba el problema del origen y la formación del hombre. Obligar a los hechos a encajar con una hipótesis preconcebida es una manera de tener razón contra los demás, pero no sirve para tener razón contra uno mismo.

Si, en vez de ser un sabio, un zartog muy eminente, Sofr hubiera formado parte de la clase de los iletrados, se hubiera sentido menos angustiado. El pueblo, en efecto, sin perder su tiempo en profundas especulaciones, se contentaba con aceptar, con los ojos cerrados, la vieja leyenda que, desde tiempos inmemoriales, se transmitía de padres a hijos. Explicando el misterio a través de otro misterio, hacía remontar el origen del hombre a la intervención de una voluntad superior. Un día, aquella potencia extraterrestre había creado de la nada a Hedom e Hiva, el primer hombre y la primera mujer, cuyos descendientes habían poblado la Tierra. Así, todo se encadenaba de la forma más sencilla.

¡Demasiado sencilla!, pensaba Sofr. Cuando uno desespera de comprender algo, es realmente demasiado fácil hacer intervenir a la divinidad: de esta

forma, resulta inútil buscar la solución de los enigmas del universo, ya que los problemas quedan suprimidos apenas planteados.

¡Si al menos la leyenda popular tuviera aunque fuese tan solo la apariencia de una base seria!... Pero no se basaba absolutamente en nada. No era más que una tradición, nacida en las épocas de ignorancia y transmitida inmediatamente después de edad en edad. Incluso el nombre: «¡Hedom!...» ¿De dónde venía ese vocablo extraño, de extranjerías consonancias, que no parecía pertenecer a la lengua de los *ntart'-Iten-Schu*? Tan sólo esta pequeña dificultad filológica había bastado para que una infinidad de sabios palidecieran, sin hallar ninguna respuesta satisfactoria. ¡Todo aquello no eran más que desvaríos, cosas indignas de retener la atención de un zartog!...

Irritado, Sofr descendió a su jardín. Aquella era la hora en que acostumbraba hacerlo. El sol, en su ocaso, derramaba sobre la tierra un calor menos ardiente, y una brisa tibia empezaba a soplar desde el *Spone-Schu*. El zartog erró por los caminitos, a la sombra de los árboles, cuyas susurrantes hojas murmuraban al viento, y poco a poco sus nervios recuperaron el equilibrio habitual. Pudo sacudirse aquellos absorbentes pensamientos, gozar apaciblemente del aire puro, interesarse en los frutos, la riqueza de los jardines, y en las flores, su adorno.

El azar de su paseo le condujo de nuevo hacia su casa, y se detuvo al borde de una profunda excavación donde yacían numerosos útiles. Allí serían enterrados al poco tiempo los cimientos de una nueva construcción que doblaría la superficie de su laboratorio. Pero, en aquel día de fiestas, los obreros habían abandonado su trabajo para dedicarse al placer. Sofr estudiaba maquinalmente la obra ya realizada y la que quedaba por hacer, cuando, en la penumbra de la excavación, un punto brillante atrajo su mirada. Intrigado, descendió al fondo de la zanja y extrajo un objeto de la tierra que lo recubría en sus tres cuartas partes.

Una vez arriba de nuevo, el zartog examinó su hallazgo. Era una especie de estuche, hecho de un metal desconocido, de color gris, textura granulosa y brillo atenuado por una prolongada estancia bajo el suelo. A un tercio de su longitud, una ranura indicaba que el estuche estaba formado por dos partes que encajaban la una en la otra. Sofr intentó abrirlo.

A su primera tentativa el metal, corroído por el tiempo, se redujo a polvo, descubriendo un segundo objeto que se hallaba embutido en el primero.

La sustancia de ese segundo objeto era tan nueva para el zartog como el metal que lo había protegido hasta entonces. Era un rollo de hojas superpuestas y repletas de extraños signos, cuya regularidad indicaba que se trataba de caracteres de escritura, pero de una escritura desconocida, como Sofr no había visto nunca nada semejante, ni siquiera análogo.

El zartog, temblando de emoción, corrió a encerrarse en su laboratorio y, disponiendo con cuidado el precioso documento, lo examinó.

Sí, se trataba de escritura, nada podía ser más seguro. Pero tampoco podía ser más seguro el hecho de que aquella escritura no se parecía en nada a

ninguna de aquellas otras que, desde el origen de los tiempos históricos, habían sido practicadas en toda la superficie de la Tierra.

¿De dónde procedía aquel documento? ¿Qué significaba? Esas fueron las dos preguntas que surgieron por sí mismas en la mente de Sofr.

Para responder a la primera tenía que hallarse necesariamente en situación de responder a la segunda. Se trataba, pues, de descifrar primero, y luego de traducir... ya que podía afirmar a priori que la lengua en que estaba redactado el documento era tan desconocida como su escritura.

¿Era esto imposible? El zartog Sofr no lo creía así, de modo que, sin perder tiempo, se puso febrilmente al trabajo.

Un trabajo que duró largo tiempo, largo tiempo... años enteros. Pero Sofr no abandonó ni un instante. Sin desanimarse, prosiguió el metódico estudio del misterioso documento, avanzando paso a paso hacia la luz. Y llegó finalmente un día en que obtuvo la clave del indecifrable jeroglífico; llegó un día en que, con muchas vacilaciones y muchas dificultades todavía, pudo traducirlo a la lengua de los Hombres de los Cuatro Mares.

Y, cuando este día llegó, el zartog Sofr-Aï-Sr pudo leer lo que sigue:

Rosario, 24 de mayo del 2...

Dato así el inicio de mi relato, aunque en realidad haya sido redactado en otra fecha mucho más reciente y en lugares bien distintos. Pero para lo que pretendo hacer el orden es, a mi modo de ver, imperiosamente necesario, y es por ello por lo que adopto la forma de un «diario», escrito día a día.

Es, pues, el 24 de mayo cuando empieza el relato de los terribles acontecimientos que quiero dejar registrados aquí, para información de aquellos que vendrán después de mí, si es que la humanidad se halla aún en situación de creer en un posible futuro.

¿En que idioma voy a escribir? ¿En inglés o en español, los cuales hablo correctamente? ¡No! Escribiré en la lengua de mi propio país: el francés.

Aquel día, el 24 de mayo, había reunido a algunos amigos en mi villa de Rosario.

Rosario es, o más bien era, una ciudad de México, a orillas del Pacífico, un poco al sur del golfo de California. Me había instalado allí una decena de años antes para dirigir la explotación de una mina de plata que me pertenecía en propiedad. Mis negocios habían prosperado sorprendentemente. Era un hombre rico, muy rico incluso - cuanto me hace reír esta palabra hoy en día -, y proyectaba regresar dentro de poco tiempo a Francia, mi patria de origen.

Mi villa, una de las más lujosas, estaba situada en el punto culminante de un enorme jardín que descendía en pendiente hacia el mar y terminaba de forma brusca en un acantilado cortado a pico, de más de cien metros de altura. Por la parte de atrás de mi villa, el terreno seguía subiendo y, a través de un sinuoso

camino, podía alcanzarse la cresta de las montañas, cuya altitud superaba los mil quinientos metros. A menudo era un paseo agradable... varias veces había realizado la ascensión en mi automóvil, un soberbio y potente doble faetón de treinta y cinco caballos, de una de las mejores marcas francesas.

Me había instalado en Rosario con mi hijo Jean, un apuesto muchacho de veinte años, cuando, tras la muerte de sus padres, parientes lejanos míos, pero muy queridos, recogí a mi hija, Helene, que había quedado huérfana y sin fortuna. Cinco años habían transcurrido desde entonces. Mi hijo Jean tenía veinticinco años; mi pupila, Helene, veinte. En el secreto de mi alma, los destinaba el uno al otro.

Nuestro servicio estaba asegurado por un ayuda de cámara, Germain; por Modeste Simonat, un chofer de los más expertos, y por dos mujeres, Edith y Mary, hijas de mi jardinero, George Raleigh, y de su esposa Anna.

Aquel día, el 24 de mayo, éramos ocho los que estábamos sentados en torno a mi mesa, a la luz de las lámparas alimentadas por los grupos electrógenos instalados en el jardín. Había, además del dueño de la casa, su hijo y su pupila, otros cinco invitados, de los cuales tres pertenecían a la raza anglosajona y dos a la nación mexicana.

El doctor Bathurst figuraba entre los primeros, y el doctor Moreno entre los segundos. Eran dos sabios, en el sentido más amplio de la palabra, lo cual no les impedía estar muy raramente de acuerdo. Por lo demás, eran gente estupenda y los mejores amigos del mundo.

Los otros dos anglosajones tenían por nombre Williamson, propietario de una importante pesquería en Rosario, y Rowling, un hombre audaz que había fundado en las afueras de la ciudad un vivero de plantas que le estaba dando una importante fortuna.

En cuanto al último invitado, era el señor Mendoza, presidente del tribunal de Rosario, un hombre estimable de mente cultivada, un juez íntegro.

Llegamos sin ningún incidente digno de mención al final de la comida. He olvidado las palabras que se pronunciaron hasta entonces. Pero no puedo decir lo mismo respecto a lo que se dijo en el momento de los cigarros.

No es que el tema de la conversación en si tuviera una importancia particular, pero el brutal comentario que debía ser hecho muy pronto al respecto no dejó de darle un sentido premonitorio, y es por ello por lo que nunca lo he podido borrar de mi mente.

Poco a poco la charla fue derivando el cómo importa poco a los maravillosos progresos conseguidos por el hombre. El doctor Bathurst, en un cierto momento, dijo:

-Es un hecho que si Adán -naturalmente, en su calidad de anglosajón, pronunció Edem- y Eva -por supuesto, pronunció Iva- regresaran a la Tierra, se llevarían una buena sorpresa.

Aquel fue el origen de la discusión. Darwinista ferviente, partidario convencido de la selección natural, Moreno le preguntó con tono irónico a Bathurst si creía seriamente en la leyenda del paraíso terrenal. Bathurst

respondió que al menos creía en Dios, y puesto que la existencia de Adán y Eva era afirmada por la Biblia, prohibía cualquier tipo de discusión al respecto. Moreno dijo que creía en Dios al menos tanto como su interlocutor, pero que el primer hombre y la primera mujer podían muy bien no ser más que mitos, unos símbolos, y que no había nada de impío, en consecuencia, en suponer que la Biblia había querido idealizar así el soplo de la vida introducido por la potencia creadora en la primera célula, a la cual habían seguido luego todas las demás. Bathurst replicó que la explicación era artificiosa y que, en lo que al concernía, estimaba más halagador ser la obra directa de la divinidad que descender de ella por intermedio de unos primates más o menos simiescos.

Vi que la discusión iba a empezar a calentarse, cuando se interrumpió de repente al encontrar por casualidad los dos adversarios un terreno de entendimiento. Así es como terminaban siempre las cosas.

Esta vez, volviendo a su tema original, los dos antagonistas llegaron al acuerdo de admirar, fuera cual fuese el origen de la humanidad, la alta cultura a donde había llegado. Enumeraron con orgullo sus conquistas. Todas pasaron por el tamiz. Bathurst alabó la química, llevada a tal grado de perfección que tendía a desaparecer para confundirse con la física, formando ambas ciencias una sola cuyo objetivo era el estudio de la inmanente energía. Moreno elogió la medicina, la cirugía, gracias a las cuales se había penetrado en la naturaleza íntima del fenómeno de la vida, y cuyos prodigiosos descubrimientos permitían esperar, para un próximo futuro, la inmortalidad de los organismos animados. Tras lo cual ambos se congratularon de las alturas alcanzadas por la astronomía. ¿No se hablaba ahora, mientras se esperaba alcanzar las estrellas, de los siete planetas del sistema solar?...

Fatigados por su entusiasmo, los dos apologistas se tomaron un cierto tiempo de descanso. Los otros invitados lo aprovecharon para intervenir a su vez, y entramos en el vasto campo de las invenciones prácticas que tan profundamente habían modificado la condición de la humanidad. Se alabaron los ferrocarriles y los buques de vapor, dedicados al transporte de mercancías pesadas y voluminosas, las económicas aeronaves, utilizadas por los viajeros a quienes no les falta el tiempo, los tubos neumáticos o electrónicos que jalonan todos los continentes y todos los mares, adoptados por las gentes apresuradas. Se alabaron las innumerables máquinas, cada vez más ingeniosas, una sola de las cuales, en ciertas industrias, ejecuta el trabajo de cien hombres. Se alabó la imprenta, la fotografía del color, de la luz, de los sonidos, del calor y de todas las vibraciones del éter. Se alabó principalmente la electricidad, ese agente tan dúctil, tan obediente y tan perfectamente conocido tanto en sus propiedades como en su esencia, y que permite, sin la menor conexión material, ya sea accionar un mecanismo cualquiera, ya sea dirigir una nave marina, submarina o aérea, ya sea escribirse, hablarse o verse, y todo ello por grande que sea la distancia.

En pocas palabras, fue un auténtico ditirambo, en el cual confieso tomé

parte. Se llegó al acuerdo de que la humanidad había alcanzado un nivel intelectual desconocido antes de nuestra época y que autorizaba a creer en su victoria definitiva sobre la naturaleza.

-Sin embargo -dijo con su vocecilla aflautada el presidente Mendoza, aprovechando el instante de silencio que siguió a aquella conclusión final-, he oído decir que algunos pueblos, hoy desaparecidos sin dejar la menor huella, habían llegado a alcanzar una civilización igual o análoga a la nuestra.

-¿Cuáles? -interrogo la mesa, con una sola voz.

-Pues... los babilonios, por ejemplo.

Hubo una explosión de hilaridad. ¡Atreverse a comparar los babilonios con los hombres modernos!

-Los egipcios -continuó Mendoza.

Las risas se hicieron más fuertes a su alrededor.

-Y también están los atlantes -prosiguió el presidente-, que nuestra ignorancia ha hecho legendarios. ¡Y añadan que una infinidad de otras humanidades, anteriores a los propios atlantes, han podido nacer, prosperar extinguirse sin que nosotros hayamos tenido ninguna noticia de ellas!

Como sea que Mendoza persistía en su paradoja, aceptamos, a fin de no herirle, hacer ver que lo tomábamos en serio.

-Veamos, mi querido presidente -insinuó Moreno, con el elaborado tono que adopta alguien que quiere hacer entrar en razón a un niño-, no pretenderá usted, imagino, comparar ninguno de esos antiguos pueblos con nosotros. En el orden moral, admito que llegaron a llevarse a un grado igual de cultura, ¡pero en el orden material!...

-¿Por qué no? -objetó Mendoza.

-Porque -se apresuro a explicar Bathurst- la característica principal de nuestras invenciones es que se extienden instantáneamente por toda la Tierra: la desaparición de un solo pueblo, o incluso de un gran número de pueblos, dejaría intacta la suma de los progresos alcanzados. Para que todo el esfuerzo humano resultara perdido haría falta que toda la humanidad desapareciera al mismo tiempo. ¿Es esta, le preguntó, una hipótesis admisible...?

Mientras hablábamos así, los efectos y las causas continuaban engendrándose en el infinito del universo y, menos de un minuto después de la pregunta que acababa de hacer el doctor Bathurst, su resultante total iba a justificar plenamente el escepticismo de Mendoza. Pero nosotros no teníamos la menor sospecha de ello, y discutíamos placenteramente, unos reclinados en sus sillones, los otros acodados en la mesa, y todos haciendo converger sus compasivas miradas en Mendoza, al que suponíamos abrumado por la réplica de Bathurst.

-En primer lugar -respondió el presidente, sin alterarse-, es de creer que la Tierra tenía antiguamente menos habitantes de los que tiene hoy en día, de tal modo que un pueblo podía muy bien poseer por sí solo el saber universal. Además, no veo nada absurdo en admitir, a priori, que toda la superficie del planeta se viera sacudida a un mismo tiempo.

-¡Oh, vamos! -exclamamos todos a la vez.

Fue en aquel preciso instante cuando sobrevino el cataclismo.

Estábamos pronunciando aún todos juntos aquel «¡Oh, vamos!», cuando se produjo un estruendo aterrador. El suelo se estremeció bajo nuestros pies, la villa osciló sobre sus cimientos.

Tropezando, empujándonos, presas de un indecible terror, nos precipitamos fuera.

Apenas habíamos franqueado el umbral cuando el edificio se derrumbó en un solo bloque, sepultando bajo sus escombros al presidente Mendoza y a mi ayuda de cámara Germain, que eran los últimos. Tras algunos segundos de natural confusión, nos disponíamos a acudir en su ayuda cuando vimos a Raleigh, mi jardinero, que corría hacia nosotros, seguido por su mujer, procedentes de la parte baja del jardín, donde estaba su vivienda.

-¡El mar...! ¡El mar...! -gritaban a pleno pulmón.

Me volví hacia el océano y me quede helado, inmovilizado por el estupor. No porque me diera cuenta claramente de lo que estaba viendo, sino porque de inmediato tuve la sensación de que la perspectiva habitual había cambiado. ¿Acaso no era suficiente para helar de miedo el corazón, que el aspecto de la naturaleza, esta naturaleza que consideramos esencialmente inmutable, hubiera cambiado tan extrañamente en unos pocos segundos?

Sin embargo, no tardé en recuperar mi sangre fría. La verdadera superioridad del hombre no reside en dominar, en vencer la naturaleza, sino, para el pensador, en comprenderla, en hacer que el inmenso universo penetre en el macrocosmos de su cerebro, y para el hombre de acción, en mantener el alma serena ante la rebelión de la materia, en decirle: ¡Destruirme, sea, pero inmutarme, jamás!

Desde el momento en que recobré mi calma, comprendí en que se diferenciaba el cuadro que tenía ante mis ojos del que estaba acostumbrado a contemplar. El acantilado simplemente había desaparecido, y mi jardín había descendido al nivel del mar, cuyas olas, tras aniquilar la casa del jardinero, batían curiosamente los arriates más bajos.

Como era poco admisible que el nivel del agua hubiera subido tanto, había que suponer necesariamente que era la tierra firme la que se había hundido. Su hundimiento superaba los cien metros, puesto que el acantilado tenía anteriormente esa altura, pero debía haberse producido con una cierta suavidad, ya que apenas nos habíamos dado cuenta de ello, lo cual explicaba la relativa calma del océano.

Un breve examen me convenció de que mi hipótesis era exacta y me permitió, al mismo tiempo, constatar que el hundimiento no había cesado. El mar seguía ascendiendo, en efecto, a una velocidad que me pareció cercana a los dos metros por segundo -o sea siete u ocho kilómetros por hora-. Dada la distancia que nos separaba de las primeras olas, íbamos a ser tragados por las aguas en menos de tres minutos, si la velocidad de caída de la tierra firme permanecía constante.

Mi decisión fue rápida.

-¡Al auto! -grité.

Fui comprendido. Nos lanzamos todos hacia la cochera, y el automóvil fue arrastrado fuera. En un abrir y cerrar de ojos llenamos el depósito de gasolina, y luego nos subimos al buen tuntún. Mi chofer Simonat accionó el motor, saltó al volante, embragó y se lanzó en cuarta velocidad, mientras Raleigh, una vez abierta la verja, se agarraba al auto a su paso y se aferraba fuertemente a las ballestas traseras.

¡Justo a tiempo! En el momento en que el auto alcanzaba la carretera, una ola fue a lamer las ruedas hasta su eje. ¡Bah!, ahora ya podíamos reírnos de la persecución del mar.

Pese a su exceso de carga, mi buena maquina sabría ponernos fuera de su alcance, a menos que el hundimiento hacia el abismo continuara indefinidamente... Teníamos una buena perspectiva ante nosotros: dos horas al menos de ascensión, y una altitud disponible de cerca de mil quinientos metros.

Sin embargo, no tardé en reconocer que aun no podíamos cantar victoria. Tras la primera arrancada del vehículo, que nos llevó a una veintena de metros de la franja de espuma, fue en vano que Simonat abriera el gas al máximo: la distancia no aumentó. Sin duda; el peso de las doce personas frenaba la velocidad del auto. Fuera lo que fuese, aquella velocidad era exactamente igual a la del agua invasora, que permanecía invariablemente a la misma distancia de nosotros.

Aquella inquietante situación fue muy pronto observada, y todos, excepto Simonat, dedicado a dirigir su vehículo, nos giramos hacia el camino que dejábamos atrás. Ya no se veía nada más que agua. A medida que íbamos conquistándola, la carretera desaparecía bajo el mar, que la conquistaba a su vez. Este se había calmado. Apenas algunas olas venían a morir suavemente sobre una playa de guijarros siempre renovada. Era un lago apacible que se hinchaba, se hinchaba, con un movimiento uniforme, y nada era tan trágico como la persecución de aquellas aguas calmadas. En vano huíamos ante ellas: las aguas ascendían, implacables, con nosotros...

Simonat, que mantenía los ojos fijos en la carretera, dijo en una curva:

-Estamos a mitad de la pendiente. Nos queda aun una hora de ascensión.

Nos estremecimos. ¿Qué? Dentro de una hora íbamos a alcanzar la cima, y no nos quedaría más remedio que descender de nuevo, perseguidos, alcanzados entonces, fuera cual fuese nuestra velocidad, por las masas líquidas que se desplomarían en avalancha tras nosotros.

La hora transcurrió sin que nuestra situación cambiara en lo más mínimo. Distinguíamos ya el punto culminante de la costa, cuando el auto sufrió una violenta sacudida y dio un bandazo que estuvo a punto de estrellarlo contra el talud que había a un lado de la carretera. Al mismo tiempo, una enorme ola se hinchó tras nosotros, corrió al asalto de la carretera, se derrumbó, se derramó finalmente sobre el auto, que se vio rodeado de espuma... ¿íbamos a vernos

sumergidos?

¡No! El agua se retiró espumando, mientras el motor, aumentando bruscamente el ritmo de su trabajo, aceleraba nuestra marcha.

¿De dónde provenía aquel repentino aumento de la velocidad? Un grito de Anna Raleigh nos lo hizo comprender: como acababa de constatar la pobre mujer, su marido ya no estaba sujeto a las ballestas traseras. Sin duda el remolino había arrancado al desgraciado de su asidero, y aquel era el motivo de que el vehículo aligerado trepara con mayor facilidad por la pendiente.

De pronto, nos detuvimos en seco.

-¿Qué ocurre? -le pregunte a Simonat-. ¿Es una avería?

Incluso en aquellas trágicas circunstancias, el orgullo profesional no perdió sus derechos: Simonat se encogió de hombros con desdén, dándome a entender con ello que la posibilidad de una avería era algo inconcebible para un chofer de su categoría, y con un gesto de la mano me mostró silenciosamente la carretera. Entonces comprendí la detención.

La carretera estaba cortada a menos de diez metros delante de nosotros. «Cortada» es la palabra exacta: uno podría decir que había sido rebanada con un cuchillo. Más allá de una arista viva que la remataba bruscamente, no había más que el vacío, un abismo de tinieblas, en cuyo fondo era imposible distinguir nada.

Nos volvimos, abatidos, seguros de que había llegado nuestra última hora. El océano, que nos había perseguido hasta aquellas alturas, iba a alcanzarnos necesariamente en unos pocos segundos...

Todos, salvo la desgraciada Anna y sus hijas, que sollozaban a partir el alma, lanzamos un grito de alegre sorpresa. No, el agua no había proseguido su movimiento ascendente, o, con más exactitud, la tierra firme había dejado de hundirse. Sin duda la sacudida que acabábamos de experimentar había sido la última manifestación del fenómeno. El océano se había detenido, y su nivel permanecía a unos cien metros por debajo del punto en el cual nos habíamos agrupado alrededor del aún trepidante auto, que parecía un animal resoplando tras una rápida carrera.

¿Conseguiríamos salir de aquella mala situación? No lo sabríamos hasta el nuevo día. Hasta entonces, había que esperar. Uno tras otro nos tendimos pues en el suelo, y creo, Dios me perdone, que incluso me dormí...

Durante la noche

Soy despertado con un sobresalto por un ruido formidable. ¿Qué hora es? Lo ignoro. Sea como sea, seguimos rodeados por las tinieblas nocturnas.

El ruido brota del abismo impenetrable en que se ha hundido la carretera. ¿Qué es lo que ocurre?... Uno juraría que son masas de agua cayendo allí en cataratas, olas gigantescas entrechocando con violencia... Sí, eso es exactamente, ya que volutas de espuma llegan hasta nosotros, y nos vemos cubiertos por su rocío.

Luego la calma renace poco a poco... Todo vuelve al silencio... El cielo palidece... Es de día.

25 de mayo

¡Que suplicio es el lento revelarse de nuestra autentica situación! Al principio no distinguimos otra cosa que nuestros alrededores más inmediatos, pero el círculo aumenta, aumenta de tamaño sin cesar, como si nuestra esperanza siempre frustrada levantara uno tras otro un número infinito de ligeros velos..., y finalmente llega la plena luz, destruyendo nuestras últimas ilusiones.

Nuestra situación es de lo más simple, y puede resumirse en pocas palabras: nos hallamos sobre una isla. El mar nos rodea por todas partes. Apenas ayer, hubiéramos podido divisar todo un océano de cimas, algunas de las cuales dominaban en altura a esta en la que nos hallamos ahora: esas cimas han desaparecido, mientras que, por razones que quedarán desconocidas para siempre, la nuestra, más humilde que las demás, se ha detenido en su tranquila caída. En su lugar se extiende una capa de agua sin límites. Por todos lados no hay más que el mar. Ocupamos el único punto sólido del inmenso círculo descrito por el horizonte.

Nos basta una ojeada para reconocer en toda su extensión el islote en el que una extraordinaria fortuna nos ha permitido hallar asilo. Es efectivamente de pequeño tamaño: mil metros como máximo en longitud, quinientos en anchura. Hacia el norte, el oeste y el sur, su cima, de unos cien metros aproximadamente de altitud, desciende en pendiente suave hacia las olas. Al este, por el contrario, el islote termina en un acantilado que cae a pico hasta el océano.

Es principalmente hacia ese lado hacia donde se vuelven nuestros ojos. En aquella dirección deberíamos ver cadenas de montañas y, más allá de ellas, toda la extensión de México. ¡Qué cambio, en el espacio de una corta noche de primavera! Las montañas han desaparecido, todo México ha sido sumergido por las aguas. En su lugar sólo hay un desierto infinito, el árido desierto del mar.

Nos miramos, aterrados. Aislados, sin víveres, sin agua, sobre esta pequeña y desnuda roca, no podemos conservar la menor esperanza. Taciturnos, nos tendemos en el suelo e iniciamos la lenta espera de la muerte.

A bordo del *Virginia*, 4 de junio

¿Que pasó durante los días siguientes? No he guardado su recuerdo. Es de suponer que finalmente perdí el conocimiento: mi primera conciencia es a bordo del buque que nos ha recogido. Solamente entonces me entero de que

pasamos seis días completos en el islote, y que dos de nosotros, Williamson y Rowling, murieron allí de sed y de hambre. De los quince seres vivos que albergaba mi villa en el momento del cataclismo, solamente quedan nueve: mi hijo Jean y mi pupila Helene, mi chofer Simonat, inconsolable por la pérdida de su máquina, Anna Raleigh y sus dos hijas, los doctores Bathurst y Moreno..., y finalmente yo, que me esfuerzo en redactar estas líneas para conocimiento de las razas futuras, admitiendo que nazcan algún día.

El *Virginia*, que nos alberga, es un buque mixto -a vapor y a vela- de unas dos mil toneladas, dedicado al transporte de mercancías. Es una nave bastante vieja, de andar lento. El capitán Morris tiene veinte hombres bajo sus órdenes. El capitán y la tripulación son ingleses.

El *Virginia* zarpó de Melbourne en lastre, hace poco más de un mes, con destino a Rosario. Ningún incidente marcó su viaje, salvo, en la noche del 24 al 25 de mayo, una serie de olas de fondo de una altura prodigiosa, pero de una longitud proporcional, lo que las hizo inofensivas. Por singulares que fueran, aquellas olas no podían hacer prever al capitán el cataclismo que se estaba produciendo en aquel mismo instante. Así que se sintió muy sorprendido no viendo más que mar en el lugar donde esperaba encontrar Rosario y el litoral mexicano. De aquel litoral no subsistía más que un islote. Un bote del *Virginia* abordó aquel islote, en el que fueron descubiertos once cuerpos inanimados. Dos no eran más que cadáveres; se embarcó a los otros nueve. Así fuimos salvados.

En tierra, enero o febrero

Un intervalo de ocho meses separa las últimas líneas precedentes de las primeras que siguen. Fecho estas como enero o febrero, en la imposibilidad de ser más preciso, puesto que no tengo una noción exacta del tiempo.

Estos ocho meses constituyen el período más atroz de nuestras pruebas, el período en que, a grados cruelmente escalonados, hemos conocido la magnitud de nuestra desgracia.

Tras habernos recogido, el *Virginia* prosiguió su rumbo hacia el este, a todo vapor. Cuando volví en mí, el islote donde estuvimos a punto de morir había desaparecido hacía tiempo tras el horizonte. Como indicó la posición, que el capitán tomó en un cielo sin nubes, navegábamos entonces sobre el lugar donde debería hallarse México, pero de México no quedaba ninguna huella..., ni la menor señal de una tierra cualquiera, por mucho que uno aguzara la vista. Por todos lados no había más que la extensión infinita del mar.

Había, en aquella constatación, algo realmente alucinante. Sentíamos que la razón estaba próxima a abandonarnos. ¡Y cómo no! ¡Todo México sumergido!... Intercambiamos aterradas miradas, preguntándonos hasta dónde se habían extendido los estragos del terrible cataclismo...

El capitán quiso tranquilizar su conciencia; modificando el rumbo, puso proa al norte; si bien México ya no existía, no era admisible que ocurriera lo mismo con todo el continente americano.

Sin embargo, así era. Surcamos en vano el mar hacia el norte durante doce días, sin hallar ningún asomo de tierra, y tampoco la encontramos tras virar en redondo y dirigirnos hacia el sur durante casi un mes. Por paradójico que nos pareciera, no nos quedaba más remedio que rendirnos a la evidencia: ¡Si, la totalidad del continente americano había desaparecido bajo las aguas!

Así pues, ¿habíamos sido salvados tan sólo para conocer una segunda vez las torturas de la agonía? En verdad, teníamos motivos para creerlo. Sin hablar de los víveres que nos faltarían un día u otro, un peligro urgente nos amenazaba: ¿que sería de nosotros cuando el agotamiento del carbón redujera la maquinaria a la inmovilidad? Así es como deja de latir el corazón de un animal exhausto. Es por ello por lo que, el 14 de julio -nos hallábamos entonces más o menos sobre el antiguo emplazamiento de Buenos Aires-, el capitán Morris apagó los fuegos y largó las velas. Hecho esto, reunió a todo el personal del *Virginia*, tripulación y pasajeros, y, tras exponernos en pocas palabras la situación, nos rogó que reflexionáramos profundamente sobre ella y propusiéramos al consejo que se celebraría al día siguiente la solución que gozara de nuestras preferencias.

No sé si alguno de mis compañeros de infortunio tuvo al respecto alguna idea más o menos ingeniosa. Por mi parte, lo confieso, vacilaba, muy inseguro del mejor partido a tomar, cuando una tormenta que se desató durante la noche cortó en seco la cuestión; tuvimos que huir hacia el oeste, arrastrados por un viento desencadenado, a punto a cada instante de ser tragados por un mar furioso.

El huracán duró treinta y cinco días, sin un minuto de interrupción, sin amainar ni por un momento. Empezábamos a desesperar de que terminara nunca cuando, el 19 de agosto, el buen tiempo regresó con la misma brusquedad con que había cesado. El capitán aprovechó la circunstancia para calcular la posición: el cálculo le dio 40° latitud Norte y 114° longitud Este. ¡Eran las coordenadas de Pekín!

Así pues, habíamos pasado por encima de la Polinesia, y quizá de Australia, sin ni siquiera darnos cuenta, ¡y en el lugar donde navegábamos ahora se había erigido antes la capital de un imperio de cuatrocientos millones de almas!

¿Así pues, Asia había sufrido la misma suerte que América?

Muy pronto pudimos convencernos de ello. El *Virginia*, siguiendo su rumbo hacia el sudoeste, llegó a la altura del Tibet, luego a la del Himalaya. Aquí tenían que haberse elevado las cimas más altas del mundo. Y sin embargo, en todas direcciones, nada emergía de la superficie del océano. ¡Era de creer que no existía ya, sobre la Tierra, otro punto sólido que el islote que nos había salvado, que nosotros éramos los únicos supervivientes del cataclismo!, ¡los últimos habitantes de un mundo cubierto por el moviente sudario del mar!

Si era así, no tardaríamos en morir a nuestra vez. Pese a un severo racionamiento, los víveres de a bordo se agotaban, y en este caso deberíamos perder toda esperanza de poder renovarlos...

Resumo el relato de esa terrible navegación. Si, para contarla en detalle, intentara revivirla día a día, el recuerdo me volvería loco. Por extraños y terribles que sean los acontecimientos que la precedieron y siguieron, por lamentable que me parezca el futuro -un futuro que yo no veré- fue durante esa navegación infernal cuando conocimos el máximo del horror. ¡Oh, esa carrera eterna por un mar infinito! ¡Esperar todos los días llegar a alguna parte, y ver sin cesar cómo iba retrocediendo el termino del viaje! ¡Vivir inclinados sobre los mapas donde los hombres habían representado la sinuosa línea de las orillas y constatar que nada, absolutamente nada de esos lugares que creían eternos existe ya! ¡Decirse que hacía tan poco tiempo la Tierra palpitaba con incontables vidas, que millones de hombres y miríadas de animales la recorrían en todos sentidos o surcaban su atmósfera, y que todo ha muerto a la vez, que todas esas vidas se apagaron juntas como una pequeña llama ante el soplo del viento! ¡Buscar semejantes por todas partes, y buscarlos en vano! ¡Adquirir poco a poco la certeza de que alrededor de uno no existe nada vivo, y adquirir gradualmente conciencia de su soledad en medio de un despiadado universo!...

¿He hallado las palabras adecuadas para expresar nuestra angustia? No lo sé. En ninguna lengua deben existir términos adecuados para una situación sin precedentes.

Tras reconocer el mar donde antes había estado la península india, tomamos rumbo al norte durante diez días, luego viramos al oeste. Sin que nuestra condición cambiara en lo más mínimo, franqueamos la cordillera de los Urales, convertida en montañas submarinas, y navegamos por encima de lo que había sido Europa. Descendimos luego hacia el sur, hasta veinte grados más allá del Ecuador; tras lo cual, abandonando nuestra inútil búsqueda, pusimos de nuevo rumbo al norte y atravesamos, hasta pasados los Pirineos, una extensión de agua que recubría África y España. En verdad, empezábamos a acostumbrarnos a nuestro horror. A medida que avanzábamos, marcábamos nuestro rumbo en los mapas y nos decíamos: Aquí estaba Moscú... Varsovia... Berlín... Viena... Roma... Túnez... Tombuctú... Saint Louis... Oran... Madrid, pero, con una creciente indiferencia, y con ayuda de la costumbre, llegábamos incluso a pronunciar sin emoción aquellas palabras en realidad tan trágicas.

Sin embargo, yo al menos no había agotado toda mi capacidad de sufrimiento. Recuerdo el día -era aproximadamente el 11 de diciembre- en que el capitán Morris me dijo: «Aquí estaba París...» Ante esas palabras, creí que me arrancaban el alma. Que el universo entero fuera sumergido, sea. ¡Pero Francia, mi Francia, y París, que la simbolizaba!...

A mi lado oí como un sollozo. Me volví; era Simonat, que lloraba.

Durante cuatro días aún proseguimos nuestro rumbo hacia el norte; luego,

llegados a la altura de Edimburgo, descendimos de nuevo hacia el sudoeste, en busca de Irlanda; luego variamos el rumbo al este... En realidad errábamos al azar, ya que no había ninguna razón que aconsejara ir en una dirección mejor que en otra...

Pasamos por encima de Londres, cuya líquida tumba fue saludada por toda la tripulación. Cinco días más tarde estábamos a la altura de Danzig, cuando el capitán Morris hizo virar ciento ochenta grados y poner rumbo sudoeste. El timonel obedeció pasivamente. ¿Qué podía importarle? ¿Acaso no iban a encontrar lo mismo por todos lados?

Fue durante el noveno día de navegación siguiendo aquel rumbo cuando comimos nuestro último trozo de galleta.

Mientras nos mirábamos con ojos extraviados, el capitán Morris ordenó de pronto encender de nuevo los fuegos. ¿A qué pensamiento obedecía? Sigo preguntándomelo aún; pero la orden fue ejecutada: la velocidad de la nave aumentó...

Dos días más tarde sufríamos ya cruelmente a causa del hambre. Al día siguiente, casi todos se negaron obstinadamente a levantarse; tan sólo el capitán, Simonat, algunos hombres de la tripulación y yo tuvimos la energía de mantener el rumbo del buque.

Al día siguiente, quinto del ayuno, el número de timoneles y de mecánicos benévolos decreció aún más. En veinticuatro horas, nadie tendría ya fuerzas para mantenerse en pie.

Llevábamos en aquel momento más de siete meses de navegación. Desde hacía siete meses rastrellábamos el océano en todos sentidos. Debíamos estar, creo, a 9 de enero..., y digo «creo» en la imposibilidad de ser más preciso, ya que el calendario había perdido para nosotros buena parte de su rigor.

Sin embargo, fue aquel día, mientras sujetaba la barra y me esforzaba con toda mi desfalleciente atención en mantener el rumbo, cuando creí divisar algo hacia el oeste. Creyendo ser juguete de un error, fruncí los ojos...

¡No, no me había equivocado!

Lance un autentico rugido y luego, aferrándome a la barra, grité con la voz más fuerte que pude: ¡Tierra a estribor por adelante!

¡Que magnífico efecto tuvieron aquellas palabras! Todos los moribundos resucitaron a la vez, y sus pálidos rostros aparecieron por encima de la amura de estribor.

-Es realmente tierra -dijo el capitán Morris, tras examinar atentamente la mancha en el horizonte.

Media hora más tarde era imposible tener la menor duda. ¡Era realmente tierra aquello que encontrábamos en pleno océano Atlántico, tras haber buscado en vano por toda la superficie de los antiguos continentes!

Hacia las tres de la tarde, los detalles del litoral que nos cortaba el rumbo se hicieron perceptibles, y sentimos renacer nuestra desesperación. Ya que aquel litoral no se parecía a ningún otro, y nadie de nosotros recordaba haber visto una desolación tan absoluta, tan perfecta.

En la Tierra, tal como la habitábamos antes del desastre, el verde era un color muy abundante.

Ninguno de nosotros conocía una costa, por árida o desheredada que fuera, donde no se hallaran algunos arbustos, algunos matorrales, incluso tan sólo algunos líquenes o musgos. Aquí no había nada de eso. No se distinguía más que un alto acantilado negruzco, al pie del cual yacía un caos de rocas, sin una planta, sin una sola brizna de hierba. Era la desolación en su forma más total, más absoluta.

Durante dos días costeamos aquel abrupto acantilado sin divisar en él la menor fisura. Fue hacia el anochecer del segundo día cuando descubrimos una amplia bahía bien abrigada de todos los vientos, al fondo de la cual dejamos caer el ancla.

Tras haber alcanzado tierra en los botes, nuestro primer cuidado fue recolectar nuestro alimento sobre los guijarros de la playa. Esta se hallaba cubierta por centenares de tortugas y por millares de moluscos. En los intersticios rocosos podían verse cangrejos, langostas, otros crustáceos en cantidad fabulosa, sin perjuicio, e innumerables peces. Evidentemente, aquel mar tan ricamente poblado bastaría, a falta de otros recursos, para asegurar nuestra subsistencia durante un tiempo ilimitado.

Cuando hubimos satisfecho nuestros estómagos, un corte en el acantilado nos permitió alcanzar la meseta superior, donde descubrimos un vasto espacio. El aspecto de la orilla no nos había engañado; por todos lados, en todas direcciones, no había más que rocas áridas, recubiertas de algas y plantas marinas generalmente ya secas, sin la menor brizna de hierba, sin nada vivo, ni sobre la tierra ni en el cielo. De tanto en tanto, pequeños lagos, más bien estanques, brillaban bajo los rayos de sol. Intentamos beber de ellos, y descubrimos que el agua era salada.

Realmente, no nos sentimos sorprendidos por ello. El hecho confirmaba lo que habíamos supuesto desde un primer momento, a saber, que aquel continente desconocido era de reciente nacimiento y que había surgido, en un solo bloque, de las profundidades del mar. Aquello explicaba su aridez, al igual que su perfecta soledad. Aquello explicaba también la capa de limo uniformemente esparcida que, a resultas de la evaporación, comenzaba a cuartearse y a reducirse a polvo...

Al día siguiente, al mediodía, la posición indicó 17° 20' latitud Norte y 23' 55' longitud Oeste.

Trasladándola al mapa, pudimos ver que nos hallábamos realmente en pleno mar, aproximadamente a la altura del Cabo Verde. Y, sin embargo, la tierra, en el oeste, y el mar, hacia el este, se extendían ahora hasta perderse completamente de vista.

Por inhóspito que fuese el continente en el que habíamos puesto pie, sin embargo, no nos quedaba más remedio que contentarnos con él. Fue por ello por lo que la descarga del *Virginia* fue emprendida sin la menor dilación. Subimos a la meseta todo lo que contenía, sin hacer ninguna elección. Antes,

anclamos sólidamente la nave con cuatro anclas, en un lugar donde la profundidad era de quince brazas. En aquella tranquila bahía no corría ningún riesgo, y podíamos abandonarla a sí misma sin el menor problema.

Nuestra nueva vida empezó apenas terminamos el desembarco de todos nuestros bienes. En primer lugar, convenía...

Llegado a este punto de su traducción, el zartog Sofr tuvo que interrumpirse. El manuscrito mostraba en aquel lugar una primera laguna, probablemente muy importante a juzgar por las paginas que comprendía, laguna que era seguida por otra más considerable aún por lo que era posible juzgar. Sin duda un gran número de hojas habían resultado afectadas por la humedad, pese a la protección del estuche en resumidas cuentas, no quedaban de ellas más que algunos fragmentos más o menos extensos, cuyo contexto general había quedado destruido para siempre. Esos fragmentos se sucedían en el siguiente orden:

... empezamos a aclimatarnos.

¿Cuánto tiempo hace que desembarcamos en esta costa? Ya no lo sé. Se lo he preguntado al doctor Moreno, que lleva un calendario de los días transcurridos.

-Seis meses -me ha dicho, añadiendo-. Día mas, día menos -ya que cree que es probable que esté equivocado.

¡A esto hemos llegado! Han bastado sólo seis meses para que ya ni siquiera estemos seguros de haber medido exactamente el tiempo ¡Eso promete!

De todos modos, nuestra negligencia no tiene nada de sorprendente. Empleamos toda nuestra atención, toda nuestra actividad, en conservar nuestras vidas. Alimentarse es un problema cuya solución exige toda la jornada. ¿Qué es lo que comemos? Peces, cuando los encontramos, lo cual se hace cada día menos fácil, ya que nuestra incesante persecución los pone sobre aviso. Comemos también huevos de tortuga, y algunas algas comestibles. Por la noche nuestro estomago está lleno, pero nos sentimos extenuados, y no pensamos en otra cosa que en dormir. Hemos improvisado tiendas con las velas del *Virginia*. Creo que en breve tiempo habrá que construir algún abrigo más seguro.

A veces cazamos algún pájaro; la atmósfera no está tan desierta como supusimos al principio: una decena de especies conocidas se hallan representadas en este nuevo continente. Son exclusivamente aves migratorias: golondrinas, albatros y algunas otras. Hay que creer que no encuentran su alimento en esta tierra sin vegetación, ya que no dejan de girar en torno a nuestro campamento, al acecho de los restos de nuestras miserables comidas.

A veces recogemos alguno al que ha matado el hambre, lo cual nos permite ahorrar nuestra pólvora y nuestros fusiles.

Afortunadamente, hay posibilidades de que la situación se haga menos mala. Hemos descubierto un saco de trigo en la cala del Virginia, y hemos sembrado la mitad. Será una gran mejora cuando el trigo haya crecido. Pero ¿germinará? El suelo está recubierto de una espesa capa de aluvión, una tierra arenosa abonada por la descomposición de las algas. Por mediocre que sea su calidad, es humus de todos modos. Cuando abordamos el continente estaba impregnado de sal, pero luego las lluvias diluvianas han lavado copiosamente su superficie, ya que todas las depresiones se hallan ahora llenas de agua dulce.

De todos modos, la capa de aluvión se ha desembarazado de la sal tan sólo en un espesor muy débil: los riachuelos, incluso los ríos que están empezando a formarse, son todos fuertemente salados, lo cual prueba que la tierra se halla aún saturada en profundidad.

Para sembrar el trigo y conservar la otra mitad como reserva hemos tenido que pelearnos: una parte de la tripulación del *Virginia* quería convertirlo en pan inmediatamente. Nos hemos visto obligados a...

... que teníamos a bordo del *Virginia*. Esta pareja de conejos huyeron al interior, y no los hemos vuelto a ver. Hay que creer que habrán encontrado algo con lo que alimentarse. La tierra, pues, parece producir...

¡... dos años, al, menos, que estamos aquí...! El trigo ha crecido admirablemente. Tenemos pan casi a discreción, y nuestros campos ganan constantemente en extensión. ¡Pero qué lucha contra los pájaros! Se han multiplicado extrañamente y, a todo alrededor de nuestros cultivos...

Pese a las muertes que he relatado más arriba, la pequeña tribu que formamos no ha disminuido, sino al contrario. Mi hijo y mi pupila tienen tres niños, y cada una de las otras tres parejas igual. Toda la chiquillería revienta de salud. Hay que creer que la especie humana posee un mayor vigor, una vitalidad más intensa desde que se ha visto reducida en su número. Mas que causas de...

... Aquí desde hace diez años, y no sabíamos nada de este continente. No lo

conocíamos más que en un radio de unos pocos kilómetros alrededor del lugar de nuestro desembarco. Es el doctor Bathurst quien nos ha hecho avergonzarnos de nuestra apatía: a instigación suya hemos armado el *Virginia*, lo cual ha requerido cerca de seis meses, y hemos efectuado un viaje de exploración.

Regresamos de él anteayer. El viaje ha durado más de lo que creíamos, ya que hemos querido que fuera completo.

Hemos dado toda la vuelta al continente que nos alberga y que, todo nos incita a creerlo, debe ser, junto con nuestro islote, la única parcela sólida existente en la superficie del planeta. Sus orillas nos han parecido todas iguales, es decir muy cortadas a pico y muy salvajes.

Nuestra navegación se ha visto interrumpida por varias excursiones al interior: esperábamos, principalmente, encontrar alguna huella de las Azores y de Madeira, situadas, antes del cataclismo, en el océano Atlántico, y que en consecuencia deben formar parte necesariamente del nuevo continente. No hemos podido reconocer el menor vestigio de ellas. Todo lo que hemos podido constatar ha sido que el suelo estaba muy removido y recubierto por una espesa capa de lava en el lugar que debían ocupar esas islas, que sin duda fueron sede de violentos fenómenos volcánicos.

Por ejemplo, si bien no descubrimos lo que buscábamos, ¡sí descubrimos lo que no estábamos buscando! Medio aprisionados por la lava, a la altura de las Azores, aparecieron ante nuestros ojos algunos testimonios de trabajos humanos..., pero no trabajos de los habitantes de las Azores, nuestros contemporáneos de ayer. Se trataba de restos de columnas o de cerámica, como nunca habíamos visto antes. Una vez examinadas, el doctor Moreno emitió la hipótesis de que aquellos restos debían provenir de la antigua Atlántida, y que el flujo volcánico los había puesto al descubierto.

Es probable que el doctor Moreno tenga razón. La legendaria Atlántida debía haber ocupado en efecto, si existió alguna vez, más o menos el lugar del nuevo continente. En este caso, sería un hecho singular la sucesión, en el mismo emplazamiento, de tres humanidades procediéndose la una a la otra.

Sea como fuere, confieso que el problema me deja frío: tenemos suficiente trabajo con el presente como para ocuparnos del pasado...

En el momento de regresar a nuestro campamento, nos ha chocado el hecho de que, en relación al resto del país, nuestros alrededores parecen una región especialmente favorecida. Esto se debe únicamente al hecho de que el color verde, tan abundante antes en la naturaleza, no es aquí desconocido, mientras que ha sido radicalmente suprimido en el resto del continente. Nunca hasta este momento habíamos hecho tal observación, pero la cosa es innegable. Briznas de hierba, que no existían antes de nuestro desembarco, aparecen ahora bastante numerosas a nuestro alrededor. Claro que no pertenecen más que a un pequeño número de especies entre las más vulgares, cuyas semillas habrán sido traídas sin duda por los pájaros hasta aquí.

De lo antedicho no hay que sacar de todos modos la conclusión de que no

existe vegetación, excepto algunas pocas especies antiguas. Como consecuencia de un trabajo de adaptación de los más extraños, existe por el contrario una vegetación, en estado al menos rudimentario, con promesas de futuro, en todo el continente.

Las plantas marinas de las que estaba cubierto en el momento en que surgió de las aguas han muerto en su mayor parte a causa de la luz del sol. Algunas, sin embargo, persistieron en los lagos, los estanques y las charcas, que el calor fue desecando progresivamente. Pero en aquella época los torrentes y los riachuelos empezaban a nacer, mucho más apropiados a la vida de las algas y demás plantas marinas puesto que su agua era salada. Cuando la superficie y luego las profundidades del suelo se vieron privadas de su sal, y el agua se volvió dulce, la inmensa mayoría de aquellas plantas fueron destruidas. Un pequeño número de ellas, sin embargo, adaptándose a las nuevas condiciones de vida, prosperaron en el agua dulce al igual que habían prosperado en el agua salada. Pero el fenómeno no se detuvo ahí: algunas de esas plantas, dotadas de un mayor poder de acomodación, se adaptaron al aire libre, tras haberse adaptado al agua dulce, y, primero en las orillas, luego expandiéndose poco a poco, progresaron hacia el interior.

Sorprendimos esa transformación en pleno curso de su desarrollo, y pudimos constatar como las formas se modificaban al mismo tiempo que el funcionamiento fisiológico. Algunos tallos se yerguen ya tímidamente hacia el cielo. Es de prever que algún día se creará de este modo toda una flora completa y que se establecerá una ardiente lucha entre las especies nuevas y aquellas que hayan sobrevivido del antiguo orden de cosas.

Lo que ocurre con la flora ocurre también con la fauna. En las inmediaciones de los cursos de agua se ven antiguos animales marinos, moluscos y crustáceos en su mayor parte, en trance de convertirse en terrestres. El aire está surcado de peces voladores, mucho más pájaros que peces, con sus alas desmesuradamente desarrolladas y su cola curvada que les permite...

El último fragmento, intacto, contenía el fin del manuscrito:

...todos viejos. El capitán Morris ha muerto. El doctor Bathurst tiene sesenta y cinco años; el doctor Moreno, sesenta; yo, sesenta y ocho. Todos llegaremos muy pronto al final de nuestras vidas. Antes, sin embargo, cumpliremos la tarea que nos hemos impuesto, y, tanto como esté en nuestro poder, acudiremos en ayuda de las generaciones futuras en la lucha que les aguarda.

Pero esas generaciones futuras, ¿verán algún día la luz?

Estoy tentado a responder sí, si tengo en cuenta la multiplicación de mis

semejantes: los niños pululan y, por otro lado, en este clima seco, en este país donde los animales feroces son desconocidos, la longevidad es grande. Nuestra colonia ha triplicado su importancia.

Por el contrario, me siento tentado a responder no, si considero la profunda degradación intelectual de mis compañeros de miseria.

Nuestro pequeño grupo de náufragos estaba, sin embargo, en condiciones favorables para sacar provecho del saber humano: comprendía a un hombre particularmente enérgico -el capitán Morris, hoy ya fallecido-, dos hombres más cultivados de lo habitual -mi hijo y yo-, y dos auténticos sabios -el doctor Bathurst y el doctor Moreno-. Con tales elementos, se hubiera podido hacer algo. No se ha hecho nada. La conservación de nuestra vida material ha sido, desde el principio, y lo es aún, nuestra única preocupación. Como al principio, empleamos todo nuestro tiempo en buscar nuestro alimento y, por la noche, caemos agotados en un pesado sueño.

Es terriblemente cierto que la humanidad, de la que somos los únicos representantes, está en trance de regresión rápida y tiende a acercarse a la brutalidad. Entre los marineros del *Virginia*, gente ya inculta de por sí, los caracteres de animalidad se han manifestado antes; mi hijo y yo hemos olvidado lo que sabíamos; el doctor Bathurst y el doctor Moreno han dejado que sus cerebros se desecaran. Puede decirse que nuestra vida cerebral se ha visto abolida.

¡Qué suerte que, hace ya tantos años de ello, decidiéramos realizar el periplo de este continente! Hoy no hubiéramos tenido el valor necesario para llevarlo a cabo y por otro lado el capitán Morris, que dirigió la expedición, está muerto..., y muerto también de vetustez está el *Virginia* que nos llevaba.

Al principio de nuestra estancia, algunos de nosotros empezamos a construir casas. Las construcciones inacabadas se caen ahora en ruinas. Dormimos en el suelo, en cualquier estación.

Desde hace tiempo ya no queda nada de las ropas que nos cubrían. Durante algunos años nos las hemos ingeniado para reemplazarlas con algas tejidas en forma primero ingeniosa, luego cada vez más burda. Finalmente, nos cansamos de este esfuerzo, que la suavidad del clima hace superfluo: ahora vivimos desnudos, como aquellos a los que llamábamos salvajes.

Comer, comer, esa es nuestra principal finalidad, nuestra exclusiva preocupación.

Sin embargo, subsisten aún algunos restos de nuestras antiguas ideas y nuestros antiguos sentimientos. Mi hijo Jean, hoy maduro y abuelo ya, no ha perdido todo sentimiento afectivo, y mi ex-chofer, Modeste Simonat, conserva un vago recuerdo de que hubo un tiempo en que yo fui su amo.

Pero con ellos, con nosotros, estas tenues huellas de los hombres que fuimos -puesto que en verdad no somos ya hombres- van a desaparecer para siempre. Los del futuro, los nacidos aquí, no conocerán nunca otra existencia más que esta. La humanidad se verá reducida a esos adultos -que tengo ahora aquí ante mis ojos, mientras escribo- que no saben leer, ni contar, ni apenas hablar; a

esos niños de dientes afilados, que parecen no ser más que un vientre insaciable. Luego, tras ellos, habrá otros adultos y otros niños aún, cada vez más próximos al animal, cada vez más alejados de sus antepasados pensantes.

Me parece verlos, a esos hombres futuros, con el lenguaje articulado olvidado por completo, la inteligencia apagada, los cuerpos cubiertos de recios pelos, vagando por este árido desierto...

Bien, queremos intentar que las cosas no sean así. Queremos hacer todo lo que aún esté en nuestro poder para que las conquistas de la humanidad que fuimos no queden perdidas para siempre. El doctor Moreno, el doctor Bathurst y yo despertaremos nuestros abotagados cerebros, les obligaremos a recordar todo lo que han sabido. Compartiendo el trabajo, con este papel y esta tinta procedentes del *Virginia*, enumeraremos todo lo que conocemos en las diversas categorías de la ciencia, a fin de que, más tarde, los hombres, si perduran, y si, tras un período de salvajismo más o menos largo, sienten renacer su fe de luz, encuentren este resumen de lo que lograron sus antepasados. ¡Quieran entonces bendecir la memoria de aquellos que se esforzaron, a toda costa, por abreviar el doloroso camino de unos hermanos a los que nunca llegarán a ver!

En el umbral de la muerte

Hace ahora aproximadamente quince años que fueron escritas las anteriores líneas. El doctor Bathurst y el doctor Moreno ya no están aquí. De todos aquellos que desembarcaron conmigo, yo, el más viejo de todos, soy el único que queda. Pero la muerte viene a buscarme también a mí. La siento ascender desde mis helados pies hasta mi corazón que se detiene.

Nuestro trabajo está terminado. He confiado los manuscritos que encierran el resumen de la ciencia humana en una caja de hierro desembarcada del *Virginia*, y la he hundido profundamente en el suelo. A su lado, voy a hundir también estas pocas páginas enrolladas dentro de un estuche de aluminio.

¿Encontrará alguien alguna vez este legado depositado en la tierra? ¿Habrá simplemente alguien para buscarlo?

Hay que dejarlo al azar. ¡Sólo Dios lo sabe!...

A medida que el zartog Sofr traducía ese extraño documento, una especie de terror aferraba su alma.

¿Así pues, la raza de los *Andart'-Iten-Schu* descendían de esos hombres que, tras haber errado durante largos meses en el desierto de los océanos, habían ido a, embarrancar en aquel punto de la orilla donde se erigía ahora Basidra? ¿Así pues, aquellas criaturas miserables habían formado parte de una gloriosa

humanidad al lado de la cual la humanidad actual apenas iniciaba sus balbuceos! Y, sin embargo, para que la ciencia e incluso el recuerdo de aquellos pueblos tan potentes fueran abolidos, ¿qué había sido necesario? Menos que nada: que un imperceptible estremecimiento recorriera la corteza del planeta.

¡Que irreparable desgracia que los manuscritos mencionados en el documento hubieran resultado destruidos con la caja de hierro que los contenía! Pero, por grande que fuera esa desgracia, era imposible conservar la menor esperanza, ya que los obreros, para cavar los cimientos, habían removido la tierra en todos sentidos. Sin la menor duda el hierro había sido corroído por el tiempo, mientras que el estuche de aluminio había resistido victoriosamente.

De todos modos, no se necesitaba más para que el optimismo de Sofr se viera alterado. Si bien el manuscrito no presentaba ningún detalle técnico, abundaba en indicaciones generales, y probaba de una manera perentoria que la humanidad había avanzado en la antigüedad mucho mas adelante por el camino de la verdad de lo que lo había hecho después. Todo estaba en aquel relato: las nociones que poseía Sofr, y otras que ni siquiera llegaba a imaginar... ¡Hasta la explicación de aquel nombre de Hedom, sobre el cual tantas polémicas se habían iniciado! Hedom no era más que la deformación de Edem, ésta a su vez deformación de Adán, cuyo Adán no era tal vez más que la deformación de algún otro nombre aun más antiguo.

Hedom, Edem, Adán, este era el perpetuo símbolo del primer hombre, y era también una explicación de su llegada a la Tierra. Sofr había cometido pues una equivocación negando aquel antepasado, cuya realidad quedaba establecida sin lugar a dudas por el manuscrito, y era el pueblo quien tenía razón otorgándose unos ascendientes semejantes a él mismo. Pero, ni siquiera en esto -al igual que en todo lo demás- los *Andart'-Iten-Schu* habían inventado nada: se habían contentado con decir a su vez lo que otros habían dicho antes que ellos.

Y quizá, después de todo, los contemporáneos del redactor de aquel relato tampoco hubieran inventado nada. Quizá no habían hecho más que rehacer, ellos también, el camino recorrido por otras humanidades llegadas antes que ellos a la Tierra. ¿Acaso el documento no hablaba de un pueblo al que denominaba atlantes? A esos atlantes, sin duda, correspondían los pocos vestigios casi impalpables que las excavaciones de Sofr habían puesto al descubierto debajo del limo marino.

¿A que conocimiento de la verdad habría llegado esa antigua nación, cuando la invasión del océano la barrió de la Tierra?

Fuera cual fuese, no quedo nada de su obra tras la catástrofe, y el hombre tuvo que reemprender desde abajo la penosa ascensión hacia la luz.

Quizá también ocurriera lo mismo con los *Andart'-Iten-Schu*. Quizá volviera a ocurrir otra vez después de ellos, y otra vez aún, y otra, hasta el día...

¿Pero llegaría nunca ese día en que se viera satisfecho el incesante deseo del

hombre? ¿Llegaría nunca el día en que este, habiendo terminado de subir la cuesta, pudiera por fin reposar en la cima conquistada?

Así soñaba el zartog Sofr, inclinado sobre el venerable manuscrito.

A través de aquel relato de ultratumba, imaginaba el terrible drama que se desarrolla perpetuamente en el universo, y su corazón estaba lleno de piedad. Sangrado por los innumerables males que todos aquellos que habían vivido antes que él habían sufrido, doblado bajo el peso de aquellos vanos esfuerzos acumulados en el infinito del tiempo, el zartog Sofr-Aï-Sr adquiría, lentamente, dolorosamente, la íntima convicción del eterno recomenzar de todas las cosas.

FIN

notes

Notas a pie de página

1 Seudónimo de Pascual Grousset (1845-1909) (a veces erróneamente escrito Pascal Grousset) político francés y autor.

2 Aproximadamente de 8 a 10 metros.

3 Aproximadamente 42 metros.

4 Este cuento de Julio Verne fue inspirado en un cuento escrito por su hijo Michel, entre octubre y noviembre de 1888. Fue publicado por primera vez en inglés, en el diario *The Forum*, de la ciudad de Nueva Cork, con el título *In the year 2889*, volumen VI, febrero de 1889, páginas 662-677.

5 Titán. Hijo de Tártaro y Gea, el más célebre de los que se rebelaron contra Zeus. En su fuga fue herido por el rayo y enterrado por Zeus, debajo del Etna, cuyo volcán representa el aliento del gigante. *(Todas las notas, a no ser que se especifique son tomadas de la edición de base).*

6 Joven bitinio, esclavo del emperador Adriano, que le hizo su favorito. Se le considera como el tipo de la belleza plástica. Se ahogó en el Nilo por adhesión a su amo, quien lo deificó.

7 Naso era el sobrenombre del poeta latino Ovidio (Publius Ovidius Naso), y Paraclet uno de los nombres bajo el cual se designa al Espíritu Santo.

8 El héroe de *La Eneida* de Virgilio, es un sobreviviente de la guerra de Troya (citado por Homero en *La Ilíada*). Fundó un nuevo reino en Italia luego de los viajes y de las peripecias ocurridas en las peregrinaciones de Ulises y

que son precisamente el tema de *La Eneida*.

9 El abad Charles François Lhomond (1727—1794) fue un gramático francés. Además de ser el autor de la gramática latina, también lo fue de la obra pedagógica *De viris illustribus urbis Romae*, que fue el libro de consulta de numerosas generaciones de jóvenes latinistas.

10 Curioso de ver (gramática de Lhomond, página 136).

11 Dios santo (gramática de Lhomond, página 133).

12 La virtud y el vicio son contrarios (gramática de Lhomond, página 134).

13 Fin del verso 59 del libro XII de *La Eneida* de Virgilio. La cita completa es: *in te omnis domus inclinata recumbit*, que significa «toda nuestra familia vacilante confía en ti». En Virgilio, la familia en vías de extinción es la del rey Latino y la de su esposa Amata.

14 Este parlamento del alumno es una cita inexacta de Virgilio (*La Eneida*, libro V, verso 481), donde Anselmo emplea por error *recumbit* en lugar de *procumbit*.

15 El buey cae al suelo (traducción de Jacques Perret del verso 481 del libro V de *La Eneida*).

16 Sin embargo.

17 *Un hombre de buenas habilidades en el uso de la palabra*. Esta es la definición del orador expresada por Catón, el antiguo.

18 Ni por los hechos, ni por la vista, ni por el oído, ni por el tacto.

19 Según Lhomond (página 74), los verbos deponentes se conjugan en latín como los verbos pasivos. Existen los verbos deponentes de cada uno de las cuatro conjugaciones pasivas.

20 Eneas ama a Dido.

21 Una de las formas nominales del verbo en latín.

22 Ligero error de Verne que confunde el gerundio (declinación del infinitivo) y el adjetivo verbal en *-dus*, *-da*, *-dum* que depende del género (gramática de Lhomond, página 162).

23 amo, amas, ama, amamos (gramática de Lhomond, página 32).

24 Nombre antiguo de la isla de Carigo, donde había un magnífico templo consagrado a Venus, la diosa del amor. (Nota del traductor)

25 Vayan a tocar el clarinete. Según Lhomond (página 91 y página 161)

26 Noveno verso del cuarto libro de *La Eneida* donde Virgilio se refiere a Ana, quien en la leyenda cartaginesa es la hermana de Dido. Los romanos parecían haberla confundido por una falsa homonimia con una divinidad puramente local de Latio. Verne traduce libremente este verso que en realidad significa: Ana, mi hermana, que visiones me espantan y me tienen en suspenso.

27 Aquí Verne se refiere a la famosa retirada de los Diez Mil (445—355 a.c.), que fue dirigida por el general ateniense Jenofonte. (Nota del traductor)

28 *Por tanto, me había acostumbrado a comparar las grandes cosas y las pequeñas.* Verne confunde dos pasajes de Virgilio, el verso 23 de la primera bucólica que cita incorrectamente cuando escribe *si parvis...* en lugar de *sic parvis...* y el fin del verso 176 del libro IV de las Geórgicas (cita célebre que muchos diccionarios *Larousse* citan): *si parva licet componere magnis*, que significa «si es permitido comparar las pequeñas cosas con las grandes».

29 Verso 18 de la primera bucólica de Virgilio que significa «Sin embrago, dinos, Titirio, quién es ese Dios (del cual hablas tanto)». La primera bucólica es un diálogo entre dos pastores, Melibeo y Titirio.

30 Verso 498 del libro V de *La Eneida* de Virgilio. *Coincidit* es el comienzo del verso siguiente.

31 Gorra cilíndrica o ligeramente cónica, con visera horizontal, que como prenda de uniforme usan los militares en algunos países. (Nota del traductor)

32 ¡Oh, que vergüenza!

33 No me permitiría ser perezoso.

34 Contracción del superlativo *divitissimus*. La palabra *homo* (hombre) se presupone. La frase significa «el hombre más rico».

35 Aquí Verne copia prácticamente una página de la gramática de Lhomond con la expresión *Maxime omnium conspicuus* (el más notable de todos), la regla de los nombres partitivos y las tres formas de expresar «soy uno de los soldados» (Lhomond, página 143).

36 Un gran infortunio nos amenaza (Lhomond, página 147).

37 Es abundante en riquezas, no le falta nada (Lhomond página, 149).

38 ¿Qué madre no quiere a sus hijos?

39 Estaba colmado de pesar (Lhomond, página 156)

40 Tengo el lobo por las orejas (Lhomond, página 180). El sentido de la expresión en este contexto es: «tengo una solución».

41 En singular, *turba ruit* (la multitud se lanza) o en plural, *turba ruunt* (las gentes se precipitaron). Gramática de Lhomond, página 145.

42 He visto su casa y he admirado su belleza (Lhomond, página 169)

43 Doble sentido, vicio de la palabra, cláusula, o manera de hablar, a la que puede darse más de una interpretación. (Nota del traductor)

44 ¿Qué locura te posee?

45 Te dejo, te abandono.

46 Así comienza el verso 135 del primer libro de *La Eneida* de Virgilio. Esta expresión que significa «a usted que yo debería» representa la entrada de la señora Bovary, luego de la pintoresca entrada de Charles Bovary que

provoca una intervención enérgica y sobreexcitada del profesor.

47 *Hasta cuándo*. Expresión famosa de Cicerón.

48 Significa «Pero en realidad es que...». Esta expresión se escribe en dos palabras, aunque Verne la escribió en una sola en el manuscrito original.

49 Presta atención de no caerte (Lhomond, página. 205)

50 Las tres expresiones significan lo mismo y están contenidas en la Gramática de Lhomond, página 175.

51 Este es un término jurídico. Significa «casadera».

52 ¿Qué hora es? (Lhomond, página 173)

53 Las cinco, literalmente «la quinta».

54 Palabra formada por Verne. Con ella, alude al célebre escritor español Marco Fabio Quintiliano, quien fuera un gran orador en la época del imperio romano. (Nota del traductor)

55 La cama (Lhomond, página 102). En particular la cama nupcial.

56 El trueno (Lhomond, página 9).

57 El cuerno, ala de un ejército o de una escuadra en el ejército.

58 A continuación en el manuscrito original aparece una oración que no está completa y a la cual le faltan algunas palabras que puedan determinar su sentido. En el original aparece *Eglantine lui répondit grosse, expédition, Cour d'assise (sic)*. El editor ha puesto la expresión *(sic)* precisamente para significar que las palabras *grosse*, *expédition* y *cour d'assise* no tienen sentido para formar la oración. La palabra francesa *grosse* significa en este contexto «doce docenas», y es una expresión utilizada en el comercio de productos como clavos, huevos, etc. La palabra que le sigue, *expédition* que significa «expedición» guarda cierta lógica con respecto a la anterior. Luego, la expresión *cour d'assise* tiene un sentido jurídico. Por tanto se ha decidido no incorporar en la edición española esta oración. (Nota del traductor)

59 Dícese de las doncellas romanas consagradas a la diosa Vesta. (Nota del traductor)

60 Dos seres en una sola carne.

61 *Noctem insomnem ducere* significa «Pasar la noche sin dormir», *salva fide*, sin herir su conciencia, *dissimulanter*, sin pretender nada. Estos son tres ejemplos extraídos por Verne de la gramática de Lhomond, página 266, que ilustran las diferentes maneras de expresar la preposición *sin* delante de un infinitivo.

62 Interjecciones que marcan la admiración según Lhomond, página 97.

63 Fabulista latino imitador de Esopo. (Nota del traductor)

64 En España, villa pirinea que se encuentra al Sur del pico de Viñamala.

65 Cuatro kilómetros.

66 En español, en el original.

67 Cuatro soles equivalen a veinte centavos. Cinco son veinticinco.

68 Setenta y cinco francos.

69 Noventa francos.

70 Ciento cincuenta francos.

71 Planta que crece en la fisura de las rocas.

72 Planta de hojas espinosas, que se parece mucho al cardo.

73 Arbolillo de la familia de las ericáceas, de dos a cinco metros de altura, con hojas persistentes, coriáceas, oblongas, agudas, verdes y lustrosas por el haz y pálidas por el envés. Se cultivan como plantas de adorno.

74 Verne comete aquí un error que no corrigió. El pico Estour no existe, pero sí el pico Estom, que está situado en el macizo montañoso de Viñamala.

75 Seis kilómetros.

76 De cuarenta a cincuenta metros.

77 Aproximadamente veinte metros.

78 Aproximadamente 9 metros.

79 Chiourme, en el original en francés, palabra antigua que designa el conjunto de reclusos del presidio, en este caso, el propio presidio.

80 Fatigue, en el original. Término marino: se dice del trabajo de los presidiarios que están fuera de la prisión, empleados en los trabajos del puerto.

81 Término peyorativo para designar al guardia.

82 Península de frente a la bahía de Toulon.

83 Por extensión «media» lo que significa, en el ambiente carcelario, un presidiario que tiene una pierna ceñida por un leve aro. (N. del T.).

84 En el ambiente carcelario se le llama al presidiario común obligado a usar un gorro rojo. (N. del T.)

85 Unos 10 kilos.

86 Máquina de suspensión cuyo eje es vertical.

87 Término para designar que la persona es reincidente. (N. del T.).

88 Unos dieciséis centímetros.

89 Cerca de veinte kilómetros, a vuelo de pájaro, al este de Toulon.

90 Actual cabo de Carqueiranne, punta este de la gran ensenada de Toulon.

91 En este caso, una cuerda que sirve para remolcar los navíos.

92 Escrito por Michel Verne, hijo del escritor, basándose en el manuscrito *Edom*, escrito por su padre Julio Verne. Publicado en 1910 en la colección de cuentos *Ayer y mañana*. (Nota del administrador).

93 Parece que el autor olvida aquí el octavo planeta, Neptuno, descubierto en 1846 por el alemán Kalle. El noveno planeta, Plutón no fue descubierto hasta 1930 por el americano Tombaugh.